

CECILIA BARALE



EL ÚLTIMO
AULLIDO
DEL LOBO

El Último Aullido del Lobo

Cecilia Barale

Avisos y créditos

El Último Aullido del Lobo
Cecilia Barale

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor.

El diseño de la portada contiene material creado por:

- Bedneyimages ([Perfil en freepik](#))
- Vektörel Çizim ([Página web](#))
- Joseph Golby ([Página web personal](#))

Copyright © 2017 Cecilia Barale

Primera edición en libro electrónico: mayo de 2017

Contenido

[Epígrafe](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Capítulo XXX](#)

[Capítulo XXXI](#)

[Capítulo XXXII](#)
[Capítulo XXXIII](#)
[Capítulo XXXIV](#)
[Capítulo XXXV](#)
[Capítulo XXXVI](#)
[Capítulo XXXVII](#)
[Capítulo XXXVIII](#)
[Capítulo XXXIX](#)
[Capítulo XL](#)
[Capítulo XLI](#)
[Capítulo XLII](#)
[Capítulo XLIII](#)
[Capítulo XLIV](#)
[Capítulo XLV](#)
[Capítulo XLVI](#)
[Capítulo XLVII](#)
[Capítulo XLVIII](#)
[Capítulo XLIX](#)
[Capítulo L](#)
[Capítulo LI](#)
[Capítulo LII](#)
[Capítulo LIII](#)
[Capítulo LIV](#)
[Capítulo LV](#)
[Capítulo LVI](#)
[Capítulo LVII](#)
[Capítulo LVIII](#)
[Capítulo LIX](#)
[Capítulo LX](#)
[Capítulo LXI](#)
[Capítulo LXII](#)
[Capítulo LXIII](#)
[Nota de la autora](#)
[Contacto](#)
[Bibliografía](#)
[Enlaces de Internet](#)

Para mis hijos, cada vez por más razones.

Para Juan, porque sin vos nada sería posible.

“Puedes engañar a todo el mundo algún tiempo. Puedes engañar a algunos todo el tiempo. Pero no puedes engañar a todo el mundo todo el tiempo”.

Abraham Lincoln, 1856.

“Después de la Segunda Guerra Mundial, el miedo del expansionismo soviético y la inferioridad de las fuerzas de la OTAN con relación al Kominform (Pacto de Varsovia) condujeron a las naciones de Europa del Oeste a imaginar nuevas formas de defensa no convencionales, creando en sus territorios una red oculta de resistencia destinada a actuar en caso de ocupación enemiga. Su misión: recoger información, cometer actos de sabotaje, propaganda y actos de guerrilla [...] A la luz de los recientes y significativos sucesos que han transformado la Europa del Este, [caída del muro de Berlín] el gobierno se ha impuesto de reconsiderar todas las disposiciones en materia de guerra no ortodoxa, de promover y verificar toda iniciativa propia, tanto sobre el plano político que técnico-militar, la actual validez y la utilidad de estos sistemas de protección sobre el territorio nacional”.

Giulio Andreotti, Primer Ministro de Italia, agosto de 1990.

Prólogo

1 de mayo de 1977.
Estambul, Turquía.

Miró a su alrededor y no supo exactamente cuánta gente había en la Plaza Taksim. Calculó que serían más de 500.000 personas. Suspiró y sonrió satisfecho. Sintió que estaba siendo parte de la historia. Miró hacia el suelo y levantó la vista. La gente poco a poco iba cubriendo por completo la rotonda de la plaza enclavada en el corazón de la parte europea de Estambul.

Recordó las clases de idioma turco que estaba tomando. Su profesor le había dicho que la palabra *taksim* significaba distribución y que la plaza había adquirido ese nombre porque allí se centralizaba la distribución del agua de toda Estambul. Pedro volvió a sonreír al darse cuenta de que su memoria estaba en excelente estado. Se preguntó si llegarían aún más manifestantes.

Poco a poco la gente se iba amontonando para escuchar al líder de la Confederación Sindical. Él había escuchado los rumores que circulaban sobre las posibilidades de que algo sucediera aquel día pero se dijo que allí era donde debía estar. Volvió a mirar a su alrededor y habló con un hombre de barba que se encontraba a su lado, le gustaba aprovechar cualquier oportunidad para practicar su turco que cada vez era más fluido.

Poco a poco el silencio se fue adueñando de las 500.000 almas y Kemal Türkler hablaba mientras seguían llegando columnas de manifestantes. De pronto, el silencio se rasgó como un papel.

El infierno se desató en un segundo. Un segundo que pareció eterno. Primero se escuchó un disparo. Después otro. Voces. La gente gritaba, se agachaba, se empujaba. Nadie comprendía qué era lo que estaba sucediendo. Pedro se llevó las manos a la cabeza y bajó la vista. El suelo se movía bajo sus pies. Entonces se escuchó otro disparo y más gritos. Aullidos que no supo si eran de dolor o desesperación. El pánico se adueñó de la plaza y el cielo pareció oscurecerse de golpe. Por un instante los gritos cesaron y la quietud invadió el lugar. Era como si cada una de las personas que estaban allí estuviesen preocupadas por encontrar un sitio donde cubrirse y no tuviesen tiempo ni siquiera para pedir ayuda. Unos segundos más tarde, un lamento aislado pareció desencadenar una cadena interminable de llantos y sonidos

desgarradores. El sonido del miedo era cada vez más fuerte.

Pedro miró hacia arriba, a la planta de distribución de agua. Le pareció que los disparos provenían de allí. Alguien lo empujó y cayó al suelo. Sintió un pisotón sobre su pierna y otro sobre su estómago. Cerró los ojos por el dolor y entonces sintió una patada que le hundió el pecho. Los gritos no cesaban y se escucharon ruidos metálicos. Un tanque de guerra se aproximaba hacia él. Pudo distinguir al vehículo avanzando en la plaza a medida que la gente se iba dispersando frente a la máquina. Entonces se levantó con dificultad, arrastrando la pierna. Tomó aire y sintió un ardor en el pecho. Apoyó con cuidado su mano en el abdomen y luego presionó el esternón. Para ese momento los disparos ya eran casi lo único que se escuchaba. Retumbaban en su cabeza y le taladraban el cráneo. Comenzó a correr pero cayó y varias personas pasaron por encima de él.

En ese instante notó que casi no podía mover la pierna derecha. Se frotó primero los ojos y luego se llevó la mano a la pierna y sintió un puntazo en la pantorrilla. Se preguntó si tendría algún hueso roto y no llegó a elaborar una respuesta cuando sintió otra ráfaga de disparos sobre su cabeza. Sollozó. Por primera vez en su vida se plantó frente a él la idea de que la vida no era eterna y que era tan frágil que podía acabarse en un instante. Sollozó con más fuerza, como si la revelación de la finitud de su vida se hubiese presentado ante él para llevárselo. Pensó en su esposa, en sus ojos miel y su mirada inocente. Imaginó a su pequeña hija sonriendo. Cuando se dio cuenta de que los disparos no cesarían por un buen rato, ya tenía el rostro bañado en lágrimas. Los ojos rojos, rojísimos. Se preguntó si estar allí era lo correcto, si no debería haber encontrado una alternativa.

Luego se desmoronó, como si de repente hubiese comprendido que no tenía escapatoria, como si toda esperanza de volver a su vida anterior se esfumara con cada balazo rozándole la sien. Para ese entonces ya no supo cuánta gente quedaba aún en la plaza. Sus pensamientos solo eran para su hija de cuatro años. Echado en el suelo, como si ya estuviera muerto, no hacía más que ver su rostro. La inocencia de su pequeña Julia. El amor más grande que había sentido y ya no volvería a sentir.

De repente observó que una sombra se abalanzó sobre él. Al principio pensó que estaba alucinando pero entonces una fuerza lo levantó del suelo como un barrilete. El dolor de su pierna se hizo insuportable y Pedro comenzó a gritar y retorcerse como un animal a punto de ser sacrificado. La figura corpulenta que lo había levantado lo arrastró varios metros por el césped

ensangrentado de la plaza. Pudo ver que aún había gente tirada cubriéndose la cabeza. Vio a varios ser arrastrados como él. Cuando miró hacia abajo notó que el hueso se estaba saliendo de su pierna y entonces volvió a sentir un dolor que casi lo desmayó. De un golpe aterrizó en la parte de atrás de un camión. Tenía los ojos cerrados, no quería ver su pierna herida. No quería ver nada.

Mientras iban cargando más gente en el vehículo, volvió a pensar en su hija. Trató de observar qué sucedía a su alrededor pero solo pudo ver rostros golpeados y llorosos. Casi todos hombres. De repente, la puerta del camión se cerró y entonces sí, perdió el conocimiento mientras una mujer de unos veinte años intentaba ponerle un paño sobre su pierna que seguía manando sangre. Quiso sonreírle a la mujer que lo estaba ayudando pero no supo si logró mover los músculos de su rostro.

Dos días más tarde una voz ronca llamó a su esposa y le informó en un perfecto inglés que su esposo era una de las 34 víctimas de lo que el mundo conoció como la Masacre de la Plaza Taksim.

Capítulo I

23 de julio de 1990.
Estambul, Turquía.

Celal leyó en voz alta las declaraciones de Andreotti en el periódico *Gerçek* y luego lo tiró al suelo. Se tomó la cabeza y se dejó caer en el sillón. *No puedo creer que lo haya dicho*, pensó. Flexionó el cuello a un lado y luego al otro. Frunció la boca, miró hacia la puerta y volvió a tomar el periódico. Leyó otra vez las declaraciones del Primer Ministro italiano, ahora se detenía por unos instantes en cada palabra, como si quisiera asegurarse de estar leyendo correctamente. Creyó, entonces, que no estaba tan equivocado en haber elegido aquel momento.

Estaba en el estudio de la que había sido la casa de su abuelo. Había cuidado de aquel sitio como de un hijo pero prestando especial atención a no cambiar ninguno de los objetos que había elegido su antepasado. Por un momento recordó aquella sala inmensa llena de gente, en su mayoría militares, bebiendo y discutiendo asuntos de estrategia y política. Ahora el lugar estaba vacío salvo por él y su preocupación. Miró hacia la ventana. Los postigones de madera estaban cerrados y solo vio su reflejo en el vidrio. Él, hundido en el sillón. Volvió a dejar el periódico a un costado y se puso de pie. Se pasó las manos por su uniforme militar y se acomodó las medallas que colgaban de su pecho.

En ese momento se asomó una mujer alta y esbelta. Sonreía y llevaba una bandeja con una tetera y unas galletas recién horneadas. Él hizo un esfuerzo y le devolvió la sonrisa. La mujer pisó sin querer el periódico y miró hacia abajo. Dejó la bandeja en una mesa y recogió la publicación. Se la entregó a su esposo y se fue caminando con calma.

—Nursel —dijo Celal—. Vendrá Fabri Yazr. Hazlo pasar.

Ella se dio vuelta y él notó su mirada preocupada. Caminó hacia él y lo tomó de los hombros.

—Celal... —dijo ella susurrando—. ¿Qué está sucediendo aquí? ¿Por qué viene ese periodista otra vez?

Él le quitó las manos de sus hombros con delicadeza y le besó los dedos.

—Tranquila —respondió—. Ya pronto todo habrá terminado.

—Eso es lo que me temo —dijo Nursel y se alejó de su marido. Se quedó quieta un segundo, sopesando la idea de seguir hablando, pero sabía que sería inútil. Caminó hasta la puerta lentamente, mirando hacia abajo. Celal sabía que ella estaba enojada pero no había nada que él pudiera hacer para resolverlo.

Comenzó a deambular por la sala y no supo cuánto tiempo estuvo dando vueltas. Solo reaccionó cuando se abrió la puerta y la figura esmirriada de Fabri apareció en el umbral. El muchacho volvió a mirar extasiado el sitio, tal como lo había hecho cada una de las seis veces que había estado allí en el último mes. Celal lo miró y se detuvo en seco. Fabri se acercó sonriendo como un niño y le extendió la mano al militar.

—General Göksen. Gracias por recibirme una vez más —dijo.

Celal no le respondió. Solo esperaba que el periodista dejara de moverse como si tuviera un espasmo. Lo ponía muy nervioso su manera de moverse antes de decidirse a sentarse y escuchar. Señaló el sillón y él acercó una silla de madera.

—Por fin llegamos a nuestro último encuentro —dijo Fabri—. Esto es muy importante. Me imagino que habrá leído las declaraciones de Andreotti. Parece que se hubieran puesto de acuerdo. —Se refregó las manos e hizo un ruido con la boca que se asemejó a una risa.

Celal asintió con la cabeza y tomó aire.

—Llegó el momento de que hablemos de los Lobos Grises y Gladio —propuso el periodista.

Celal hizo un silencio, no sabía por dónde empezar a contar la historia que hacía tanto tiempo venía guardando. Pensó en su esposa y se dijo que todo lo estaba haciendo por ella. Aunque sabía que eso no era del todo cierto. Recordó la mañana que sintió que ya no podía seguir guardando semejante secreto. Cerró los ojos apenas un segundo. Cuando los abrió, vio la figura delgada e insignificante de Fabri Yazr. Entonces pensó que en realidad, lo estaba haciendo por gente como él. Gente inocente como ese joven periodista que estaba viviendo en un mundo del que no sabía absolutamente nada. Moviéndole los pies y el ruido de sus zapatos contra la alfombra fue casi imperceptible.

—Los Lobos Grises... —dijo y se refregó las manos—. Somos —carraspeó—, perdón, son una organización que cree en la superioridad de la sangre turca. Hay gente del grupo en Turquía, Alemania y otros sitios. Sus integrantes están entrenados y preparados para usar la violencia para defender el país, para dar todo por la identidad turca.

De repente hizo silencio. Fue como si de golpe comprendiera lo que estaba a punto de hacer. Pronunciar, por fin, las palabras que el periodista había estado esperando escuchar en las reuniones anteriores.

—Hemos estado implicados en varios atentados que se le atribuyeron a otras organizaciones. Y hay gente importante apoyando y financiando este movimiento.

—¿Qué tiene que ver lo que declaró Andreotti sobre Operación Gladio? —preguntó Fabri mientras cruzaba las piernas.

—Operación Gladio es o mejor dicho fue, a la luz de los nuevos acontecimientos, una operación armada por Occidente, por la OTAN, para contener el avance comunista en Europa. La idea era que hubiera ejércitos de reserva preparados para evitar una posible invasión soviética. Estos ejércitos estaban a lo largo y ancho de toda Europa, pero como la invasión comunista nunca se produjo, comenzaron a utilizar a esta gente para otros asuntos.

—¿Otros asuntos? —preguntó el joven y con la mano le indicó que continuara.

—Se infiltraron en organizaciones de izquierda para lograr que cometieran atentados para desestabilizar a los gobiernos. Cuando no lo conseguían, había que realizar los atentados y culpar a los terroristas de izquierda. Esto se llamó Operación Gladio. Había que crear caos atentando contra la sociedad civil para lograr que los ciudadanos exigieran seguridad.

—¿Y qué tienen que ver los Lobos Grises?

—Aquí en Turquía, la rama de Gladio se llama Contraguerrilla y sus integrantes son, en gran parte, Lobos Grises.

—Pero ahora que Andreotti ha sacado la verdad a la luz esto no podrá seguir. Se ha acabado —dijo el periodista que sonaba desilusionado.

Celal rio.

—No en Turquía. En Turquía la Contraguerrilla es mucho más fuerte. Resistirá salir a la luz porque no es controlada de manera tan directa por Estados Unidos o por la OTAN. Esta organización ha penetrado el Estado. Tiene vida propia y esa vida ha carcomido todas las esferas del Estado Turco como un parásito.

Fabri se tocó el mentón y asintió con la cabeza.

—Quiero nombres, fechas, datos de atentados. Datos que pueda publicar. Algo que los comprometa en serio —dijo finalmente Fabri.

—Está bien, pero hay algo que tienes que saber antes de seguir escuchando. —Celal esperó hasta que el joven le hiciera un gesto indicándole

que comprendía—. Cuando termines de escuchar lo que estoy a punto de decirte... —bajó la cabeza por un segundo—, cuando termines de escuchar esto, de nada te va a servir porque estarás muerto.

Fabri sonrió con sorna y se pasó la lengua por los labios.

—Bueno, acepto el desafío —respondió.

—No estás entendiendo la magnitud de esto. Ni el presidente puede tocar a los Lobos Grises.

—Por eso mismo es tan importante que hable. Porque esto tiene que terminar —respondió Fabri y un destello se apoderó de sus ojos.

Detrás de la puerta entornada, Nursel transpiraba escuchando a su marido. Tenía las manos temblorosas. Sus dedos largos no paraban de moverse. Se agachó, se llevó las manos a las piernas y se apretó los muslos. La voz grave de su marido le llegaba a los oídos y le taladraba la cabeza. Estaba escuchando los nombres de tanta gente que había estado en su casa antes, gente con la que había compartido veladas y conversaciones. De repente, detrás de esa puerta, su marido estaba diciendo que todos ellos eran responsables de sucesos que le pondrían la piel de gallina hasta al más insensible de los humanos. Apretó los dientes y de a poco se dejó caer al suelo clavando los dedos en la pared. No daba crédito a lo que estaba escuchando. Su marido no dejaba de hablar sobre uno de los secretos mejor guardados de Turquía y, quizás, hasta del mundo. De repente, sintió que no tenía fuerzas para ponerse de pie. Se miró las piernas y luego las manos. Estaba blanca como un papel. Su marido seguía hablando, dando nombres y datos específicos sobre operaciones. Nursel no terminaba de entender todo lo que decía, pero sí entendía lo suficiente como para saber que debía tener miedo.

Pasó más de media hora en el suelo, acurrucada como si tuviera frío. Cuando escuchó que Celal había terminado de hablar, juntó fuerzas y se levantó sin hacer ruido. Se dirigió a la cocina con los ojos llorosos. Miraba hacia atrás a cada momento como si estuviera segura de que había alguien siguiéndola. Buscó una pava, la llenó de agua y la puso en el fuego. Sus manos todavía temblaban. Miró a su alrededor y sintió la sensación espantosa de que su vida estaba a punto de cambiar. Se sentó en una banqueta y escuchó el sonido del agua hervir. No se movió. Estaba prestando atención a los ruidos en la sala principal. Celal estaba despidiendo al periodista.

Cuando el joven abrió la puerta se sentía satisfecho. Más que satisfecho. Tenía una mezcla de felicidad y desasosiego. Caminó hasta su coche

completamente obnubilado. Tenía la historia que lo llevaría a la fama. Lo haría un héroe nacional. El joven sabía que estaba haciendo algo que podía cambiar la historia del mundo. Estaba a punto de desenmascarar a la red que había estado manipulando a Europa durante años. Una organización de la que había hablado el mismísimo Primer Ministro de Italia. No podía esperar a escribir todo lo que había escuchado. Pensó que durante todo ese tiempo la Cortina de Hierro no había dividido dos bloques, había sido la excusa para manipular a los ciudadanos de ambos bandos. Sonrió y se dio vuelta para mirar a Celal, el informante menos pensado. Un militar de la más alta esfera había decidido traicionar a los suyos al costo de hundirse a sí mismo. Fabri se preguntó por qué lo habría hecho y creyó que era el hombre más valiente con el que se cruzaría en la vida. Le sonrió y el militar no movió un músculo del rostro, tenía una expresión casi moribunda. Lo vio con la estampa vencida y Fabri lo entendió. El hombre acababa de contarle secretos que podían costarle la vida ambos.

Mientras abría la puerta de su automóvil comenzó a recordar sus primeros años en la facultad de periodismo. Recordaba al profesor que en la primera clase les había advertido que el periodismo era un apostolado, que debían terminar su vida habiendo dejado algo en el mundo. Se sentó al volante y pensó que lo había logrado. Estaba a punto de revelar un secreto que muchos conocían pero nadie se había animado a decir en voz alta. Antes de encender el motor, miró hacia la casa de Celal. La puerta ya estaba cerrada, así como las ventanas. Le dio una sensación de abandono. Recorrió unos metros por la calle desierta y vio un vehículo que se acercaba con lentitud. Clavó los ojos en el espejo retrovisor y los dedos en el volante. El otro automóvil aceleró y pronto estuvieron casi a la misma altura. Fabri respiraba agitado, no tenía dudas de que lo estaban persiguiendo. Observó el semáforo en la esquina y vio que estaba a punto de ponerse en rojo. Apretó el acelerador y cruzó sin mirar mientras el otro coche lo seguía. Entonces el periodista sintió una presión en el pecho. Miró hacia adelante y pensó que los árboles que coronaban la calle parecían estar cayéndole encima. Giró la cabeza y vio que el coche ya estaba a su altura. Colocó el pie en el freno pero no lo apretó. Esperó tres segundos y mientras rezaba en voz baja, lo pisó con todas sus fuerzas. El conductor del otro coche giró la cabeza por el ruido de las cubiertas contra el asfalto y lo miró extrañado. Se encogió de hombros y siguió su marcha.

Fabri se había clavado el volante en el pecho con la frenada. El vehículo estaba detenido en medio de la calle y él observó cómo el otro coche se

alejaba sin pausa. *Estoy paranoico*, pensó y esbozó una media sonrisa. Se distrajo pensando en la situación que había vivido cuando el sonido de un claxon lo perturbó. Fabri puso el motor en marcha y siguió camino a las oficinas del periódico *Gerçek*. Si hubiese mirado hacia atrás, habría visto a dos automóviles azules siguiéndolo hasta su destino.

* * *

Nursel no le quitaba los ojos de encima a su marido mientras él abría una cómoda y ponía varias camisas sobre la cama. La mujer tenía los brazos cruzados y la mirada sombría. Estaba apoyada contra el marco de la puerta esperando que *su* Celal se dignase a mirarla.

—¿A dónde vas? —preguntó Nursel entre dientes mientras él abría otro cajón.

—Nos vamos por un tiempo —respondió sin mirarla.

Ella no dijo nada. Suspiró y se acercó a él. Apenas si lo rozó con la mano derecha y luego abrió el ropero y comenzó a vaciarlo.

Terminaron de empacar cuando el sol se estaba escondiendo. El militar no quiso encender las luces de la casa y su esposa comenzó a recorrer la residencia en penumbra. Le gritó que se apurara y ella apoyó una mano en la pared y la acarició como si estuviera acariciando a su hijo. Ladeó la cabeza y una profunda melancolía la invadió. No quería ni siquiera preguntar cuándo volverían porque temía no poder soportar la respuesta. Cuando volvió a escuchar la voz de su esposo retumbando en la sala, se apuró para ir a su encuentro. Se tropezó mientras caminaba apurada por un pasillo pero no se detuvo a ver con qué. Celal ya estaba en el coche y tamborileaba los dedos contra el volante. Ella se subió sin hablar y lo miró. Él le colocó la mano sobre la pierna y le devolvió una sonrisa forzada.

Nursel pensó que las calles de Estambul tenían un silencio inusitado. Le pareció extraño que afuera del vehículo todo pareciera estar detenido. Dentro del automóvil, también reinaba el silencio. Celal no hablaba. Mantenía las manos en el volante y de vez en cuando dejaba escapar aire por los labios haciendo un silbido molesto. La noche se esparcía por el cielo con rapidez y Nursel, equivocadamente, comenzó a sentirse más segura.

Cuando una camioneta blanca los cruzó en una esquina, Celal simplemente pisó el freno y detuvo el vehículo. Nursel lo miró alarmada e intentó quitarse el cinturón de seguridad.

—¿Qué ocurre? —preguntó con la voz entrecortada.

—Se terminó —respondió él y la miró—. Tú estarás bien. Perdóname —comenzó a sollozar—, pero tenía que hacerlo. Por Turquía tenía que hablar.

Dos hombres se habían bajado de la camioneta y estaban apuntándoles con armas largas. Nursel temblaba como una hoja, Celal parecía saber que no había nada que pudiera hacer o decir para torcer su destino. Ninguno de los hombres habló, esperaron a que el militar se bajara y apenas estuvo de pie frente a ellos, un certero disparo le atravesó la cabeza.

Nursel gritó. Le pidió a Dios que la salvara y fue entonces cuando sintió el sonido del cuerpo de su marido desplomándose contra el pavimento. Cerró los ojos pensando en que no les daría el gusto a sus asesinos de ver el terror en su mirada. Volvió a abrirlos recién cuando escuchó el rugir de un motor que se alejaba. Se bajó del auto desesperada y se agachó junto al cuerpo de su esposo. Lo abrazó y lo apretó contra su pecho. Sus ojos rojos, sus manos temblorosas, su mente galopante eran la viva imagen de la desesperación. Ardió de rabia. Estalló de dolor. Odiaba a Turquía, a su marido y a aquel periodista. Cuando apoyó la cabeza de Celal contra el suelo, el mundo le pareció un sitio más lúgubre. No lo supo entonces, y tampoco lo hubiese creído posible, pero el dolor recién había comenzado para ella.

A no tantas manzanas de allí, Fabri bajaba confiado de su vehículo. Era tarde pero su jefe le había dicho que iba a esperarlo hasta la hora que sea. Cuando entró al edificio no se molestó en observar a su alrededor. Caminó hasta el elevador y marcó el piso ocho. Apenas se abrió la puerta observó el rostro de su editor, de pie en el medio de la redacción con los brazos en jarra. Fabri le sonrió, triunfador. Recién cuando lo tuvo a pocos metros, se percató de que tenía el rostro tenso. El periodista se detuvo en seco. Desde la sombra del despacho de su editor observó aparecer una figura corpulenta. Dio un paso atrás y una mano lo detuvo. No se animó a darse vuelta pero vio algo que le produjo más miedo todavía. Al menos cinco personas aparecieron desde otros puntos del despacho. Todos estaban vestidos de civil pero Fabri sabía que eran policías. Miró a su editor, suplicándole que lo sacara de ese apuro.

—Estos señores quieren hablar contigo —dijo finalmente el hombre e intentó pedirle perdón por medio de una mirada, cosa que Fabri no llegó a comprender.

—No hay nada de qué hablar —respondió él y en ese instante todos se le vinieron encima y lo metieron en el elevador.

Hasta aquel entonces, Fabri pensó que el minuto que tardaron en llegar a la planta baja había sido el más largo de su vida. Tenía tanto miedo que

tampoco se percató de que en la puerta del edificio había al menos otras cinco personas más, esperando. Pensó que no importaba a dónde lo llevaran, no importaba qué le hicieran, no diría una palabra. Iba a proteger a su fuente sea como sea.

Lo subieron a uno de los vehículos sin identificación oficial que estaban aparcados y se marcharon de prisa en caravana. Él estaba mirando por la ventanilla cuando se dio cuenta de que el coche disminuía la velocidad. El hombre que iba en el asiento del acompañante se dio vuelta y lo miró fijo. Fabri vio un cuerpo desparramado en la calle y enseguida supo que se trataba de Celal Göksen. El miedo anuló cualquier pensamiento que hubiera podido elaborar en ese instante. Antes de que el coche se alejara de la escena, observó a Nursel sentada en el suelo con el rostro hinchado por el interminable llanto. La mujer alzó la vista en ese instante y lo vio. Fabri estuvo seguro de que en la mirada de la mujer había rencor. Pero en realidad lo que Nursel estaba pensando en ese instante era *“Pobre muchacho. Él es el siguiente”*.

Capítulo II

25 de septiembre de 2008.
Az Zalaf, Siria.

—La encontramos de este lado de la frontera, por lo cual nos corresponde a nosotros decidir su destino —el oficial habló en voz alta y clara.

El resto de la gente que estaba en la sala se miró pero nadie dijo nada. Una mujer con la cabellera completamente tapada por un velo color negro levantó la vista desafiando al corpulento hombre que había hablado. El hombre que estaba sentado a su lado la pateó con disimulo por debajo de la mesa y cuando ella lo miró, él le hizo un gesto con la cabeza. La mujer frunció los labios y giró la cabeza. Nuevamente el hombre que estaba a su lado trató de llamar su atención y carraspeó. Esta vez, la mujer lo ignoró deliberadamente. El ruido del viejo ventilador de techo era lo único que se escuchaba. Ella estaba evidentemente incómoda con la tela que cubría su cabeza y a cada rato se pasaba la mano por el rostro tratando de que los demás no vieran las gotas de sudor que nacían en su frente. El hombre a su lado no le quitaba la vista de encima y ella lo ignoraba a pesar de sentir su punzante mirada clavada en su boca. Por un instante, el hombre pensó que ella había captado el mensaje. La joven giró la cabeza hacia la única ventana de la lúgubre habitación. Sus ojos recorrieron las raídas cortinas que colgaban como harapos a los costados de la ventana. En su momento habrían tenido un color rojizo intenso, ahora solo quedaba un leve color rosado y se veía claramente a través de ellas. La mujer trató de enfocar su vista en lo que sucedía afuera mientras revolvía su mente en busca de alguna manera convincente para seguir la conversación. Afuera, solo se veían dunas de arena amarillenta y, de vez en cuando, un remolino provocado por alguna ráfaga de viento perdida.

Mirando aquel paisaje hostil, pensó que nunca iba a encontrar la forma correcta de argumentar su pedido; tampoco podía decir la verdad.

—Con todo respeto, no importa de qué lado ha sido encontrada sino a dónde pertenece. Y creo que le pertenece a Jordania, al menos hasta que se le hagan todos los análisis correspondientes y...

—La momia es de Siria. Si en este momento se encuentra en Jordania es

simplemente por un tema burocrático. —El hombre apoyó las dos manos contra la mesa de madera gastada y se inclinó sobre ella sin dejar de mirarla a los ojos—. La momia es de Siria. ¿Entendido? —preguntó esta vez girando la cabeza para mirar al hombre que estaba al lado de la mujer.

—Eh... Por supuesto, sí. Lo que mi compañera quiso decir es que... quizás... sea bueno que gente de nuestro equipo esté presente para...

—La reunión terminó. Gracias por venir. —El hombre se refregó las manos en el pantalón caqui, se dirigió hacia la puerta y la señaló con la mano derecha forzando una sonrisa.

Ella se puso de pie de repente y miró a su alrededor. Tenía los músculos del rostro tensos y las venas del cuello comenzaban a notarse a medida que se le aceleraba la respiración. El ruido chirriante del ventilador ahora parecía taladrarle la cabeza. Sus ojos luchaban por no mirar al oficial que seguía en la puerta y ahora movía el pie rítmicamente esperando que sus visitantes se retiraran.

De repente, la mujer se llevó la mano al cuello, se desató el velo, se lo quitó de la cabeza y lo dejó caer. Sus grandes ojos se dirigieron automáticamente a los del militar sirio. El gesto del hombre se volvió más agresivo aún. Sus enormes cejas renegridas se arquearon y bajó la cabeza acercando el mentón al pecho. Sus oscuros ojos parecían no tener párpados. La mujer le sostuvo la mirada. Su compañero se separó de la mesa y levantó el velo del piso.

—Se cayó —le dijo a la mujer en la voz más alta que pudo impostar, pero la joven ni siquiera lo miró. Se acercó a una ventana y, otra vez, solo vio dunas y el paisaje le pareció más inhóspito que nunca. El pálido gris del cielo se transformaba en extrañas tonalidades de azul en el horizonte. La mujer tomó aire. Apenas se dio vuelta notó que tenía el cuerpo del oficial sirio pegado a ella. El hombre la miró con los ojos nublados por la furia y le enrostró el velo. La mujer, inmóvil, cerró los ojos un instante. El hombre se alejó un paso y la prenda volvió a caer.

—La momia nos corresponde —dijo ella en perfecto árabe mientras se soltaba el cabello que tenía recogido con un gancho plástico negro.

—Es hora de que se vayan. —El oficial miró al compañero de la mujer y se acercó a él, que permanecía de pie a unos metros observando la escena, perplejo—. Váyanse.

El hombre asintió con la cabeza. Sus enormes ojos verdes tenían las pupilas completamente dilatadas. El gesto de su rostro parecía más de hastío

que de miedo. Se aflojó el nudo de la corbata y se acercó a la mujer.

—¿Estás loca? ¿Qué haces? —susurró mientras la tomaba del brazo—. Vamos.

La mujer se soltó y le gritó:

—Yo no voy a ningún lado.

El hombre negó con la cabeza y dudó unos instantes antes de hablar.

—Entonces me voy yo.

El oficial se colocó delante de la puerta antes de que el hombre pudiera poner su mano sobre el pomo. El joven sintió un escalofrío que le recorría la espalda y carraspeó. Giró la cabeza y pudo observar que la mujer seguía exactamente en el mismo sitio con los brazos cruzados. Él se preguntó qué estaría pensando ella en ese instante, pero no pudo ni siquiera distinguir un dejo de emoción alguna en su rostro adusto.

—Vamos. Vamos.

La mujer no respondió. La tenue luz que entraba por la ventana le daba de lleno en el rostro, iluminándola con un suave resplandor entre la penumbra.

Finalmente, él se cansó de la situación.

—Con permiso. Aquí termina la misión oficial del Reino de Jordania —dijo y rodeó al oficial. Abrió la puerta y, sin dar un paso atrás, cerró con el mayor recato que pudo.

Afuera, el día iba tomando al pueblo con lentitud. Pero dentro de la habitación, la luz aún escaseaba.

El oficial sacudió la puerta para asegurarse de que estuviera cerrada. Ahora que estaban ellos dos solos, la habitación parecía más pequeña. El hombre caminó con lentitud hacia Tina, que seguía sin moverse. La jadeante respiración del militar hizo que por primera vez ella dejara de prestar atención al ventilador que seguía bamboleándose sin cesar. Tina lo miró directo a los ojos. Notó su nariz ancha y sus fosas nasales desproporcionadas. Sus ojos tenían un color increíblemente oscuro que se potenciaba por el color renegrado de sus ojeras. Unos leves surcos a los costados le daban el aspecto de un hombre algo mayor de lo que realmente era. Unas gotas de sudor perlaban su frente. A esa hora de la mañana el calor era tan intenso que solo un aire acondicionado en su máxima potencia podría lograr bajar la temperatura.

Él la miró, ella sonrió. Observó que la camisa verde que él llevaba puesta parecía a punto de estallar. Miró hacia abajo y vio los mocasines de cuero marrón gastados que se acercaban sin pausa hacia ella. Por primera vez se lo imaginó desnudo y sintió una arcada que intentó disimular. Imaginó sus

gruesos y peludos dedos recorriéndola. Tragó saliva y dio un paso hacia él. Estiró la mano hasta que tocó su brazo, él puso su mano sobre la de ella.

—Necesito ver la momia —dijo ella e inclinó la cabeza.

—Más tarde —él dio un paso y la tomó de la cintura—. No irá a ninguna parte. Está en el museo, en Umm Qais, está bien cuidada. No sé por qué hacen tanto alboroto si todavía está en Jordania. Tengo que ir a buscarla y traerla aquí. Su tarea de inspección de la momia ha terminado —dijo y sacó del bolsillo un papel con varios sellos oficiales, con el cual la momia sería oficialmente de Siria y podrían transportarla de un país a otro.

—Más tarde van a estar todos buscándome, tiene que ser ahora —habló con un tono de voz más agudo y le apoyó una mano en el pecho.

—¿Por qué habrían de buscarte?

—Por esto —respondió ella mientras de un bolsillo sacaba una navaja y se la clavaba al hombre en el cuello.

Capítulo III

25 de Septiembre de 2008.

American University, Washington D.C., EE.UU.

—Entonces, la *shahāda*: “No hay más Dios que Alá y Mahoma es el profeta de Dios” es el primero de los cinco pilares del Islam. Esto abarca el contenido mínimo de la fe musulmana, aunque muchos les van a decir que también habría que incluir la sura 4, versículo 136 del Corán. ¿Alguien lo recuerda? —Julia levantó la vista y miró a su auditorio compuesto mayormente por jóvenes de poco más de veinte años. Nadie respondió—. ¿Nadie? Vamos, alguna idea deben tener... —La mujer volvió a observar de punta a punta a sus alumnos con una sonrisa. A lo lejos, un joven de tupida barba levantó la mano con timidez.

—Veamos... Allí hay alguien que se anima. —La mujer se colocó la mano sobre los ojos para distinguir quién era aquel estudiante a quien creía no haber visto nunca. Tardó unos segundos y luego preguntó—: ¿Nuevo estudiante por casualidad?

El joven asintió con la cabeza.

—Sí, vine por seis meses. Soy de Estambul.

—¿Musulmán? —preguntó ella pero en realidad estaba pensando que el joven parecía más árabe que turco.

—¿Es una pregunta políticamente correcta? —respondió el joven con seriedad. En el auditorio se escucharon algunas risas apagadas y comentarios en voz baja.

—Bueno, si buscabas una clase políticamente correcta creo que te equivocaste de aula, pero en fin... Estábamos en la sura...

—“Oh, vosotros, los creyentes, creed en Dios y en su mensajero y en el libro que él ha revelado a su mensajero y en el libro que él reveló antes. Y quienquiera que no cree en Dios ni en sus ángeles ni en sus libros ni en sus mensajeros ni en el último día, será arrojado lejos”.

—Exacto, gracias. —La mujer miró su reloj y se dio cuenta que debía haber terminado la clase hacía diez minutos—. Bueno, para la próxima por favor lean con detenimiento el capítulo de “Fe y Práctica”. Como siempre, los que tengan dudas, pueden quedarse a preguntar.

La mayoría de los alumnos salió del aula con rapidez y sonriendo. Varios observaron de reojo al alumno nuevo que no le quitaba la vista de encima a la oradora. La clase de Historia del Islam era una de las preferidas de los alumnos de la *American University*, un poco porque el tema estaba de moda y otro poco porque la mujer que la tenía a cargo destilaba entusiasmo en cada una de sus palabras. Cuando hablaba de Medio Oriente, su pasión parecía contagiarse a los demás con una facilidad asombrosa.

Unos cinco alumnos la rodearon y comenzaron a hacerle algunas preguntas. Julia las respondió con toda la paciencia y el entusiasmo que la caracterizaba. Luego de poco más de veinte minutos, la mujer dio por finalizada la charla, recogió sus libros y se dirigió hacia la puerta del recinto.

Antes de salir, divisó al nuevo alumno, sentado solo con la vista al frente y los brazos cruzados.

—¿Qué sucede? ¿Problemas de adaptación?

—Estoy pensando— respondió el joven sin mirarla.

Julia se acercó a él y se sentó en la butaca de al lado. No dijo nada. Se acomodó el oscuro flequillo y posó sus ojos directamente sobre los del hosco joven.

Julia había cumplido treinta y cinco años pero su rostro reflejaba una lozanía impoluta. Era una de las profesoras más jóvenes del claustro y no había nada que le apasionara más que dar sus clases. Ella solo se sentía libre cuando estaba al frente de sus cursos. Deseaba tener la facilidad de palabra y soltura en su vida social que tenía cuando estaba dando clase. Siempre lograba que sus alumnos se sintieran cómodos frente a ella y eso la enorgullecía.

Inclinó la cabeza y sonrió, más para ella misma que para él. El muchacho tenía la espalda recta y estaba visiblemente nervioso. Julia observó cómo sus párpados temblaban. Pensó que él debía sentirse solo en un país extraño, con costumbres tan diferentes. Entonces pensó que ella se había sentido así mucho tiempo. Sola, completamente sola. Cerró los ojos un instante y la imagen del muchacho fue reemplazada por la de su padre. Tragó saliva y se rascó la cabeza. No quería recordarlo, pero cada vez que juzgaba que alguien sentía la soledad penetrándole el cuerpo, le venía a la mente la imagen de su padre, una imagen estática, casi vieja. Como si fuera una fotografía en sepia. Lo veía sonriendo y con la cabeza inclinada. Con una camisa clara y el cabello al viento.

* * *

El hombre había muerto en la Masacre de la Plaza de Taksim cuando ella tenía 4 años y su cuerpo nunca había sido recuperado. Julia había pasado su infancia marcada por esa historia tan dolorosa. Si bien casi no tenía recuerdos de él, jamás había podido olvidar el día que el teléfono había sonado y su madre, Susana, escuchó a alguien del otro lado de la línea y empalideció. Recordaba que se sentó en una silla y su rostro se puso serio, preocupado. Julia creía que aquel era el primer recuerdo su vida, su madre enterándose de la muerte de su padre. La mujer jamás había vuelto a sonreír. La vida de Julia cambió por completo antes de empezar.

Por muchos años, lo único que ella supo sobre él fue que había muerto, pero cada vez que decía que quería ir al cementerio su madre le decía que eso no era posible y cambiaba de tema. Con el paso del tiempo ella empezó a pensar que cada vez que su madre la veía, estaba viendo a Pedro. La mujer comenzó a prestarle cada vez menos atención a su hija, a cada instante parecía alienarse más del mundo que la rodeaba. Berkant, un amigo de su padre que vivía en Turquía y a quien él había ido a visitar cuando murió, las había ayudado económicamente. Susana no tenía fuerzas para trabajar y a medida que pasaban los años la situación se hacía más insostenible. Berkant y Julia se acercaron y la niña llegó a pensar que él era lo único que tenía. Su única seguridad. La única balsa que la hacía flotar en la coherencia en medio de un mar de locura.

Cuando Julia tenía catorce años, Berkant estuvo de visita en Argentina y le contó lo que había sucedido con su padre. Toda la verdad. Por varios días Julia tuvo sentimientos encontrados, por un lado el dolor de no tener nunca un sitio donde llorarlo; por el otro, el alivio de saber qué había sucedido, como si aquella información le permitiera acercarse más a él. Poco a poco, Julia sintió que algo en su corazón había cicatrizado. Sin embargo, cuanto más crecía, más empeoraba la relación con su madre. De adolescente no soportaba sus constantes depresiones, sus destellos de furia contra la vida, su infinito sentimiento de estar muerta en vida. Julia no quería llevar a sus amigas a su casa, no quería hablar con su madre, no quería verla. Y Susana tampoco mostraba demasiado interés por la vida de su hija. Casi no hablaban y la mujer pasaba la mayor parte del día en la cama, comía poco y había empezado a beber. La vida para Julia era un calvario, volver a su casa era un martirio. A veces, secretamente e inundada de vergüenza, se preguntaba por qué Dios no se habría llevado a su madre en lugar de a su padre.

Una noche, cuando Julia tenía dieciocho años, llegó a su casa con su

novio y encontró a su madre desparramada sobre la alfombra de la sala, semidesnuda y con un vaso roto a su lado. La alfombra estaba mojada. Susana tenía un rostro de paz, como Julia no recordaba haberle visto nunca. La joven se arrodilló al lado del cuerpo de su madre, la tomó de la mano y la besó. Cuando se dio vuelta, el muchacho con el que había ido ya no estaba. Comprendió allí, sentada y acariciando a su madre, que su vida estaba marcada por la soledad. Sintió un profundo dolor en el pecho, un puntazo que le atravesaba el corazón, un dolor tan profundo como no pensó que podía sentir jamás. Antes de ponerse de pie y llamar a una ambulancia, se preguntó cómo era posible que alguien estuviese tan sola en el mundo. Se llevó las manos al rostro y rompió a llorar. No paró de llorar en horas. Cuando llegaron los médicos la encontraron hamacando el cadáver frío de su madre. A todos se les partió el corazón. Un rato más tarde, cuando la ambulancia se estaba llevando el cuerpo, Julia se dio vuelta y le gritó que la quería. Fue la primera y la última vez que se lo dijo. El corazón de Julia estaba roto para siempre.

La autopsia confirmó que el fallecimiento se había dado porque el corazón de Susana estaba débil. Había sido muerte natural. Julia, que desde que la vio había pensado que se había quitado la vida, sintió un extraño alivio al saber que su madre no la había abandonado a propósito.

Desde aquel momento, Julia se dedicó a estudiar y mediante años de terapia había logrado encaminar su vida. Eso sí, nunca había logrado comprometerse en una relación amorosa duradera. Se había casado a los veintitrés con un hombre que había conocido en un bar. Pero la cosa no funcionó y ella decidió marcharse ante la primer crisis. Quería ser ella quien se fuera y no ser abandonada. Le había dicho a su analista que no soportaría otra pérdida. A pesar de que él le había señalado que las pérdidas eran una parte natural de la vida, Julia creyó que de ninguna manera quería volver a sentir aquel dolor en el pecho que pareció matarla la noche que encontró a su madre.

Ahora viajaba entre Argentina, Estados Unidos y varios países de Europa dando clases y conferencias sobre Medio Oriente. Berkant le había pagado la universidad y ella iba al menos una vez por año a saludar a quien consideraba un padre sustituto.

* * *

De repente el muchacho sacudió la cabeza y Julia dejó de pensar en su vida y se enfocó en él, que ahora había quedado inmóvil al ver que ella lo había

vuelto a mirar. Julia observó cómo la frente se le iba manchando con sudor.

—Es lógico que al principio cueste adaptarse a un país tan diferente — dijo ella y por fin apartó de su cabeza la imagen de sus padres—. Y a pesar de lo que ha sucedido últimamente, Estados Unidos sigue manteniendo cosas maravillosas. Hay una libertad en los claustros, que a pesar de que muchos buscan coartarla, no lo han logrado, ni creo que lo logren jamás. —La mujer giró sobre sí misma y se cruzó de piernas—. Hace poco vino a hablar aquí mismo el presidente de Irán... —Sonrió—. Y a pesar de las críticas...

—Sí, lo leí en el periódico, pudo hablar aquí y si Bush fuera a Irán jamás podría hablar en una universidad. *Bravo*.

La mujer suspiró, por un instante sintió ganas de irse y dejar al muchacho solo con sus problemas, pero decidió intentar un poco más—: ¿Cuál es tu nombre?

—Ali.

—Bueno, Ali... ¿Qué es lo que te preocupa? —Julia escudriñó su rostro, pudo ver las venas de su cuello hinchándose y de repente sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo. El joven, por primera vez desde que ella se había sentado a su lado, giró la cabeza y le clavó su oscura mirada. La mujer sintió que buscaba amedrentarla y arqueó las cejas sin dejar de mirarlo.

—¿Es usted creyente? —preguntó él. La mujer pudo ver sus dientes blancos contrastando con la negrura de su barba.

—Supongo que, como alguna vez escuché por ahí, me definiría como agnóstica cristiana. —Él se quedó callado, esperando que ella continuara hablando, ella titubeó y miró hacia arriba intentando encontrar la forma de explicarse—. Digamos que soy agnóstica, pero criada en un ambiente cristiano, por lo tanto comparto varios valores cristianos.

—¿Qué sabe sobre Turquía?

La mujer cerró los ojos unos segundos, evidentemente tensa.

—Bastante —respondió.

El hombre la miró y ella notó un destello en sus ojos, ahora eran ojos vivos. Inspiró y parecía dispuesto a decir algo pero se contuvo. Clavó la vista en el pizarrón del frente.

—Hábleme del Estado Profundo —dijo finalmente.

Julia cambió el gesto de repente. Se sentía incómoda. Meneó la cabeza y tragó saliva con dificultad.

—En Turquía hace muchos años, circulan rumores sobre la existencia del “Estado Profundo”. Se supone que son un grupo de coaliciones anti

democráticas que funcionan dentro del Estado turco. Dicen que está compuesto por elementos de alto nivel de servicios de inteligencia, la justicia, los militares y la mafia. Pero si eres de Turquía ya debes saber bastante sobre el tema —dijo casi de manera automática. La sonrisa que portaba hacía un rato había desaparecido.

—¿Cree que es verdad? —preguntó Ali; luego negó con la cabeza y la miró a los ojos.

—La verdad, es muy probable, aunque no tengo ninguna prueba. —Julia se levantó con rapidez de la butaca y comenzó a caminar hacia la puerta. Antes de que pudiera tocar el pomo sintió una mano sobre su espalda que la detuvo. Los dedos flacos de Ali se clavaron en su hombro y ella percibió su mirada oscura sobre su nuca pero no quiso demostrarle su temor. Hizo fuerza hasta que se libró de él pero antes de que pudiera dejar el recinto, él la tomó del brazo.

—Tengo que irme —gritó ella dándose vuelta dispuesta a golpearlo. Sus ojos renegridos ahora estaban entrecerrados, sintió su respiración cercana e intentó alejarlo.

—Mire esto —dijo él y le mostró un sobre papel madera.

La mujer lo tomó, desesperada por sacarse a ese extraño muchacho de encima y sin terminar de entender qué era exactamente lo que la estaba poniendo tan nerviosa. Por un instante fijó la vista en el sobre y lo apretó contra su pecho. Cuando se dio vuelta para ver dónde estaba el joven, observó que la puerta estaba cerrándose. Tardó unos segundos en reaccionar y cuando salió del lugar, solo veía pasar estudiantes riéndose. Caminó a paso rápido por un pasillo y se detuvo a observar las escaleras, pero no vio al muchacho. En ese instante, se cruzó con otra profesora que pasaba por allí:

—Qué semblante, por favor. ¿Algún problema? —preguntó la mujer de unos sesenta años sin dejar de caminar.

Julia sonrió casi por acto reflejo y no le respondió. Miró hacia el suelo y entonces recordó que tenía el sobre en la mano. Sin dudar, lo abrió y sacó unas fotos de su interior.

Había varios hombres a quienes no conocía. Julia pensó que aquellas fotografías parecían las que veía en las películas de espías, imágenes de gente bajando de sus vehículos, o hablando por sus móviles. Gente que no tenía idea de que estaba siendo fotografiada. Se sintió extraña observando a esas personas. Pasó ocho fotografías y cuando tomó la novena, abrió los ojos como platos. Lo reconoció enseguida. Su padre. Negó con la cabeza mientras se

acercaba la fotografía para ver si descubriría algo, aunque no sabía qué era lo que buscaba. Notó que la foto era viejísima y había sido tomada en la Plaza Taksim, quizás el día de su muerte. Pedro sonreía y estaba de brazos cruzados observando cómo las columnas de gente se acomodaban en la plaza. Detrás de esa había otra imagen que la hizo temblar: su padre, amordazado, con un ojo completamente negro y tan hinchado que casi no podía abrirlo. Tenía la cabeza ladeada, el rostro sucio y el pelo revuelto. Y luego otra más, una toma bastante lejana. Su padre, o alguien que se le parecía mucho, con el pelo más blanco y caminando al lado de una jovencita. Imposible, no podía ser él.

—¿Qué mierda es...? —se preguntó Julia con un dejo de voz mientras soltaba las fotos, que cayeron al piso desparramándose a sus pies. Julia miró hacia ambos lados, algunos alumnos todavía caminaban sin rumbo y un grupo de profesores se acercaba hacia donde estaba ella. Se agachó e intentó recoger las fotos sin llamar la atención. Cuando las estaba tomando, reparó en la última fotografía, la única que le restaba ver. Allí estaba Berkant. Su rostro se volvió pálido como un papel.

El resto de los profesores ya se encontraban frente a ella dispuestos a auxiliarla al verla con esa expresión. Ella apretó fuerte las fotografías. La que estaba a la vista de todos era la última que había recogido. Uno de los profesores, un hombre regordete de unos cincuenta años observó la fotografía.

—¿Estás bien? —preguntó.

Julia no respondió. Tragó saliva con dificultad. De repente, solo podía ver en el rostro de los hombres que la rodeaban, los rasgos de su padre, salvajemente golpeado. Su padre con algunas canas. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Cuándo habían sido tomadas aquellas fotografías? Se mareó y se hizo paso entre los otros profesores, que la observaban preocupados.

Capítulo IV

Julia finalmente había logrado conciliar el sueño luego de tomar unas píldoras para dormir que llevaba consigo por si acaso. Tenía una especie de terror irracional al hecho de no poder dormir y, a pesar de que casi nunca las necesitaba, el solo hecho de saber que no tenía consigo la medicación le producía ansiedad. Tras media hora de un sueño profundo, el sonido tintineante del despertador la sacudió de la cama. Abrió los ojos con una mezcla de cansancio y desconcierto. Por un instante no supo dónde estaba, ni qué día era, ni nada. Se refregó los ojos con fuerza e inspiró. Luego se sentó en la cama y se tomó la cabeza con las dos manos. Miró la hora en el reloj despertador que aún sonaba sobre la mesa de luz y lo apagó con desgano. Entonces, la primera imagen que le vino a la mente fue otra vez el rostro de su padre. Julia conservaba pocas fotografías de él porque Susana se había deshecho de casi todas. Su cuerpo se inundó de dolor al pensar en lo que habría sufrido su padre. ¿Por qué un estudiante le estaría preguntando sobre el Estado Profundo y luego le mostraría esas fotografías? ¿Por qué tendría esas imágenes en sus manos? Tenía que hablar con Berkant. Quizás hubiera algo de la historia que no le había contado a los catorce años para no lastimarla. Ahora era el momento de conocer la verdad, *toda la verdad*.

Sintió una presión en la garganta, como si tuviese una pelota atascada. Enderezó la espalda y con los pensamientos aún confusos, se levantó y se dirigió al baño para vestirse. Miró por la ventana y observó el cielo gris de Washington. Antes de llegar al baño vio el sobre papel madera en el piso. Sin pensarlo lo tomó, quitó las fotografías de adentro y lo rompió en minúsculos pedazos. Los trozos de papel cayeron lentamente al suelo. Julia caminó por encima de ellos. Se vistió con rapidez y volvió a la habitación. Sabía que debía apresurarse, odiaba llegar tarde en general, pero en especial a sus clases. Tomó las fotografías que yacían en el suelo junto a los trozos del sobre destruido. Las colocó en su cartera y entonces le pareció distinguir en el suelo, en uno de los minúsculos fragmentos de papel, una letra. Lo tomó y lo miró. Todavía sentía que no estaba completamente despierta y tenía la vista nublada. Efectivamente, era una letra escrita en color negro. Comenzó a revolver entre los restos del sobre buscando más letras. Se sentó en el suelo, miró su reloj pulsera y suspiró. Llegaría tarde. Se refregó con fuerza el flequillo despeinado

y siguió buscando en aquel rompecabezas de papel. Quince minutos más tarde, con un gesto preocupado y sin haber logrado quitarse la sensación de tener algo en la garganta, estaba frente a dos palabras que le produjeron un sudor que le empapó la espalda: OPERACIÓN GLADIO.

Capítulo V

25 de Septiembre de 2008.
Ámsterdam, Holanda.

La lluvia corrió de la plaza a un grupo de niños que jugaba con sus perros. El verano parecía no querer dejar la ciudad y la gente seguía vistiendo ropa de manga corta.

En un bar céntrico dos hombres y una mujer disfrutaban de unas humeantes tazas de café. La mujer, de unos sesenta años pero con apariencia más juvenil, tenía el cabello de un tono artificialmente renegrido. El color de sus ojos también era de una negrura intensa. El resto de sus rasgos no suavizaba en nada la dureza de su mirada. Estaba maquillada en exceso y sus labios tenían un rojo carmesí. En aquella tierra de gente rubia y ojos claros, la mujer no pasaba en absoluto desapercibida.

Los hombres reían y charlaban animadamente, pero ella parecía más preocupada en observar a su alrededor. Una de sus manos sujetaba la taza de café y la otra permanecía sobre su falda, sosteniendo con fuerza una cartera *Louis Vuitton*. Sus uñas largas tenían el mismo tono rabioso que sus labios y varios anillos con grandes piedras decoraban sus largos dedos.

De repente, colocó la cartera sobre la mesa y dijo:

—Señores, a lo que hemos venido.

Los dos hombres inmediatamente cambiaron el gesto y la miraron sin decir nada. Uno de ellos desvió la vista para comprobar que nadie les estuviese observando. Se acomodó el cuello de la camisa y luego puso ambas manos sobre la mesa.

—Adelante Gloria —dijo él.

La mujer abrió su cartera con parsimonia y sacó una carpeta roja. La colocó sobre la mesa y la empujó hasta el centro. Ninguno de los dos hombres se movió y la mujer carraspeó haciendo un gesto con la cabeza.

Rick, el más joven, lo tomó y lo acercó. Con disimulo, sacó lo que había dentro. Una foto de una hermosa mujer se dejó ver. La fotografía parecía tener varios años.

—¿Qué más sabemos? —preguntó Dante, el mayor.

—Que ya tiene que haber reaparecido. Es el único dato nuevo que puedo

brindarles.

—Ni siquiera estábamos seguros de que estuviera viva —espetó Rick.

—¿Apareció la momia? —preguntó Gloria inclinando la cabeza. Los hombres asintieron—. Apareció ella entonces. Búsquenla y tráiganla. Para eso les pago.

—Según nos han informado hasta ahora nadie con esas características se ha...

—Pasaron diez años, imagino que *esas* características, hoy pueden ser *otras* características ¿no? Si alguien se acerca a la momia es ella, muy simple. Quiero a cualquier mujer que se acerque y punto.

—No podemos secuestrar a todas las mujeres que pasen cerca del sitio. —Dante sonrió, pero a nadie más le pareció gracioso el comentario.

—Veamos... —Gloria se acercó a la mesa y puso las manos sobre esta, las piedras de sus anillos centellearon con la luz del lugar—. Si el trabajo es muy complejo para ustedes, me avisan y ya. Pero, lo que no voy a permitir bajo ningún punto de vista es esta duda ridícula —dijo. La mujer levantó la voz pero inmediatamente la bajó y siguió hablando con un susurro—. No sé si soy clara. Averigüen dónde está y tráiganla. Viva, muerta, moribunda, lisiada, no me importa. ¿Pueden cumplir el trabajo, sí o no?

Dante y Rick estaban acostumbrados a hacer aquel tipo de trabajo sucio. Incluso podían llegar más lejos si se lo proponían y no sentirían ningún tipo de culpa. Pero Gloria les parecía más fría y calculadora que varios de sus clientes habituales, y eso era mucho decir. Su mirada intensa, sus ojos opacos, su rostro inexpresivo y distante. Hasta su voz tenía un timbre duro. Los hombres estuvieron un largo rato en silencio midiendo a la mujer. Ella no se dejó intimidar en ningún momento y siguió bebiendo café con total normalidad.

—¿Se puede saber para qué quiere a esa mujer? —preguntó Rick. Dante lo miró reprochándole semejante invasión a la intimidad de un cliente.

—Y dime una cosa tú. Veamos... —La mujer apoyó la taza y, por primera vez en toda la conversación, sonrió. Esa sonrisa les provocó un escozor—. ¿Estas preguntas se las hacen también a sus clientes hombres? —Ninguno de los dos respondió—. Pues no se preocupen, sería incapaz de hacerle daño a nadie —rio con sorna—. Y Tina no va a venir, por las buenas no va a venir. —Miró primero a Dante y luego a Rick—. Pero, por favor, no se preocupen... aunque me resulta algo extraño haber encontrado a los únicos dos mercenarios del mundo con escrúpulos, pero de todas formas... —la mujer tomó su cartera y se levantó con delicadeza— cuando la tenga enfrente, solo la voy a invitar a

tomar un té. Y seguramente será un gran té, teniendo en cuenta el trabajo que me estoy tomando para encontrarla, ¿no?

—¿Y cómo sabes que va a aparecer? Quizás quiera seguir escondida... No hay forma de saber que irá por la momia.

—Sí lo sé. —Meneó la cabeza de un lado al otro y sonrió—. Porque le han encargado que la robe. Y va a cumplir. Créanlo.

Gloria saludó a ambos con la cabeza y se fue caminando con elegancia. Los hombres la observaron irse. Por unos minutos, ninguno de los dos habló.

—Vamos. Hay mucho que hacer. —Rick se encogió de hombros, sacó unos euros de su bolsillo y los dejó sobre la mesa—. Hoy invito yo.

—¿Qué te parece? —preguntó Dante mientras preparaba un cigarrillo para encender apenas saliera del lugar.

—¿Qué me parece qué? —respondió Rick cuya mente ya divagaba por otros carriles.

—Esta mujer... no me gusta nada. Es extraña. ¿No será alguna trampa?

Rick lo miró con una mueca en el rostro. Giró el cuello hacia ambos lados.

—No seas paranoico. Paga bien y el trabajo no parece difícil —respondió sin mirarlo.

—Tienes razón —respondió y, apenas abrió la puerta del bar, encendió el cigarrillo con rapidez y dio una pitada como si fuese la última de su vida—. Aunque esa mujer no me gusta nada, absolutamente nada.

Capítulo VI

25 de septiembre de 2008.
Estambul, Turquía.

Berkant Göksen había pasado la última semana pensando en su hermano. Pocos meses atrás se habían cumplido dieciocho años de su asesinato y, como siempre, había tenido otro de esos sueños horribles en donde lo veía avejentado y con una herida en la frente. Este año le había sido particularmente difícil dejar de pensar en él. A pesar de que el recuerdo de Celal se le había comenzado a hacer borroso poco tiempo después de su muerte, le pareció que era increíble que hubiera pasado tanto tiempo. No era que se había olvidado de él sino que su imagen se desdibujaba cuando cerraba los ojos. La mayoría del tiempo evitaba pensar en él, hasta había dejado de visitar a su cuñada Nursel. Lo había hecho regularmente durante nueve años. Una vez cada dos meses se hacía presente en el neuropsiquiátrico donde estaba internada. Cuando se cumplió el décimo aniversario pensó que ya había hecho lo suficiente por ella, ya no le debía más a Celal. No toleraba que cada vez que se encontraban frente a frente la mujer volvía a contarle la historia del periodista, Operación Gladio, los Lobos Grises y todo el resto. Esa historia era la que la había llevado a pasar su vida encerrada, después de todo.

Ahora se encontraba en su oficina y acababa de cortar una comunicación con el director del neuropsiquiátrico que le había informado que Nursel estaba lista para enfrentar la vida otra vez, siempre con la contención de la familia. Se sirvió un vaso de whisky y miró a su alrededor. Volvió a tomar el trozo de papel que había sostenido en la mano casi toda la mañana y lo apretó casi por instinto. Tenía que llamar al teléfono que tenía anotado y confirmarle a los médicos que ella podía quedarse en su casa, al menos hasta que pudiera manejarse sola. Volvió a mirar alrededor y pensó que definitivamente no podía haber peor momento para que su cuñada fuera a vivir con él. Intentó distraerse pensando que su oficina necesitaba una mano de pintura. Hacía años que no gastaba un centavo en su decoración y eso se estaba haciendo evidente en las paredes descascaradas del lugar y unas pequeñas manchas de humedad que se estaban formando cerca del techo. Eso jamás le había importado, pero entonces sintió un fuerte deseo de renovar todo el sitio. De repente, un fuerte

dolor de cabeza comenzó a irradiarse hacia su cuello. Maldijo en voz baja y cerró los ojos por un instante. Allí, de pie, en medio de su alicaída oficina, Berkant dejó escapar una lágrima.

Tenía sesenta y cuatro años y aún no había perdido la belleza en la mirada. Sus ojos, de un color azul acero, eran inmensos y parecían los de un niño. Si bien era uno de los más prestigiosos abogados civiles de Estambul, ahora apenas iba al bufete a distraerse un rato. La mayoría de las reuniones de trabajo prefería hacerlas tras las puertas de su casa y no allí. Le fastidiaba la presencia constante de su joven asistente para hacerle algún comentario inútil, pero sobre todo le fastidiaba tener que lidiar con clientes que no tenían la menor importancia. Estaba agotado, sin duda. Pero aún tenía mucho que hacer. No podía darse el lujo de retirarse. No hasta que las cosas estuvieran en perfecto orden.

Mientras volvió a mirar a su alrededor pensó en su hijo y sus eternas súplicas para que se retirara. Pero él le respondía que no sabía qué hacer con tanto tiempo libre. Enrique siempre le reclamaba que descansara, que ya había trabajado demasiado, pero Berkant jamás lo tomaba en serio. A veces le decía que pronto lo haría y la mentira quedaba flotando en el aire sin que ninguno de los dos la creyera o dijera algo para refutarla. Él era su único hijo y había heredado el carácter suave de su madre y eso a Berkant lo había atormentado toda la vida. A veces él buscaba desatar la ira de su hijo mintiéndole sin pudor, pero Enrique optaba por no confrontar a su padre y eso hacía la situación aún más tensa. Enrique lo dejaba mentir, pensaba que alguna razón tendría. Ese era un rasgo que había heredado de Beatriz, su madre.

Berkant desvió la vista al escritorio y observó el portarretratos con la foto de su esposa. Le pareció de una belleza que podía desafiar al tiempo. Ella sonreía desde la fotografía y él sintió una puntada de nostalgia. La mujer había muerto hacía más de quince años y Berkant, a veces, la extrañaba. Recordó el momento en que la había visto por primera vez, en un crucero por el mar Egeo. Se había enamorado a primera vista de aquella española con sonrisa cálida y andar alegre. Y se dijo a sí mismo que sería su esposa. Ella también se enamoró de él con rapidez, tanto amor creyó sentir que no dudó en dejar su profesión de actriz apenas él se lo pidió. Berkant no era el tipo de hombre que hubiera soportado tener una actriz a su lado, quizás sí como amante, jamás como esposa. Cuando le propuso casamiento, pocos meses después de aquel primer encuentro, Beatriz quiso saber adónde iban a vivir. Dentro de ella, sabía que Berkant no podría dejar Turquía jamás y ella tampoco podría

pedírselo. Entonces él le dijo la primera mentira, le dijo que ella elegiría su lugar de residencia. Por supuesto que sabiendo lo que su futuro marido sentía por su tierra, ella dijo Turquía. Si había amor, cualquier lugar podría ser su hogar. Él sonrió aliviado. Después de todo, el matrimonio no iba a ser tan malo.

Beatriz lo adoraba y, durante los primeros años, vivía para su esposo pero jamás logró acostumbrarse a la vida en Estambul, aunque él le insistía en que era cuestión de tiempo. Y ella, como siempre, optó por no discutir su mentira. Varios años después, estaba convencida de que se había equivocado, que nunca sería feliz allí, pero el divorcio no era una opción. Era una cristiana practicante y si no había sido nada fácil que su familia aceptara a Berkant, un turco laico que no se molestaba en fingir la menor simpatía por la gente que la rodeaba, menos podía considerar el divorcio. Ella viajaba una vez por año a visitar a su familia, siempre por una semana y con la condición de llamar a su esposo todos los días. Parecía como si le soltara la correa durante algún tiempo para hacerla feliz. Y ella lo era cada vez que volvía a su Santiago natal y se veía rodeada de recuerdos y gente amigable. La mujer le decía a su familia y amigos que era feliz, y ellos, como si estuvieran contagiados por lo mismo que Beatriz, dejaban pasar la mentira. A veces deseaba que no lo hicieran, que la obligaran a confrontarse con la realidad de la cual ella no quería hablar en voz alta. Pero nadie jamás lo hizo y esa fue su excusa para seguir al lado de Berkant a pesar de que hacía tiempo ya no sentía lo mismo.

Cuando menos lo esperaba y ya había dejado de lado la idea de volver a ser feliz, recibió la noticia de su embarazo. Entonces creyó que todo tenía sentido nuevamente. Debía estar bien, después de todo, estaba segura de que en lo único que su hijo podría buscar protección sería en ella. Berkant recibió la noticia con tibieza pero a ella ya no le afectó. Le acercó un libro con una lista de nombres en turco y ella ni siquiera lo abrió. Lo miró, como si ya nada le importara, y le dijo que su hijo llevaría un nombre español. Enrique, como su primo si era un varón; Montserrat si era mujer. Berkant, por supuesto, le dijo que no. Ella, por primera y última vez en su vida, se plantó delante de él y le dijo que ya había tomado la decisión y no la cambiaría. Berkant se alarmó un poco ante esta situación y decidió ceder. Tenía demasiadas cosas en la cabeza como para ponerse a discutir con su esposa embarazada de algo que tampoco le importaba demasiado. Al menos, pensó él, ahora estaría entretenida con su hijo y no la vería con esa expresión de angustia cada vez que llegaba a su casa después de un tedioso día de trabajo.

Él caminó unos pasos y observó la fotografía que había al lado de la de su esposa. Berkant, varios años más joven, con su hijo. Ambos arrodillados ante un gran león muerto. El padre sonreía y mostraba orgulloso su rifle; el hijo tenía la mirada ensombrecida y daba la sensación de tener vergüenza de estar allí. Berkant recordaba perfectamente aquel día. Había llevado a Enrique a cazar a un coto en África y el viaje había sido un completo fracaso. El chico, con quince años, aborrecía la caza pero su padre lo obligó a ir de todas formas. Pensaba que tarde o temprano tendría que salir del ala protectora de su madre y enfrentar al mundo. Y el mundo era una selva, él lo sabía perfectamente. Pero el alma del jovencito se retorció cada vez que veía caer un animal al suelo y su padre, en lugar de entenderlo, le hacía disparar más y más. Al volver a Estambul, Berkant le echó la culpa a su esposa de estar criando un niño con carácter de niña. No comprendía cómo su pulso temblaba al apuntar su rifle, cómo sus ojos se llenaban de lágrimas por un maldito animal. Le gritó a Beatriz que le daba vergüenza que por las venas de su hijo corriera sangre turca. Enrique, desde el piso de arriba y aún acongojado, lo escuchó. Como represalia, jamás volvió a probar un trozo de carne. Su padre tomó esta actitud como algo personal. Y tenía razón.

Cuando el jovencito terminó el colegio, decidió ingresar a la policía. Siempre había creído que su madre no aprobaba esta decisión, pero ella jamás dijo una palabra. En cambio, su padre, sí. “No podrás hacerlo”, solía repetirle. Como siempre, Enrique había optado por ignorarlo. Muchos años después pensó que aquella decisión de ser parte de la fuerza policial se debía a que quería encontrar la verdad sobre la muerte de su tío Celal, algo que no había dejado de dolerle a pesar del paso de los años. Al poco tiempo de estar en la fuerza comprendió que aquel no era su sitio. Entonces se fue a El Cairo a estudiar periodismo. Ahora trabajaba en el periódico *Gerçek*, cosa que su padre, por supuesto, tampoco aprobaba. El periodismo, pensaba, era una profesión para los que les gustaba más hablar que hacer.

Beatriz le había preguntado muchas veces a Berkant por qué se comportaba tan fríamente con su hijo. Él la ignoraba, casi tanto como lo ignoraba a él. Estaba enfrascado en su trabajo y los fines de semana siempre tenía alguna actividad que no incluía a su familia. Su prestigio como abogado fue creciendo y su relación con la familia se anuló casi por completo. Enrique y Beatriz se acostumbraron a su ausencia.

Pero en 1997 Beatriz se enfermó y murió en cuestión de meses. Enrique quedó devastado. Berkant no mostró emoción alguna pero vistió de negro por

un año entero. El joven se fue de viaje y tardó cuatro años en regresar a Turquía. Casi no tuvo contacto con su padre en aquel período. Al volver a Estambul, decidió que debía intentar acercarse a él. Desde entonces era lo que intentaba hacer, a pesar de creer que jamás tendría éxito.

Berkant, de pie en el medio de su oficina, se enjuagó la lágrima que le recorría la mejilla. Se molestó consigo mismo por llorar y en ese preciso instante entró su hijo. Él estaba tan concentrado que no se percató de su presencia. No podía sacar de su cabeza la imagen de Beatriz en aquel cruce. Se preguntó si habría hecho mal en cruzar sangre turca con sangre española.

Cuando Enrique carraspeó, los inmensos ojos de su padre lo miraron. Le molestó la idea de que podía haber estado allí varios minutos, observando su debilidad y acaso disfrutando del espectáculo.

—¿Qué sucede papá? —preguntó Enrique acercándose con lentitud hacia él.

Berkant guardó el papel que aún sostenía en el bolsillo y se acercó a la ventana para observar el devenir de la ciudad, completamente ajena a sus pensamientos. Puso una mano sobre el vidrio y se inclinó hacia adelante. Con la otra se tomó la cabeza. Sintió que estaba a punto de estallar.

—¿Qué ocurre papá? —repitió Enrique algo fastidiado porque su padre parecía empeñado en ignorarlo.

El hombre se dio vuelta y forzó una sonrisa.

—Intenté hablar con Julia, pero fue imposible —dijo el hombre con voz cansina.

—¿Y por eso tienes esa cara? ¿Es que todavía no sabes cómo es Julia? Hoy está de buen humor, mañana no se le puede hablar, hoy se lleva el mundo por delante, mañana es la mujer más deprimida de la tierra... —espetó Enrique con fuerza. Había odio en sus palabras.

—Basta, no me gusta que hables así de ella.

—Sí, claro. En fin... —Evidentemente el joven no quería seguir hablando del tema—. Esta noche cenamos en casa, ¿vendrás, no? Salma hará tu plato favorito...

—Te has ganado la lotería con esa mujer —el hombre rio con sarcasmo y se acercó a su escritorio donde lo esperaba una botella de whisky recién abierta. Abrió un cajón, sacó un frasco de pastillas y tomó dos junto con un largo sorbo de bebida.

—¿Otra vez los dolores de cabeza? —preguntó Enrique que ahora tenía un gesto preocupado.

El hombre lo ignoró, se sentó y se recostó sobre el sillón.

—¿Es necesario que vaya esta noche? Estoy muy cansado...

—Salma se sentirá mal si no vienes, sabes que todavía siente que no la consideras parte de la familia. Vamos, te hará bien —dijo con una sonrisa.

—Está bien, iré. Agradécele a tu esposa por la invitación.

Berkant tomó el móvil y marcó un número sin esperar que su hijo se retirara.

—¿Otra vez vas a llamar a Julia? —preguntó fastidiado.

—Sí —respondió el padre—. Y sería momento de que hicieras a un lado tus diferencias con ella. Lo que sucedió, sucedió hace mucho tiempo. Julia ya no es la misma y tú tampoco. Algún día tendrás que madurar. Tu sensibilidad no te llevará por buenos caminos.

A Enrique se le inyectaron los ojos en sangre. No podía creer las palabras que escuchaba. Su padre diciéndole que dejara aparte sus diferencias con esa mujer que tan mal le había hecho. Y sí, habían pasado varios años, pero no los suficientes como para que él la perdonara.

—Te esperamos esta noche entonces. A la hora de siempre. Sé puntual.

—Sí —respondió su padre y se acercó a él para abrirle la puerta de la oficina.

—Espera, no te he dicho a qué vine. —Enrique esbozó una leve sonrisa que su padre no devolvió—. He hablado con el doctor de la tía Nursel. Dice que ya puede salir... —dijo y Berkant lo detuvo haciéndole un gesto con la palma de la mano abierta.

—Ese tema lo resolveré yo —le informó.

—Quiero que la tía se quede en casa.

—Imposible. Yo me haré cargo de ella —respondió y Enrique notó que su padre tenía los puños apretados—. Ahora no puedo seguir con esta discusión. Pero Nursel estará mejor en casa.

Enrique resopló y estuvo a punto de retrucarlo, pero no quería comenzar a discutir allí. Después de todo, lo único que quería era que por fin su tía tuviera una vida mejor, que pudiera disfrutar de sus últimos años en familia. No importaba si iba a vivir con él o con Berkant, solo importaba que se sintiera segura.

Mientras esperaba el elevador, Enrique recordó que su padre había dicho que quería hablar con Julia. Hacía mucho que no sabía nada de ella y estaba convencido de que ya no le produciría ningún sentimiento escuchar su nombre. Sin embargo, una sensación de frío le recorrió el cuerpo al recordar el

momento en el cuál su relación de amistad con ella se había arruinado. Julia viajaba con frecuencia a Estambul, un poco por trabajo, otro poco por placer. En uno de aquellos viajes había comenzado una relación con Enrique que terminó tan abruptamente como había empezado. Enrique se había enamorado por primera vez en su vida, pero Julia seguía sin poder comprometerse con un hombre. Ella creyó que no era justo poner en peligro su amistad con Enrique, a quien conocía desde pequeño. Sí, definitivamente no era lo correcto para él y no creyó que Berkant viera con buenos ojos esa relación. Lo que para ella había sido simplemente algo más que un coqueteo, para Enrique había significado un profundo dolor del que le costó reponerse. Berkant, por supuesto, le dio la espalda a su hijo y defendió a Julia.

El ruido de la puerta del elevador abriéndose lo distrajo por un segundo, pero apenas ingresó y apretó el botón de planta baja, nuevamente volvió a pensar en Julia y Berkant. Se le cruzaban miles de cosas para decirle a su padre. Miles. Pero no, nunca había podido discutir con él y ganarle. Y mucho menos si de Julia se trataba. El hombre siempre la había defendido como si ella fuese incapaz de equivocarse, la había amado como propia, la había ayudado como si no tuviera nada en el mundo. Enrique nunca sintió celos por esta situación, pero odiaba que a pesar de todo lo sucedido en el pasado, él siguiera de parte de ella. No podía soportar que su propio padre fuera incapaz de sentir algo de empatía por todo el dolor que él había sentido. Salió tambaleándose del elevador, con una mezcla de enojo y curiosidad. No dejaba de preguntarse por qué su padre querría comunicarse con Julia de manera tan urgente.

Intentó salir del edificio lo más pronto posible, sentía que el sudor empapaba su camisa y no quiso que nadie se diera cuenta. Al divisar la gran puerta corrediza de vidrio, apuró el paso como si alguien estuviera detrás de él, persiguiéndolo. Cuando por fin cruzó el umbral, abrió la boca para que el aire fresco de la mañana penetrara en sus pulmones. Sentía una ligera opresión en el pecho que reconocía perfectamente como una muestra de nervios. Intentó engañarse diciéndose que no había nada por qué estar nervioso. Aunque él sabía perfectamente que el solo hecho de que alguien le nombrara a Julia lo perturbaba.

Cruzó una calle sin mirar y el fuerte sonido de un claxon lo hizo volver a transpirar. El chofer del auto que estuvo a punto de atropellarlo bajó la ventanilla pero no le dijo nada, simplemente lo miró fijamente con las cejas arqueadas. Enrique hizo un gesto de disculpas con la cabeza y el hombre

siguió su camino.

En ese momento, en la vereda de enfrente distinguió a una mujer que le llamó la atención. Una espesa cabellera castaña pasaba por allí, completamente ajena a todo. Enrique sintió un escalofrío y cerró los ojos, cuando los abrió la mujer ya estaba cerca de él y comprendió que no se trataba de Julia. Miró hacia otro lado y se alejó hacia donde tenía aparcado el automóvil.

Apenas se subió, encendió la radio para escuchar las noticias. Clavó sus enormes ojos grises en el espejo retrovisor y de repente, entre la gente, divisó la figura de su padre corriendo. Se alarmó y miró hacia atrás. Ya lo había perdido de vista, pero estaba seguro de que era él, haciéndose paso apurado entre la gente. Sopesó la idea de ir detrás de él para ver a dónde iba tan de prisa. Pero pensó que no era lo mejor. Puso el automóvil en marcha y se dirigió a su casa donde Salma lo esperaba para pasar un rato juntos.

Capítulo VII

25 de Septiembre de 2008.
Umm Qais, Jordania.

Tina iba a toda velocidad. Trataba de no pensar, de concentrarse solo en llegar a tiempo y llevarse a la momia. A veces le venían a la mente imágenes. Sentía otra vez una mano sobre su boca y entonces, intentaba respirar hondo y comenzaba a cantar en voz alta hasta que los recuerdos se desvanecían. Las calles de Umm Qais, antes llamada Gadara, ya le eran conocidas. La ciudad estaba enclavada en una montaña a 378 metros sobre el nivel del mar. La mujer podría haber conducido por allí con los ojos cerrados. Intentó distraerse sintonizando alguna radio pero el aparato del destartalado vehículo que había alquilado no funcionaba.

De vez en cuando giraba la cabeza y observaba las colinas verdes que indicaban que el verano se resistía a irse. Este pequeño pueblo de origen romano situado en la frontera entre Jordania, Israel y Siria le fascinaba. Intentaba recordar la primera vez que había pisado aquel sitio.

Había llegado allí casi de casualidad, escapando. Y encontró un sitio de ensueños, un sitio que había sido bendecido con el don de la tierra fértil y las lluvias. Los pueblerinos le habían dicho, orgullosos, que allí era donde Jesús en persona había exorcizado un hombre, enviando el diablo al cuerpo de un cerdo. La gente, aterrorizada, le pidió a Jesús que se marchara, y así lo hizo. El hombre al cual había salvado quiso irse con él, pero el hijo de Dios le pidió que se quedara allí para contar la historia de lo que había sucedido.

Aquella primera vez no había podido quedarse mucho tiempo, pero había ido a un mirador desde el que se podían observar los Altos del Golán y el lago Tiberíades. Había visitado las espectaculares ruinas de un teatro y un foro. Recordó que cenó en un pequeño restaurante que había dentro de las mismas ruinas. Sonrió e inclinó la cabeza. Siempre había sido una enamorada de Medio Oriente pero había dos sitios que simplemente la habían maravillado, uno era aquel pueblo; el otro Maalula, a donde iría una vez que consiguiera la momia.

Comenzó a revisar cómo era el plan para cumplir su objetivo. Sabía que si algo salía mal, toda su vida se desbarrancaría nuevamente. Por eso no podía

darse el lujo de fallar. Apretó el acelerador a fondo aunque el vehículo apenas si se movió algo más rápido. Las columnas de basalto negro que se alzaban en el valle de Jordán la tranquilizaron. Conocía cada centímetro de los caminos que transitaría. Nada podía salir mal, absolutamente nada. A veces no sabía cómo, pero las cosas en su vida se encarrilaban cuando todo parecía perdido. Pensaba que quizás en el fondo, Dios tuviese trazado un plan exacto para ella y cada intento de deshacerlo fuera impedido por alguna fuerza extraordinaria. Tina había escapado sana y salva de situaciones terribles en su vida y sabía que esta era otra de ellas. Se llevó la mano al cuello y se miró en el espejo del coche mientras conducía. Se desató el velo y levantó la cabeza. Se miró unas cicatrices que se dejaban ver debajo de la tela negra. Su rostro se puso serio de golpe. Pensó en su cuerpo surcado por esas terribles marcas. Recordó el momento exacto en que cuatro hombres le quemaban el torso y las piernas. Nunca olvidaría sus rostros, cada vez que posaba los ojos sobre sus heridas, veía sus rasgos por un segundo. Tiritó y movió la cabeza para despejar la mente y espantar ese recuerdo. Volvió a apoyar la mano en el volante y no tuvo duda, esto también saldría bien.

Se dirigió hacia donde la momia aguardaba. Apenas distinguió el Museo de Umm Qais, sonrió. Aparcó el coche frente al lugar y bajó del vehículo con una confianza renovada. Miró hacia arriba y observó el inmenso cielo azul. Era un día perfecto.

El museo del lugar no tenía grandes cosas, simplemente algunas tablillas y mosaicos que habían rescatado de las ruinas. El edificio que lo cobijaba había sido la casa de un antiguo emperador otomano. A Tina le encantaba ese sitio, siempre pensaba que la restauración había sido perfecta y lamentaba que no lograra mostrar objetos más valiosos. Sin embargo, en aquel momento, tenía el objeto máspreciado para ella. Y estaba dispuesta a conseguirlo.

Antes de bajar del automóvil se palpó la cintura. Tenía una navaja y un pequeño revólver. Se acomodó la ropa y ensayó una sonrisa. Escuchó el chillido de su teléfono móvil y atendió inmediatamente.

—Sí, estoy en eso. Tendré cuidado. —Hizo un silencio y escuchó atentamente a la otra persona dándole indicaciones—. Por supuesto que todo llegará en condiciones.

Cortó la comunicación, tomó del asiento de atrás un carrito con ruedas y se dirigió hacia la entrada.

Un hombre bastante anciano estaba sentado detrás de un viejo escritorio. Tenía la tez oscura y la espalda encorvada, una barba canosa dejaba ver unos

pocos dientes amarillentos. El hombre sonrió y ella le devolvió el gesto.

—Abdul —dijo ella elevando el tono de voz—, vengo a buscar a la momia.

El hombre no dijo nada, parecía un poco avergonzado de no recordar el nombre de aquella mujer que lo trataba con familiaridad.

—¿No venían los militares a buscarla? —titubeó el hombre.

Tina se acercó a él a paso firme y lo miró con cierta ternura.

—¿Y desde cuándo los militares están para cosas útiles? —La mujer rio y observó cómo el hombre parecía distenderse. Le mostró el papel con los sellos y el hombre pareció tranquilizarse.

—Por allá. —El anciano señaló una puerta.

La mujer se dirigió con rapidez al lugar, abrió la puerta y observó una caja de madera clara no demasiado grande. Con algo de dificultad y torpeza la colocó sobre el carro.

—Con cuidado —le recomendó Abdul que estaba a unos metros de ella—. O van a decir que la cuidamos mal aquí. Si quieres llamo a alguno de los muchachos para que te ayuden a subirla al...

—Abdul, no hace falta —dijo Tina mientras pasaba a su lado y se dirigía hacia la entrada.

—Tienes que firmar un formulario, ya lo busco.

—La acomodo en el vehículo y vuelvo.

Abdul se dirigió a su escritorio y revolvió entre los papeles que había allí desparramados. Tardó unos minutos en encontrar el papel verde que buscaba. Lo tomó, buscó un bolígrafo y se dirigió hacia la puerta. Cuando salió, observó las desiertas calles de Umm Qais. El vehículo ya no estaba. Tampoco la mujer ni la momia. El hombre frunció el ceño e intentó caminar con rapidez hacia su escritorio para alcanzar el teléfono. Tomó el destartado aparato y marcó un número.

—Me robaron. Se llevaron la momia —dijo y cerró los ojos esperando escuchar los insultos al otro lado de la línea.

Capítulo VIII

26 de septiembre de 2008.

Julia decidió no usar su automóvil para ir hasta la universidad, no tenía ganas de conducir. En el recorrido del departamento al campus no logró sacarse de la cabeza la palabra que había encontrado escrita en el sobre. Metió la mano en el bolso negro y, sin sacarlas, observó las fotografías. Estaba nerviosa. Cerró los ojos e intentó recordar los momentos que había pasado con su padre pero no pudo recordar ninguno. Entonces, pensó en sus ojos color ámbar y, como siempre, se le presentó aquella imagen estática de él sonriendo y vistiendo una camisa clara.

Volvió a abrir su bolso y miró nuevamente las fotos. Se preguntó si aquella misteriosa presencia de Ali en su clase tendría que ver con el hecho de que tenía pensado viajar a Estambul en las próximas semanas para escribir un libro que hablara de las minorías en los países de Medio Oriente. *Estado Profundo*, pensó, *aunque fuese verdad, ¿qué tiene que ver mi padre en todo esto? No tiene ningún sentido.* En ese instante, el taxi se detuvo, Julia le pagó al chofer y se bajó sin esperar el cambio.

Unos metros detrás de ella un hombre de unos cuarenta años la vio y apuró el paso para poder caminar a su lado. Julia lo miró y le sonrió sin dejar de moverse.

—Operación Gladio —dijo Julia en inglés de repente y lo miró de reojo.

—Operación Gladio —repitió él riendo y al ver que ella no hablaba, hizo silencio—. ¿Estás hablando de...?

—¿De qué otra cosa podría estar hablando?

—No lo sé. ¿Te has vuelto historiadora de la guerra fría? ¿O acaso anti comunista? —El hombre la miró y soltó una carcajada.

Julia se detuvo en seco.

—¿Tengo cara de tener un buen día? —preguntó irritada.

Él fijó sus ojos en ella, escudriñándola lentamente.

—¿Dormiste mal?

—Adam, por favor, necesito saber más de Operación Gladio, Estado Profundo... —La voz de Julia denotaba urgencia. A Adam Bloom se le antojó muy extraño verla así.

—Operación Gladio era una especie de... —hizo un gesto con la mano— ejército secreto... ejércitos “de reserva” secretos a lo largo y ancho de Europa, de los países integrantes de la OTAN.

—Para luchar contra el comunismo, eso ya lo sé.

—Exacto —respondió Adam—. Hace varios años, en los noventa... el Primer Ministro italiano, Giulio Andreotti, reconoció la existencia del grupo. ¡Qué escandalete! —Miró hacia arriba con una sonrisa sarcástica en su boca y prosiguió—: Luego lo confirmaron varios más. Por supuesto que poco se sabe acerca de cómo funcionaba esa red paralela de poder. No muchos se quieren hacer cargo de semejante disparate.

—Algo más, algo que no sepa —rogó ella.

—Algunos les atribuyen “contactos” —explicó y dibujó las comillas en el aire— con grupos armados de ultraderecha. Otros directamente los culpan de varios atentados, la “estrategia de la tensión” —repitió el gesto—. ¿Recuerdas el atentado a la estación de trenes en Bolonia?

Ella asintió.

—Crear caos para lograr que los votantes se corran a la derecha —acotó Adam.

—Originales.

—Operación Gladio es un invento, claro. Nadie tomó muy en serio a Andreotti en ese entonces —dijo y la miró. Notó que se dibujaba una leve sonrisa en su rostro—. ¿Has estado leyendo en Internet teorías conspirativas? Hablemos de los extraterrestres que construyeron las pirámides o de...

—¿Estás seguro de que no existió? —preguntó ella y se rascó la cabeza.

—Al menos hasta que alguien me demuestre lo contrario. —Hizo una pausa y se pasó la mano por el cabello—. Ahora dime, ¿por qué tanto interés en Operación Gladio? Ya pasó, ahora no crucificamos más comunistas, ahora son los musulmanes. —Río como si hubiera contado la broma del año. Al ver que ella no reía, repuso la compostura—. El caso más emblemático fue en Italia, pero dicen, y de esto tú deberías saber más que yo, que en Turquía tuvo consecuencias a largo plazo. Consecuencias que persisten hasta hoy. Al menos eso dicen —explicó y remarcó la última palabra.

—La Contraguerrilla, la rama turca de Operación Gladio.

Él asintió con la cabeza.

—Sí, esos locos de atar, los Kemalistas, los Lobos Grises, Ergenekon...

Ella lo miró y se detuvo de golpe.

—¿No crees que haya existido Gladio pero sí crees que exista

Ergenekon? —preguntó ella y arqueó las cejas.

—No sé si es verdad, pero en Turquía han estado deteniendo gente, gente muy poderosa, presuntamente ligada a Ergenekon. Lo que no creo es que eso tenga algo que ver con Operación Gladio. Creo que esa gente forma un grupo armado que busca dar un golpe de estado, nada más.

—Sí, son una red golpista, buscan derrocar al gobierno turco que creen pro islamista... ¿Pero y el Estado Profundo?

—No lo sé. Solo puedo decirte lo que dicen los periódicos, realmente no estoy muy al tanto de lo que sucede en Turquía. Pensé que tú sabrías más que yo.

Ella se quedó pensativa por un instante.

—Claro —exclamó—. Ergenekon es como una continuación de la Contraguerrilla. Es una red armada clandestina, ahora no buscan detener comunistas sino tomar el poder... impedir que haya otro gobierno islamista. Esa es la relación —dijo como si de pronto comprendiera algo—. Y la gente, los poderosos que constituyen lo que se llama Estado Profundo son parte de esta organización —dijo y sonrió como si por fin hubiese descubierto algo nuevo.

—Lindo argumento para una película de espías —dijo y resopló—. Pero si hay algo que aprendí es que cuando dicen que hay demasiada gente involucrada en una conspiración, finalmente todo es mentira. Uno puede conspirar, dos también. Lo que es imposible es que estén todos implicados. Tanta gente no puede mantener un secreto a salvo. Eso es seguro. ¿Recuerdas todas las teorías con respecto a la muerte de Kennedy? Que fueron los cubanos, que fueron los anticastristas, que fueron los servicios secretos, los fabricantes de armas... Alguno de esos debe haber sido. —Negó con la cabeza—. Pero todos juntos, no.

Julia asintió con un gesto y tragó saliva. Él tenía razón. Tanta gente no podía mantener semejante secreto a salvo. Lo que no supo es si eso debía tranquilizarla o ponerla más nerviosa aún.

—¿Todas estas preguntas son por la charla de hoy? Porque si mal no recuerdo te contrataron para escribir un libro sobre las minorías en Medio Oriente y desde ya te digo que deberías tener mejores fuentes que yo —dijo y rio.

Ella señaló su reloj pulsera e hizo un gesto para que siguieran caminando.

—¿De qué charla...? Ah, lo había olvidado. Osmar Kayar. —Julia se mordió el labio inferior y apuró el paso. Adam arqueó las cejas y siguió

caminando pero Julia ya iba más de un metro delante de él. Se apresuró para quedar a su altura.

—¿Te habías olvidado que hoy hablaba Kayar? No creo. ¿Qué te sucede?
—Negó con la cabeza y señaló a su alrededor—. ¿Hace cuánto que no ves tantos periodistas aquí?

—Estoy distraída. ¿A qué hora es?

—Apenas termina tu clase, te aparto un lugar.

Julia movió la cabeza y apuró el paso nuevamente. Caminó con la mirada fija en el piso hasta que estuvo frente a su aula.

Los alumnos estaban moviéndose en sus butacas. Algunos de ellos se habían retirado pensando que la profesora no vendría, ya que nunca llegaba tarde. Julia entró a la sala caminando con rapidez y su típica sonrisa había dejado paso a un gesto preocupado. Varios de los estudiantes se miraron entre sí.

—Perdón por la demora —dijo la mujer mientras dejaba unos libros sobre el escritorio y se dirigía al centro del aula para comenzar la clase. La pizarra que colgaba a sus espaldas estaba dividida en cuatro partes que bajaban y subían según la parte que se estuviera usando. En aquel momento, la parte de arriba y la de abajo estaban superpuestas, como si quien la hubiese usado antes no hubiese terminado de bajarla para escribir. La mujer tomó la manija y con fuerza hizo descender una parte de la pizarra. Entonces, pudo verse en enormes letras rojas un nombre escrito: HRANT DINK. En el auditorio se escuchó un murmullo. Julia giró la cabeza y preguntó quién había escrito el mensaje. Nadie respondió.

—Imagino que no será para mí... —dijo ella y sin esperar respuesta frotó el borrador contra las letras rojas. Pero las grandes letras resistían el embate de Julia y permanecieron intactas hasta que la mujer se dio por vencida.

—Bien, alguien arruinó el pizarrón, perfecto —la profesora se dio vuelta y miró hacia el auditorio. Reconoció gestos de preocupación entre los alumnos. Se frotó los ojos y siguió con la clase como si no hubiese sucedido nada fuera de lo común.

Julia no pudo evitar sentirse nerviosa cuando leyó aquel nombre sobre el pizarrón. Enseguida le vino a la mente el recuerdo de las noticias del día que asesinaron a Hrant Dink, un periodista turco-armenio. Fueron días de caos en Turquía. Recordaba perfectamente que había rumores que sindicaban a Ergenekon como posible autor del hecho, aunque por ese entonces había rumores que señalaban a demasiada gente. Ese fue uno de los problemas.

Julia notó que las manos le sudaban, por un momento pensó en que lo mejor sería interrumpir la clase. Esa frase no podía significar nada bueno. Pero, ¿qué iba a decir? ¿Alguien escribió el nombre de un periodista asesinado en Ankara en 2004? Sonaría ridículo. Optó por dar la clase y comenzó a hablar para quitar de su mente la imagen de aquel periodista tirado en el suelo, cubierto con una sábana blanca, esa imagen que había recorrido el mundo sin cesar durante varios días.

La clase transcurrió con cierta normalidad, aunque la mayoría de los jóvenes notó que Julia observaba el auditorio como si estuviera buscando a alguien. No había pasado desapercibido para la mujer que Ali no estaba en el lugar.

—Eso fue todo por hoy. Sigamos con la lectura para la próxima y seguramente veré a algunos de ustedes en la charla de Osmar Kayar.

Julia notó que ese día ninguno de los alumnos se acercó a comentarle la clase. No tuvo que preguntarse por qué cuando vio a Adam asomado a la ventana haciéndole un gesto para que se diera prisa.

El hombre no tenía el típico aspecto de profesor universitario. Sus ojos eran extremadamente claros y su barba crecida de unos días lo hacía más similar a un atleta que a un experto en Relaciones Internacionales. Su cátedra siempre tenía más mujeres que hombres y él solía reírse con ganas cada vez que algún colega se lo hacía notar. Julia lo había conocido diez años atrás cuando ambos estaban estudiando en Egipto. Se habían hecho muy amigos y hasta habían intentado, sin éxito, que la relación pasara a otro nivel. Ella se sentía culpable de ese fracaso y siempre agradeció que él no la culpara por la ruptura. Después de todo, su amistad había salido fortalecida de aquel romance. Ella sentía que su presencia le inspiraba seguridad y cuando lo vio allí, de pie en la puerta con la luz dándole directamente en los ojos, pensó que quizás debería haber hecho un esfuerzo para lograr que la pareja resultara.

Adam la observaba y esperaba que ella reaccionara a su gesto, pero no se movía. Entonces la llamó por su nombre y nuevamente le hizo un gesto con la mano.

—¿Qué pasa? La charla es hoy... Vamos... —De repente dejó de hablar —. ¿Qué es eso? —preguntó y señaló la pizarra con la cabeza.

Julia estaba caminando hacia la puerta.

—Ni idea —respondió.

—¿Quién lo escribió?

—No lo sé. Llegaremos tarde —dijo mientras lo tomaba del brazo y

salían del lugar.

Demoraron más de quince minutos en ingresar al *Butler Board Room*. Las medidas de seguridad eran extremas con los alumnos pero laxas con los profesores. Sin embargo nadie se quejaba y todos esperaban su turno para ser revisados exhaustivamente antes del ingreso.

Julia se quedó unos pasos atrás hablando con otro profesor y Adam se acercó hasta la fila de los alumnos. Los observó y saludó a varios de ellos. Intercambió unas palabras con Ali y luego con un hombre mayor.

—Apuren un poco el ingreso —dijo entonces ese hombre a uno de los guardias de seguridad.

Ali esperaba su turno para pasar por la máquina de rayos X, especialmente instalada para la ocasión. Pasó por el escáner con rapidez e ingresó al auditorio. Adam arqueó las cejas y se cruzó de brazos esperando que Julia terminara de hablar con aquel profesor que no le caía nada bien.

Unos minutos más tarde, ella se acercó y lo tomó del brazo. Tenía los ojos bien abiertos y los labios tensos.

—Aquel, el que ingresó hace un rato. ¿Lo conoces? ¿Quién es?

—¿Ali? —preguntó sorprendido Adam—. Está haciendo un doctorado en Ciencias Políticas. Soy su director de tesis. Es un poco extraño, introvertido, no sabría describirlo con exactitud. Pero muy inteligente.

Adam la miró y ella estaba con la mirada perdida. Él notó que algo andaba mal.

—¿Qué sucede? ¿Lo conoces? —preguntó él.

Ella ladeó la cabeza y no respondió. Ingresaron al auditorio que estaba casi lleno y ella pensaba cómo resumirle a su amigo todo lo que le había sucedido.

—¿No te pareció extraña esa leyenda en el pizarrón? —preguntó él mientras se sentaban en las butacas.

—Rarísima, pero me estuvieron pasando cosas muy raras. Ayer vino ese muchacho a clase, Ali. Me dio un sobre y en el sobre había unas fotografías.

—¿Ali? ¿Fotografías?

—Imágenes de gente que no sabía que estaba siendo fotografiada. Entre ellos —Julia bajó la cabeza— mi padre. —Levantó la vista y observó los ojos alarmados de su amigo—. Mi padre en la Plaza Taksim y luego... mi padre golpeado, atado... —respondió Julia mirándolo a los ojos—. Y también estaba Berkant.

—¿Berkant? ¿Tu padre? —preguntó Adam sin esperar respuesta—. ¿Pero

qué tipo de...? ¿De cuándo son? ¿Las reconociste?

—No, no —respondió e hizo un gesto con la cabeza mientras movía las manos con rapidez—, una fotografía era de Berkant, o alguien que se le parece mucho, pero son actuales. Y las de papá... —Julia no terminó la frase.

Adam no dijo nada. Tragó saliva con dificultad y estaba por decir alguna palabra de aliento cuando Julia siguió hablando.

—Pero eso no es todo, me entregó las fotos en un sobre papel madera, que cuando llegué a casa rompí en mil pedazos. Y entonces me di cuenta que en el dorso había escrita una frase: Operación Gladio.

Adam abrió los ojos e infló las mejillas. Soltó el aire con fuerza y Julia distinguió una sombra de preocupación en su rostro.

—Con razón tantas preguntas —infló las mejillas y soltó el aire de repente— ¿Quieres que hable con él? Esto es rarísimo...

—Sí, te agradecería que lo hicieras. O lo convanzas para que hable conmigo.

—Obviamente. Dalo por hecho. Está allí adelante, si quieres voy ya mismo y... —dijo mientras se ponía de pie.

En ese instante, un cerrado aplauso los interrumpió y Julia le tocó el brazo para que tomara asiento. El escritor Osmar Kayar, vestido con un elegante traje azul, estaba frente a ellos. No era muy alto, pero era una de esas personas que se imponía con su presencia en cualquier lugar donde estuviera. Desde hacía más de veinte años luchaba por los derechos humanos en todo el mundo, principalmente en Turquía. En su propia tierra, para muchos círculos de poder, se había convertido en un personaje nefasto luego de que dos años atrás ganara el Premio Nobel de la Paz, lo que lo había puesto en el ojo de la opinión pública desde entonces. Todos querían escuchar lo que él tenía para decir sobre los kurdos y armenios. Y Kayar no tenía pelos en la lengua a la hora de explicar la situación.

Kayar agradeció el aplauso y sonrió. Su tez amarronada desentonó con su blanca dentadura. Hizo un gesto con la cabeza y la multitud comenzó a silenciarse. Luego de unas palabras de cortesía hacia las autoridades de la *American University*, comenzó la exposición. Más de una hora estuvo hablando sobre la realidad política de Turquía. La gente lo miraba y escuchaba atentamente y, de vez en cuando, se escuchaban murmullos de aprobación. Entonces llegó el momento de las preguntas. Desde la parte delantera del auditorio, Ali levantó la mano y Kayar le dio la palabra.

—Usted da a entender que el Estado turco está detrás de ciertos atentados

cometidos en Estambul y Ankara —dijo Ali—. Pero, ¿hay alguna prueba que...?

—Bueno, bueno... —lo interrumpió Kayar—. Primero deberíamos distinguir entre gobierno y Estado. Segundo, yo no digo que el gobierno haya estado detrás de esos atentados. Sería una locura de mi parte hacer semejante afirmación sin pruebas. Lo que denuncio es la falta de voluntad del gobierno para investigar ciertas pistas sobre los atentados. Pistas que no tienen que ver con los separatistas kurdos.

Adam estaba escuchando atentamente la respuesta cuando de repente despegó la espalda del asiento.

—Operación Gladio —dijo y tomó a Julia del brazo sacudiéndola—. Ergenekon... Hrant Dink... —Señaló con la cabeza al hombre que continuaba hablando animadamente.

Julia lo miró con los ojos enrojecidos y la garganta seca. Tardó unos segundos en comprender lo que Adam quería decir.

—¡Mierda! —dijo y mientras se ponía de pie sintió un estruendo.

Adam la tomó del brazo y la tiró al suelo. Todos los presentes ahora gritaban e intentaban cubrirse. Por un instante hubo un silencio del que sobresalieron varios gritos ahogados, y de repente, una nueva ráfaga de ruidos se apoderó del lugar. Un minuto después, nuevamente el silencio, solo roto por algunos sollozos. Entonces Julia se quitó de encima a Adam y se puso de pie. Ante sus ojos, tuvo una escena dantesca, las imágenes parecían llegar a su retina con demasiada rapidez y su cerebro no podía procesarlas. Intentó salir de donde estaba pero había gente tirada por todos lados. Nadie se animaba a levantarse. Solo Julia estaba de pie en el medio del recinto tratando de comprender qué había sucedido. Entonces, sobre el escenario, divisó el cuerpo de Osmar Kayar completamente inerte sobre un charco de sangre. Una silueta, de pie en medio del auditorio, la miró e hizo un ruido que pareció un aullido.

Capítulo IX

Tina iba a toda velocidad por las colinas de Siria. A medida que se acercaba a Maalula, los latidos del corazón parecían estar volviendo a un ritmo normal. Miró hacia el asiento del acompañante y observó el teléfono color plata que estaba allí. Estiró una mano para tomarlo pero se arrepintió y volvió a enfocar la vista en el camino. A lo lejos, el pequeño poblado se dejaba ver, parecía un oasis de luz apoyado sobre los montes Qalamun. Las hermosas variedades de color verde que circundaban el lugar le parecieron increíbles, aun luego de haberlas visto muchas veces.

De repente, a su mente volvió el rostro curtido el cuidador del museo de Umm Qais, sabía que nada bueno iba a pasarle cuando se dieran cuenta de que la momia había desaparecido. Pero eso ya era otra historia. Tina debía preocuparse por llevar a la momia a un lugar seguro. Nada más.

Apenas se adentró en el pueblo, disminuyó la velocidad y el gesto preocupado de su rostro dejó paso a una sincera sonrisa. Varios habitantes la reconocieron y la saludaron con discreción. En un lugar de apenas 2000 habitantes, Tina parecía una más.

Tenía las piernas entumecidas por el viaje. Necesitaba caminar, aunque más no fuere unos pasos. De repente, sonó el teléfono móvil. La mujer se sobresaltó a pesar de que había estado todo el viaje esperando escuchar ese agudo pitido. Frenó y, mientras tomaba el aparato, abrió la puerta para poder estirar las piernas. Sonrió al escuchar una voz conocida.

—¿Dónde estás? —preguntó una voz ronca.

—Cerca, casi allí —respondió ella mientras se agachaba y se frotaba los muslos sin dejar de observar el coche que estaba abierto a unos metros.

—Te espero, no tardes —la voz del hombre tembló.

Tina cerró el teléfono sin responder y se dirigió hacia el automóvil. El sol comenzaba a quemar el cielo y ella pestañeó varias veces hasta acostumbrar sus ojos al destello que ahora le daba directamente sobre el rostro. Arrancó el motor y partió velozmente hacia donde aquel hombre la estaba esperando. Mientras iba bordeando las antiguas casas pintadas casi de manera uniforme de color púrpura, pensó en la belleza pura de ese lugar y los ojos se le humedecieron al pensar que aquella podría ser la última vez que transitaba por esas calles que tanto adoraba. Pensó en sus habitantes que aún

hablaban arameo y la habían recibido sin preguntas y con una cordialidad que había visto muchas veces en Oriente, más de diez años atrás. Pasó por el convento construido en 547 en donde había sido cobijada cuando llegó allí, pensó en ese increíble ícono de la Virgen María que según decían era uno de los cuatro que habían sido pintados por el apóstol Lucas. Lamentó, una vez más, que a pesar de haber estado allí no había logrado que su corazón albergase la menor esperanza en Dios. Como desde que tenía memoria, la existencia de Dios la tenía sin cuidado. Y entonces le vino a la mente el momento exacto en que se sintió segura después de mucho tiempo.

—Niña, por el amor de Dios ¿qué te ha sucedido? —preguntó la hermana Mariaam y le levantó el mentón para verle el rostro.

Tina levantó la cabeza, tenía los ojos rodeados de una costra de sangre seca. Con uno de ellos apenas podía ver, lo tenía hinchando y solo podía distinguir sombras. Tina bajó la cabeza de inmediato, como si tuviera vergüenza. No podía mantenerse en pie con facilidad. La hermana la levantó del suelo con delicadeza y la ayudó a ingresar al convento. No podía hablar, murmuraba algunas palabras pero la religiosa no podía entenderle, un sonido borboteante salía de su garganta y tenía dificultad para tener la cabeza erguida. La religiosa le corrió el cabello del rostro y, otra vez, le sostuvo el mentón para mirarla a los ojos. Entonces vio, naciendo de su cuello, unas lacerantes marcas rojas. La mujer pensó que esas quemaduras debían doler mucho y trató de disimular su mirada de horror con una sonrisa.

La hermana Mariaam no tenía mucho más de cuarenta años, pero parecía mayor. Sus ojos eran apenas dos aberturas hundidas en un enjuto rostro color nácar. Tenía una nariz larga y afilada que parecía de más en ese rostro. Tina posó los ojos en ella y observó su cálida sonrisa a través de sus ojos ensangrentados. Y para ella fue como ver la paz, por primera vez en mucho tiempo.

Mientras la mujer intentaba sostenerla sin lastimarla, Tina la sujetaba con la poca fuerza que le quedaba e intentó clavarle los débiles dedos en los hombros para asegurarse de que aquella mujer se quedaría a su lado. Pero la hermana Mariaam no se percató de ese intento desesperado por no dejarla ir. Tina cerró los ojos por un instante y comenzó a tomar conciencia de que no había parte de su cuerpo que no le doliera. Sabía que apenas se sacase el gastado pantalón que llevaba puesto vería las excoriaciones y quemaduras en sus piernas. Cuando volvió a abrir los ojos, la religiosa la estaba sentando en un cama baja. Tina miró a su alrededor con el ojo que tenía sano. Solo pudo

ver un cuarto con paredes grises sin revocar y un ventilador de techo algo oxidado. Apenas apoyó la espalda sobre el delgado colchón, el cansancio la venció y no volvió a abrir los ojos hasta el día siguiente.

Un bocinazo devolvió a Tina a la realidad. Una vieja camioneta venía de frente y el vehículo de Tina cambiaba de carril constantemente. La mujer movió la cabeza en un gesto nervioso y apretó el volante. El conductor del otro vehículo pasó a su lado y le dirigió una mirada de reproche. Tina ni siquiera lo miró. El sol ya estaba bastante más alto y comenzaba a iluminar con más fuerza los damascos en flor que parecían una presencia constante en el poblado.

A unos metros observó su destino. Era una casa de dos pisos, también pintada de púrpura, que estaba enclavada en una colina sin otra construcción cerca. Aparcó el automóvil y se apeó rápidamente. Sabía que no debía perder tiempo. Mientras sostenía las llaves del coche en su mano, sintió que el pulso le temblaba. Se puso las manos en los bolsillos y se acercó a la puerta. Había una pequeña campana de bronce, ella se detuvo y la miró. No hacía falta que la tocara. Carlos la estaría esperando. Tal como lo había previsto, el hombre abrió la pesada puerta de madera. Le sonrió, a pesar de que era evidente por su gesto que estaba algo fastidiado.

—Dios mío, Tina. Contigo no gano para sustos —dijo mientras se acercaba a ella con el paso lento. El sol se posó sobre sus ojos oscuros y Tina pensó que aquellos eran ojos que solo poseían bondad. Se preguntó si esos ojos dulces podrían ver a través de ella y descubrir su verdad, aunque ya sabía que la respuesta era negativa. Carlos era demasiado bueno para reconocer la maldad aunque se parara frente a él.

Era un hombre corpulento y el color de su piel era el del carbón. Sus ojos eran de un marrón oscuro pero aun así resaltaban en la oscuridad feroz de su tez. Tenía una boca grande y una dentadura perfecta que invitaba a sonreír. Tina sabía que una de las cosas que la hacían pensar que la vida valía la pena era la sonrisa incondicional de su amigo. Se acercó a él, sacó las manos de los bolsillos y lo abrazó con fuerza mientras le revolvía el cabello, cosa que a él lo fastidiaba bastante. Carlos rio.

—¿Por qué será que cada vez que nos encontramos últimamente siento que puede ser la última? —El hombre ya no sonreía. La tomó por los hombros e inclinó la cabeza. Parecía sopesar si seguir hablando.

—Bueno, bueno, no vamos a ponernos melancólicos ahora, ¿no? Vamos, estoy apurada —respondió ella y lo tomó de la mano. Se detuvo por un

segundo y tiró de sus rechonchos dedos, pero él parecía no querer moverse. Tina observó su gigante figura recortada contra el cielo que ya estaba completamente azul. Sintió una oleada de tristeza invadiéndole el pecho. Seguramente, sucediera lo que sucediera, no volvería a ver a Carlos. Se le humedecieron los ojos y se dio vuelta para que él no lo notara. Ella no estaba acostumbrada a ese tipo de sentimientos y no tenía el menor interés en acostumbrarse. Se sentía incómoda al demostrar lo que sentía, especialmente si se trataba de tristeza. Creía que esa actitud la mostraba vulnerable y eso era lo último que ella necesitaba.

Volvió a tomarlo de la mano mientras estaba de espaldas y lo obligó a seguirla. Sabía que lo mejor era darle las indicaciones con rapidez e irse pero, a pesar de todo, sentía la necesidad de alargar aquel momento lo más posible. La sola idea de no volver a ver a Carlos le hacía sentir una presión insoportable en el pecho, y se obligó a pensar en otra cosa para no encontrarse cara a cara con el dolor que le provocaba perderlo. Tragó saliva con dificultad y volvió a mirarlo. Ahora, los dos estaban frente al automóvil. Ella abrió la parte de atrás, miró al cajón descascarado que había robado del museo y miró luego a su amigo. Arqueó las cejas y frunció los labios.

—Aquí está —dijo y comenzó a retirarlo de allí. La mano oscura de Carlos se acercó y le alivió el peso. Ella miró a la carretera y se fijó que nadie pasara en aquel momento. El hombre abrió la puerta de madera del garaje y entraron el cajón.

Lo apoyaron contra el piso y Tina se tocó la cintura cuando se hubo incorporado. Sacó un papel del bolsillo de su pantalón vaquero. Intentó plancharlo un poco con las manos y se lo entregó a su amigo.

—Aquí hay una carta para la persona que buscará el cajón —dijo e hizo silencio—. Bueno, se acerca la despedida... Dentro de unos días tendrás que llevárselo a la hermana Mariaam, no quiero que esté aquí mucho tiempo. Y si en un mes no llegan a buscarlo —carraspeó y evitó mirarlo a los ojos—, deberías enterrarlo en el convento... —tomó aire y tardó unos segundos en continuar— y si sucediera lo peor... o sea, que descubrieran dónde está oculta la momia y vinieran... qué mala, que no se la lleven, que no le pongan una mano encima. Por favor —dijo y su voz se hizo más débil. Ella estaba actuando y Carlos lo sabía, pero no dijo nada. No quería saber qué había realmente dentro de ese ataúd.

Se acercó a ella y la abrazó. El sitio estaba completamente a oscuras y apenas un leve destello se colaba por algunas hendiduras del portón.

—Una de las mejores cosas que me pasaron en la vida fue tu amistad, Carlos. Jamás conocí a nadie tan desinteresado como tú, con un corazón tan especial... siempre listo, siempre...

—Bueno, bueno... —la interrumpió él haciendo un gesto con la mano— me voy a sonrojar. De todas formas, no quiero que esto sea una despedida. No, no, Tina. Lo que vayas a hacer, quiero que lo pienses mejor. Eres buena, Tina —se alejó apenas unos centímetros y pudo contemplar su triste expresión—, lo que hiciste, lo que fuiste... no importa. Importa que yo vea pureza en la persona que tengo delante.

—Gracias pero no. Siempre creí que lo más importante es ser fiel a la realidad. Soy lo que soy, pienso lo que pienso, hice lo que hice... eso no se puede cambiar, tampoco lo quiero cambiar. Toda la mierda que me pasó en la vida —su voz se hizo más fuerte—, toda la basura que me rodeó, me hizo quien soy y no tengo vergüenza. Quizás veinte años atrás, hubiese querido otro destino, otra vida... ya no. Si hay algo que aprendí es que la vida no es justa, no sé por qué la gente insiste en buscar algo justo en lo que les sucede. ¿O acaso hay algo de justicia en que alguien vaya a prisión por haber matado a otro? No, justicia sería que reviviera, lo otro es venganza y está bien, es lo más parecido a lo que podemos aspirar en este mundo. Todo es por venganza. Mi vida no fue justa, tú lo sabes mejor que nadie, pero al menos me vengué... casi de todos los que hicieron de mi vida un infierno. Así que en cierta sádica forma, fui muy justa. Y mi último acto de justicia está allí dentro, en ese ataúd. Y te lo estoy encargando a ti. Eso sí... es muy importante, pero *muy* importante, que bajo ninguna circunstancia lo abras. No lo hagas. Esto es por ti. Lo que no sepas no puede hacerte daño.

—Haré lo que tenga que hacer, pero la momia no se la va a llevar nadie más que... —observó el sobre que ella le había entregado unos minutos antes — Julia Ciardi. Solo ella.

Capítulo X

26 de septiembre de 2008.

Rick y Dante iban por la carretera escuchando música. Rick manejaba el Golf rojo que habían alquilado y golpeteaba los dedos contra el volante al compás de la música. Su cabello rubio y enrulado bailoteaba sobre su frente al ritmo del viento que entraba por la ventanilla baja. Sus ojos azules estaban enfocados en la ruta.

Dante tenía la mirada perdida. Giraba la cabeza hacia adelante y luego hacia el costado como buscando algo familiar en el paisaje. La música alta lo fastidiaba pero no se quejó porque no tenía ganas de entablar una conversación con su compañero. Se mordió el labio e infló las mejillas.

—Paremos a comer algo. Tengo hambre —dijo finalmente luego de largo rato de silencio.

—Esperemos un poco, ya casi llegamos. Quiero que terminemos esto lo antes posible —respondió el otro mientras bajaba el volumen de la música.

Dante no dijo nada. Resopló y siguió mirando por la ventanilla.

—Ey. ¿Qué sucede? ¿Preocupado?

—No —dijo y lo miró.

Rick pudo ver sus venas azuladas sobresaliendo en su frente. Los últimos días lo había visto algo pálido y sin ganas de hablar, pero en aquel momento la imagen de su compañero le pareció entre fantasmagórica y siniestra. Se preguntó qué clase de preocupación podía haber transformado a Dante de esa manera.

—Bueno —titubeó—, podemos buscar algún sitio, tomar algo. A lo mejor el calor te está deshidratando.

—Estoy bien —dijo y flexionó el cuello haciendo un fuerte ruido—, solo me duele la espalda.

—Ya no falta tanto —dijo Rick que miró alrededor, señaló el paisaje y agregó—: No es feo este sitio, pero el calor me está matando.

—Averigüé un par de cosas sobre esa mujer —repuso Dante malogrando el intento de Rick de hacerlo pensar en otra cosa—. Caza terroristas.

—No... —respondió su compañero sonriendo—, la Simon Wiesenthal europea... —lanzó una risa gutural mientras giraba la cabeza para mirar a

Dante—. De haberlo sabido le hubiésemos cobrado más.

—Simon Wiesenthal cazaba nazis —le espetó Dante fastidiado por el error de su compañero.

—Bueno, es lo mismo... Cazaba gente.

Él no respondió. Le hizo un gesto con la cabeza indicándole que mirara a la carretera. Rick observó por un segundo a su compañero y notó que la imagen de Dante desmejoraba segundo a segundo. Pudo ver unas negruzcas ojeras que comenzaban a delinear sus ojos oscuros.

—Esta mujer debe ser peligrosa. La que tenemos que encontrar.

—No creo que sea una terrorista, si a eso te refieres. Yo me inclino por un problema doméstico... quizás sea la nuera que abandonó al hijo o algo de eso.

—No digas estupideces. —Dante levantó la voz. En ese momento comenzó a bajar la ventanilla del auto y sacó la cabeza inhalando aire a grandes bocanadas.

—Allí es el pueblo —Rick comprendió que su compañero se sentía mal y se preocupó, no por él sino porque tuvo miedo de que echara a perder la misión.

Se dirigieron al museo de Umm Qais. Cuando hubieron aparcado el coche, Rick se puso una gorra de béisbol y se cruzó de brazos. Su mente comenzó a divagar, intentó pensar qué haría una vez que terminaran con el trabajo. Planeaba unas vacaciones, quizás en un crucero. O en alguna playa espectacular del Caribe. Sonrió sin darse cuenta pero una ráfaga de calor que entró por la ventanilla del automóvil lo devolvió a la realidad. Miró a su compañero y lo notó casi petrificado, con los ojos clavados en la puerta del viejo museo. Recién entonces se dio cuenta de que la presencia de un auto con dos hombres no pasaría desapercibida mucho tiempo en aquel pueblo. En ese preciso instante, una camioneta color plata que venía a toda velocidad frenó frente al museo. Dos hombres corpulentos salieron del vehículo con una agilidad inusitada para semejantes moles. Antes de que pudieran poner un pie dentro del lugar, un viejo hombre apareció en la puerta, gesticulando con las manos y diciendo algo en un idioma que ninguno de los dos entendió. El viejo parecía asustado, Rick pudo distinguir temor en sus ojos. Uno de los dos hombres, que ahora le parecieron a Rick increíblemente iguales, lo abofeteó. El viejo cayó al piso como una bolsa de papas e hizo un ruido seco al golpear la cabeza contra el suelo. Rick y Dante observaban, sin moverse, la escena. Ninguno de los dos dijo nada. Por un instante ambos pensaron que habría sido

muy fácil distinguirlos en aquel paisaje. Sin embargo, los hombres volvieron a su camioneta y se fueron tan rápidamente como habían llegado. El viejo seguía tirado, un hilo de sangre le corría por la boca y de vez en cuando se retorció como si no pudiese respirar. El ruido del teléfono hizo que Dante se sobresaltara. Lo tomó en sus manos sudorosas y observó en la pantalla el nombre de quien llamaba. Maldijo en voz baja y atendió.

—¿Sí? —dijo sin intentar disimular su fastidio.

—¿Cómo puede ser que hayan perdido a la momia y a ella? Quiero saber cómo es posible —Gloria no gritaba, pero su tono de voz era elevado y su voz ronca retumbaba en el coche.

—Estamos intentando hacer nuestro trabajo. Apenas tengamos novedades nos comunicaremos —respondió y cortó la comunicación. No soltó el aparato, lo apretó hasta que sintió que la circulación se le cortaba.

—Robaron la momia... —dijo Dante rascándose la cabeza— ¿Y si estos tipos trabajan para ella también? Supongo que por eso golpearon al viejo. Y ella ya lo sabía. ¿Cómo es posible?

Rick no respondió. Sus ojos azules no se despegaban de la figura del viejo retorciéndose del dolor. La sangre ahora parecía manar de varios puntos de su rostro y apenas apoyaba las manos para incorporarse, volvía a caerse. El hombre encendió el motor del automóvil y apretó el acelerador siguiendo el mismo camino que la camioneta color plata. Miró por el espejo retrovisor y vio por última vez al viejo que ahora estaba quieto y desparramado sobre el suelo.

—¿Me escuchaste? —Dante parecía enojado—. Te dije que todo esto era raro. Esta mujer tiene más gente trabajando.

Rick se encogió de hombros.

—Se supone que somos profesionales, hay que hacer lo que nos pagan para hacer y a otra cosa —dijo y encendió la radio del coche. Subió la música a todo volumen, como si quisiera no escuchar sus propios pensamientos.

Capítulo XI

Julia tenía la respiración entrecortada. Las piernas le temblaban y no se animaba a darse vuelta y observar al resto del auditorio que aún estaba echado en el piso. Dirigió su mirada miedosa hacia esa silueta que permanecía de pie. Entonces lo reconoció. Ali la miró. Ya no estaba haciendo ese extraño sonido con la boca. Ella percibió que él también tenía miedo. Dio un paso para acercarse y entonces vio que él tenía un arma en la mano. Temblaba y tenía los ojos vidriosos. Todo sucedió en un segundo y ella no tuvo tiempo de procesar lo que veía. De repente, la figura de Ali cayó al piso y produjo un violento estruendo. Algunos de los concurrentes gritaron. Varios guardias se habían abalanzado sobre el muchacho. Ahora había un enjambre de agentes de seguridad rodeándolo y lo próximo que vio Julia fue su espalda mientras lo escoltaban fuera del recinto. Le pareció distinguir la cabeza de Ali girando, como buscando algo. Julia tuvo la extraña sensación de que la estaba buscando a ella.

La gente que colmaba el auditorio comenzaba a ponerse de pie lentamente. Julia miró hacia el escenario y se percató de que Osmar Kayar ya no estaba allí. Supuso que se lo habían llevado al hospital pero no pudo recordar ese momento. Entonces se dio cuenta de que solo le había prestado atención a Ali.

Poco a poco, el corazón volvía a latirle con normalidad y el aire comenzaba a entrar sin dificultad a sus pulmones. Sintió una presión en la pierna y miró hacia abajo. Observó que Adam todavía estaba en el piso con una mirada extraña. Ella se agachó y puso la cabeza a su altura.

—¿Estás bien? —preguntó ella mientras le acariciaba el rostro.

Él asintió y se puso de pie con dificultad.

—Me torcí el tobillo, no es nada.

Julia hizo una mueca con la boca y divisó a lo lejos a unos policías que se acercaban empujando a los tambaleantes invitados a su paso.

—¿Profesora Julia Ciardi? —preguntó uno de ellos y no esperó que ella respondiera. La tomó del brazo y la sacó del auditorio. Adam caminaba dolorido un paso detrás de ellos.

Julia se sentía aturdida, aún no estaba repuesta del incidente y ahora un policía la sostenía de un brazo y la estaba llevando hasta una patrulla. Sintió la

garganta seca y por un momento tuvo miedo de que la detuvieran. Al fin y al cabo, las únicas personas de pie en el momento en que llegaron los guardias de seguridad eran ella y Ali.

—¿Cómo está Kayar? —le preguntó ella al policía.

—No sabemos nada por el momento. Necesitamos que venga con nosotros.

—¿Por qué? —la voz de Julia sonó asustada. Por primera vez detuvo sus ojos sobre el oficial. El hombre tenía rasgos de niño y la piel tan impoluta que ella pensó que jamás se había afeitado. Lo único que lo hacía parecer un adulto era una incipiente calvicie que se hacía notar entre su cabello rubio.

—No se preocupe. Entre por favor. —El joven le abrió la puerta del coche y esperó que ella subiera.

Adam, a unos metros, observaba la escena sin saber qué hacer. Julia lo miró desde adentro del automóvil y él se acercó.

—Te llamo luego —dijo ella antes de que él pudiera preguntarle nada.

Él asintió con la cabeza y se quedó mirando a la patrulla perderse de vista. Comenzó a caminar moviendo las manos en forma nerviosa y parecía estar hablando solo. Un policía se acercó a él por detrás y lo tomó del brazo. Adam se sobresaltó y dejó escapar un grito. Se llevó la mano al pecho al darse vuelta y ver al uniformado. Resopló y lo miró sin decir nada. El hombre le pidió que lo acompañara y Adam deseó que lo llevaran al mismo lugar donde estaba Julia.

Capítulo XII

Julia llegó al cuartel de policía con el rostro completamente empapado en sudor. Apenas bajó del automóvil observó el incesante movimiento del lugar. Se preguntó si tendría que ver con el atentado a Osmar Kayar o sería, simplemente, la frenética rutina de la policía en una ciudad grande.

Caminó con lentitud por aquel lugar por el que había pasado tantas veces pero al que nunca había prestado demasiada atención. Pensó en Ali, se preguntó si estaría en ese lugar, deseó que Kayar estuviera a salvo y que ella misma pudiera pronto regresar a su casa. Se sintió egoísta por un instante, pero no pudo evitarlo.

Apenas entró, observó las paredes recién pintadas. Mientras se acercaba con el oficial hasta un escritorio que se encontraba en el fondo de la recepción, intentó taparse la nariz; el olor a pintura fresca la estaba mareando. Miró a su alrededor y nadie más parecía afectado o molesto. Cuando se acostumbró al fuerte olor comenzó a sentir sed y mientras caminaba vio una máquina expendedora de bebidas y buscó una moneda en su billetera. No encontró ninguna y sintió una quemazón en la garganta.

El oficial le señaló una silla de madera y le indicó que tomara asiento. Ella estaba cansada y apenas se sentó, sintió que las piernas se le desinflaban. Intentó mover los pies haciendo círculos en el aire. Luego se agachó y se masajeó las pantorrillas. Cerró los ojos e inspiró con fuerza. Entonces una mano sobre el hombro la sobresaltó. Se puso de pie casi por instinto y observó a un hombre de traje que la miraba con la mano extendida. Julia le estrechó la mano y no dijo nada.

—Soy el agente especial Matt Vargas. Venga conmigo por favor. —El hombre sonrió y a Julia le pareció una sonrisa completamente vacía, como si el hombre estuviera acostumbrado a decir su nombre y adosar una sonrisa al final.

Abrió la puerta de vidrio de una oficina y la invitó a entrar. Cerró la puerta detrás de él y se apoyó contra la pared. Volvió a sonreír. Matt Vargas tenía unos cuarenta años y rasgos latinos que resaltaban con sus ojos verdes. El hombre se llevó la mano a la frente y se corrió el cabello del rostro. Todavía sonreía.

—Lamento molestarla con todo esto, pero hemos detenido a un hombre y

necesitábamos hacerle unas preguntas.

—Está bien —respondió Julia y buscó con la mirada un lugar para volver a tomar asiento. Vio una banqueta contra un rincón y se acercó sin pedir permiso. Se sentó y volvió a sentir las piernas entumecidas. Sintió ganas de irse a su apartamento y darse una ducha, quería terminar con toda esa situación y acostarse. Entonces comenzó a hablar sin esperar que el agente le hiciera ninguna pregunta. Le explicó cómo había conocido a Ali el día anterior, le habló sobre la extraña actitud del muchacho al final de la clase. También le contó sobre la conversación que había tenido con Adam antes de la conferencia. Hablaba sin parar y tenía la boca seca, pero sabía que si se detenía ya no tendría fuerzas para terminar la historia. El policía intentó interrumpirla cuando le habló sobre su padre desaparecido, pero ella lo ignoró y siguió con su relato. Lo último que mencionó fue la extraña nota que había encontrado en el pizarrón del aula. Le explicó quién era aquel hombre y también comentó algo sobre Operación Gladio. Cuando hubo terminado se llevó la mano al pecho y sonrió como si se hubiese sacado un terrible peso de encima. Sobre lo único que evitó dar detalles fue acerca del sobre con las fotografías. No le habló sobre Berkant. Pensó que eso, de alguna manera, podía complicar su situación.

El hombre la observaba, ahora apoyado contra un escritorio. Un leve destello proveniente de una ventana le daba de lleno sobre la boca y el cuello. Julia observó una delgada cicatriz que bajaba desde la comisura de su labio y se perdía en su cuello. El reflejo de la luz hacía que sus dientes lucieran casi fluorescentes. La miraba fijamente pero no le hablaba.

De repente un fuerte golpe los sobresaltó. Detrás de la puerta de vidrio había una mujer esperando a que Matt la invitara a entrar. La mujer era bastante alta y con un cuerpo fibroso. Tenía el cabello morocho peinado con un rodete tirante. Sus imponentes ojos grisáceos se posaron en Julia.

Apenas entró, se acercó a Matt caminando con lentitud y se apoyó sobre el escritorio en la misma posición que el hombre. Ahora, ambos le sonreían a Julia. Ella les devolvió la sonrisa y amagó a ponerse de pie; por un momento le dio la sensación de que esos individuos se estaban burlando de ella. Entonces pensó que detrás de esa actitud yacía algún problema. Ella hacía lo mismo cuando tenía que comunicarle algo malo a algún alumno, como si una sonrisa fuera anestesia suficiente ante una mala noticia. En este caso, estaba segura de que no lo era.

—¿Qué sabe de Ergenekon? —preguntó la mujer de repente.

—Que son una organización clandestina nacionalista turca y buscan tomar el poder... a decir verdad mucho no se sabe de este grupo, pero...

—¿Qué significa la fotografía de su padre que le dio el acusado? ¿Conoce a los demás individuos? Sabemos que es amiga de Berkant Göksen.

Julia escuchó las preguntas y la palabra *acusado* le retumbó en la cabeza. Se preguntó si la policía pensaría que ella tenía algo que ver con Ali. Se maldijo por no haber dicho nada sobre las fotografías y Berkant. No entendía cómo podían saber sobre aquello. Se sintió como un niño que hacía trampa en un examen.

—Ni siquiera sé si es mi padre —la voz de Julia sonó cortante, como si hablar de eso la hiriera todavía, como si esa fotografía fuese la prueba de que todo ese tiempo había vivido una mentira. Se preguntó por un instante si él estaría vivo.

—¿Cómo y cuándo desapareció? —preguntó la mujer.

—En la Masacre de la Plaza Taksim, en Turquía, en 1977 —respondió ella y bajó la cabeza.

La agente la miró y miró a su compañero. Pudo percibir en sus palabras un dejo de culpa, como si la mujer sintiera que la vida de su familia podría haber sido otra y ella hubiese sido quien equivocó el camino. Frunció la boca y se acercó a ella. Se agachó y quedó a la altura de la cabeza de Julia, que tenía el rostro entre las manos.

—¿Es posible que su padre sea o haya sido parte de Ergenekon o de la Contraguerrilla? —preguntó la mujer con voz suave sabiendo que la pregunta podía derrumbar aún más el débil espíritu de Julia.

Julia se quitó las manos del rostro. La agente sintió un poco de pena. Sabía que le estaba clavando un cuchillo en una herida abierta, pero no podía hacer nada para remediarlo.

—¿Sea? ¿Tiempo presente? Eso no tiene ningún sentido. ¿Está diciendo que está vivo? —gritó ella.

—Temo que no me he presentado todavía —la mujer se puso de pie y le extendió la mano—. Soy Diana Windham. Agente especial de la Sección de Seguridad Nacional.

Julia le estrechó la mano y se secó las lágrimas.

—Bien, profesora Ciardi. Aún hay algunas cosas que aclarar —Diana se acercó al escritorio, tomó un paquete y se lo entregó—. Ali Al-Sadari tenía esto con él y es para usted.

Julia abrió bien los ojos, pero no dijo nada. Su corazón comenzó a latir

con fuerza y otra vez sintió que necesitaba beber un enorme vaso de agua.

—Entenderá que necesitamos que lo abra aquí mismo.

Julia supo que era una orden aunque la mujer intentó decirlo con un tono suave, como si fuera una invitación. Extendió la mano, tomó el paquete envuelto en papel madera y lo abrió. Había varias hojas abrochadas.

—“Manual de operaciones contra fuerzas irregulares - Operaciones de Inteligencia para la Estabilidad - Escenarios Especiales, 18 de marzo de 1970” —leyó Julia y se encogió de hombros. Había varios sellos y acotaciones escritas a mano. Observó el manual por unos segundos y bajó la vista mientras se lo entregaba nuevamente a Diana—. No tengo ni idea de qué es esto.

Matt, que hasta ese entonces seguía apoyado contra el escritorio, se acercó y se colocó detrás de su compañera. Diana se llevó la mano al cuello y observó alrededor. Miró hacia la ventana y percibió unas nubes que se acercaban con rapidez. La negrura del cielo a lo lejos la puso nerviosa. Bajó la mano que sostenía el manual. Matt lo miró con detenimiento, sin decir nada. Julia no supo si los agentes estaban nerviosos o desilusionados.

—¿Esto es...? —preguntó Diana agitando los papeles—. No puede ser lo que creo que es —dijo y miró a su compañero. Matt no dijo nada. Ella tenía la espalda recta y los dientes apretados. Miró hacia el techo y se tocó la nariz—. Deberíamos llamar a Blaine —propuso finalmente. Matt asintió—. Necesitamos hacerle una última pregunta —dijo Diana.

Julia no respondió, no estaba escuchando. Estaba pensando en qué significaría aquel manual y por qué ambos agentes habrían reaccionado de esa manera. Otra vez, un calor feroz la inundó y sintió que se sonrojaba. Otra vez, un nudo en la garganta parecía haber llegado para no irse nunca.

Matt se acercó a ella y levantó los hombros haciendo un gesto con las manos abiertas que Julia no supo ni quiso interpretar.

—¿Conoce a esta mujer? —preguntó Matt y le mostró una fotografía de una mujer rubia y atractiva de entre treinta y cuarenta años.

Diana giró y se colocó en el centro de la habitación.

—No lo creo. —Julia tomó la fotografía y estuvo más de un minuto, en silencio, observándola—. No, no sé quién es. Ni idea. ¿Debería conocerla?

—Ali la nombró mientras lo llevábamos detenido. Fue lo único que dijo. Pronunció su nombre —explicó Diana.

—¿Quién es? —preguntó Julia que realmente sentía curiosidad por conocer la identidad de esa mujer.

—Agostina “Tina” Villazín, seguramente no sea su nombre real. Sabemos muy poco de ella. Es un fantasma. No conocemos su pasado, no tenemos ningún dato de su familia, absolutamente nada. Es peligrosa y ha logrado escabullirse de la justicia por años —Diana pronunciaba las palabras como si estuviera recitando el expediente de memoria—. La única vez que estuvo detenida fue en Diyarbakır, Turquía. Y logró escapar. Sabemos que participó activamente de las Brigadas Rojas pero creemos que era una agente de inteligencia... una infiltrada. Una agente de Operación Gladio. Se cree que fue la ideóloga de varios atentados sucedidos en Italia en los noventa. Está comprobado que participó en la Masacre de Roma en 1998 que causó más de cincuenta muertos. Se la ha vinculado a varios atentados en Medio Oriente y algunos más en Europa. Cuando huyó de la prisión, otra vez se la tragó la tierra. Se fugó y desde ese entonces es un fantasma. O lo era... Hasta ayer. Robó una momia en Siria. Y ahora Ali la nombra. Hay algo que está mal, muy mal.

—No sé qué decir. No sé qué significa todo esto. Una terrorista que se infiltra en las Brigadas Rojas, Berkant, mi padre, Operación Gladio... —gritó y sacudió la cabeza. Por primera vez en toda la conversación, Julia había levantado el tono de voz y parecía enojada, muy enojada.

—Entendemos perfectamente su situación profesora —intervino Diana—, y por supuesto que entendemos su desconcierto e indignación. Pero un Premio Nobel acaba de ser asesinado en una universidad americana por un ciudadano turco, que le estuvo hablando a usted sobre el Estado Profundo, Operación Gladio y quién sabe qué más. Y ese hombre le dio cierta información con la que evidentemente él pretendía que usted hiciera algo. Entenderá, entonces, que necesitamos saber qué pretendía. ¿Por qué la eligió a usted? ¿Qué significan esas fotografías?

—Por otra parte —intervino Matt y la miró—. Sabemos que viajará a Estambul en los próximos días... ¿Es así?

Julia lo miró, sorprendida de que el detective supiera hasta de su proyecto de escribir un libro. Ella asintió con la cabeza, nerviosa.

—Y ahora, misteriosamente, aparecen fotografías de su padre que nunca había visto. —Movié las manos y se rascó la cabeza. Evitó nombrar el manual que Ali llevaba encima.

—No sé si es él. Sabrán que cuando él desapareció yo tenía 4 años —dijo Julia.

Diana se acercó al escritorio y recogió una carpeta de la mesa. La abrió

con rapidez y tomó una hoja. Se la mostró a Julia. Era una fotografía. Ella se acercó y entornó los ojos. Se llevó una mano a la boca y se mordió el dedo índice.

—¿Es él? —preguntó Matt, ansioso.

Julia miró a Diana primero y posó nuevamente la vista en la fotografía. Luego miró a Matt y se tapó los ojos. Los agentes escucharon un suspiro y percibieron el labio inferior tembloroso de la mujer. Entonces supieron la respuesta.

Julia se deshizo de dolor al ver otra fotografía de su padre, caminando al lado de la mujer que le habían dicho se llamaba Tina.

Capítulo XIII

Rick y Dante seguían viajando por la carretera. El calor emanaba del asfalto y a Rick le dio la sensación de que el aire acondicionado no estaba funcionando bien.

A veces le parecía ver charcos a lo lejos y aceleraba, desafiando a sus ojos y a los espejismos. Dante estaba visiblemente tenso, todo su rostro parecía duro, como de cera. De vez en cuando levantaba una mano y se la pasaba por la frente para limpiarse el sudor. La música seguía sonando dentro del vehículo y Rick se preguntaba hacia dónde debía dirigirse. Sabía que preguntarle a Dante qué hacer era completamente inútil. Se sintió fastidiado y decidió que lo mejor sería comunicarse con Gloria para que le indicara a qué lugar podía estar dirigiéndose Tina con la momia. Sabía que Gloria se molestaría mucho, pero Rick estaba harto de la mujer y de su compañero, por eso quería terminar con la misión lo antes posible.

—Llamemos a Gloria —dijo Rick echando un rápido vistazo al teléfono móvil que yacía sobre las piernas de Dante.

De repente, de pie al costado de la carretera y apoyada contra un automóvil, la vio. Tina estaba con gesto serio y sostenía un mapa al que miraba con detenimiento.

Rick, sin decir nada, se detuvo unos metros más adelante. Dante lo miró y le entregó el teléfono. Rick sonrió.

—No es necesario —dijo y le hizo un gesto.

Su compañero giró la cabeza y se quedó petrificado. Respiró con demasiada rapidez por un instante. Luego meneó la cabeza.

—Demasiado fácil —dijo—, es una trampa.

—No seas ridículo, nadie nos puso una trampa a nosotros. La tenemos allí, vamos —respondió y se bajó del automóvil. Cerró la puerta despacio. Dante hizo lo mismo pero estrelló la puerta al cerrarla. Rick le echó una mirada de reproche pero él se hizo el desentendido y caminó de prisa hasta ponerse a la altura del otro hombre.

A lo lejos, Tina levantó la vista al escuchar el fuerte ruido. Observó cómo los dos hombres se acercaban a ella. Por un momento sus dedos se tensaron y comenzó a arrugar el mapa sin darse cuenta. Luego, como si nada sucediese, lo dobló, lo arrojó en el asiento del acompañante por la ventanilla

abierta y se subió al automóvil. Al intentar poner en marcha el motor notó que sus dedos transpiraban y la llave se le resbalaba. Los hombres ahora se acercaban a paso rápido. Rick la observaba detenidamente y pensó que si la viera en otra circunstancia sin duda la invitaría a tomar un trago. Lástima que la tuviese que conducir hacia una muerte segura. *Gloria la matará, sin duda, apenas la tenga enfrente*, pensó.

Tina logró arrancar el coche, pero entonces sintió una mano que le apretaba el cuello con fuerza. No había tenido tiempo para cerrar la ventanilla, no se explicaba cómo habían logrado acercarse tan deprisa.

Rick abrió la puerta del automóvil y la sacó del interior tomándola del cuello. Luego la tiró al suelo. Ella cayó levantando una nube de polvo que se le metió en los ojos. Se limpió y se puso de pie mientras se frotaba los pantalones. Rick dio un paso hacia ella tratando de intimidarla, la miró a los ojos queriendo mostrar quién estaba a cargo de la situación. Dante observaba la escena, como ido, a unos metros. Tina enseguida percibió el juego del hombre y le sostuvo la mirada. Ella también dio un paso hacia él. Sentía calor, sentía incomodidad, pero no nervios. Otra vez tenía delante de ella a un hombre que quería someterla. Sonrió sin darse cuenta. *Imbécil*, pensó.

Rick se sintió profundamente molesto al observar la sonrisa en la mujer. Entonces sintió un fuerte golpe sobre su mejilla izquierda. Trastabilló y puso la mano en el suelo para no caer. La miró con odio. Intentó golpearla pero no llegó a incorporarse cuando sintió otro golpe, esta vez de lleno en la cabeza. Volvió a perder el equilibrio. Ahora cayó al suelo con fuerza y golpeó la cabeza contra la tierra. Algo caliente se deslizó sobre su rostro y supuso que tenía un corte sobre la ceja. Pestañeó varias veces, el último golpe le había nublado la vista. A unos pocos pasos percibió la figura de su compañero Dante, de pie, inmóvil, como una estatua. Y otro golpe. Esta vez en el estómago. Sus pulmones se vaciaron de aire de golpe y se tomó el abdomen con las dos manos. Ahora uno de sus ojos estaba cubierto de sangre y a través del espeso líquido veía la escena en cámara lenta, teñida de carmesí. Otro golpe seguido de un fuerte zumbido y el hombre sintió que su cuerpo entero se estremecía y, de repente, la escena color rojiza se transformó en una pared de negrura.

Tina se agachó y al levantarse le dio un puntapié para asegurarse de que hubiera perdido el conocimiento. No sintió nada al ver su cuerpo cubierto de polvo y su rostro ensangrentado. Entonces una mano le tocó el hombro y se dio vuelta.

—Un poco tarde, ¿no te parece? —dijo ella mirando su reloj pulsera. Dante le sonrió y la abrazó—. Vamos a guardar a tu amigo en algún lado antes de que pase alguien y lo vea. Se acercó al vehículo y abrió la cajuela. Dante lo levantó y lo colocó allí.

El sol aún pegaba fuerte contra el pavimento y Tina se subió al coche con rapidez. Dante se sentó en el asiento del acompañante y por un segundo pensó en su compañero.

—¿Qué haremos con él? —preguntó.

Tina negó con la cabeza y lo miró antes de encender el motor.

—No te preocupes —respondió y le sonrió—, estará bien.

—Y yo que todo el viaje estuve preocupado por lo que él te haría cuando te encontrara. —Se rio con fuerza y ella pareció disfrutar de esa sonrisa. Le acarició la mejilla y luego se tocó la frente. Todavía transpiraba.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —preguntó él, sonriendo.

Ella asintió con la cabeza mientras sus dedos tamborileaban sobre el volante.

—¿Por qué te busca esa mujer Gloria?

Los dedos de Tina de repente quedaron tiesos. Él observó que una vena de su cuello comenzaba a sobresalir.

—Es una larga historia —lo miró—, es obvio que me odia. Es, quizás, mi peor enemiga... pero la respeto. Hice algo que le molestó y yo entiendo que me persiga sin pausa. Es una pena que nunca me encuentre —dijo y dejó ver una sonrisa sarcástica en su rostro.

—¿Pero por qué?

—Te repito, es una larga historia... —dijo— y si te la cuento tendré que matarte... —Rio, como si hubiese estado conteniendo la risa un buen rato. Dante observó su boca simétrica, sus dientes perfectos, sus ojos delicados, apenas surcados por unas suaves líneas de expresión. Se sintió tentado de quitarle el velo que llevaba puesto y observar su cabello cayendo sobre su rostro. Él acercó una mano hacia su cuello pero ella lo detuvo y siguió hablando—: Digamos que no soportó lo que le ocurrió a su hija. —Carraspeó—. Hay gente que no maneja bien el dolor. El ser humano está genéticamente programado para sobreponerse. Al dolor, a la adversidad... A casi todo.

Tina se acercó a la guantera, la abrió y sacó un paquete de cigarrillos, con la misma mano buscó un encendedor en sus bolsillos. Cuando lo encontró le pidió a Dante que se lo encendiera. Él lo hizo sin dejar de mirarla y observó cómo daba la primera pitada y sonreía como si ese fuese su único

placer.

—Se nota que hace mucho que no vives en occidente... Hoy te colgarían por eso —dijo él y señaló a los cigarrillos.

—Por suerte aquí todavía somos libres para decidir cómo queremos morir.

—No me has respondido. ¿Qué es exactamente lo que le hiciste a la hija de esa mujer?

—Vamos —repuso y exhaló una bocanada de humo que inundó el automóvil—, imagino que ya lo has averiguado. Su trabajo es buscar terroristas —dijo e hizo un gesto en el aire entrecomillando la palabra.

Dante miró hacia el costado de la carretera. Sintió por un instante que el pulso se le aceleraba. Iba a responder pero consideró que no era prudente. No tenía miedo de estar con una terrorista. Tenía miedo de que algo saliera mal y la policía los encontrara y él terminara encarcelado por algún crimen con el que no tenía nada que ver. Siempre había pensado que si la policía llegaba a buscarlo él les daría batalla. A la cárcel no iría. Nunca.

—No te asustes. No creí que te fueras a poner nervioso. Pensé que ya lo sabrías —titubeó—, ¿algún reparo en recibir dinero de una terrorista? —preguntó y su tono no sonó muy amistoso—. No seas hipócrita, no eres de *Médicos sin Fronteras* justamente.

—Esto es un negocio. No te estoy juzgando —respondió él, cortante.

—Tampoco me molestaría que lo hicieras. —Sonrió y lo miró por el rabillo del ojo—. Créeme, estoy acostumbrada. Y tampoco es que me interese justificarme, pero todo lo que he hecho en esta vida tuvo sus motivaciones. Buenas motivaciones, valederas. No debes juzgarme sin haber caminado con mis zapatos.

—Hitler también pensó que tenía buenos motivos.

—Puede ser, aunque tu comparación es ridícula y solo busca fastidiarme. Pero te repito, siempre que hice algo fue por un buen motivo. En cambio, tu motivo siempre es el dinero. Así que en mi escala de valores, eres bastante peor que yo.

Ambos rieron y él la miró mientras observaba cómo el cigarrillo se iba consumiendo en su boca.

—Ya que estamos de preguntas, ¿por qué Gloria sabía que si aparecía esa momia ibas a aparecer tú?

—Bueno, me imagino que habrá averiguado que me encargaron encontrarla. Obtenerla.

—¿Y cómo es eso? —notó que ella aminoraba la velocidad—. Ah... la señora a la que no le interesa el dinero quiere contrabandear una momia... ¡Qué vergüenza!

El automóvil se detuvo por completo, ella apagó el motor y giró para hablar con él. Flexionó una pierna sobre el asiento e inclinó la cabeza.

—Estás equivocado. Realmente no me importa el dinero. Más que como medio, claro. Bajemos a beber algo. Necesito hidratarme.

Él la detuvo poniéndole una mano sobre el hombro. Por un segundo la miró fijo y luego se acercó a ella con delicadeza. Cuando la tuvo a un centímetro de distancia notó su aliento caliente sobre el rostro. Ella permanecía impávida, como si no le hubiese sorprendido el avance. De repente, Tina sintió algo frío sobre su estómago. Miró hacia abajo y observó un reflejo plateado. Cuando comprendió que la estaba apuntando con un arma, le sonrió con cinismo.

—No podrás escapar de ella. Y yo tampoco. Si te ayudo, moverá cielo y tierra para encontrarme a mí. A pesar de lo bien que pagas. Algo hay que sacrificar.

—Debí haberlo sabido. No se puede confiar en los hombres —dijo mientras intentaba correr el cañón del arma de su estómago—. De todas formas... —Miró hacia adelante—. ¿Alguna vez te dije que yo era una de las mujeres más inteligentes que conocerás?

Dante no respondió, la miraba con dureza, como si fuera un cazador apuntándole a una presa con la cual no tendría la mínima piedad. Tina se tocó el bolsillo sin que él lo notara. Dante sabía que no tenía ningún arma porque la habría utilizado con su compañero. Y estaba seguro de que si buscaba pelear dentro del vehículo terminaría muy lastimada. Él sabía que ella no era débil físicamente como otras mujeres con las que se había cruzado. No iba a darle oportunidad de que lo golpee como había hecho con su compañero. Sin embargo, el hecho de que su presa no dejara de sonreír lo inquietó.

—Mujeres, no. Personas. De las personas más inteligentes —se corrigió—, y cuando dije que mi motivación no era el dinero, sino otra mucho más... —titubeó buscando la palabra correcta— pura, era verdad.

Entonces sacó algo de su bolsillo y se lo clavó en la pierna con fuerza. Dante intentó quitarse eso que le producía un dolor terrible y ella le quitó el arma de un golpe. Él la tomó del brazo, intentó apretarle el cuello pero su cuerpo no respondía. Abrió la boca e hizo un ruido gutural. De repente todo fue negro. Sintió frío y calor en el momento en que ella retiró la jeringa de su

cuerpo. Entre las sombras pudo ver a Tina, distinguió sus ojos dañinos, su sonrisa tétrica. Entonces, un último escozor lo inundó. No llegó a cerrar los ojos antes de morir. Sus pupilas dilatadas estaban clavadas en su asesina, que lo empujó hacia un costado y lo acomodó en su asiento. Luego buscó otro cigarrillo, lo encendió y el automóvil se inundó de humo otra vez.

Capítulo XIV

27 de septiembre.
Estambul, Turquía.

Berkant llegó a la casa de su hijo Enrique y Salma con una puntualidad que lo sorprendió hasta a él mismo. Aparcó el coche sobre la entrada y se apeó lentamente, como si le doliera todo el cuerpo. Antes de tocar el timbre se detuvo y observó el lugar.

La casa estaba ubicada en el barrio residencial de Kadıköy en la parte asiática de Estambul, el distrito más poblado y antiguo de la ciudad. El sitio no estaba lejos de su oficina, pero Berkant se movilizaba en coche a todos lados, aunque solo fuera a dos manzanas de distancia.

Apenas posó el dedo sobre el timbre, Salma abrió la puerta. Lo invitó a pasar con un gesto y forzó una sonrisa de cortesía. Se pasó la mano por la cabeza. Era un gesto que siempre hacía cuando estaba nerviosa.

Salma era una mujer de mediana estatura y cabello oscuro con ondas. Tenía una cola de caballo y se había puesto algo de gel. Su rostro era atractivo pero enjuto. Era bella, aunque su suegro no pudiera verlo.

—Adelante, Enrique tuvo que salir por una diligencia pero en diez minutos estará de vuelta. A decir verdad, no te esperábamos a horario —dijo Salma mientras se dirigía a la sala de estar.

Él, caminando detrás de ella, hizo una mueca de fastidio y le molestó verla delante de él caminando y meneando las caderas. Se mordió el labio inferior.

—Claro, pero esta vez Enrique me pidió que sea puntual. Y aquí estoy...

La mujer le indicó con la mano que tomara asiento. Berkant hundió su cansado cuerpo en el moderno sofá de cuero negro.

—Nuevo sillón, eh. Muy cómodo.

—Sí, sí —Salma estaba a punto de tomar asiento pero se disculpó y se dirigió con rapidez a la cocina. Allí, sobre la mesada de mármol estaba su *iPhone*. Lo tomó y pulsó la memoria 1. Enrique contestó al otro lado. Parecía agitado.

—Está aquí. Ya llegó —Salma sonaba enojada.

—Genial. Ve y hazle un poco de compañía. ¿Está Gloria con él?

—No.

—Es descortés dejar solos a los invitados. Ve. En unos minutos estaré allí. Lo prometo. —Se hizo un silencio y luego agregó—: Salma... No te pongas el *türban* esta noche. Por favor.

Salma hizo un sonido similar a un gruñido, dejó el teléfono donde lo había encontrado y se dirigió a la sala de estar. Berkant estaba en la misma posición, pero con la cabeza entre las manos cubriéndose el rostro por completo. Por un instante sintió compasión por él. Quizás por un momento debiera dejar de lado todas sus diferencias e intentar comunicarse con su suegro sin discutir. Lo vio abatido, hundido en el sillón y con una actitud de derrota con la cual no lo había visto jamás. Se preguntó si ese dolor que tenía pintado en el rostro tendría algo que ver con la salida de Nursel del neuropsiquiátrico. Quizás toda esa situación le estuviera recordando a su hermano Celal. Salma lo entendía, ella también había perdido a una hermana y sabía que el dolor podía calarte hasta los huesos. Creyó que el hombre que estaba en su sala, nada tenía que ver con el que ella conocía.

Salma despreciaba al viejo y se detestaba a sí misma por ese sentimiento. Berkant la despreciaba de igual forma y se lo había hecho saber a su hijo en innumerables ocasiones. Sin embargo, apenas ocho meses después de conocerla, Enrique le anunció que le propondría matrimonio. Berkant supo que nada podía hacer para evitarlo sino esperar que su hijo viera por sí mismo lo que él veía en esa mujer. Decidió entonces no hablar de ella cuando él estuviera presente; la mayor parte del tiempo intentaba hacer de cuenta que ella no existía. Sin embargo, cuando estaba con Gloria, su pareja desde hacía un tiempo, hablaba de su nuera con un odio, como si le fuera imposible contener la repulsión que sentía dentro de sí. Gloria muchas veces le preguntaba con sorna si no estaría enamorado de la joven y por eso su rechazo. Aquellos momentos eran los únicos donde le causaba displacer la presencia de Gloria.

En ese instante, Berkant levantó la vista por un segundo y luego volvió a taparse el rostro. Salma se tocó la barbilla. No tenía ni idea qué hacer en esa situación. Ella siempre estaba a la defensiva cuando se encontraban. Se preguntó si sería momento de hacer una tregua con él. Se acercó con sigilo y se sentó.

—¿Algún problema? —preguntó.

—No —respondió él cortante y levantó la vista. Le sostuvo la mirada y le sonrió con falsedad. Salma sintió repulsión y movió la cabeza para

deshacerse de ese pensamiento. No lo logró. Aunque quería verlo como un viejo indefenso, no lograba sacarse de la mente la idea de que era un monstruo capaz de hacer infeliz a su único hijo.

—¿Puedo ayudar en algo? —Salma pronunció esas palabras y sabía que él se vería obligado a responder con uno de sus comentarios sarcásticos. No pudo evitarlo. Detrás de esa apariencia frágil, aún se asomaba ese ser despreciable.

Él estuvo a punto de decir algo, pero sabía que no era momento. Estaba algo débil y su hijo estaba por llegar.

—¿Qué tal el hospital? —le sonrió otra vez. No había caído en su trampa.

—Bien, bastante bien. No me puedo quejar. Viajaré a Gaza en los próximos días. —Seguía provocándolo, sabía que nombrar Gaza lo haría reaccionar. Detestaba que ella hablara de Palestina, como si eso le recordara a cada instante que algún día tendría nietos sin sangre turca.

—Ah... —levantó las manos— el retorno del hijo pródigo... ¡Qué bien! Tu familia estará feliz de verte. Solo espero que no se te ocurra llevar a mi hijo —dijo y su rostro se tornó carmesí, los ojos inyectados en sangre.

—¿Y qué si algún día viaja conmigo? ¿Algún problema? —le espetó ella levantándose del sofá.

—Sí. —Los músculos se le tensaron—. Me gustaría que Enrique fuera más criterioso en las elecciones. Pero lamentablemente la falta de sentido común la heredó de su madre.

—¿Falta de sentido común porque se enamoró de una palestina? —preguntó. Ahora lo miraba de pie y sentía ganas de patearlo—. No sé por qué es un problema tan grande que no sea turca. Tu esposa tampoco lo era —dijo con los dientes apretados.

—Y, créeme, todavía estoy pagando las consecuencias de ese error.

Salma estaba asqueada. No podía creer lo que estaba escuchando. No podía creer que un rato antes hubiera pensado en hacer las paces con ese monstruo.

—¿Enrique es la consecuencia de ese error?

—No. Pero sí lo son sus actitudes estúpidas. Como haberse casado contigo.

Ella meneó la cabeza y resopló. Luego dijo—: ¿Porque creo en Dios? ¿Es ese el verdadero problema?

—El problema es que crees que creer en Dios te da derecho a manejar el

Estado como si fuera un templo. Turquía justamente se basa en lo contrario de esa idea. El que desprecia el laicismo, desprecia a Turquía. Y tú, vistiendo tu *türban*, no eres un buen ejemplo para nuestra sociedad. Mi abuelo decía que cada uno es dueño de creer lo que quiera, de las puertas de su casa para adentro.

—Yo respeto el laicismo de Turquía y amo a este país. Creo que bastante más que tú. Pero no puedo entender por qué una mujer no puede vestir el velo en lugares públicos. No entiendo por qué no se puede ir a la universidad vistiendo uno, no entiendo por qué las funcionarias no pueden usarlo —su voz temblaba, apenas podía contener sus ganas de golpearlo. De repente sintió que se le revolvía el estómago y ya no soportaba tener a ese hombre cerca.

—Porque esto no es Afganistán. Aquí no permitimos la *burka* —respondió él refiriéndose a esas vestimentas de mujer que no dejaban ver ni siquiera los ojos.

—Qué comparación ridícula —respondió ella y se dio cuenta que si quería atacarlo tendría que hacerlo por otro lado. Entonces supo lo que debía hacer.

—Nursel vendrá a quedarse aquí con nosotros —dijo y comenzó a sentirse mejor al ver que él la miraba con odio.

—No. Eso está fuera de discusión. Se quedará conmigo —respondió y se puso de pie.

—Yo creo que habría que preguntarle a ella. —Movió la cabeza y dio un paso hacia él—. No. Definitivamente creo que lo que habría que preguntar es por qué quieres tenerla en tu casa mientras no la visitaste en diez años —sonrió y Berkant vio en su mirada despótica que estaba en lo cierto. Iba a tener que encontrar una excusa. Y una buena.

—Porque se lo debo a mi hermano —dijo y giró la cabeza, convencido de que ella podría ver la mentira en su mirada.

—¡Por favor! Puede que tu hijo te crea semejante tontería, yo no. —Arqueó las cejas y se cruzó de brazos.

A lo lejos, el ruido de la puerta abriéndose dio por terminada la discusión. Enrique se dirigió a la sala y entró con una sonrisa. Dejó su portafolios sobre la alfombra y fue a besar a su esposa. Ella le sonrió intentando mostrarse serena, pero él sintió su corazón acelerado. Miró a su padre y lo vio con el rostro duro, cansado. Maldijo para sus adentros el haberlos dejado solos. Sabiendo que ambos le iban a mentir, preguntó cómo estaban. Ambos respondieron que bien y Salma se dirigió a la cocina a ultimar

los detalles de la cena. Antes de salir de la sala, Salma se dio vuelta.

—Estábamos hablando de lo bien que le hará a Nursel quedarse aquí con nosotros —dijo y siguió caminando como si nada. Berkant la escuchó reír desde la cocina.

—¡Qué bien! Me alegro de que lo hayas reconsiderado —dijo Enrique, genuinamente feliz.

—Creo que tu esposa me ha malinterpretado —acotó Berkant y caminó hasta el sillón. Se dejó caer y flexionó el cuello.

El cuerpo de su padre, hundido en el sofá, le resultó irreconocible. En el último año parecía haber envejecido una década. Tenía unos profundos surcos que le enmarcaban los ojos, sus labios rojizos estaban cuarteados y su cabello color plata parecía haber perdido vitalidad. El hombre lo miró. Sus ojos azules estaban brillosos. Enrique sintió ganas de acercarse a abrazarlo, consolarlo sin saber por qué. Estaba seguro de que su padre estaba triste y la actitud que había tenido en la oficina esa mañana lo confirmaba. Ahora lo veía allí, sin fuerzas y perdido. Se preguntaba por qué un hombre sano de sesenta y cuatro años estaba en esas condiciones. Se juró averiguarlo, aunque estaba convencido de que estaba pensando en su hermano. O quizás era Julia la que le estaba trayendo algún problema. De repente, una melodía irrumpió en el ambiente. Enrique miró alrededor y le indicó a su padre el teléfono móvil que llevaba en su bolsillo. El hombre atendió con movimientos lentos y algo torpes. Apenas escuchó la voz del otro lado, se puso de pie y se alejó. Hablaba cerca de una ventana, de vez en cuando corría la cortina y cada vez bajaba más la voz. Enrique supuso que era Gloria quien llamaba. Creyó que estarían intercambiando algunas palabras de afecto.

Apenas Berkant terminó la conversación, Enrique percibió que su semblante había cambiado por completo. Tenía el rostro distendido y sonreía. Salma se asomó en ese instante y les avisó que la cena estaba lista.

Los tres se sentaron a la mesa y durante un buen rato nadie habló. Salma sirvió la comida y todos degustaron con ganas. Enrique se animó a iniciar una conversación al notar a su padre con más ánimo.

—Salma cocina cada vez mejor, ¿no es cierto? —Miró a su padre esperando que este le dirigiera la palabra a su mujer.

—Delicioso, sí —respondió y la miró por un segundo. Luego giró la cabeza y volvió a mirar a su hijo—. Viene Julia.

Salma dejó caer los cubiertos e intentó disimularlo tomándolos nuevamente con rapidez. Pensó que quizás no lo habrían notado. Pero Enrique

la estaba mirando fijo, con una expresión que ella juzgó extraña, como de reproche.

—Viajará dentro de unos días. Le dije que podía hospedarse en casa si lo necesitaba. Pero dijo que no. Se hospedaré en la casa de un conocido, creo. Parece que viene con un amigo.

Los ojos de Enrique ahora se clavaron en los labios de su padre.

—¿Un amigo? —preguntó.

El hombre afirmó con la cabeza y miró de reojo a Salma, que no levantaba la vista del plato.

—¿A qué viene? —Enrique intentó que su voz sonara lo más neutral posible.

—Escribirá un libro... Ah, y mencionó algo sobre su padre, no entendí bien, parece que ha averiguado algo. —Berkant seguía comiendo como si nada estuviera sucediendo.

—¿Cuándo llega? —preguntó Salma mirando a Enrique.

—No lo sé. —Negó con la cabeza y dijo—: No sabía que venía.

—En los próximos días —intervino Berkant—. No creo que la veas, Salma. Seguramente estés en Palestina. —Sonrió con malicia—. Qué pena.

—No creo que viaje. Estoy pensando que lo mejor será quedarme aquí. Sobre todo porque si viene Julia no tendrás tiempo para ocuparte de Nursel, ¿no es cierto? —dijo Salma y se levantó de la mesa—. Como te dije antes, lo mejor será que ella se quede aquí, con nosotros. —Sonrió y salió como un torbellino del comedor. Se dirigió a su habitación y una vez allí cerró con llave, se echó en la cama, y comenzó a llorar como no lo hacía desde la muerte de su hermana.

Berkant no dijo nada, estaba aliviado de que la mujer se hubiera ido. Enrique estuvo callado por un minuto y cuando lo miró, lo hizo con tristeza.

—No te preocupes por tu esposa. Los celos son una enfermedad —dijo.

—No está celosa. Sabe que quieres molestarla —explicó él y comenzó a retirar los platos de la mesa.

—Cambiemos de tema mejor —propuso Berkant y Enrique asintió—. ¿Por qué llegaste tan tarde? ¿Dónde has estado?

—Trabajando. Tengo una gran historia entre manos —dijo y abrió la canilla para enjuagar los platos.

—Cuéntame.

—¿Recuerdas al periodista que estuvo preso? Aquel del que siempre habla la tía Nursel... Salió de prisión hace días.

Berkant se puso de pie y se acercó a su hijo que le estaba dando la espalda.

—Fabri Yazr —dijo—. Accedió a hablar conmigo.

—¿Sobre qué? —Berkant intentó sonar lo más natural posible.

—La historia que contaba la tía Nursel... —Se dio vuelta para quedar frente a su padre y luego susurró—: Él la corrobora. Parece que la tía no estaba tan loca después de todo.

Berkant le puso la mano en el hombro a su hijo.

—Por favor, no irás a creer semejante tontería. —Sonrió y Enrique lo miró desilusionado—. ¿Por qué hablaría ahora, después de tanto tiempo? Y ha estado preso. Hablas de publicar las palabras de un hombre que está condenado por traición a la patria.

—Justamente —dijo y se alejó—. No tiene nada que ganar mintiendo.

—¿Y por qué hablará justo ahora? —quiso saber su padre.

—Para proteger a Nursel. Dice que ella es la única que sabe la verdad y ahora ellos querrán callarla —Enrique se apoyó en la mesada y lo observó. Otra vez una sombra pareció apoderarse de su mirada.

—¿Ellos? *Ellos* no harán nada —susurró él y su hijo lo escuchó.

Enrique no dijo nada. Se preguntó por qué su padre habría dicho *ellos no harán nada* cuando un segundo antes había dicho que todo era mentira.

Capítulo XV

Washington D.C., EE.UU.

—Tenemos que saber qué le dijo, qué pensaba. Cualquier cosa que nos diga servirá —le dijo Matt Vargas a Adam Bloom.

Adam estaba sentado sobre una silla de metal. Tenía la cabeza entre las manos y el cabello completamente despeinado. Miró a Matt y abrió los brazos.

—Era un alumno más. Normal. Reservado, yo diría, pero no había nada fuera de lo común... —dijo y enfocó sus ojos en la ventana. El detective pudo ver que estaban húmedos y enrojecidos. Adam volvió a llevarse la mano a la cabeza.

—Sí, hablaba bastante sobre Turquía. Extrañaba su país. Pero no me hizo ninguna mención de esa... —titubeó— Operación Gladio, Ergenekon... todo eso, no dijo nada. Nada. —Negó con la cabeza—. Si hubiera dicho algo sospechoso yo habría... no sé, se lo habría comentado a alguien...

Diana estaba a unos metros. Sostenía una taza de café caliente. Dio un sorbo y luego sopló la bebida. Volvió a beber y dejó la taza sobre el escritorio en el que estaba apoyada.

—Comprendemos, pero necesitamos que intente recordar. Si pasó mucho tiempo con él en algún momento puede que haya dado alguna señal de...

—¿De qué? ¿De que era un psicótico que iba a asesinar a un hombre frente a una multitud? —Negó con la cabeza—. No. No. Si hubiese dado una señal yo lo habría notado. Tendría que haberlo visto... —su voz se hizo más débil hasta que desapareció.

—Evidentemente no —respondió ella y miró a su compañero.

—Quiero decir —Adam sonaba ofuscado— que no había forma de darse cuenta. Era un estudiante más. Nada raro. Cuanto más lo pienso más me convengo. Nada. —Levantó la vista y preguntó—: ¿Han hablado con él? ¿Qué ha dicho?

—Lo están interrogando.

—¿Cómo pudo entrar armado? Eso deberían estar preguntándose en lugar de interrogarme a mí —dijo Adam.

—Porque —Matt movió las manos en el aire, nervioso— porque a pesar de lo que cree la gente, no es tan difícil burlar a la máquina de rayos X. Sabía

donde esconder el arma. El arma...

—Matt —espetó Diana y negó con la cabeza para que no siguiera hablando. La ofuscaba ver que su compañero estaba tan alterado. Luego volvió a tomar la taza de café. Se acercó la bebida a la boca y el humo se elevó sobre sus ojos.

Adam sollozó. Otra vez se llevó la mano a la cabeza y se tapó los ojos. Comenzó a llorar como si fuera un niño.

—No había nada en él que me hiciera sospechar... —No pudo terminar de hablar, su garganta se inundó de lágrimas—. Debería haber visto algo —dijo y se refregó los ojos con fuerza mientras su cuerpo se estremecía.

Los dos agentes se miraron y Diana le hizo un gesto a Matt para que salieran de la sala. Cuando estuvieron fuera Diana resopló.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—¿Este tipo? —Matt elevó los ojos y pensó antes de hablar—. La verdad, no me gusta.

—No creo que sepa mucho más de lo que dice. De todas formas, hay que dejarlo ir.

—No me gustan sus ojos —respondió Matt, sabiendo que no tenía sentido lo que acababa de decir pero sin poder evitarlo.

—Cuando tengas algo más científico que el displacer que te causan sus ojos me avisas. Estás tan nervioso que no logras pensar con claridad —dijo Diana y frunció el ceño.

—Lo sé, lo sé. Es que esto es un desastre. Necesitamos que piense. Alguno de los dos sabe más de lo que dice.

—Puede que sí, pero no creo que tengan nada que ver con el asesinato. Quizás creen que si dicen que suponían algo extraño, también los inculpemos. Son profesores, no están acostumbrados a estas cosas —terció Diana.

—Sí. Pero no los perdamos de vista.

Ella asintió con la cabeza y volvieron a entrar a la sala.

El profesor seguía en la misma posición. Aún lloraba.

—Estaremos en contacto —dijo el agente con tono disgustado.

Adam no se levantó de la silla. Sentía un cosquilleo en las piernas y los brazos. Tenía los ojos hinchados y el rostro color rojizo. Sacó un pañuelo de su saco y se secó las lágrimas. Diana miraba cada movimiento del hombre. Se levantó despacio y ella lo siguió con la mirada. Cuando estaba llegando a la puerta se dio vuelta, alarmado. Sus ojos azules parecían dos platos.

—Recordé algo. Sí, por Dios. Ahora lo recuerdo. Qué estúpido. Una vez,

una de las primeras veces que nos vimos, creo, me dijo que estaba aquí por una misión. No le di mucha importancia... pensé que... —explicó y movió las manos—. Bueno, me dijo que era el mensajero, que traía un mensaje para alguien. Algo importante... —Miró primero a Diana y luego a Matt—. Dijo que el mensaje que tenía que entregar podía cambiar el mundo.

—¿Cambiar el mundo? ¿Y *eso* no le pareció nada importante? ¿Nada significativo, profesor? —preguntó Diana y miró a Matt. No hizo falta que dijera nada.

—Todos los alumnos que llegan a la universidad piensan que van a cambiar el mundo —repuso Adam y se encogió de hombros—. Yo me imaginé que hablaba de algo personal. Cambiar el mundo de alguien —carraspeó—, no sé.

Ensayó nuevamente una disculpa y Diana le ordenó que se retirara. Entonces, los dos agentes corrieron hasta la oficina de Joe Blaine, su superior.

Blaine estaba sentado detrás de su escritorio con la vista fija en su monitor. Se puso de pie apenas los vio entrar y los miró. Era un hombre corpulento y con varios kilos de más. Tenía los ojos grises y siempre estaba sonriendo, algo que sus compañeros no terminaban de entender. ¿Por qué un agente federal estaba siempre tan feliz? Blaine no dijo nada, pero por supuesto, les sonrió mientras se acercaba a ellos. Era obvio que si habían entrado de esa forma a su despacho era por algo importante. Pero ninguno de los dos hablaba. Diana dio un paso al frente.

—El manual 30–31B. El manual de las Fuerzas Armadas...

Blaine hizo un gesto con la cabeza. Sabía perfectamente de qué le estaban hablando.

—¿Qué sucede? Hablen de una vez, por Dios... —Extrañamente, estaba comenzando a perder la paciencia.

—El apéndice, el apéndice 30–31B. La prueba de que la OTAN estuvo al tanto de varios de los ataques... —parecía quedarse sin aire al hablar y movía las manos sin pausa—, allí se explica qué hacer y cómo... para cometer ataques y culpar a los comunistas...

Blaine se dio vuelta, molesto. Se volvió a sentar en el mismo lugar.

—Sé qué es lo que *supuestamente* dice ese documento. Pero no existe. No sé por qué están tan agitados.

—Ali Al-Sadari tenía encima algo que parece ser ese manual... ese apéndice —se corrigió Matt.

—Es apócrifo —respondió Blaine—. En Internet circula un documento

de ese apéndice. No es real. Eso no existió nunca. ¡Por favor!

—Será mejor que lo veas de todas formas —dijo Diana y se fue a buscarlo. Blaine volvió a mirar a su ordenador y recién levantó la vista cuando ella regresó y le extendió la mano con el documento. Él lo inspeccionó por diez largos minutos. Matt y Diana se miraban con insistencia y no sabían si debían permanecer allí o irse. Entonces el jefe levantó la vista y apoyó el manual sobre el escritorio.

—¿Al-Sadari tenía esto? —preguntó, su voz no podía ocultar su preocupación. Ambos asintieron—. Será mejor que lo dejen aquí. Hay gente que querrá verlo.

—Adam Bloom recordó que Al-Sadari le dijo que tenía un mensaje que podía cambiar el mundo —acotó Diana.

Blaine se llevó las manos a la boca y luego puso los brazos en jarra. No dijo nada, pero ambos agentes supieron lo que estaba pensando su jefe. Si ese manual no era apócrifo, el mundo iba a sacudirse de una manera brutal. Se le puso la piel de gallina mientras apoyaba la mano sobre la primera página. Les hizo un gesto a Diana y Matt para que se fueran y cuando estuvo solo tomó el teléfono. Antes de que del otro lado le respondieran, cortó la comunicación. Tenía que pensar bien lo que iba a decir. No sería fácil explicar que allí, en su escritorio, descansaba el manual que confirmaba la existencia de Operación Gladio.

Capítulo XVI

El aire estaba completamente viciado por el humo de cigarrillo. Diana hasta podía sentir el olor a alcohol impregnado en el ambiente, como una nube persiguiéndola. Divisó a Matt en la mesa más alejada y, abriéndose paso entre los asistentes borrachos, se dirigió allí.

—Lindo lugar elegiste para la reunión —sonrió mientras tomaba una silla y la examinaba antes de tomar asiento.

—Estoy preocupado. —Matt se pasó la mano sudorosa por la cabeza despeinándose aún más—. El tipo no quiere hablar, solo dice que estaba cumpliendo una misión. Le preguntamos sobre las fotografías que le dio a la profesora y dice que parte de su misión era traer un mensaje para ella. —Frunció el entrecejo y miró alrededor—. Y ella viajará a Turquía, ¿qué puede significar todo esto?

—No lo sé, pero asesinaron a un Premio Nobel de la Paz en nuestro país. —Sus ojos parecían más pequeños debido al cansancio—. Ya sabes... ahora van a empezar las presiones. Algunos periódicos hoy hablaban de internas de Turquía cobradas aquí.

—Sí y otros hablaban de Al Qaeda. Parece que nuestro chico no le caía bien a mucha gente —dijo el detective mientras levantaba su vaso de cerveza y daba un largo trago—. ¿Qué crees?

—No lo sé. Estoy desconcertada. —Bajó la vista por un instante—. Pero no me creo eso de que el profesorcito ese se acordó lo del mensaje cuando se estaba yendo. Y encima ahora viaja a Turquía con su amiga, la profesora huérfana.

Matt la miró fijo, rio por un segundo y luego cambió la expresión.

—No me digas que me enviarás a cuidarla.

—No lo sé aún —respondió con una sonrisa—, quizás. Aunque quizás hable con alguien de allá para que se encargue y nos informe.

—¿Crees que tiene algo que ver en todo esto? —preguntó él.

—No. La verdad es que no lo creo, pero me intriga mucho toda esta historia. Un hombre desaparece en la otra punta del mundo treinta años atrás y ahora alguien le da una fotografía misteriosa a su hija... —Meneó la cabeza—. Debemos averiguar quiénes son los demás. Y ese manual...

—¿Tan importante es? —preguntó él.

Diana hizo un chasquido con la boca y habló.

—Ese manual, si es que es real, describe tácticas de contra insurgencia. Obviamente es ultrasecreto. Se recomienda utilizar la violencia en tiempos de paz y culpar a los comunistas e infiltrar movimientos de izquierda para agitarlos. Todas las autoridades niegan la existencia de ese apéndice, por supuesto. Un periódico turco había hablado de su existencia en 1973 pero el periodista que lo investigaba desapareció antes de que pudiera publicarse la historia. El Departamento de Estado dijo que era una falsificación plantada por los soviéticos.

Matt la escuchaba con atención e intentaba no perder detalle de la explicación. Bebió otro sorbo de cerveza y le ofreció bebida a su compañera. Ella negó con la mano.

—Y si es verdadero, significa que Estados Unidos ha tenido que ver en actividades... —Matt se rascó la cabeza buscando la palabra correcta, pero el alcohol ya estaba haciendo efecto y no supo cómo terminar la frase—. ¿Y eso sería tan terrible?

—Estás demasiado borracho me parece —dijo Diana y sonrió—. Sería la mentira del siglo. Algo de lo que nadie va a hacerse cargo nunca. Porque si mintieron en eso, pueden haber mentido en cualquier cosa. Desde el asesinato de Lincoln hasta la caída de las Torres Gemelas, todo estará bajo escrutinio. Sería un golpe demasiado fuerte.

—He estado pensando en eso del mensaje... Un mensaje que puede cambiar el mundo... —enunció Matt y ladeó la cabeza y Diana se preguntó si aún estaría lo suficientemente sobrio como para seguir esa conversación—. ¿Qué podrá ser? Ali lo sabe. Tiene que saberlo.

El humo seguía inundando el ambiente y a ella ahora se le dificultaba ver a su compañero a pocos centímetros de distancia. Miró a su alrededor y se le puso la piel de gallina. Ese no era su lugar, al menos no de un tiempo a esta parte. Le disgustaba estar en aquel antro, le traía recuerdos de su juventud, cuando paseaba por ese tipo de sitios con sus novios de turno. Negó con la cabeza disimuladamente al recordar ese momento de su vida y sintió la necesidad de irse.

—Puede ser que lo sepa. En cualquier caso, hay que vigilar a Julia Ciardi y Adam Bloom. Si el mensaje es para alguno de ellos, de alguna manera van a tener que enterarse... Y nosotros tenemos que estar atentos. Muy atentos. No vaya a ser que asesinen a alguien más delante de nuestras narices. —Se refregó los ojos irritados y miró a su compañero—. Ah, y deberías buscar un

sitio más acorde a ti para divertirme —le dijo y se levantó con una sonrisa. A lo lejos divisó a una camarera que se acercaba con cara de pocos amigos. La mujer se puso frente a Matt y farfulló unas palabras. Le pidió otra cerveza y cuando la mujer se fue, saludó a su amiga con la mano. Diana se hacía paso entre la gente y cuando llegó cerca de la puerta giró para verlo; salió del lugar satisfecha al ver que ya había encontrado compañía femenina.

Mientras daba pasos en la oscuridad el viento le acariciaba las mejillas. La noche estaba oscura pero ella no tenía miedo. Estaba pensando en Ali, su rostro era lo único que ocupaba su mente. Muchas veces se había enfrentado con asesinos en su trabajo. Y desde que trabajaba en Seguridad Nacional coordinando acciones con el FBI, también había tenido frente a ella a terroristas. Y eso era lo que más la perturbaba sobre Ali, él no encajaba en ningún perfil.

Se llevó la mano a la cintura y sintió su arma. Del otro lado colgaba su móvil. Estaba apoyando una mano sobre el aparato cuando sonó y la asustó.

—Diana. Soy Joe. —Tragó saliva y supo que una llamada a esa hora no podía significar una buena noticia—. Escúchame bien. Nos han llegado informes de varias agencias de inteligencia europeas que hablan de ricina robada.

—¿Ricina? —preguntó ella aunque no esperara respuesta.

—Sí, sí. ¿Me has escuchado? —Era obvio que Blaine estaba molesto, medio dormido, o las dos cosas.

—Sí. Y seguramente alguien te ha informado que planean usarla en Estados Unidos, ¿no? —preguntó ella y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Por algo eres mi preferida —dijo él—. Por favor, encárgate de esto —dijo y cortó.

Diana apretó el aparato hasta que le dolió la mano. No se había dado cuenta, pero estaba de pie en una esquina, inmóvil desde que había escuchado la palabra ricina. *Un atentado con armas químicas... Por Dios.* Y como si hubiese recibido una descarga eléctrica, la golpeó un pensamiento: *Eso sí que cambiaría el mundo.* Entonces salió corriendo tan rápido como pudo, y si bien no estaba segura de a dónde se dirigía, sentía que estaba llegando tarde.

Capítulo XVII

28 de septiembre de 2008.
Washington D.C., EE.UU.

Julia miró por la ventana. El cielo seguía nublado pero el destello del sol hizo que le dolieran los ojos. Había llorado sin parar toda la noche y Adam se había quedado con ella. Tenía miedo de estar sola. Él había estado a su lado toda la noche, sin dormir, pero también sin hablar. Estaba pensativo y no quería que ella tuviera una preocupación extra. Prefirió el silencio. Estuvieron sentados en el sofá, ella se recostó varias veces sobre su falda, pero el llanto le cerraba la garganta y volvía a incorporarse solo para volver a hacer lo mismo un rato más tarde. Adam le acariciaba la frente, intentaba calmarla pero sabía que no era momento para intentar consolarla, mucho menos para hacer preguntas, aunque se sentía muy intrigado por la conversación que había tenido con la policía.

Ahora Adam se estaba duchando y Julia terminaba de armar su equipaje. De vez en cuando volvía a mirar por la ventana. Suspiraba y clavaba los ojos en algún pájaro que volaba plácidamente desafiando al cielo negrozco. Escuchaba el agua caer en el baño y supo que él aún estaba ocupado. Se sintió aliviada, apreciaba lo que Adam estaba haciendo por ella pero no estaba en condiciones de expresar con firmeza que en realidad estaría haciendo ese viaje a Turquía para encontrar la verdad sobre su padre. Sabía que él se lo preguntaría en cualquier momento y no lo aprobaría. Muchas veces habían hablado del tema y él le había dicho que a veces era mejor no saber. Ella se enfurecía cada vez que él decía algo así. *Siempre es menos dolorosa la verdad. Siempre*, replicaba ella, que albergaba esa firme convicción desde pequeña.

De repente, sonó el teléfono. Julia se sobresaltó ya que casi nadie la llamaba al teléfono fijo. No supo por qué pero dudó en atender. Adam le habló desde la ducha preguntándole si había algún problema. Julia le prestó más atención a las gotas cayendo sobre el suelo que a la voz de su amigo. Atendió.

Del otro lado solo había silencio. Inmediatamente, colgó el teléfono y volvió a acercarse a la ventana. Esta vez corrió la cortina. Estaba harta del cielo oscuro, del calor agobiante de los últimos días. Pero más harta estaba de

no saber qué hacer, qué sentir, de no saber qué iba a encontrar una vez que pisara Turquía. Por primera vez, deseó no saber nada de su padre. Muerto en algún lugar desconocido, una pila de huesos, como lo había supuesto tanto tiempo. Todo aquel llanto en vano. Recordó la imagen de ese hombre que se parecía a su padre. Tenía que encontrarlo, tenía que saber qué había pasado aquella tarde de mayo. Su cuerpo se estremeció al pensar que podría haberla abandonado. Nada tenía sentido. Todo el amor que había sentido por él, todo aquello en lo que había basado su vida, ahora tambaleaba.

La puerta se abrió con un chirrido molesto y allí estaba Adam, de pie, apoyado contra el marco vistiendo una bata rosada de Julia. Ella lo miró y rio.

—Te queda perfecto —su voz se hizo más débil a causa de la risa que inundaba la habitación.

Él, satisfecho por haberla hecho reír, giró y caminó unos pasos imitando a una modelo. Se puso la mano en la cintura y frunció los labios. Julia cada vez reía más, ahora estaba sentada en la cama, al lado de su maleta, estrujando una blusa que no había llegado a guardar.

Él se acercó a ella, se agachó y le colocó la mano sobre la rodilla.

—Estaba pensando... —inclinó la cabeza— todas las veces que intentamos algo —titubeó—, que intentamos una relación. Siempre dijiste que no podías comprometerte, que no saber qué había sido de tu padre no te dejaría nunca formar una familia.

Ella infló las mejillas y soltó el aire con rapidez. No dijo nada.

—Tenías razón. Todo el tiempo tuviste razón. Siempre hubo algo dentro tuyo que te decía que la historia que habías escuchado no era verdad —repuso él.

Ella puso su mano sobre la de él.

—Está vivo. El hijo de puta está vivo —dijo y le apretó fuerte la mano.

—No lo sabes. No te apresures... No te ilusiones.

—Tienes razón.

—Cuando estemos allí todo irá cayendo en su lugar. Ya lo verás. Estoy seguro.

—Gracias por venir conmigo —le susurró Julia al oído.

—Lamento no poder viajar antes. Tengo cosas que resolver aquí antes de ir. Pero sabes que no te dejaría sola aunque me lo pidieras —respondió él y sonrió. Ella se acercó y le pasó la mano por el cuello. Cuando acercó su boca a la de él sintió un fuerte olor a jabón que le irritó la nariz. Lo besó pero él no respondió. Julia se alejó y lo miró a los ojos.

—¿Qué sucede? —pregunto con voz cansina.

—Una vez que lo encuentres, una vez que sepas qué pasó. Te esperé tantos años... no quiero que hagas esto por no sentirte sola. Somos amigos, por ahora seguiremos así, al menos hasta que todo esto termine.

Julia se acercó y lo besó en la mejilla.

—Aguafiestas —le dijo mientras doblaba la blusa y la guardaba en su maleta.

Nuevamente sonó el teléfono fijo. Adam miró a su amiga, esperando que dejara lo que estaba haciendo y atendiera. Pero ella ignoraba el sonido. Él se acercó al aparato y antes de que ella pudiera decir algo, atendió. Del otro lado nadie respondió y Adam cortó.

—Número equivocado.

Julia lo ignoró. Terminó de armar su equipaje y comenzó a tararear una vieja canción de jazz. Parecía un poco más animada. Adam se dirigió al baño para cambiarse. Mientras se estaba poniendo el pantalón, sonó el timbre. Se preguntó si Julia atendería o lo ignoraría como lo había hecho con el teléfono. El timbre volvió a sonar. Adam entreabrió la puerta y la miró. Ella estaba levantando el portero eléctrico.

—FedEx. ¿Puedes bajar tú?

Él asintió y se puso una camisa con rapidez. Sin ponerse los zapatos, salió del apartamento.

Julia miró a su alrededor. Le gustaba el sitio. La universidad la había contactado con el dueño del lugar y desde entonces siempre había alquilado ese sitio al que ya sentía como propio. Observó las esculturas que lo decoraban. Figuras femeninas en madera negra, en posiciones extrañas, forzadas. Julia nunca se había fijado demasiado en los rostros de esas piezas, siempre le había parecido que iban perfectamente con la decoración étnica del piso. Se acercó a una de ellas. La miró fijo y notó que de los ojos de la mujer de madera brotaba una protuberancia diminuta, que Julia juzgó como una lágrima. Estiró la mano y la tomó. La escudriñó de arriba abajo.

Adam entró al apartamento tan rápido como se había ido. Sostenía un paquete en la mano. Julia dejó la escultura donde estaba y se acercó a él. Sin decirle nada, tomó el paquete y lo miró con tanto detalle como antes lo había hecho con el adorno.

—¿Quién lo envía? —preguntó.

Adam miró la factura que colgaba del paquete y se la mostró. Ella hizo un gesto con la boca. No tenía ni idea quién era el remitente.

—No lo abras si no sabes quién lo envía.

—El *Unabomber* está preso, ¿verdad? —rio ella con algo de nervios.

Rompió el paquete, que fue cayendo al piso. Adam se alejó unos pasos. Ella rompió la bolsa de burbujas de aire que la envolvía y se encontró, otra vez, con una fotografía. Sintió la respiración de Adam sobre su hombro. Ahora estaba de pie junto a ella mirando la imagen, con los ojos bien abiertos. Las manos de Julia temblaban mientras no le podía sacar los ojos de encima a una fotografía en la que se veía a la mujer que le habían dicho se llamaba Tina, abrazando a su padre. De repente no tuvo dudas de que era él. Lo vio sonriendo y abrazándola. El profundo dolor que le produjo esa visión volvió a invadirla. Detrás de aquella imagen, había pegada una fotografía más pequeña en la que se veía a una niña sonriendo. La pequeña no tendría más de doce años. Julia casi no le prestó atención. Aún temblaba. Miró a su amigo. Él supo que ella no estaba triste, creyó que sentía algo bastante parecido al odio. La tomó de la mano y le quitó las fotografías. Se acercó a ella y la abrazó, luego miró hacia el piso. Julia se agachó y recogió un papel amarillento que supuso se había caído cuando rompió el plástico protector. Se lo mostró a Adam. Él le quitó el papel de la mano y lo leyó. *“Para Julia Ciardi. De parte de Tina. La venganza es un plato que se sirve frío”*.

Capítulo XVIII

Gloria estaba en una oficina que parecía ser de alquiler temporario; no había nada que personalizara el lugar. Las paredes estaban completamente despojadas salvo por una cruz de madera con un Cristo en la pared. No había fotografías, ni libros, ni cuadros, ni nada por el estilo.

Estaba reclinada en el sillón y se llevó las manos atrás de la cabeza. Suspiró. La luz blanca que inundaba el lugar le daba de lleno sobre su pálido rostro. Su pelo parecía ahora más oscuro y también sus ojos. Miraba fijo hacia la pequeña y única ventana del lugar. Una raída persiana impedía que la luz del día entrara de lleno. El silencio era fuerte, feroz, solo interrumpido de vez en cuando por algún gemido de fastidio de Gloria.

Movió la cabeza de un lado al otro y abrió y cerró las manos con rapidez. Se pasó una mano por la blusa blanca de seda que juzgó arrugada. Miró su falda negra y pensó que estaba presentable, aunque no tenía planeado ningún encuentro. Entonces se agachó y tomó un portafolios, lo abrió y sacó su ordenador portátil. Se preguntó si la conexión inalámbrica del lugar funcionaría. Se conectó a Internet y abrió el *New York Times* digital. Nada interesante. Volvió a guardar el ordenador con rapidez, se puso de pie y salió del lugar con tranquilidad.

Las calles de Ámsterdam estaban atestadas de gente, cosa que a Gloria la fastidiaba de sobremanera. A esa altura de su vida, no quería soportar más gente, mucho menos, multitudes. Pensó en caminar hasta su lugar de trabajo, pero se tomó un taxi. Apenas se subió miró al taxista y, con su voz ronca, le indicó a dónde dirigirse. El hombre vestía atuendo árabe, y la miraba por el espejo con insistencia. Gloria lo notó, pero lo último que quería era una charla con él. Se estaba poniendo nerviosa, notaba sus manos sudorosas, pensó que el sudor le estaba perlado la frente y dio una rápida ojeada al espejo del conductor para ver si tenía el maquillaje corrido. Estaba perfecta. Si estaba nerviosa, no estaba dando ninguna señal al exterior.

—¿De paseo? —finalmente preguntó el conductor.

Gloria lo miró, le sonrió haciendo un casi imperceptible movimiento de cabeza y posó la vista en las bicicletas que invadían la calzada. El hombre comprendió que la mujer no le hablaría y para sus adentros la maldijo. Ella le indicó que se bajaría a una manzana. El automóvil se detuvo en el lugar

indicado. Gloria le extendió un billete y, sin esperar el cambio, se bajó. El hombre la volvió a mirar por el espejo retrovisor y pensó que era atractiva. Ella supo que él la estaba mirando y sonrió. Disfrutaba saber que a su edad aún lograba atraer las miradas masculinas.

Caminó una manzana a paso rápido. Observaba a una familia que caminaba delante de ella, tan rubios y tan blancos. La mujer era alta, con cabello casi blanco y cuerpo demasiado delgado. El hombre la tomaba por el hombro, ambos estaban vestidos de *sport*. El pequeño niño iba de la mano de su madre. Se tropezó con una baldosa pero su madre pareció no darse cuenta y siguió arrastrándolo de la mano. Ellos caminaban con lentitud, disfrutando de todo a su alrededor. El niño se soltó por un instante de su madre y miró hacia atrás. Los ojos de Gloria interceptaron su mirada inocente. El pequeño se quedó quieto, como hipnotizado, mirándola. Un metro más adelante, la madre se detuvo y volvió sobre sus pasos para buscar a su hijo. El niño seguía mirando a Gloria. La madre se disculpó con un gesto y alzó al niño antes de irse. Los ojos azules de la criatura no podían despegarse de Gloria. Ella pensó en esa familia, los imaginó felices, jugando, riendo. Pensó que no tenían ni idea de la crueldad que había en el mundo, quizás no podrían creerlo si alguien se los contara. Tan felices y tan bellos, cuando en otra parte del mundo las madres lloraban a sus hijos todos los días. Gloria sabía que ella era afortunada, aunque solo en cierto sentido. Era completamente consciente de la miseria humana, la miseria que los humanos se provocaban unos a otros. Y se había jurado, muchos años antes, dejar una huella en el mundo. Aunque sea una.

Un bocinazo la sacó de sus pensamientos cuando ya se encontraba frente al edificio al que se dirigía. El *Centro de Seguridad Europea* estaba situado en una moderna edificación sobre la calle Rozenstraat. El lugar había sido creado luego de los atentados del 11 de marzo en Madrid y, allí, en aquel edificio vidriado, trabajaban los mejores analistas y agentes de inteligencia europeos. Desde aquel lugar se coordinaban las acciones contraterroristas y tenían analistas, traductores y criptógrafos trabajando las veinticuatro horas del día. Gloria era la vice directora del organismo y tenía completa independencia en su accionar. Su superior, Gretchen Reivjaveek, confiaba plenamente en ella. Gloria había vivido muchos años en Medio Oriente y entendía como nadie su situación política y social. Hablaba árabe, turco, farsi y hebreo con fluidez y desde hacía unos años estaba establecida en Ámsterdam.

Gloria miró su reflejo en la puerta de vidrio del lugar. Entró y pasó por unos molinetes donde había un guardia de seguridad que la saludó con la cabeza. Se dirigió al piso 18. Cuando las puertas del elevador se abrieron, sus tacos altos dejaron de sonar al caminar sobre la alfombra oscura que cubría el piso del lugar. Varias mujeres y hombres caminaban con rapidez y la saludaban apenas vislumbraban su figura. De repente un hombre de poco más de veinte años se acercó a ella con unas hojas en la mano. Las sacudía nervioso, mientras la miraba y parecía que no se animaba a saludarla.

—¿Qué te tiene tan nervioso? —preguntó ella intentando calmarlo.

—Llegas tarde. —El joven no quería sonar firme, sabía que no estaba en posición de hacerlo. Sus ojos verdes se entornaron y miró hacia abajo.

—Me retrasé un poco. Pero tengo un teléfono móvil, si hay un problema me puedes llamar allí. Ya te lo he explicado.

Gloria se preguntó si haber contratado al hijo de su amiga como asistente había sido buena idea. El joven era inteligente y cumplidor pero también algo inseguro y esa era una cualidad que Gloria detestaba. La ventaja era que lo conocía de pequeño y lo apreciaba. Y en un puesto como el que ocupaba, necesitaba a alguien de suma confianza. Sabía también que él no estaría allí para siempre. Se había licenciado en Relaciones Internacionales en los Estados Unidos y este era su primer trabajo. En poco tiempo, él mismo buscaría otros horizontes. Gloria tomó aire antes de seguir hablando.

—Lucas, dime qué sucede. Pero vamos a mi oficina.

El muchacho caminó detrás de ella sin decir nada, todavía miraba hacia el piso. Cerró la puerta y se quedó de pie mientras ella se apoyaba sobre su escritorio. Él seguía en silencio y Gloria comenzó a impacientarse.

—¿Y bien?

—Explotaron —su voz temblaba.

Ella se acercó a él y con un gesto brusco le arrancó los papeles que tenía en la mano. Los leyó. *Dos muertos en una carretera de Siria. Un automóvil Volkswagen Golf rojo se encontró quemado y con dos personas dentro. Sin sobrevivientes. Identidad presunta de las víctimas: Dante Tierrigossi, Richard Williambell. Causa del siniestro: desconocidas.*

Gloria soltó los papeles. Detrás del informe había unas fotos. Gloria las ignoró. Se llevó las manos a la frente y maldijo en voz alta. Alguien golpeó la puerta y entró sin esperar respuesta. Gretchen Reivjaveek miró a Gloria y a Lucas y se llevó el dedo índice a la boca.

—Gloria, por favor. Te va a escuchar todo el mundo. ¿Cuál es el

problema? —preguntó.

Ella miró a Lucas y le indicó que se fuera. El joven titubeó. Estaba a punto de levantar los papeles que estaban en el suelo, pero la mirada de Gloria le indicó lo contrario. Apenas el muchacho estuvo fuera del lugar, Gloria dio la vuelta, apoyó una mano sobre el escritorio y se derrumbó sobre su sillón. Tenía las pupilas dilatadas y los ojos bien abiertos.

—Los asesinó —dijo con su típico tono de voz duro—, los mató esa hija de puta.

La mujer la miró y arqueó las cejas.

—¿Tina?

—¿Quién sino? Mató a esos dos imbéciles que me recomendaste.

La mujer levantó las manos, se llevó el dedo índice a la boca nuevamente y habló en voz baja.

—No sé qué decirte.

—No me digas nada. —Sonrió con sorna.

—Dos muertos más. Espero que esta cacería tuya termine pronto. —La mujer sonó autoritaria—. No podemos darnos estos lujos. No podemos estar involucrados en este tipo de actividades. Hubo dos muertos. —Bajó la voz—. Dos muertos más, Gloria. Basta.

—Gretchen, agradezco tu interés, pero no te olvides que encontrar a esa mujer es una prioridad de nuestro departamento.

—Aquí todos saben, y especialmente yo sé, que tu persecución poco y nada tiene que ver con Ergenekon, Hezbollah o Al Qaeda. Tú quieres a Tina por otro motivo.

Gloria abrió la boca y Gretchen la detuvo levantando la mano.

—Ni te molestes en negarlo —dijo la jefa entornando los ojos.

Gloria sonrió y asintió con la cabeza.

—Y bien sabes que te estoy permitiendo esto mientras estemos dentro de los márgenes de la ley. O al menos no demasiado lejos. Lo que no puedo permitir es que ninguna sospecha o error que salpique a la Agencia. ¿Está claro?

Gloria no respondió.

—¿Hay alguna forma de que relacionen a esos dos contigo?

—Sabes perfectamente que no. Salvo que los relacionen contigo —respondió Gloria, algo irritada.

—Si los relacionan conmigo no importa. Yo los conocía, trabajaron un par de veces buscando información para nosotros.

—Solo me podrían relacionar con ellos porque yo estoy relacionada contigo entonces.

—Bien. Ignora el tema y deja de buscarla. Ya va a aparecer.

—Habría que encontrarla antes de que se le ocurra volar algún otro edificio.

—Me estás haciendo sentir que tengo que encontrarla yo primero.

—Tengo trabajo que hacer. Mucho. ¿Almorzamos? —Gloria dio por terminada la conversación.

—Sí —respondió y rio entre dientes. Se dio vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta. Antes de irse, giró y miró a Gloria a los ojos. Ella también la estaba mirando. Asintió con la cabeza y Gretchen se retiró satisfecha del lugar, aunque no estaba del todo convencida de que Gloria fuera a hacer lo que le había recomendado. Ella sabía que un paso en falso le costaría la carrera y no podría hacer nada por ayudarla.

Apenas la mujer puso un pie fuera del lugar, sintió el aliento de Lucas sobre su espalda. Lo miró fastidiada. Pensó que también le tendría que haber dicho a Gloria que el chico no servía para el trabajo. Su mirada asustada la sacaba de quicio. Andaba por la oficina como un niño perdido en una estación de trenes. Parecía un cachorro, y Gretchen odiaba a los cachorros.

—Pusieron una bomba en Estambul.

Ella lo miró fijamente.

—Y otra en Ankara. —Inhaló aire con fuerza—. Y otra en Diyarbakır.

Gretchen comenzó a correr hacia su oficina. Lucas iba detrás de ella, la mujer no entendía por qué el jovencito la seguía pero no tenía tiempo de preguntarle. En su oficina sonaban varios teléfonos a la vez. Una docena de empleados corría de un lado al otro con papeles, hablando entre ellos o gritando por teléfonos móviles. Algunos de ellos la buscaron con la mirada como esperando órdenes.

—Las tres fueron exactamente a la misma hora. Las tres en mercados. — Lucas seguía hablándole en la espalda—. Y fue Ergenekon.

Gloria escuchó el revuelvo del otro lado de la puerta. No se sobresaltó, ya que en aquel sitio las corridas, gritos y rostros preocupados eran rutina. Le gustaba mucho su trabajo, sentía que hacía algo útil, pero en el último tiempo su cuerpo ya no la dejaba moverse y correr con la facilidad con la que lo hacían sus subordinados más jóvenes. Gloria no se sentía vieja, en absoluto, pero a veces le dolían las rodillas y las manos, aunque ella intentaba minimizarlo manteniéndose ocupada. Aquel era uno de esos días en los que

tenía que luchar para que nadie notara que sus movimientos eran más lentos.

Buscó en una gaveta algún analgésico, pero solo encontró un envase vacío. Hizo un bollo con la caja y la arrojó al piso. Tomó aire y se puso de pie. En ese instante, comenzó a sonar su teléfono fijo y dos segundos después, el móvil. Vaciló en cuál atender pero cuando fue hacia su cartera para responder el móvil vio que Lucas había abierto la puerta y estaba de pie allí, con mirada suplicante. Notó sus ojos rojos. Otra vez pensó en que se había equivocado al contratarlo. Su cabello pelirrojo reflejó las luces blancas de la sala y se veía aún más anaranjado.

—Atentado en Estambul —dijo con timidez, previendo la reacción de su jefa.

Una puntada le atravesó la sien. Corrió hasta su cartera y al buscar su móvil tiró todo lo que había en su interior. Con los dedos algo temblorosos marcó un número y esperó. Nadie respondió. Gloria tragó saliva con dificultad e intentó de nuevo. Le indicó a Lucas que se fuera, pero el joven juzgó poco prudente dejarla sola. La mujer caminó hasta su silla y se sentó. Su respiración se normalizó de inmediato. Detestaba que la vieran débil, detestaba que Lucas estuviera allí, frente a ella y cuidándola.

Sostenía el teléfono con fuerza contra su oreja. Varios pensamientos atravesaban su mente, rápidos como rayos. Pidió que estuviese vivo. No sabía a quién le pedía y se habría sentido estúpida si hubiese tenido tiempo de pensar en lo que hacía.

—¿Sí? —dijo una voz cansina.

—Berkant ¡Estás bien! Gracias a Dios.

Capítulo XIX

Estambul, Turquía.

—Hola —la voz de Julia sonaba extraña, como si estuviera aturdida.

—Julia, soy yo... Berkant. ¿Cómo llegaste?

—No te reconocí, disculpa. Estoy muy cansada por el viaje. Acabo de llegar. Estoy saliendo del aeropuerto.

—¿Por qué no me avisaste? Puedo ir a buscarte ya mismo.

—Ya estoy en un taxi. —Julia se alejó el teléfono del oído por un segundo—. Iré a casa de un colega que está de viaje. Te llamo en cuanto me instale.

—Ven a casa. Estarás más cómoda.

—¿No dicen los turcos que si un extraño se presenta en la puerta de tu casa es considerado un invitado de Dios por tres días? Siempre me pregunté qué sucedía al cuarto.

Él rio con ganas.

—Eso es solo cuando hay gente en casa. Tú estarás sola. Vamos, ven a casa.

—No te escucho muy bien —mintió Julia—. Te llamo en la noche.

Mientras el taxista circulaba por el barrio de Fener, Julia reconoció la Iglesia Búlgara de Sveti Stefan, completamente construida en hierro. Miró a su alrededor y observó las casas hermosas pero viejas y decaídas. En los balcones colgaba ropa de todos tamaños y colores. Cuando llegaron al edificio, el chofer dejó su bolso en la acera y se marchó con rapidez mientras les gritaba a unos niños que jugaban a la pelota en medio de la calle y habían golpeado el coche. La mujer lo miró por un instante, tomó su bolso y subió las escaleras de la entrada. Antes de ingresar miró al cielo azul que coronaba la ciudad. Era un día espectacular y, sin embargo, Julia sentía un profundo malestar en la boca del estómago y un nudo en la garganta. Se preguntó qué hacía allí. Le vino a la mente la imagen de su madre, sentada en una silla, sosteniendo el teléfono y recibiendo la noticia de la muerte de su padre. La recordó con una nitidez inusitada, y la vio tan indefensa, destrozada. Julia pensó que la mujer jamás había logrado salir de aquel estado catatónico. No podía sacar de su mente la frase que ella le había repetido hasta el cansancio,

“No está muerto, no puede estar muerto”. Ahora la entendía y el dolor se hacía doble. Muchas veces de niña se había preguntado si su padre no habría preferido morir a seguir soportando las depresiones de su madre. Eso era lo que había querido hacer ella durante muchos años. Desaparecer como él. Se preguntó si él se había ido por eso, ese solo pensamiento le produjo un odio profundo. Lo odiaba con la misma intensidad con la que lo había amado, aun sin conocerlo. Otra vez esa necesidad de saber la verdad para cerrar su historia le inundó el cuerpo. Vivo o muerto, tenía que encontrarlo.

La mirada fastidiosa de un hombre que estaba intentando entrar al lugar la obligó a olvidarse de su padre por un instante. Estaba con la llave en la cerradura, inmóvil. Dio un paso al costado y el hombre entró y cerró la puerta detrás de él. Ella entró unos segundos después. El sitio estaba casi vacío y se sintió incómoda. Se acercó al elevador y cuando la puerta se abrió, se escuchó un chirrido extraño y ella se preguntó si no sería mejor utilizar las escaleras. Una mujer que intentaba bajar la empujó y Julia le clavó una mirada de reproche. La mujer se detuvo. Era vieja, viejísima, tenía el cabello enmarañado y teñido de naranja. La anciana le sonrió, completamente consciente de que le causaría una impresión patética. Julia miró para otro lado y cuando notó que la puerta del ascensor estaba a punto de cerrarse se apuró. Entró con rapidez y se miró en el sucio espejo que colgaba de una pared lateral. Se notó pálida, caída. Se ató el cabello pero se lo soltó enseguida. Movía las piernas sin parar y sintió que el ojo derecho le latía. El elevador llegó al tercer piso y nuevamente hizo ese ruido que la puso aún más nerviosa. Salió del lugar con su bolso sobre la espalda y caminó por un pasillo bastante oscuro. Una luz al fondo titilaba y hacía que por segundos el sitio quedara completamente a oscuras antes de volver a encenderse con su tibio destello.

Julia caminaba con temor a pesar de que podía distinguir que no había ningún obstáculo en el pasillo. El apartamento al que se dirigía estaba justo al lado de la mesita que sostenía el viejo velador con la luz temblorosa. Dejó el bolso en el suelo y buscó la llave en los bolsillos. Notó que su mano estaba fría. Apenas colocó la llave en la cerradura la inundaron unas inmensas ganas de irse de allí, de volver a Argentina, de tomarse vacaciones. Finalmente juntó fuerzas y empujó la puerta, que se abrió con algo de dificultad.

Palpó la pared hasta que encontró la llave de la luz. El lugar se iluminó de repente y Julia sintió una molestia en los ojos. Los entrecerró y se llevó la mano a la frente a modo de visera. El sitio era pequeño, pero al estar casi desprovisto de muebles daba una extraña sensación de amplitud. Sobre un

costado, bajo una ventana, había una mesa de hierro despintado y vidrio. Julia se acercó allí y vio un periódico apoyado. Lo tomó y notó que el cristal estaba rajado. Acercó la cabeza a la ventana y observó cómo el cielo iba tornándose de un color plomizo. Se alejó unos pasos y miró el periódico, era de unos meses atrás. Julia lo tiró al suelo y fue a recoger el equipaje. Luego cerró con un portazo y se apoyó contra la pared. Notó el empapelado con algunas manchas de humedad y vio que en la parte de arriba, casi llegando al techo, el papel había comenzado a desprenderse. Sobre un costado había una mesa rectangular con un mantel color tostado, con unos dibujos parecidos al papel de la pared. Caminó hasta allí y se dejó caer sobre una de las dos sillas que acompañaban la mesa. Suspiró mientras miraba alrededor.

Observó su bolso a unos metros pero se sentía agotada como para desempacar. Sobre la pared, a sus espaldas, había un reloj colgado. Eran cerca de las siete de la tarde. Julia se preguntó si estaría en condiciones de ir a visitar a Berkant, pero desechó la idea enseguida. Creyó que lo mejor sería descansar aquella noche. Se levantó mientras se tomaba la espalda con la mano y fue hasta la habitación.

Encendió la luz y un destello rojizo dio de lleno sobre la cama de dos plazas. No había lugar para mucho más, apenas un placar de madera con las puertas abiertas. La ventana no tenía cortinas y Julia observó que desde allí se veía la pared grisácea del edificio vecino. Pensó que quizás debió haber aceptado la oferta de Berkant, aquel lugar era bastante desagradable.

Luego apagó la luz, se quitó los zapatos y se dejó caer en la cama, completamente vencida por el cansancio.

Un rato más tarde, unos fuertes ruidos la despertaron. Abrió los ojos sin entender qué estaba sucediendo. Se incorporó y tardó unos segundos en reaccionar y salir de la cama. Encendió la luz y miró hacia la sala. Seguía escuchando ruidos pero no sabía de dónde provenían. Se acercó a la ventana de la habitación y miró hacia afuera. Se puso los zapatos con rapidez y se dirigió a la sala principal. Sentía la garganta seca y aún estaba algo abombada por las pocas horas que había logrado descansar. Mientras iba caminando hacia la puerta, las luces se apagaron. Julia se quedó allí, sin moverse. Sintió el corazón latir contra su pecho.

—Mierda —dijo Julia con la voz temblorosa. Nunca había logrado superar su temor a la oscuridad y ahora sentía su peor pesadilla hecha realidad. Estaba sola, en un lugar extraño, escuchaba ruidos que no podía identificar y no veía más allá de su propia nariz.

Luego de unos minutos, comenzó a caminar hacia la puerta. Quería irse. Pudo mirar por la ventana y notó que no había luz en ningún lado. La ciudad estaba inmersa en una oscuridad espesa. Julia tembló.

—Mierda, mierda —repitió con apenas un hilo de voz.

Estiró los brazos y siguió caminando. De repente, por debajo de la puerta vio un haz de luz zigzagueante. La mujer sintió el miedo en carne viva. No sabía qué hacer, su mente no paraba de sopesar opciones ridículas. Se palpó el cuerpo buscando algo con qué defenderse. No tenía más que su billetera. De repente, otro ruido. Esta vez, supo que provenía del pasillo. Dio un paso más. Entonces un fuerte estruendo desgarró el silencio de la noche. Sintió un golpe en la frente. Apenas pudo llevarse la mano al rostro cuando otro golpe la tumbó. En el suelo, con un dolor solo superado por el miedo que sentía, vio un haz de luz que se clavó en sus pupilas y escuchó una voz de hombre que le dijo algo en turco que ella no entendió. Luego escuchó otra voz y percibió cómo una silueta se agachaba y se acercaba a ella. Otro golpe, y entonces perdió el conocimiento. Su cabeza golpeó contra el suelo y un hilo de sangre comenzó a brotar de su boca.

Capítulo XX

—Tengo una reunión y luego veré a Julia. No puedo —dijo Berkant que estaba un poco cansado de escuchar los reclamos de su hijo—. No, obviamente no puedo cancelar la reunión... —Hubo un silencio—. Sí, tienes razón. Estoy *casi* retirado, esa es la palabra clave, *casi*. No lo sé, no volvamos otra vez sobre ese tema porque no lo sé. En cuanto pueda hablaré con el doctor y la llevaré a casa. —Berkant estaba enojado y del otro lado de la línea su hijo casi le suplicaba que siguieran hablando, pero él lo ignoró y dio por terminada la conversación. Su coche estaba aparcado frente a la oficina en la que tenía la reunión. Se detuvo por unos segundos, meditabundo, y marcó un número. Lo atendió un contestador automático pero no dejó mensaje. Pensó en llamar a Julia pero al observar el reloj del coche se dio cuenta de que no tenía más tiempo.

Antes de entrar al lugar se detuvo y observó a su alrededor. Había poca gente en la calle. Todavía se sentía el temor general por las bombas que habían explotado el día anterior. Cuando ingresó por la inmensa puerta doble de madera vio un hombre joven de pie en el medio de la sala. El muchacho lo saludó con la cabeza y le hizo un gesto con la mano pero apenas lo miró a los ojos. Berkant notó que el joven estaba tenso. Lo miró antes de seguir caminando y vio que portaba un arma de grueso calibre. Berkant siguió caminando por un pasillo hasta que llegó a otra puerta, bastante más discreta que la de entrada. La abrió y entró sin pedir permiso.

Allí dentro, varios hombres estaban sentados en unos sillones de cuero alrededor de una mesa ratona de cristal. Eran diez. Varios de ellos vestían uniforme militar, y el resto estaba de traje, la mayoría tenía un vaso de raki, la típica bebida alcohólica turca, en la mano. La botella reposaba, casi vacía, en el centro de la mesa, acompañada por varios vasos de agua.

—*Şerefe* —dijo uno de ellos y levantó el vaso. El resto hizo lo mismo y todos brindaron. Berkant los miró y sonrió antes de tomar asiento en un sillón vacío.

—Ahora que estamos todos, comencemos —propuso el hombre sentado al lado de Berkant.

Se escuchó un murmullo de aprobación. Berkant tomó un cigarro de arriba de la mesa y lo encendió. Se lo llevó a la boca mientras con la otra

mano tomaba un vaso.

—¿Y bien? ¿Cuándo es nuestra próxima salida de caza?

Todos rieron.

—¿Qué tal dentro de un par de días? —propuso un hombre con el cabello completamente cano y varias medallas sobre su uniforme.

—¿Qué vamos a cazar esta vez? —preguntó el más joven del grupo, también con uniforme militar.

—Gente.

El grupo rio y varios festejaron levantando los vasos con raki otra vez. Se miraron entre ellos y el más joven agitó un periódico en el aire. Cuando los demás se callaron el muchacho leyó impostando la voz—: “Atentados en tres ciudades. Grupos islamistas estarían detrás de las masacres”. Otra vez el salón se llenó de bullicio y risas. Los hombres hablaban unos sobre otros. Se escuchó la voz de uno que sobresalió.

—Ahora tenemos que terminar lo que empezamos.

El que hablaba era el General Atabärk. Estaba a cargo de la Inteligencia de Turquía. Medía más de 1,90 metros y tenía la piel curtida por el sol. Había perdido el cabello a lo largo de los años y ahora tenía una calva brillante. Sus ojos eran oscuros como la noche y estaban surcados por unas profundas ojeras grisáceas. Tenía una cicatriz que iba desde su ojo derecho hasta su boca. Mientras se acomodaba en el sillón preguntó—: ¿Alguien se ha atribuido esta serie de terribles atentados?

—Mi hijo me dijo que llamaron al periódico varios grupos atribuyéndoselo.

Todos volvieron a reír.

—Uno hace todo el trabajo y los demás se llevan los laureles —dijo Atabärk y se rascó la cabeza. Se cruzó de piernas y dio un sorbo a su raki.

—Las autoridades siguen la pista kurda.

—También tendríamos que ocuparnos de tratar el tema de los abogados para el juicio —propuso otro de los hombres vestido de militar.

—Sí, nos estamos ocupando —respondió Berkant—. Tengo gente trabajando en eso las veinticuatro horas. Tenemos poco tiempo.

—Bien. ¿Cuál es el próximo objetivo? —preguntó Atabärk que sabía de antemano la respuesta.

—Se atacará el Gran Bazar de Estambul. Dos atacantes.

Berkant pensó en las 400.000 personas que visitaban el Gran Bazar por día. Aquel centro comercial, una ciudad dentro de una ciudad, como le gustaba

decir a Berkant, sería el atentado ideal. *Un baño de sangre*, había dicho uno de ellos. La realidad era que iba a ser mucho peor.

—Ahora solo resta esperar. Y no nos volveremos a encontrar hasta dentro de diez días. Todos sigan con sus tareas habituales y no podemos comunicarnos por teléfono o correo electrónico. Nada. Yo estaré en mi residencia de Polonezköy, volando mi nuevo avión. —Sonrió con orgullo. Berkant detestaba los alardes del General pero le devolvió la sonrisa con falsedad—. Les sugeriría que todos buscaran algo para hacer. Vayan con sus familias a algún lado el fin de semana. Dejen Estambul. Nada debe relacionarse con nosotros. —Hizo un gesto con la mano cortando el aire al medio—. Absolutamente nada.

Todos comenzaron a ponerse de pie y Atabärk se acercó a Berkant y le puso la mano en el hombro. Él se detuvo y el militar se acercó a su oído.

—Me enteré de que tu cuñada Nursel está a punto de salir del loquero —dijo.

Berkant carraspeó y asintió. Miró a su alrededor y observó que la mayoría de los concurrentes ya no estaban.

—No te preocupes por eso —respondió.

—Me preocupa tu hijo y esa esposa que tiene. Sabemos que son una parejita curiosa y quieren alojar a su querida tía. Y también sabemos que a Nursel le gusta hablar, ¿no es cierto? —Se pasó la mano por la cabeza—. Y no podemos dejar que hable.

—Está loca, ya lo sabes. ¿Quién le dará crédito a algo que diga una persona que pasó dieciocho años en una institución mental?

—Quizás nadie. O quizás alguien que tenga algo personal contra ti... —dijo casi susurrando y se alejó un paso—. Alguien como tu nuera.

Berkant paseó la vista por el salón. Todos se habían ido.

—Quizás tendrías que haberla matado cuando tuviste la oportunidad —le espetó Berkant, mirándolo fijo.

—Si no lo hice fue porque tuve un motivo —respondió con una sonrisa sarcástica—. Si la hubiese matado después de todo lo que dijo, alguien habría sospechado que todo era verdad. No nos podíamos arriesgar. Es algo que aprendí en el ejército y tú deberías saberlo. Siempre hay que dejar al más débil de nuestros enemigos para que cuente historias fantásticas. Y nadie le creerá porque pensarán que si la mitad de lo que cuenta fuera verdad, ellos estarían muertos. Y allí radica la efectividad de la estrategia. Por eso tienen que vivir.

—Nadie lo habría notado, no en ese entonces —gritó Berkant con los puños apretados.

—Tu hijo lo habría hecho —respondió el militar con la voz casi apagada—. ¿Y entonces qué? —Le puso la mano en el hombro y le dio una palmada—. Ya te hemos pedido demasiado. Has sacrificado a tu hermano. No podemos pedirte más —dijo falsamente compungido.

Berkant tragó saliva y se llevó la mano a la frente. Sabía que Atabärk tenía razón. Se sentó en uno de los sillones y se cruzó de piernas. Le hizo un gesto al militar para que lo dejara solo. Cuando este por fin lo hizo, soltó un gemido que venía conteniendo hacía un rato. Él tenía razón, no sabía si podía sacrificar a su hijo también. Aunque lo que estaban haciendo por Turquía valía cualquier sacrificio, la sola idea de poner a Enrique en peligro le daba náuseas. Se preguntó si Atabärk sabría que su hijo estaba a punto de hablar con Fabri Yazr. Si aún no tenía ese dato, solo era cuestión de tiempo hasta que lo supiera. Tenía el cuello contracturado y movió la cabeza para tratar de disminuir la molestia. Pensó que tenía que hablar con su hijo y convencerlo, de alguna manera, para que no hablara con ese periodista. No sabía cómo hacerlo, pero no tenía opción. Había estado demasiados años trabajando por Turquía, no podía fallar ahora. Tendría que lograr que su hijo dejara aquella investigación. Entonces tuvo una idea. Había pensado que la llegada de Nursel complicaba todo, pero había una manera de utilizarla a su favor. Se levantó de la silla algo más tranquilo y se fue caminando con las manos en los bolsillos.

Ya se había hecho de noche y mientras manejaba por la ciudad, pasó a pocas manzanas del Gran Bazar. No se detuvo a pensar en el atentado que pronto tendría lugar allí. No podía quitarse de la cabeza el rostro avejentado de Nursel. El médico de la mujer le había pedido que lo llamara apenas supiera cuándo podía recogerla. Sabía que era tarde pero sonrió al pensar que quedaría como una persona muy amable si lo llamaba a esa hora al móvil para hablar sobre su cuñada. Iría a buscarla al día siguiente y todo se solucionaría. De repente, no vio la hora de llegar a su casa para comunicarse con el doctor. Miró hacia un costado y comprendió que los próximos días serían cruciales, tanto para Turquía como para su familia.

Capítulo XXI

29 de septiembre de 2008.
Washington D.C., EE.UU.

Diana y Matt estaban nuevamente en el cuartel. Estaban en una oficina apartada del movimiento y del ruido. Frente a ellos Joe Blaine caminaba como un gato enjaulado. El hombre llevaba un *iPhone* en la mano y lo agitaba. De vez en cuando posaba sus ojos sobre las paredes desnudas del lugar.

—¿Cómo puede ser que no sepan dónde está? —preguntó, su voz aflautada inundó el lugar.

Diana y Matt se miraron. Él se arremangó la camisa y apretó los puños.

—No sabemos. Ya hablamos con la policía y están intentando ubicarla.

—No deberían haber dejado que viajara sin supervisión... Ahora no sabemos si desapareció por voluntad propia o le pasó algo... —Se refregó los ojos y los miró—. Esto está mal, muy mal.

—Ella insistió en ir y a nosotros nos pareció... —intentó explicar Matt pero el hombre lo interrumpió con un gesto—. No teníamos por qué impedirlo.

—Ahora hay que encontrarla. No podemos darnos el lujo de tener un testigo de un asesinato desaparecido en Turquía. —El hombre levantó la voz y se acercó a la puerta—. Y que no se enteren los medios de esto. Bajo ningún punto de vista se habla con la prensa. ¿De acuerdo? —Joe Blaine desapareció dando un portazo. Ni Matt ni Diana estaban acostumbrados a verlo enojado. El hombre siempre estaba de buen humor y los dos agentes se miraron algo avergonzados por haber logrado que Joe los tratara tan bruscamente.

—¿La habrán encontrado? —preguntó Diana tomándose la cabeza.

—¿Quién? —preguntó Matt mientras la miraba como si estuviera molesto por la pregunta.

—Ergenekon —respondió ella resoplando.

Ambos se miraron. El teléfono móvil del hombre sonó y al sacarlo del bolsillo se le resbaló. Atendió y se quedó escuchando. Del otro lado, Diana podía escuchar una voz de hombre hablando en un inglés trabado. Matt cortó la comunicación y antes de que Diana pudiera preguntarle algo le dijo:

—Se la llevaron del apartamento donde estaba hospedada.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —Suspiró—. ¿Quién?

Él se encogió de hombros y frunció la boca. Ella se llevó las manos al rostro y maldijo en voz baja.

—Hubo un corte de energía, parece que aprovecharon para entrar y llevársela. Algunos vecinos escucharon ruidos, pero nadie intervino. El lugar estaba revuelto y ella no estaba. Puede que la hayan golpeado, había algo de sangre y están investigando si es de ella —acotó Matt.

—¿Qué dice la policía turca?

—Nada, están investigando. Barajan la posibilidad de un secuestro.

—Qué sagaces... —ironizó ella— ¿No creen que pueda haber sido Ergenekon?

—No quieren ni siquiera hablar de esa posibilidad —dijo él y buscó con la mirada una silla sobre la cual desplomarse.

Matt pensó que debía comunicarle la noticia a Joe. Podía adivinar los gritos que iba a escuchar, a pesar de que nunca lo había escuchado gritar. Fue hasta su oficina y lo vio revisando unos archivos en su ordenador.

Cuando Joe lo vio entrar levantó la vista y clavó sus ojos en los del agente. Se rascó la cabeza y Matt notó que tenía un gesto contrariado. Tomó aire antes de comenzar a hablar pero Joe no lo dejó comenzar la frase.

—Por tu expresión me imagino que no la encuentran. —Suspiró y Matt asintió con un gesto—. Genial, lo que nos faltaba. —Miró la pantalla de su ordenador y volvió a mirarlo a él—. ¿Operación Gladio? —preguntó. Matt no tenía ni idea si era una pregunta o qué quería decir—. Si ese manual que le dio Al-Sadari es real, no es extraño que haya desaparecido...

—Pero tú crees que no lo es —respondió Matt—. Aquí la prensa no habló mucho sobre eso. No que yo recuerde.

—Bueno. Un día después de que Saddam invadiera Kuwait, Andreotti hizo las declaraciones que destaparon la olla. Por eso es que todo el escándalo pasó desapercibido.

—Aun así... La prensa se debería haber dado un festín con semejante historia.

—Supongo que si esa información salía a la luz en aquel momento hubiese dañado la imagen de varias democracias occidentales y la invasión habría perdido legitimidad —replicó Blaine.

—Se perdieron una gran historia en todo caso. Habría valido un Pulitzer al menos.

—Sí, tienes razón... —Joe iba a seguir hablando pero comprendió que Matt estaba allí para otra cosa—. En fin. Volvamos a Gladio y todo eso. Los

testigos dicen que cuando Al-Sadari disparó aulló o algo por estilo.

—No querrás decir que... ¿Inimputable? —preguntó Matt con disgusto.

—Olvidalo. Muchísimo mejor —respondió el jefe y giró el monitor de su ordenador. Matt leyó la página que había allí.

—¿Los Lobos Grises?

—Creen en la superioridad del pueblo turco. Nazis turcos, bah... —mover las manos—. Y lo que es mejor... Según dice acá, los Lobos Grises aúllan en las manifestaciones públicas.

—Qué locura —acotó y frunció el ceño mostrando preocupación.

—Parece que hemos cazado un Lobo Gris. —Joe rio y se puso de pie—. Ahora hay que hacerlo hablar. Como sea... Si ese mensaje del que habla es otro atentado... —Negó con la cabeza—. Es obvio que no podemos darnos ese lujo, ¿no? —Se quedó callado y pensativo por un instante—. Aunque un atentado que pueda cambiar el mundo... —reflexionó y se rascó la barbilla.

—El 11 de septiembre lo cambió —intervino Matt—. ¿No es cierto?

Joe se tomó la cabeza con las manos y lo miró. Matt Vargas comprendió que no podía perder tiempo. Tenía que hacer a hablar a Ali. De cualquier manera.

Capítulo XXII

29 de septiembre de 2008.
Estambul, Turquía.

Julia se despertó e instintivamente intentó tocarse el rostro pero tenía las manos atadas detrás de la espalda. No sabía dónde estaba y tenía una venda apretada en los ojos. Sollozó e intentó respirar por la boca. Sintió que una bocanada de aire le inundaba la garganta pero le llegaba a los pulmones con dificultad. Enderezó la espalda y la silla donde estaba sentada crujió. Intentó quitarse la soga con la que le habían atado las manos pero estaba demasiado apretada. Temió que la circulación se le cortara y movió los dedos varias veces.

Entonces, a través de la venda oscura que cubría sus ojos, percibió una luz que se encendía. Levantó la cabeza con miedo y escuchó unos pasos que se acercaban con lentitud. Supo que tenía a una persona enfrente porque sentía una respiración etílica sobre su rostro. Alejó la cabeza unos centímetros e intentó no demostrar miedo. Recibió una cachetada como respuesta. Un segundo después sintió el gusto dulce de la sangre sobre su boca. El hombre se alejó o eso creyó ella porque escuchó su voz lejana. Hablaba en turco, Julia no tenía duda de eso, pero casi no entendió lo que dijo.

Supuso que la habitación en donde estaba era grande ya que la voz del hombre era casi imperceptible. De repente se hizo un silencio y otra vez escuchó pasos que se acercaban. Una mano áspera la tomó del mentón y le levantó la cabeza, la movió para un costado y luego para el otro. Julia permaneció inmóvil mientras sentía que la inspeccionaban. Los labios le temblaban y ella los apretó fuerte. Entonces la mano se alejó de su rostro y escuchó pasos perdiéndose a lo lejos.

Una corriente de aire la estremeció, trató de adivinar dónde habían abierto una puerta. Abrió la boca para que el aire le llenara los pulmones otra vez. Carraspeó. Entonces una mano le quitó la venda de los ojos con brusquedad por un instante, pero antes de que Julia pudiera ver quién estaba allí, le taparon los ojos nuevamente.

—¿Dónde está Ali? —preguntó una voz calma.

Julia no contestó. No estaba segura de que le estuvieran hablando a ella.

El hombre repitió la pregunta. Esta vez, ella levantó la cabeza. Su labio inferior temblaba sin parar.

—En prisión —respondió sabiendo que esa no era la respuesta que buscaban.

—¿Sabes por qué te buscó? —El hombre tomó una silla y sentó a su lado. Julia seguía con la vista fija hacia adelante—. Te dio unas fotografías... ¿verdad? Ahí estaba tu padre...

—No sé de qué habla. —Las palabras de Julia sonaban desapasionadas.

—No lo sabes, ¿eh? Es una pena que no hayas conocido a tu padre. Era un gran tipo. No estaría muy orgulloso de ti, sin embargo.

La mujer negó con la cabeza pero se percató de que estaba hablando en tiempo pasado, aunque no tenía manera de saber si estaba diciendo la verdad.

—Evidentemente conoce la historia... no tengo ganas de repetirla.

—¿Y qué haces tú metida en medio de todo esto? —el hombre le susurró al oído.

—Vine a escribir un libro. Nada más —dijo.

—¿Alguien se ha puesto en contacto contigo?

—La policía... —Julia titubeó al hablar.

—¿Alguien más? —La voz del hombre retumbó en el lugar.

El hombre se levantó de la silla. Por un instante Julia se desesperó al sentir que el hombre se iba y se quedaba sola otra vez. Tuvo miedo de que ya no tuvieran motivo para mantenerla viva.

—Espere —gritó—. No sé qué quieren, no sé quiénes son ni por qué estoy aquí —suspiró—. Lo juro.

El hombre volvió sobre sus pasos. Julia percibió que se sentó.

—¿Kayar está muerto? —preguntó.

Julia recordó que Diana Windham le había dicho que tratarían de mantener la muerte del Premio Nobel en secreto todo el tiempo que fuera posible. No le importó.

—Sí, murió enseguida de llegar al hospital.

—¿Ali te dio algo? ¿Te entregó algo?

Ella sopesó la situación por un instante.

—Un sobre con fotos. Ahí vi a mi padre.

—¿Nada más?

Ella negó con la cabeza.

—Nada —respondió.

—¿Quién más estaba en las fotografías?

—No lo sé, solo lo reconocí a él —dijo y rompió a llorar. No quiso nombrar a Berkant. No podía ponerlo en peligro. No se lo hubiese perdonado nunca.

—¿Tienes alguna idea del lío en que te ha metido ese hombre? No, no la tienes.

Julia negó con la cabeza, las lágrimas le estaban empapando la boca. Por un instante creyó que aquella era su única oportunidad de saber qué estaba sucediendo. Estuvo a punto de preguntar, de gritar, de exigir que le explicara qué estaba sucediendo. Abrió la boca pero se frenó antes de pronunciar una palabra.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó el hombre, ahora notablemente enojado.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—¿Qué has venido a hacer a Turquía? La verdad. —Sintió su aliento espantosamente cerca de su rostro.

—Voy a escribir un libro.

—¿Sobre? —El hombre ya estaba perdiendo la paciencia.

—Minorías en Medio Oriente —respondió ella mientras seguía intentando desatarse las manos.

—¿Y Ergenekon?

Julia adivinó una sonrisa en el rostro de su captor. No dijo nada. Intentó no mover su rostro ni un ápice para no delatar lo que sabía de la organización.

—Yo te sugeriría que no lo hagas. Renuncia a escribir ese libro. Vuelve a casa. Quién sabe dónde puedes terminar sino... Hasta puede que encuentres la verdad sobre tu padre. A veces la verdad no cura, enferma —dijo y rio.

Julia sintió que el hombre se levantó y se fue. Ya no le importaba. Pensaba en su vida, en que quería irse de allí. Le vino a la mente el rostro de Pedro. Sacudió la cabeza para borrar esa imagen. Luego pensó en Berkant, él pronto se daría cuenta de que ella había desaparecido y la buscaría. No se saldrían con la suya. Alguien tenía que encontrarla. Apretó los pies contra el suelo, todo el cuerpo se tensó. Había dejado de llorar, y solo pensaba en salir de allí con vida.

Intentó poner la mente en blanco para poder enfocarse en lo importante. Entonces se dio cuenta de que había un silencio feroz en el lugar. Solo se escuchaba su respiración y eso le dio muchísimo miedo.

No supo con exactitud cuánto tiempo duró el silencio, pero de repente comenzó a escuchar ruidos fuertes, corridas y gritos. Ninguno de estos sonidos

estaba demasiado cerca de ella. Escuchó algunos gritos de mujeres pero no pudo distinguir qué decían. Entonces escuchó una ráfaga de estruendos y más gritos, pasos, explosiones. Los ruidos cada vez eran más fuertes, los gritos más desesperados. Y cada vez estaban más cerca de ella. En ese instante, escuchó una ráfaga de disparos, intuyó que alguien a pocos metros de ella estaba disparando sin cesar. Intentó tirarse al suelo, pero el cuerpo no le respondió. Por primera vez, estuvo segura de que iba a morir. El corazón jamás le había latido tan de prisa, era como si dentro de ella todo estuviera sucediendo en cámara rápida.

Tragó saliva con dificultad. Sentía que la cabeza le daba vueltas sin parar y comenzaban a dolerle las articulaciones. Tenía ganas de llorar, de gritar, pero ni siquiera tenía fuerzas para eso. Se sentía como una mosca dentro de un frasco. Sollozó y pensó en cómo había llegado hasta allí. Maldijo el momento en que Ali le había hablado y le había entregado ese sobre. Intentaba oír sus propios pensamientos sobre las ráfagas de disparos que seguían escuchándose demasiado cerca.

Entonces una voz de hombre la devolvió a la realidad. Alguien la llamaba por su nombre. Julia tembló al percibir que alguien se acercaba corriendo hasta ella. Le quitó la venda de los ojos y ella tardó un momento en abrirlos, tenía las pestañas apelmazadas por las lágrimas. Lo primero que vio fue una figura vestida con un traje gris, no podía distinguir más que el contorno y el color de la silueta que tenía delante. El hombre observó que tenía moretones y cortes en la cara y se agachó para desatarle las piernas. A lo lejos aún resonaban disparos y ciertos ruidos que ella no podía reconocer, pero pensó podían ser explosiones. Cuando el hombre terminó de desatarla, ella tardó en ponerse de pie. Aún no podía enfocar bien, se refregó los ojos y se incorporó. Sintió que se le aflojaban las piernas y el hombre que estaba a su lado la sostuvo. Entonces escuchó que él susurraba su nombre en un inglés trabado. Lo miró pero no lo reconoció. Poco a poco sus rasgos se hicieron más nítidos.

El hombre tenía alrededor de cuarenta años y lo primero que notó Julia fue su tabique desviado. Su piel era oscura y se le hacía difícil distinguir el color de sus ojos. Notó que era alto. Intentó sonreírle pero le dolía mucho la boca. Julia quiso preguntarle algo pero el hombre la interrumpió.

—Mi nombre es Mustafá Kamil. Soy agente especial de la policía de Estambul. —La miró a los ojos—. Estás libre —anunció finalmente, parecía orgulloso.

Detrás, varios hombres vestidos de uniforme ingresaban al lugar. Julia los miró alarmada, y el hombre le pidió que se tranquilizara. Los hombres hablaron con Kamil por unos minutos pero Julia no les estaba prestando atención. Se había alejado unos pasos y estaba observando el lugar donde había estado cautiva no sabía cuánto tiempo. Miró los techos altos, las paredes húmedas y sin ventanas. Todo el lugar era oscuro. *Habría sido lo mismo que no tuviera la venda en los ojos*, pensó. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y tembló. Entonces, Kamil le puso la mano sobre el hombro y le indicó que salieran.

—¿Qué pasó? ¿Dónde estoy?

—En un búnker de Ergenekon. Acabamos de hacer un allanamiento y aparte de encontrar un arsenal —dijo el hombre y señaló hacia afuera—, te encontramos a ti. Creo que llegamos justo a tiempo —le informó mientras caminaban hacia la puerta del lugar.

Ella salió de esa habitación y observó a su alrededor. Las paredes increíblemente blancas del lugar la sorprendieron. El lugar era hermoso y Julia se sintió descolocada. Le resultaba difícil pensar que detrás de esa sala decorada con excelente gusto hubiera un lugar semejante. Se dio cuenta de que era la casa de algún personaje con bastante dinero. Caminaba con lentitud y miraba hacia todos lados. Kamil iba unos pasos delante de ella y de vez en cuando se detenía para esperarla, luego le ponía la mano en la espalda para que caminara más de prisa.

—Vamos a llevarla al hospital. Está muy lastimada. También tendrá que declarar. Hemos desarticulado a una de las células más importantes de Ergenekon. —Giró la cabeza y la miró a los ojos—. Se viene algo grande, hay mucha gente importante metida en esto. Mucha... —Hizo un gesto con las manos formando un círculo en el aire y ella notó sus dedos largos y oscuros.

Julia lo escuchaba, pero no le importaba. Solo podía pensar en que estaba a salvo, aún no lo creía. Cuando salieron de la casa, la mujer vio un impresionante operativo de seguridad que le recordó al que había presenciado días antes en Washington.

—¡Julia! —Se escuchó un grito desesperado.

Se dio vuelta y observó que Berkant se bajaba de un automóvil y corría hacia ella. Sonrió. *Por fin una cara amiga*, pensó. Intentó caminar rápido hacia él pero su cuerpo golpeado se lo impidió. Apenas estuvieron frente a frente, él la abrazó, la besó en la mejilla y la apretó contra su cuerpo. El hombre jadeaba, visiblemente agitado por la carrera.

—Estaba preocupadísimo por ti —dijo con la voz entrecortada—, ¿cómo estás? —La miró—. Mal.

—Estoy bien. Tengo mucha sed —respondió y se tocó la garganta—. Y quiero dormir.

Apoyó la cabeza contra su hombro y cerró los ojos. Él la ayudó a subir al automóvil y se fueron al hospital.

Mustafá Kamil se quedó observando la escena y preguntándose cómo Berkant había llegado hasta allí tan rápido.

Capítulo XXIII

29 de septiembre de 2008.
Maalula, Siria.

Tina estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas. Estaba al aire libre, y no había nada más que césped a su alrededor. Hacía calor pero ella vestía una remera de manga larga y un pantalón vaquero. Sostenía un papel en la mano y lo hacía girar. De vez en cuando miraba al cielo. El día estaba diáfano, no había ni una nube. Las casas lilas tenían un tono más intenso aquel día, el sol parecía haber encendido su color original. Tina se puso la mano sobre los ojos, los rayos del sol la lastimaban.

Una mujer entrada en años y vestida con un hábito apareció a lo lejos, caminando con algo de dificultad. Tina se puso de pie rápidamente y se acercó a ella. Miró a lo lejos y observó la bellísima aldea de Maalula. Las casas recortadas sobre la ladera de una montaña la distrajeron por un instante.

La religiosa extendió los brazos y sonrió, aunque Tina vio preocupación detrás de su sonrisa. Corrió hacia ella y la abrazó, y a la religiosa le corrió un frío por el cuerpo.

—Tina, querida. ¿Qué está sucediendo? ¿En qué te has metido?

Tina la miró y se alejó unos pasos, miró hacia el suelo como si sintiera vergüenza. Un segundo después levantó la vista. La hermana Mariaam sabía que Tina jamás se avergonzaba de sus actos e intentó ver en sus ojos qué estaba sucediendo.

Tina sonrió y Mariaam supo que estaba en problemas. Solo había visto esa sonrisa, quizás la más hermosa que recordara, cuando Tina tenía miedo. Y Mariaam tembló. Sabía que la muchacha a la que había salvado muchos años antes era capaz de todo. Pero, ¿quién era ella para juzgarla? Un escalofrío le sacudió el cuerpo gastado.

—¿Por qué robaste una momia? Carlos la ha traído al convento, pero sabes que no puedo tenerla ahí.

—Vamos, allí nadie preguntará nada. —Su voz sonaba desilusionada.

—Lo sé, pero si falta una momia en algún museo, tarde o temprano van a llegar a nosotros. Es un delito grave, Tina —dijo y se acercó unos pasos y habló en voz baja como si alguien pudiera estar escuchándolas—. Por favor,

basta, ¿todo lo que te ha ocurrido en la vida no es suficiente dolor? No sigas causando dolor a los demás, por favor.

—Hermana Mariaam, fue arriesgado venir a verme hoy. Supones que me buscan y supones bien. Pero también sabes que me buscan hace mucho tiempo y aquí estoy. Y si has venido hasta aquí no creo que sea para aconsejarme que vuelva a la buena senda... —Tina giró y quedó de frente a Maalula; bajó la vista—. Cuando llegué al convento, lastimada, violada, destruida, quemada, casi muerta... me curaron, protegieron, hicieron lo que pudieron. Ustedes, o al menos tú, sabías que había escapado de la prisión de Diyarbakır, pero no me denunciaste...

—Tina, Diyarbakır está en Turquía, nosotros en Siria. Cómo llegaste hasta aquí no lo sé, pero considero humanamente imposible que alguien en tu estado haya podido hacer semejante cosa, por lo tanto, que tú hayas aparecido en nuestra puerta en ese estado, y que sobrevivieras, fue un milagro, un acto de misericordia del Señor. Y jamás iría contra la voluntad de Dios —giró la cabeza—, pero esto es diferente.

—No, no lo es —dijo Tina y la miró.

—Sobreviviste a situaciones que ni siquiera puedo imaginarme y lo lamento mucho, pero Dios tenía otro destino planeado para ti. —Le puso la mano huesuda en el hombro—. Aunque lamentablemente no creo que sea este. ¿Por qué haces lo que haces después de lo que te han hecho a ti? ¿Por qué te conviertes en ellos? Sé que estás con un grupo de gente que hace cosas ilegales. —Hizo una mueca con la boca, contrariada—. La policía vino a verme hace unos años, buscándote... por supuesto... —Bajó la cabeza—. Ellos me lo informaron. No quise saber mucho más. Me exigieron que les dijera dónde estabas. Créeme Tina, por suerte no lo sabía. En ese momento no lo creí, me negué a creerlo, pero ahora creo que es cierto.

—Estaba, es cierto. Ya no. Estuve cumpliendo ciertas misiones. También ya debes saberlo. No me arrepiento. No me arrepiento de nada. Lo siento hermana, pero alguien tiene que luchar en el mundo, no tolero que nos resignemos.

—Siempre que uno cree tener razón, del otro lado hay alguien que también cree tenerla —acotó la religiosa.

—Pues yo la tengo. Por eso hice lo que hice. No se puede vivir la vida en esa subjetividad. Aunque suene mal, o estás conmigo o estás contra mí.

—¿Y tú con quién estás? Porque yo no creo que estés al lado del Señor después de lo que Él ha hecho por ti.

—No —respondió e inspiró como si juntara fuerzas para seguir hablando—. No lo estoy. A diferencia de lo que tú crees, yo creo que Dios no existe, o si existe me dejó sola mucho tiempo atrás. Porque yo siempre estuve en el mismo lugar. Cambian los enemigos. No yo. Pero Dios no se entera.

—¿Por quién estás luchando hoy? Porque no sé si quiero ser parte de esa lucha y sin embargo creo que esa momia me involucra.

—Mariaam, sabes que no haría nada que pudiera causarte daño —dijo Tina y se preguntó si eso era verdad.

—Hija, a esta altura de mi vida no tengo miedo del daño que me puedan hacer a mí. Tengo miedo por ti. Aún tienes futuro, aunque no lo creas. —Se quedó en silencio por unos segundos—. ¿En ese ataúd realmente hay una momia? —La miró a los ojos y le sostuvo la barbilla con la mano arrugada.

—No lo abras. En poco tiempo más ya no estará aquí.

—Tina... por el amor de Dios. —Levantó la vista, la soltó y los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¿Cómo has podido convertirte en una asesina? ¿Cómo? —Se tapó los ojos.

—Muy simple, hermana. Prueba estar en una prisión en Turquía y verás lo fácil que es. Porque todo lo que te han enseñado del infierno, *todo*, es poco, es nada a comparación de lo que yo viví durante tres años, día tras día deseando morir, deseando que por fin me mataran, deseando no haber nacido nunca. Muchas murieron, muchas no soportaron ni siquiera la primera prueba de virginidad a la que nos sometían. Ni siquiera una. —Cerró el puño—. Pero yo sí. Día tras día, un guardia tras otro. Lo peor de mi vida sucedió allí dentro, mucho peor que... —De repente calló, su cuerpo se estremeció y su respiración se aceleró—. Esos hijos de puta usándonos como sus putas, la vejación más extrema a la que se puede someter a un ser humano. Me fueron quemando el cuerpo de a poco, torturándome día a día. Era mucho más digno que nos maten... Hasta que un día, volví a abrir los ojos, volví a maldecir por no haber muerto en la noche, y de repente era otra. No me importaba que me pegasen, violasen, torturasen, no sentía nada cuando les hacían eso a mis compañeras. Ni siquiera sentía pena por las nuevas. Lo único que me importaba era vengarme, y cuanto más me hacían, cuanto más me lastimaban, más placer me daba, porque solo pensaba en que la venganza sería más dulce. Y me escapé, y llegué hasta allí. —Señaló al pueblo de Maalula—. Y me vengué, de todos y cada uno de esos hijos de puta. Si supieras toda mi historia pensarías que estoy maldita —dijo y sonrió. Mariaam vio una profunda tristeza en ese gesto—. Pero lo único que me revuelve el estómago de todo lo

que me sucedió es pensar en esa maldita prisión. Hoy peleo mi propia guerra. Nunca más pelearé guerras ajenas. Nunca más.

Mariaam la miró. Aún corrían lágrimas por sus mejillas ajadas.

—No soy ninguna santa. Tú ya lo sabes, no hace falta que yo te lo explique. Pero trabajaba en inteligencia. —Movi6 la cabeza y sonri6 por un instante—. Creo que esto nunca te lo dije. La 6ltima vez que vi a mi madre tenia trece a6os y todavía recuerdo lo 6ltimo que le dije. Le dije que queria ser soldado cuando creciera. Soldado. Ella rio, rio mucho. Todavía recuerdo que movi6 la cabeza y mir6 hacia abajo —dijo y frunci6 la boca—. ¿A cuantas ni6as de trece a6os conoces que sue6en con ser soldados? Bueno, el tema es que despu6s de que me separ6 de mi familia, lo logré. Fui una gladiadora —la religiosa mir6 sin entender—, no importa ahora lo que eso significa exactamente. Pero, en definitiva, luchaba para librar al mundo del comunismo. Luchaba para los buenos, no era una terrorista... —Trag6 saliva—. ¿Si he hecho cosas moralmente reprochables? M6s de las que puedo recordar. Estuve en misiones en varios lugares del mundo. Me infiltr6 en las Brigadas Rojas, en grupos comunistas en Alemania y otros lugares. Puse bombas, mat6 gente, entregué amigos... Y luego volví a Turquía. Y viví el infierno, viví un infierno que yo jam6s le hice sentir a mis enemigos.

—No sé si quiero seguir escuchando. No sé qué pensaría de ti si sigo escuchándote.

—Pero tienes que seguir, porque a pesar de todo me salvaste. ¿Por qué nunca me habías preguntado antes qué había hecho? ¿De d6nde venía? ¿Qui6n era?

—Me dijiste que fuiste presa por ir a una manifestaci6n pro kurda. Te creí. El resto no era importante.

—Bueno, eso es verdad. Fui presa por eso. Solo que estaba infiltrada y los imbéciles que me mandaron no pudieron sacarme de prisión. Así que me tuve que arreglar sola.

Mariaam se acerc6 a ella y la abraz6. Not6 que su cuerpo estaba duro, sus m6sculos tensos. La mir6 a los ojos y le pareci6 que estaban vacíos, desprovistos de todo brillo, muertos. Tan muertos como ella. Apret6 su cuerpo contra el suyo y Tina cedi6. La mir6 y le devolvi6 el abrazo.

—Solo ten a la momia, hermana. La van a ir a buscar. Una mujer, Julia Ciardi, la va a ir a buscar. No quiero que Carlos la tenga, a 6l podrían matarlo. Meterse en el convento no les va a resultar tan f6cil.

Mariaam la escuchaba y sentía que Tina estaba m6s d6bil que muchos

años atrás cuando la había visto por primera vez. Pensó en intentar convencerla de que volviera al convento con ella, que se quedara allí. Tenía ganas de gritarle que la protegería, si era necesario, con su vida. Pero supo que todo sería inútil. Tina ya no tenía vuelta atrás y esa realidad era muy dura para la religiosa. Sintió, por primera vez en sus cincuenta años, que si Dios no era capaz de salvarla después de todas las pruebas que le había puesto en la vida, quizás no era tan justo como ella creía.

—Lo que necesites Tina. Lo que necesites. —Rompió a llorar otra vez, sabía que estaba pecando, que iba a pecar, pero no tenía otro remedio. Negó con la cabeza y ambas forzaron una sonrisa, Tina suspiró y Mariaam, de pie frente a ella, no podía dejar de mirarla temiendo que ese fuese el último momento en verla con vida.

—Hermana... Si hubieses sabido toda la verdad... ¿me habrías ayudado de todas formas?

—Solo Dios nos juzgará. Solo Él. Yo solo estoy aquí para ayudar a quien necesite ayuda. Eso es todo.

—Gracias —dijo Tina, pero Mariaam no la escuchaba. Había comenzado a rezar.

Tina se subió al automóvil en el que había llegado y tomó su móvil. Marcó un número y se reclinó contra el asiento mientras ponía la llave en el contacto. Cuando escuchó la voz de un hombre del otro lado, habló.

—Todo marcha en orden. Las cosas están en un lugar seguro.

—Genial —dijo el hombre del otro lado. Ahora nos queda lograr que Ciardi vaya hasta allí. Ya estoy en eso.

Capítulo XXIV

Washington D.C., EE.UU.

Matt tomó su teléfono móvil y llamó a Diana tan rápido como pudo. Pero la mujer no atendía el teléfono y él comenzó a ponerse nervioso.

Apoyó el teléfono sobre la mesa y caminó por su oficina con rapidez, mirando hacia todos lados sin ver nada. Movía los dedos como si tuviera un tic nervioso. Se frotó los ojos y se apoyó contra su escritorio repleto de papeles y carpetas. La luz del día entraba de lleno por la ventana e iluminaba el rostro del detective. Sus ojos verdes estaban opacados por ojeras grisáceas y tenía una barba de varios días. Su cabello estaba revuelto y aunque su traje estaba limpio, no ayudaba en nada a su aspecto desaliñado. La cicatriz de su cuello parecía más visible que nunca.

Había cerrado los ojos cuando lo sobresaltó un ruido. Era su teléfono fijo. Se dio vuelta y comenzó a revolver entre los papeles buscándolo. Tiró al suelo varias carpetas. Miró el piso inundado de papeles. En otro momento, su obsesión por el orden hubiese hecho que se olvidase del teléfono y comenzara a arreglar el caos. Pero en ese instante su única preocupación era hablar con Diana. Cuando lo encontró se lo apoyó en el oído sin mirar antes el identificador de llamadas, otra de las cosas que nunca hacía.

—Matt. Me llamaste. Estaba manejando. Espero que sean buenas noticias. —Su voz se escuchaba lejana y entrecortada por el ruido de los automóviles que pasaban por el lugar.

—La encontraron —respondió Matt.

Le contó brevemente cómo había sido el operativo en el cual habían rescatado a Julia.

—Perfecto. Yo llegaré a la oficina en una hora. Cualquier novedad llámame. Ah, me olvidaba, intenta comunicarte con ese amigo de ella, Adam. Estaba bastante preocupado.

—Está bien —respondió Matt fastidiado.

—Sé que no has tenido suerte con hacer hablar a Ali. —Hizo una pausa y él supo que la próxima frase que escucharía no iba a gustarle nada—. Creí que había quedado claro que *hay* que hacerlo hablar.

—No —dijo el detective cortante—. *Hacerlo hablar*, lo que sea que eso

signifique, no.

—Escúchame bien Matt. Lo siento, necesitamos respuestas.

—No sé qué hacemos manejando esto. Debería encargarse la CIA. Si es verdad que están a punto de voltear a un gobierno aliado, deberían estar allí intentando detenerlos —dijo y sonrió solo por un instante.

—Vamos Matt. ¿Qué sucede? El asesinato ha sucedido aquí. Sabes que es jurisdicción nuestra. Yo estoy a cargo y quiero que lo interroguen.

—Ya tenemos al culpable.

—Interrógalo. Envíalo a Guantánamo. No me importa. Quiero respuestas —exclamó—. ¿Y si como tememos están planeando un atentado aquí? Ali tiene que hablar.

Matt sabía que no estaba en posición de discutir.

—Como quieras —dijo y no pudo evitar que sus músculos se tensaran. No iba a torturarlo, de ninguna manera. Eso estaba fuera de discusión aunque ahora todos en Estados Unidos se habían olvidado del estado de derecho que protegía a los detenidos. Eso lo indignaba. Se tocó la cicatriz y cerró los ojos. Recordó cómo había llegado esa marca a su rostro y estuvo seguro de que él no sería capaz de torturar a nadie. Se le nublaron los ojos mientras recordó cómo una navaja caliente lo dejaba marcado para siempre cuando apenas tenía dieciocho años. Negó con la cabeza. Luego miró por la ventana y se agachó a recoger los papeles que habían comenzado a ponerlo de peor humor.

Estuvo media hora ordenando los papeles y carpetas. Las ponía en un lugar y luego las reacomodaba. Buscaba todas las maneras de posponer lo que sabía que debía hacer, encontrar respuestas. Recordó una película que había visto siendo adolescente sobre el secuestro y muerte de Aldo Moro. En ella, uno de los personajes decía: “Italia puede darse el lujo de perder a Aldo Moro, pero jamás el lujo de instalar la tortura”. Pensó en la respuesta que le daba el personaje a su superior cuando querían obligar a hablar a uno de los acusados. Se preguntó si él sería capaz de dar semejante respuesta. En ese instante entró Diana con un gesto serio, más serio del que le había visto en los últimos días.

—Nos sacarán del caso si no avanzamos —le dijo mientras agitaba una carpeta color marrón que hasta ese momento sostenía contra su pecho.

—¿Eh? —preguntó él que había escuchado perfectamente pero le parecía imposible que hubiera dicho eso.

—Me llamaron. De arriba quieren respuestas, quieren algo que darle a la prensa —respondió y se rascó la cabeza.

—Necesitamos más tiempo. Tenerlo aislado unos días. Hablará. Créeme que hablará.

Ella se encogió de hombros. Él pudo ver preocupación en sus ojos, notaba sus respuestas automáticas. Entonces ella arqueó las cejas y movió los ojos hacia arriba. Matt supo que había algo que no podía decir.

—¿Quieres que lo torture? ¿Eso quieres? —espetó el hombre.

—Matt, lo siento. No te pongas sentimental. Si no puedes hacerlo hablar alguien lo hará por ti. Lo que no podemos hacer es dejar que no hable. Necesitamos algo —dijo y se acercó a él, mirándolo fijo.

—No. —Puso las carpetas sobre el escritorio y caminó hasta la ventana—. No lo haré.

—Deberías. Si quieres conservar tu empleo, por supuesto. —Ella sonrió e inclinó la cabeza—. ¿Quieres conservar tu empleo, Matt?

Él asintió con la cabeza e hizo una mueca de disgusto. La conocía lo suficiente como para saber que la expresión de su rostro no coincidía con las palabras que pronunciaba.

—Bien, eso pensé. Ten —dijo y estiró la mano para entregarle la carpeta marrón—. Tu nuevo caso. Que lo disfrutes.

Matt tomó la carpeta y se quedó observando cómo la mujer se retiraba pavoneándose del lugar. La apoyó sobre el escritorio y pegó un fuerte golpe con el puño. Entonces abrió la carpeta y observó un papel en el que reconoció la letra de Diana. *A las 9 en mi casa*, leyó. Tomó el papelito y se lo guardó en el bolsillo antes de volver a ordenar, por tercera vez, su interminable pila de papeles.

Un rato más tarde Diana volvió y le dijo que debían ir a ver a Ali. El agente sabía que no tenía ningún sentido seguir discutiendo. Estaba seguro de que la mujer estaba siendo presionada por alguien. Le costó pensar en Joe Blaine dando ese tipo de órdenes.

Antes de salir se cruzaron con Blaine, otra vez con cara de pocos amigos. El hombre estaba transpirado y caminaba como si le dolieran las piernas. Estaba hablando con tres personas que ellos jamás habían visto.

—¿Van a ver a Ali? —les preguntó mientras pasaba a su lado.

—Vamos a hacerlo hablar —respondió Diana casi susurrando.

Joe Blaine se detuvo. Les clavó una mirada de reproche.

—¿Perdón? —dijo—. ¿A qué van?

Diana miró a Matt y se quedó callada.

Blaine hizo un gesto con la cabeza y señaló una sala que estaba vacía.

Cerró la puerta de un portazo detrás de ellos.

—¡Por Dios! —gritó—. Muchísimo cuidado con lo que hacen. Muchísimo. No somos la CIA. Nosotros tenemos reglas y si no las cumplimos, vamos presos. —El hombre caminó nervioso por la sala con la vista fija en el suelo. Luego levantó la cabeza y los observó—. Si hacen algo que no deben, yo mismo me encargaré de entregar sus cabezas en una bandeja. ¿Entendido Matt? —lo miró fijamente y le guiñó un ojo con disimulo—. ¿Me has entendido?

Diana asintió y Matt volvió a mirar hacia abajo. Blaine se retiró del lugar y ellos se quedaron solos. Matt estaba cruzado de brazos y seguía sin mirar a la mujer. Diana tenía la comisura de sus labios hacia abajo y el ceño fruncido.

—Vamos —dijo ella. Y se fueron en coche sin hablar hasta el lugar de detención de Ali.

Capítulo XXV

Estambul, Turquía.

Enrique estaba en su casa, sentado en su escritorio escribiendo en su ordenador portátil. Salma estaba en la puerta, había estado observándolo durante diez minutos pero Enrique estaba tan enfrascado en su tarea que no había notado su presencia. Ella tosió y él levantó la vista y le sonrió. Ella no se acercó pero le devolvió la sonrisa.

Vestía una falda negra ceñida, una blusa roja y unos zapatos taco aguja. Enrique pensó que estaba hermosa, pero no se lo dijo. Se preguntó si se habría vestido así para él. Ella se corrió un mechón de pelo que le caía sobre los ojos y lo miró fijamente, con la cabeza inclinada. Comenzó a caminar hacia él, con lentitud y sonriéndole. Él se quitó los anteojos.

—¿A dónde vas tan linda? —preguntó.

—A ningún lado. ¿No lo sabes? Viene tu padre... —Lo miró a los ojos—. Traerá a Nursel.

Enrique no dijo nada, sonrió y se acercó a ella. La abrazó por unos minutos. No terminaba de entender por qué su esposa estaba tan feliz por la llegada de su tía, pero se sintió satisfecho. Luego volvió a su ordenador y se sentó.

—Hablaré con Fabri Yazr. ¿Recuerdas aquel periodista del que te conté?

—Por supuesto —respondió ella—. Es aquel del que habla tu tía.

—Iré a verlo mañana, pero no le digas nada a ella. No quiero que se preocupe. Acaba de salir de su internación y lo último que necesita es algo que le recuerde los años que pasó encerrada.

—Por supuesto —respondió su esposa y se fue de la habitación con lentitud.

Enrique bajó la vista, se puso los lentes y volvió a mirar el monitor. Sabía que debía aprovechar al máximo el encuentro con el periodista ya que probablemente no tendría otra oportunidad. Estaba convencido de que él tenía las piezas del rompecabezas de la muerte de Celal. Era cuestión de estar preparado para lograr que las piezas encajaran en su lugar. Entornó los ojos y anotó todo lo que le vino a la mente. Cerca de media hora después, volvió a escuchar la voz de su esposa.

—Tu padre viene con Julia. Parece que tienen algo que contarnos. Luego irá por Nursel —le dijo asomándose a la puerta y sonó tan natural que Enrique se alarmó. Le estaba diciendo que Julia vendría a su casa y ella no estaba dando muestras de celos.

—¿Julia? —repitió él aún incrédulo.

—Sí. Ya deben estar por llegar.

Él volvió a quitarse los anteojos, los colocó al lado de su ordenador y suspiró. Apoyó los codos sobre el escritorio y puso el rostro entre sus manos.

—¿Qué sucede? —preguntó ella y se acercó para acariciarle el cabello.

—Me resulta extraño que venga Julia y lo tomes tan naturalmente —respondió él sin mirarla.

—Dijiste que me amas. Te creo —dijo ella. Se miró en un espejo y avanzó hacia la puerta.

—Salma...

Ella se detuvo pero no se dio vuelta. Él se mantuvo en silencio y ella hizo un gesto con la boca y apretó los labios.

—Te amo —dijo él.

—Lo sé —respondió ella y se fue de la habitación sin mirarlo. No podía explicarle a su esposo que a pesar de que no le agradaba estar en el mismo lugar que Julia, estaba con la cabeza en otra cosa. Estaba segura de que Nursel tenía la clave para hundir a Berkant. Y ella solo podía pensar en desenmascararlo.

Media hora después el timbre obligó a Enrique a levantarse de su escritorio para abrir la puerta. Miró en la sala de estar para ver si Salma estaba allí, pero no la vio. Gritó su nombre mientras se acercaba a la puerta. Se preguntó dónde se habría metido su esposa y de repente se detuvo. Sabía que detrás de la puerta probablemente estuviera Julia. Puso la mano en el pomo pero no abrió. Sintió el corazón galopante. Respiró hondo, lo último que quería es que alguien se percatara de sus nervios. El timbre volvió a sonar y él finalmente abrió la puerta.

Lo primero que vio fue la figura de Julia. Detrás de ella se asomaba su padre. Enrique intentó no mirarla, saludó y dejó la puerta abierta para que entraran. Julia entró sonriendo y miró a su alrededor.

Berkant dijo que tenía que buscar a Nursel y se retiró. Enrique quería hablar con él antes de que se marchara pero no tuvo oportunidad. Cuando se quedaron solos, se dirigieron a la sala y Julia se sentó con dificultad en una silla. Le dolía todo el cuerpo y aún le parecía estar sumergida en una

pesadilla.

Le explicó con suficientes detalles todo lo que le venía sucediendo en los últimos días. Él la observaba con expresión de sorpresa y la escuchó con atención. De repente, Salma apareció en la sala y se acercó a ellos. Saludó educadamente y se sentó junto a su esposo. Se había cambiado de ropa y ahora vestía un pantalón vaquero, una camisa rosa y un *türban*. Se acomodó el cabello y le sonrió a Julia. Su marido le apoyó la mano en la rodilla y ella lo abrazó. Miró discretamente alrededor esperando que Berkant apareciera de algún lado y se relajó un poco al comprobar que no estaba. Se llevó la mano a la cabeza y se quitó el *türban*. Enrique frunció los labios al comprobar que su esposa, otra vez, estaba buscando fastidiar a su padre.

—¿De qué estaban hablando? ¿Operación Gladio? ¿Conraguerrilla? —preguntó ella sorprendida.

Julia asintió con la cabeza. Estaba cansada, no quería volver a contar toda la historia pero tampoco quería causarle una mala impresión a Salma. Entonces Enrique le contó todo lo que recién había escuchado. Salma se movió incómoda en su asiento mientras escuchaba. Cuando terminó de hablar, ella no podía disimular su expresión de desconcierto.

—Hace poco tiempo leí un libro que hablaba sobre la Conraguerrilla. Según decía, era la rama turca de Gladio... —Miró hacia arriba—. Pero no entiendo qué tiene que ver con tu padre... o con el tuyo —dijo y miró a su marido. Se llevó la mano a la boca y miró hacia arriba. Hizo silencio por algunos segundos—. A menos que... Bueno —carraspeó—, quizás sí entienda qué tiene que ver eso con el ultranacionalista de tu padre... ¿Cómo es que nunca antes lo pensé? —negó con la cabeza y sonrió mirando hacia el techo como si hubiera hecho un gran descubrimiento y estuviera orgullosa de sí misma.

La mirada de Enrique se clavó en ella con furia.

—No digas estupideces —dijo él, molesto por la implicancia del comentario y miró a Julia esperando que ella compartiera su indignación.

—Déjala hablar —intervino Julia—. Podemos escuchar lo que piensa.

Él alzó las manos y se levantó del sillón.

—Vamos, Enrique. Mira las cosas desapasionadamente. Piensa como periodista. Imagina la situación tal como ha sucedido. Un terrorista le da ciertas fotografías a ella. —La señaló—. Entre esas fotografías está su padre... en la plaza, su padre, quizás golpeado después de la manifestación en la plaza... y su padre unos años después, algo envejecido. —Lo miró

alarmada—. Lo primero que deberías hacer es descartar que esas fotos estuvieran trucadas.

—Sí, un amigo se está encargando de eso. Llegará en pocos días y tendremos novedades.

—Bien, ahora supongamos que no están manipuladas. Entre esas fotos estaba Berkant. Y al resto no los conocías.

—Ajá —dijo Julia.

—Para empezar, deberías darle las fotografías a Enrique. —Él la miró con expresión adusta—. Sí, tú debes averiguar quiénes son. Si, como supongo, son de Ergenekon, entonces gran parte del misterio estará resuelto.

—Mi padre no es de Ergenekon. ¿Te escuchas lo que estás diciendo? —gritó Enrique mientras se acercaba a su esposa.

—Operación Gladio... ¿Qué más puede significar si no es eso? Todos saben que en Turquía aún funcionan estas redes... Tú lo dijiste siempre, que el Estado Profundo existe, que... —se detuvo por un momento, indignada—. ¡Vamos! ¿Cuántas veces has discutido con tu padre por sus ideas arcaicas? Dime con sinceridad si él no podría ser parte de... —Bajó la cabeza y el tono de voz—. También está el asesinato de tu tío Celal, tu tía hace años que viene diciendo que lo asesinaron por hablar de eso.

—¡Mi padre no tiene nada que ver con esto! Tampoco el de Julia.

—Puede ser, era solo una idea. Perdón si te he molestado —respondió ella y se levantó del sillón mientras miraba a Julia—. Era solo una idea.

Salma se alejó unos metros caminando con rapidez y mirando al suelo. Enrique no la miró, tampoco miró a Julia. Tenía los ojos entornados.

—Mañana hablarás con Fabri Yazır, ¿no? —reflexionó Salma—. Pregúntale a él. A ver qué piensa —dijo y salió de la sala.

—Discúlpala. Está un poco alterada estos últimos días. Nunca se ha llevado bien con papá pero... no pensé que pudiera pensar eso de él. —Negó con la cabeza—. No lo entiendo. Es una locura.

—Está bien. No voy a mentirte... Yo también lo había pensado —movió las manos—, se me ha cruzado por la cabeza. No le he dicho a él que también estaba su fotografía. Te agradecería si no lo hicieras tú tampoco... al menos por ahora.

Él la miró. Ella no pudo distinguir si el brillo de sus ojos era por la furia o la sorpresa.

—¿Crees que papá es de Ergenekon? —preguntó y entonces supo que el brillo de sus ojos era de desilusión.

—No sé qué pensar —le respondió y él volvió a negar con la cabeza sin entender cómo Julia había pronunciado esas palabras.

—¿Me estás diciendo que desconfías de la persona que te trató como una hija cuando murió tu padre? —Se acercó a ella con el puño cerrado y los ojos desencajados—. ¿Eso es lo que crees? ¿Después de todo lo que hizo por ti?

—No creo ni dejo de creer nada —dijo ella y se puso de pie haciéndole frente—. Solo digo que voy a averiguar qué significa todo esto. Aunque en ello se vaya mi vida.

—La verdad Julia, tu vida no es la que me importa en este momento. Pero si le sucede algo a mi padre... Si le sucede algo a mi padre... —repitió—. Ahí tendrás que vértelas conmigo.

Él se alejó caminando rápidamente. En ese momento hubiera deseado golpear a Julia por lo que estaba insinuando. Entonces le vino a la mente una imagen que hacía mucho no recordaba. Su padre y su tío reunidos con varios amigos de las Fuerzas Armadas en su hogar, tomando raki y fumando habanos y hablando de la “identidad turca”. Se detuvo antes de llegar a su habitación. Se le puso la piel de gallina. *No, pensó, solo porque hablaran de eso no los hace un grupo terrorista. No. Él sería incapaz.* Mientras pensaba esto, dio un par de pasos más y dentro de él se preguntó si Berkant realmente sería incapaz de idear un atentado. Sacudió la cabeza como para desprenderse de esos pensamientos espurios que lo habían asaltado. Pero la duda ya estaba instalada en su mente aunque él no lo quisiera decir en voz alta. Y odió a Julia y a Salma por eso.

Capítulo XXVI

Gloria estaba esperando al aire libre, sentada sobre su equipaje. El vuelo había sido bastante tranquilo pero ella no pudo descansar ni un segundo. El viento había comenzado a despeinar su cabello y ella hojeaba una revista arrugada. De vez en cuando estiraba las piernas y se masajeaba las pantorrillas. Observaba a la gente ir y venir a su alrededor y ella permanecía inmutable, allí sentada, aunque estaba demasiado cerca de la puerta y era evidente que incomodaba el paso de los transeúntes.

Levantó la vista y se tocó el cuello. Entonces vio un coche que estaba aparcando y distinguió a un hombre que se bajaba. Se levantó, tomó su maleta y se acercó a él. El hombre le sonrió apenas la reconoció. Ella le devolvió la sonrisa y lo abrazó.

—¿Cómo estás? —preguntó Berkant mientras tomaba la maleta del suelo.

—Agotada —respondió—, creo que cada vez me hace peor viajar.

Él le abrió la puerta del coche y le dijo—: Entonces deberías quedarte a vivir aquí de una vez.

Ella le sonrió, se sentó y cerró los ojos. El portazo de Berkant al subirse al auto la sobresaltó.

—No quiero vivir en Medio Oriente —dijo y lo miró.

—Turquía —retrucó él y pareció algo ofendido—. Esto es Turquía.

Él puso en marcha el automóvil y ella le acarició la mejilla. Gloria apoyó la cabeza contra el asiento y percibió un movimiento en el asiento trasero. Giró alarmada y vio una mujer. Abrió bien los ojos y le sonrió. No hizo falta que Berkant le explicara quién era. Le extendió la mano y se presentó. La mujer la tomó y le sonrió. Gloria notó que le faltaban algunos dientes y sintió su piel fría y áspera. Ella dijo unas palabras pero habló con voz tan débil que Gloria no le entendió. Berkant le explicó que Nursel se quedaría con su hijo por un tiempo y a Gloria le pareció una idea genial. Cuando volvió a mirar hacia atrás, vio que la mujer se había quedado dormida.

Gloria comenzó a mirar por la ventanilla y observó que el tráfico no era muy intenso. El paisaje en la noche no le llamaba mucho la atención, pensó que Estambul era una ciudad para disfrutar de día. En ese instante Berkant encendió la radio y la puso en un volumen alto para evitar que ella también se quedara dormida. Gloria lo miró sin disimular su fastidio.

—Vamos, la noche recién comienza... —bromeó él—. Conocerás a Julia, está en la casa de mi hijo.

—Me parece muy bien que ayudes a Nursel.

Él asintió con la cabeza y miró a su cuñada por el espejo retrovisor. Se preguntó si realmente estaría dormida. Le había llamado mucho la atención que no hubiera pronunciado palabra en todo el viaje. Apenas si le hizo un gesto con la cabeza para saludarlo cuando lo vio apoyado contra su automóvil en la puerta del neuropsiquiátrico. Hacía mucho tiempo que no lo veía pero pareció no sorprenderse al verlo allí. Si lo hizo, no dio ninguna muestra de ello. Berkant no podía dejar de preguntarse si ella estaba en sus cabales. Creyó que quizás después de tantos años de internación, finalmente hubiera perdido la razón.

Gloria no tenía demasiadas ganas de ver gente. No quería ir a casa de Enrique, pero tampoco tenía fuerzas para discutir, aunque dudaba de que pudiera estar mucho tiempo más despierta. Sabía que tenía que dejar a Nursel allí y no quiso decirle a su pareja que estaba muy cansada. Se refregó los ojos y suspiró. Entonces escuchó el sonido de su teléfono móvil. Berkant la miró de reojo, esperando que atendiera. Odiaba la canción de *Abba* que tenía como *ringtone*. Gloria miró quién la llamaba y atendió. Casi no dijo nada, escuchó a la persona que estaba del otro lado, saludó y colgó.

—Cuando termine con este caso de Ergenekon me retiro —le dijo luego de guardar el teléfono.

—No entiendo por qué están los europeos trabajando en esto.

—Sí que lo entiendes. Porque tu país va a ser parte de la Comunidad Europea tarde o temprano. Y nos pidieron ayuda. No confían mucho en sí mismos, según parece.

—Por favor. Ustedes odian que gobiernen los islamistas pero no se animan a enfrentarse a ellos. Al menos los americanos son menos hipócritas.

—Por favor... —intervino ella—. No seas ridículo. Tú eres demasiado inteligente para pensar eso. Islamistas o laicos, Turquía debe respetar los derechos humanos y es por eso que no son parte aún de la Comunidad.

—Vamos, Gloria. Este gobierno no respeta a los turcos —dijo y frunció la boca.

—Y sin embargo lo votaron.

—Turquía no merece este gobierno islamista. Es una pena que ustedes no lo hayan entendido —respondió él.

—¿Y qué es lo que pretendes que hagamos? ¿Un golpe de estado? —gritó

ella y lo miró enojada—. De eso ustedes saben bastante. No necesitan nuestra ayuda. —Gloria se mordió el labio y pensó que quizás se estuviera extralimitando con sus comentarios—. Lamento que tengas el orgullo nacional herido, pero es la culpa de tus compatriotas... —respondió y rio para descomprimir el ambiente.

—Estos islamistas son un problema —dijo Berkant serio—. Un problema grave. Mira cómo está el país. Bombas, muertes...

—Por favor, estos últimos atentados tienen el sello de Ergenekon por todos lados. Hace años que estoy detrás de ellos. Sé cómo piensan.

Berkant levantó las manos del volante por un segundo y agregó—: No creo. La prensa dice que son los kurdos.

Gloria asintió con la cabeza—: Ahora confías en la prensa.

—Gloria, sabes que no creo en esta farsa de las detenciones, del juicio... Eso ya lo sabes —dijo él y disminuyó la velocidad ya que estaban casi frente a la casa de su hijo—. Que el gobierno está llevando a Turquía hacia una teocracia... de eso no hay duda. Pero se me hace difícil creer que haya un grupo asesinando gente porque sí para detenerlos. Discúlpame si desbarato tu hipótesis.

—No desbaratas nada, simplemente estás equivocado. No sabes hasta dónde es capaz de llegar alguien que cree que están destruyendo su país. No tienes idea.

—Por eso es que quiero que conozcas a esta persona. Es argentina, profesora en varias universidades americanas, y el chico ese que le disparó a Kayar estaba en su clase, habló con ella, le dio un sobre... —hablaba con rapidez.

—Sé quién es. Me has hablado de ella muchas veces —dijo pero él no la escuchaba.

—¿Recuerdas su historia? Te la he contado. Su padre y yo fuimos juntos a la universidad. Él desapareció hace muchos años, en 1977 en la Plaza Taksim. Nunca más se supo de él hasta que... este tipo le dio una foto suya. Y piensan que es de Ergenekon, al menos eso le preguntaron los investigadores. Si creía que su padre podía ser de Ergenekon. —Rio con sorna. La miró. El automóvil ya se había detenido pero ninguno de los dos se había quitado el cinturón de seguridad—. Por eso está aquí ella. Aquí —dijo y señaló la casa de su hijo.

Gloria no dijo nada, Berkant sabía que estaba demasiado cansada para hablar pero también sabía que la mujer había escuchado la historia atentamente. Apenas se bajaron del automóvil, él le pasó la mano por el

hombro y le golpeó la ventanilla a Nursel para que se despertara. La mujer se sobresaltó y, sin decir una palabra, se bajó del coche. Los tres caminaron hasta la entrada. Tocaron el timbre y esperaron. Gloria comenzaba a sentir frío justo cuando Enrique abrió la puerta y los dejó entrar. Apenas vio a su tía Nursel sintió que se le cerraba la garganta. Dio un paso hacia ella y la abrazó con fuerza. La mujer no se movía pero él percibió que estaba emocionada. La tomó de la mano y la miró de arriba abajo. Le parecía bastante más avejentada que la última vez que la había visto. Observó cómo ella miraba alrededor y pudo ver el temor en sus ojos. Se preguntó qué sentiría al volver a salir al mundo después de tantos años. Enrique la tomó de la mano y los invitó a pasar a la sala. Berkant notó que su hijo tenía los ojos enrojecidos y creyó que sería por alguna discusión con su mujer. La insultó por lo bajo y él se dio cuenta.

El muchacho sintió la mirada de reproche de su padre pero no le importó. Siempre había estado en contra de Salma y aprovecharía esta oportunidad para hacerle saber que no era una mujer para él. A pesar de que aún seguía enojado con su esposa, Enrique deseó que su padre pudiera ponerse por un segundo en el lugar de ella. Salma era una buena persona, quizás una de las mejores que había conocido. Y él la amaba.

Era evidente que ella estaba alterada por la presencia de Julia. Por un segundo creyó que quizás su mujer estuviera pensando todas esas cosas de su padre para vengarse, de alguna extraña manera, de él. Le costaba creer que podría llegar al extremo de ensuciar a su padre para lastimarlo. Pero realmente lo había herido. Y Julia tampoco había ayudado expresando sus dudas con respecto a las conductas de Berkant.

Salma estaba enojada y echada en la cama sin poder sacarse de la cabeza la idea de que su suegro estaba ocultando algo y, a pesar de sentirse un poco mejor, aún estaba muy avergonzada para volver a la sala después de las palabras que había intercambiado con su marido. Escuchó los murmullos y supuso que había llegado Berkant. Reconoció la voz de Gloria enseguida, ese tono grave y fuerte, como si cada vez que hablara estuviera dando una orden. Aguzó el oído pero no logró escuchar la voz de Nursel y se preguntó si no estaría allí. Salma cerró los ojos y apoyó el brazo sobre la frente. Escuchó los pasos de alguien que se acercaba y supuso que era su esposo. Distinguió la figura de Enrique en la puerta que se recortaba a contraluz con la iluminación del pasillo. Él se acercó hasta la cama y ella simuló estar durmiendo. Enrique le acarició el brazo y le dio un beso en la mano. Ella no se movió. Luego se alejó sin hacer ruido y cerró la puerta de la habitación. Regresó a la sala y se

sentó al lado de Nursel.

Después de un rato le dijo que la acompañaría a su habitación y ambos se retiraron. Nursel seguía sin hablar y Gloria frunció la boca al verla irse tomada del brazo de su sobrino, como si tuviera cien años.

Cuando estuvieron en la habitación Enrique la ayudó a sentarse en la cama y le dijo que mañana recogerían su ropa. Ella asintió y se recostó. Cerró los ojos.

Cuando Enrique estuvo en la puerta, escuchó la voz débil de su tía.

—Gracias —dijo. Había abierto los ojos y lo miraba con agradecimiento —. Gracias por hacer esto por mí.

Él se acercó y le besó la frente. Luego ella se dio vuelta y Enrique salió del lugar.

En la sala, Julia estaba contando nuevamente la historia de Ali, el atentado y la odisea que había vivido después de todo aquello. Gloria escuchaba atenta, por momentos preocupada. Berkant observaba a las dos mujeres. Enrique se asomó y se sintió un poco aburrido por volver a escuchar la misma historia otra vez. Tenía sueño y ya no podía disimularlo.

—Yo estoy aquí para atrapar a esos tipos —explicó Gloria.

—Y yo pensé que estabas aquí para verme a mí —interrumpió Berkant. Gloria le esbozó una mirada de reproche.

Enrique les sirvió otra copa de vino y se sentó.

—¿Tu esposa está mejor? —preguntó Gloria.

—Está durmiendo. Espero que se recupere porque mañana tiene que viajar a Gaza.

—Ah, sí, tu padre me dijo que parte de su familia vive allá todavía.

—Por favor, cómo no se va a recuperar... Seguramente habrá tomado de más —dijo Berkant evitando mirar a su hijo.

Julia y Gloria miraron hacia abajo, queriendo evitar ser parte de la discusión que se iba a desatar entre padre e hijo. Enrique lo miró, sus ojos cansados se clavaron en los de su padre, entonces no lo notó agotado y envejecido como los días anteriores. Pensó que quizás la presencia de Julia le estaba haciendo bien y no valía la pena arruinar ese momento. Ya hablarían a solas. Y muy en serio.

—¿Realmente crees que Gladio sigue activa? —preguntó Gloria mirando a Julia para cambiar de tema.

—Supongo que no como durante la guerra fría. Pero puede que hayan quedado elementos que aún sigan funcionando. Lo que no entiendo, y me quita

el sueño, es lo de la fotografía de mi padre.

—¿Crees que pueda estar vivo?

—¿Cómo te sentirías si alguien te dijera que Berkant ha tenido escondido a Bin Laden todos estos años en una habitación? —preguntó Julia—. ¿Si de repente te dijeran que todo lo que creíste era una mentira? ¿Qué todo tu dolor fue inútil?

—Si de algo te sirve, no creo que tu padre viva. No solo no lo creo. Estoy seguro. Lo sé. Lo conocí. Está muerto. Pero en cuanto a lo de Bin Laden... —Carraspeó y movió la cabeza.

Todos rieron.

—¿Por qué nunca les devolvieron el cuerpo? —preguntó Gloria.

Julia miró a Berkant y espero que fuera él quien contestara su pregunta.

—Fue imposible. Intentamos todo, absolutamente todo. Pero en esa época las cosas estaban muy complicadas. Cuando por fin dijeron que lo podíamos repatriar, su cuerpo había desaparecido.

—Extraño —acotó Gloria.

—Si supieras cómo trabajaba la policía y el cuerpo forense en aquel momento no dirías lo mismo. Todo era un caos.

—¿Por qué había ido a la plaza ese día? —Gloria dirigió la pregunta a Berkant esta vez.

—No hubo un día que no me haya hecho esa pregunta... —Movié la cabeza—. Creo que quería ser parte de la historia... Esas fueron sus palabras cuando se fue de casa.

—¿Por qué no fuiste con él?

—¿A una manifestación llena de comunistas? —Rio—. Ni por toda la historia del mundo iría.

—En las fotografías... ¿No reconociste a nadie más?

A Julia se le erizó el pelo de la nuca. Tenía que mentir delante de Berkant y Enrique. Se preguntó si alguien lo notaría. Negó con la cabeza y miró de reojo a Enrique. Él estaba de brazos cruzados mirándola con expresión de reproche. Ella desvió la vista de inmediato.

—La de mi padre en la plaza, mi padre atado y golpeado, varios hombres que no conozco —enumeró Julia— y mi padre caminando al lado de una mujer rubia.

A Gloria se le puso la piel de gallina y el corazón le dio un latigazo en el pecho. Se puso de pie con rapidez, se acercó a su maletín y sacó una carpeta. La abrió y sin decir nada se acercó hasta Julia y le puso la carpeta enfrente.

Julia la tomó y Gloria se cruzó de brazos. La joven la miró y levantó la vista. Gloria la miró a los ojos, percibió que tenía miedo. Podía identificar el miedo en cualquier persona, aunque no la conociera. Le entregó la carpeta de vuelta y asintió con la cabeza.

—Es ella.

—Lo sabía —Gloria se alejó unos pasos y dijo en voz baja—: La tengo. Por fin la tengo.

Capítulo XXVII

30 de septiembre de 2008.

Matt y Diana estaban frente a Ali. El joven tenía el cabello desarreglado y parecía haber perdido uno o dos kilos. Estaba mirando hacia adelante pero evitaba posar la vista sobre los agentes. A Matt le pareció que detrás de esa impostura, había miedo.

El agente miró a su alrededor; la sala no era muy grande y estaba prácticamente a oscuras. Había dos sillas, una para el detenido y en la otra estaba sentado él. Una mesa rectangular de madera se interponía entre ellos. Miró al detenido de arriba abajo, quería asegurarse de que no tuviera ni un rasguño. Ali parecía estar en buenas condiciones físicas, a pesar de tener el rostro más enjuto.

—¿Estás listo para hablar?

Ali no respondió, ni siquiera los miró. Pero Matt notó que su párpado derecho temblaba. Diana, unos metros detrás y apoyada contra la puerta, suspiró con fastidio.

—Ali, esto es lo mejor para todos. Especialmente para ti. ¿Quién te envió? ¿Por qué?

Él siguió sin decir nada. Diana se acercó y se puso frente a él, lo miró fijo. Ali no levantó la vista. Entonces ella le dio una bofetada que resonó en toda la sala. Matt se puso de pie de inmediato y la tomó del brazo. La alejó y la empujó contra la puerta. No le dijo nada. Volvió a tomar asiento.

—Necesitamos que nos digas algo. —Esta vez el pedido de Matt ya no sonaba a súplica.

Ali entonces lo miró. Él volvió a notar el temblor en su párpado.

—Se han contactado conmigo. Yo solo tenía que venir aquí y recibiría órdenes de alguien. Esa persona me dijo lo que tendría que hacer.

—Quiero nombres.

—No sé sus nombres —dijo Ali con un hilo de voz. De repente su rostro pareció desencajarse y rompió a llorar.

—¿Lo maté, no es cierto? —Sollozó.

—Por supuesto que lo mataste y no te va a salir gratis —intervino Diana desde un rincón con los brazos cruzados.

Matt la hizo callar y prosiguió—: Nos vas a tener que dar algo más. Hombre o mujer. Aspecto. Nacionalidad. Idioma en el que hablaron. Algo, Ali.

El detenido asintió con la cabeza y comenzó a balbucear.

—En Turquía, una mujer. Me dijo que debía cumplir una misión. Me pagaron por adelantado. Mucho dinero. Me dijo que era por Turquía. Por el país.

—Háblame de esa mujer...

—Solo la vi una vez. Llevaba puesto un *türban*. No la vi bien... —dijo y tragó unas lágrimas.

—¿Y una vez que llegaste aquí? —preguntó Diana gritando—. ¿Quién te ayudó? ¿Con quién te contactaste? ¿Eh? ¿Con quién?

Ali la miró y ella volvió a acercarse a él a paso ligero. Matt se levantó de la silla pero ella se detuvo. Lo miró y observó que el prisionero había elevado los hombros y agachado la cabeza como para protegerse de un golpe. Ella movió la cabeza.

—Habla de una vez —dijo con el rostro serio.

—Esa mujer dijo que tenía que contar una historia, siempre la misma. Me consiguió papeles para presentar en la universidad. Me dijo todo lo que tenía que hacer. Pedir que Adam Bloom fuera mi profesor tutor y buscar a Julia Ciardi. Me dijo que aquí alguien más se comunicaría conmigo y me daría instrucciones.

—¿Cuándo ocurrió eso? Detalles.

—Tres días antes del atentado. Un hombre me llamó a mi teléfono móvil y me dio instrucciones. Fue la última vez que hablaron conmigo.

Matt le hizo un gesto con la cabeza a Diana y ambos se fueron de la sala. Una vez fuera, él la miró unos segundos sin hablar.

—¿Qué crees? —preguntó finalmente.

—No dijo nada útil.

—Tenemos algo... Un hombre y una mujer.

—Sí, claro. Hemos acotado la búsqueda a... todo el mundo —respondió y se llevó las manos a la cintura.

—Muéstrale la fotografía de esa Tina. Quizás pueda reconocer si fue ella quien se contactó con él en Turquía.

Veinte minutos después, Diana entraba a la sala sin su compañero. Ali se puso tenso al verla sola.

—Mira bien esta fotografía y dime si la reconoces —dijo y la lanzó

sobre la mesa.

Él estiró el cuello para ver, luego levantó la vista y observó cómo Diana esperaba una respuesta, impaciente.

—Puede ser... —respondió y volvió a mirar a la fotografía.

—¿Puede ser? No me alcanza con esa respuesta.

—Sí, creo que sí, creo que puede ser. —Había levantado el tono de la voz.

—Bien.

—Voy a necesitar que me asignen un abogado —dijo algo más calmado como si hubiese estado esperando un rato para hacer el pedido.

—A buena hora. Lo vas a necesitar —respondió ella antes de salir de la sala tan rápido como había entrado.

Capítulo XXVIII

Maalula, Siria.

La hermana Mariaam estaba en la tumba de la Santa Tecla, en el convento del mismo nombre que estaba construido en la parte posterior del acantilado del pueblo. El lugar era de difícil acceso y ella pensaba que nada malo podía ocurrir allí. Miró hacia la tumba de la Santa y cambió de opinión por primera vez desde que estaba en el convento respecto de aquel sitio. Recordó que Tecla era una discípula de San Pablo, y también una de las primeras mártires cristianas. La mujer, que había sido perseguida por su fe y acorralada contra la pared del acantilado, rezó para que Dios la ayudara. Entonces se abrió una hendidura en una de las paredes por la que pudo escapar. Mariaam se preguntó si Dios haría lo mismo por ella; si llegado el momento que alguien descubriera que aquella momia estaba allí, Él le abriría una grieta.

Observó a un grupo de turistas que se acercaba y les indicó que debían descalzarse porque el piso del lugar era sagrado. La gente obedeció sin decir nada. Al lado de ella un manantial del que fluía incesante agua, gorgoteaba y era el único ruido que se escuchaba aparte de algún pájaro que de ratos endulzaba el lugar con su melodía. Un niño se acercó corriendo y le habló con su aflautada voz. El muchachito le preguntó si era verdad que cualquier musulmán que viviera en aquel pueblo moriría al cabo de un año. Mariaam lo miró con ternura. No sabía que esa vieja leyenda aún estuviera corriendo entre los niños. La religiosa negó con la cabeza y le acarició la mejilla. El niño salió corriendo hacia donde lo esperaba su hermano menor y le contó la respuesta. Ambos se fueron detrás de sus padres, caminando satisfechos.

Mariaam se alejó de la gente y se acomodó el hábito. Estaba preocupada, una de sus compañeras le había llamado la atención sobre el cajón que estaba en la sala que usaban como depósito. Si bien Mariaam le había asegurado que era un encargo que tenía que guardar por unos días y le había creído, en su mente la mentira estaba tomando dimensiones infernales. Se decía que debía hacerlo por Tina, pero se preguntaba si hacía bien en ayudar a alguien que tan claramente le había dado la espalda a Dios. Notó que la comisura del labio le temblaba. Otra de las hermanas se acercaba a ella caminando con una sonrisa.

La joven religiosa le dijo que alguien estaba preguntando por ella en la

capilla y se fue con la misma sonrisa con la que había llegado. A Mariaam le temblaron las piernas, sintió que le era difícil respirar y pensó en Dios y en Santa Tecla.

Llegó a la capilla y reconoció el perfil de Carlos, el amigo de Tina. Sintió que el alma le volvía al cuerpo. Cuando lo tuvo a unos pocos metros, el hombre se dio vuelta y ella observó su rostro golpeado. Apuró el paso e inclinó la cabeza mientras escudriñaba las heridas del hombre. Él bajó la vista, tenía los ojos llorosos y cuando se enjuagó las lágrimas la hermana vio también que el hombre tenía heridas en las muñecas.

Mariaam observó a su alrededor, el aire sagrado del lugar parecía estar desapareciendo. Era como si a cierta altura de su vida, Cristo la estuviera poniendo a prueba y enfrentando con situaciones de las que siempre se había mantenido al margen. Tuvo miedo, mucho miedo, por ella, por Carlos y por Tina. Pero sobre todo tuvo miedo al pensar que el Señor la estaba mirando y juzgando equivocadas sus acciones.

—Anoche han venido unos hombres, buscaban la momia —dijo y otra vez las lágrimas le anegaron los ojos—, yo no dije nada, pero temo que tarde o temprano descubran que Tina ha estado aquí. Tengo miedo por usted hermana. Mucho miedo. Creo que hay que deshacerse de la momia, dejarla en algún lado, tirarla... estos hombres son peligrosos.

—Pero Tina...

—Tina no morirá por perder la momia, pero quizás nosotros sí... por ocultarla. —Se tapó los ojos con las manos y lloró desconsoladamente—. Tengo miedo, tengo miedo.

Mariaam sintió pena por él, sin duda lo último que querría era traicionar a Tina, pero ¿quién podría juzgar los actos que comete una persona cuando está aterrada?

—Me la llevaré y la dejaré por ahí —propuso Carlos sin dejar de sollozar y hablando en voz baja.

—Ahora no puedo, ven mañana, al amanecer. Ahora no. —Mariaam miró alrededor indicándole que no podía hacer nada sin levantar sospechas.

Él asintió con la cabeza, le apoyó la mano en el hombro.

—Por favor, cuídese mucho —le dijo antes de irse.

Mariaam le saludó con un gesto y antes de que saliera de la capilla, se arrodilló y comenzó a rezar.

Carlos salió y se dirigió a su camioneta blanca. Subió y apenas apoyó su cuerpo contra el asiento sintió algo frío que se apoyaba sobre su cuello.

Carlos miró hacia atrás por el espejo retrovisor y dos hombres que le estaban apuntando con un arma lo miraron.

—Mañana al amanecer —dijo y giró la cabeza hacia adelante. Arrancó el vehículo y comenzó a manejar con una sola mano, necesitaba la otra para limpiarse las lágrimas que no dejaban de brotar de sus ojos.

Capítulo XXIX

Diana caminaba por la cocina sin detenerse ni un instante. Tenía puesto un pantalón de gimnasia gris y una remera con la inscripción *YALE* en grandes letras azules. Encendió la cafetera y miró la hora en su teléfono móvil. Se apoyó contra el respaldo de una silla y miró cómo el café iba cayendo lentamente en la jarra de vidrio. Suspiró y cerró los ojos, agotada.

Exactamente a las 9, escuchó el sonido del timbre. Maldijo la puntualidad de su amigo que jamás llegaba tarde a ningún lado. Se acercó al portero eléctrico y abrió sin preguntar quién era. Escuchó que la puerta del edificio se abría y ella se apoyó contra la puerta de su apartamento. Unos instantes después, oyó unos pasos que se acercaban y abrió.

Matt estaba allí, de pie, vestido con un pantalón vaquero y una remera roja. Diana le sonrió y se hizo a un costado para que él ingresara.

—Espero no haber interrumpido nada —dijo él mientras miraba con detenimiento todo el lugar. Siempre se había preguntado cómo sería el lugar donde vivía Diana. Definitivamente, no era lo que esperaba de alguien como ella. El lugar era despojado, paredes blancas y pocos muebles del mismo color. Matt paseó la vista por las paredes y anaqueles en busca de alguna fotografía. No vio nada.

Diana se acercó a la mesa y se dejó caer en una silla mientras subía los pies descalzos a la de al lado. Bostezó sin llevarse la mano a la boca y rio. Él también se sentó y la miró.

—No interrumpiste gran cosa —dijo ella sonriendo—, estoy preocupada. —La expresión de su rostro cambió por completo. Sus ojos parecieron ennegrecerse—. Todo se está complicando. —Movi6 la cabeza—. Seguimos en cero.

—Lo que tenemos que hacer es establecer una conexión entre todas las pistas que tenemos.

—Facilísimo —respondió ella.

Él hizo una mueca de sorpresa con la boca bajando las comisuras de los labios y dijo—: Ya sabemos qué es Operación Gladio... ¿no? Sabemos que...

Ella no esper6 a que él terminara de hablar y sac6 del bolsillo de su pantal6n unos papeles doblados y se los mostr6.

Él los tom6, los observ6 por un momento y clav6 la vista en su

compañera.

—¿Qué es esto? ¿De dónde lo sacaste? —Agitó los papeles en el aire.

—Un amigo. Pero eso no importa. Esos nombres... —se acercó y le susurró al oído— nombres de Gladio.

—Lo sé, pero esto fue hace muchos años. Hay dos opciones, o están muertos, lo cual sería muy conveniente o aún están metidos en algo, y eso no sería nada bueno... —Él abrió los brazos y levantó la voz—. No querrás sacar esto a la luz ahora, ¿o sí? Esto puede llegar muy arriba. Pueden crucificarnos si estamos equivocados. Y si no lo estamos, también.

—¿Equivocados? —Diana abrió bien los ojos— ¿Crees que estamos equivocados? —Miró hacia abajo, respiró hondo y continuó—: Quizás uno de estos nombres nos ayude a saber quién le dio las instrucciones a Ali.

Él asintió con la cabeza y flexionó el cuello. Su rostro estaba más relajado. Volvió a mirar la lista.

—Mierda que había gente importante metida en esto —dijo y leyó con detenimiento. De repente miró a su amiga—: Joseph William Blaine.

—Nuestro jefe, el que asegura que ese manual es falso —dijo Diana. Sonrió y arqueó las cejas.

—¿Cómo conseguiste esta lista? —preguntó él y agitó el papel—. ¿Blaine estaba en Gladio? —preguntó pero ella supo que él no esperaba respuesta.

—Era otra época. Otra lucha —acotó ella.

—¿Los estás justificando? —Frunció el ceño.

—Por supuesto que no, pero...

—Está bien, no importa. Ahora tenemos que concentrarnos en esto —dijo y blandió las hojas nuevamente—. Averiguar si Ali tuvo contacto con alguno de ellos.

—Por supuesto. Lo que quisiera saber es cómo vamos a manejar esto de Joe.

—No le diremos nada, obviamente —respondió él. Ella asintió con la cabeza, no del todo convencida—. ¿Y cómo vamos a empezar? —preguntó Matt mientras giraba la cabeza y observaba el café humeante en la cafetera.

—Supongo que viendo quiénes de todos estos aún están en funciones —respondió ella y se puso de pie. Tomó dos tazas y sirvió café. Luego volvió a la mesa y notó que Matt tenía los ojos clavados en ella.

—¿No puede ser alguien retirado? —Ladeó la cabeza—. ¿Es imposible?

—No... —Colocó la taza sobre la mesa delante de él—. Pero me da la

sensación de que quien haya sido, estaría más seguro dentro que fuera.

Él asintió y bebió un sorbo de café.

—De todas formas aún no tiene sentido —reconoció Matt—. ¿Por qué uno de los nuestros querría cometer un atentado aquí?

—No sabemos de qué se trata, no estamos seguros de nada en este momento. Y tenemos que averiguar quiénes son los de las fotografías...

—Cierto —reconoció Matt y sentía cómo el café caliente le iba bajando por el esófago. Le costó trabajo sacarse de la mente el nombre de su jefe. Estaba seguro de que él no tenía nada que ver con lo que estaba sucediendo, pero se preguntó por qué no les había comentado que Gladio era real. Creyó que se estaba metiendo en un gran problema. Tenía razón.

Capítulo XXX

30 de septiembre de 2008.
Estambul, Turquía

Nursel había pasado una noche difícil. Ahora estaba sentada en la cama y ya estaba vestida a pesar de que no tenía absolutamente ningún plan para ese día. Cerró los ojos un instante y apoyó las manos en el colchón. Siempre había pensado que la primera noche fuera del neuropsiquiátrico sería de una calma inmensa. Sin embargo, había estado intranquila durante la madrugada y cada ruido que escuchaba la sobresaltaba. No había logrado dormir más de una hora seguida y, a pesar de eso, no tenía sueño. Se puso de pie y caminó alrededor de la cama. Pensó en su sobrino y en su esposa y se sintió feliz de que la hubieran recibido en su casa. Agradecida era la palabra. Nursel sabía que ya no tenía nada en el mundo y hacía mucho tiempo había dejado de pensar en volver a pasar tiempo en familia.

Se miró en el pequeño espejo que colgaba de la pared y se pasó la mano por el rostro lentamente. Tocó todas y cada una de sus arrugas y se preguntó cómo era posible que el tiempo hubiera pasado tan rápido. Ya hacía más de dieciocho años que Celal había muerto y aún pensaba en él cada vez que cerraba los ojos. Era como si se empeñara en vivir una realidad paralela por las noches, cuando las luces se apagaban y nadie podía recordarle que su esposo había sido asesinado delante de sus ojos. Cuando la soledad podía ser solo eso, una palabra. Y no una realidad.

En ese instante, Salma abrió la puerta y le sonrió desde el umbral. Ella le devolvió la sonrisa y caminó hasta tenerla enfrente. La joven la miró y se sorprendió al verla vestida tan temprano. Observó sus pantalones oscuros y anchos y la blusa color tostado. Notó de inmediato que la ropa era vieja y pensó que debía llevarla de compras. Salma la invitó a desayunar y a recorrer Estambul y Nursel volvió a sonreír y aceptó gustosa. A pesar del miedo que le producía volver a enfrentarse al mundo, sintió que necesitaba sentir los rayos del sol acariciando su cabello, ahora casi completamente canoso.

Salma salió del lugar y se fue a su habitación a terminar de arreglarse. Mientras se estaba cepillando el cabello, escuchó su teléfono móvil sonar. Lo miró y se detuvo antes de atender. Berkant la estaba llamando y él jamás la

llamaba. Saltó de inmediato una alarma en su cabeza. Se dijo que seguramente querría saber algo de Nursel. Lo atendió con voz alegre, solamente para molestarlo.

—Quería saber cómo había pasado la noche Nursel —dijo sin siquiera saludar.

—Qué amable —respondió Salma—, preocuparte de esa manera por tu cuñada. Ella está muy bien. Muy bien. De hecho estamos por irnos a pasear.

—Me alegro por ella. —Hizo un silencio—. Deberías llevarla al Gran Bazar uno de estos días. Ese lugar siempre le ha encantado. Al menos allí encontrará un lugar que no ha cambiado tanto con los años.

Salma asintió con un gruñido y cortó la comunicación. Le molestó que él, de repente, se mostrara preocupado por Nursel. Sabía que había algo detrás de esa actitud. Estaba segura. Pero de todas formas tenía razón, era una buena idea llevarla al Gran Bazar.

* * *

En la casa de Berkant, Julia abrió los ojos y miró el reloj que había sobre la mesa de luz. Giró la cabeza a ambos lados y se desperezó a medida que se incorporaba. Se sentía bien. Por un instante había olvidado dónde estaba y se sintió tranquila, pero apenas echó un vistazo al lugar recordó que estaba en Turquía, y cerró los ojos con fuerza cuando le vino a la mente una imagen de su reciente secuestro.

Se levantó de la cama con rapidez y sacudió la cabeza para borrar ese pensamiento. Quería aprovechar a Berkant para charlar antes de que se fuera a trabajar. Necesitaba preguntarle ciertas cosas mirándolo a los ojos. Estaba segura de que no podría mentirle en la cara. Más segura estaba de que ella se daría cuenta si lo hacía. Se vistió y bajó al comedor donde sabía que él estaría tomando el desayuno.

Lo vio allí, disfrutando de un café. Gloria, sentada a su lado, reía. Parecían estar conversando sobre algo divertido. Apenas vieron a Julia, la invitaron a sentarse con ellos. La joven aceptó gustosa pero antes preguntó la hora. Aquella mañana llegaba Adam y quería ir a buscarlo al aeropuerto.

—Voy a darle una entrevista a Enrique —anunció y esperó el comentario negativo de Berkant.

Él la miró y se detuvo antes de tomar otro sorbo de café.

—¿Una entrevista? —preguntó Berkant, sorprendido.

—Sí —respondió ella, lacónica.

—¿Y sobre qué? —Berkant la miró y sonrió.

—Sobre el asesinato de Kayar a manos de un Lobo Gris. Después de todo, sucedió delante de mis ojos.

—No sé si es la decisión más sabia dada la situación —dijo él y bebió un sorbo.

—Estoy de acuerdo —acotó Gloria.

—Quizás sea el momento, parece que nadie en Turquía quiere hablar de ciertas cosas —dijo Julia.

—Sabes que es peligroso. ¿Qué te hace pensar que no pueden llegar a ti en cuanto se lo propongan? Ya lo hicieron de hecho... —reflexionó Gloria levantando el tono de voz.

—No voy a quedarme de brazos cruzados. Voy a contar la historia. Puede que alguien sepa algo de mi padre. Algo sobre lo que pasó aquella tarde en la plaza.

—¿Sobre tu padre? ¿Qué tiene que ver todo esto con...? —Gloria había entornado los ojos.

—No lo sé. Esperaba que Berkant me ayudara a averiguarlo. ¿Qué tienen que ver mi padre, los Lobos Grises, Ergenekon, Operación Gladio? Quisiera que él... —Julia estuvo a punto de seguir hablando y contarle a Gloria sobre el manual que Ali tenía con él y otras cosas que no entendía pero no lo hizo. Inspiró y se calló. La preocupación por estar en medio de semejante asunto la estaba matando, pero no podía arriesgarse a decir algo indebido frente a Berkant. Se sintió mal por pensar de esa forma sobre una persona que la había protegido cuando se había quedado sola en el mundo. Los ojos se le inundaron de lágrimas en un instante. Una mezcla de culpa y angustia le apretó el pecho.

Gloria miró a Berkant y él le devolvió la mirada.

—El padre, quiere saber qué ha ocurrido con su padre —dijo en voz baja—. Todo esto es por él, ¿no? —preguntó Berkant.

—No —respondió ella y se sirvió café—. Por Dios, esto es por mí. Quiero saber qué sucede.

—Lo que sucede es más que claro. —Gloria puso una mano sobre la mesa. Las piedras de sus anillos destellaron con las luces—. Ergenekon quiere tomar el poder, se están preparando, se están armando, están sembrando el caos. Eso es todo.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo esto? ¿Qué tiene que ver papá en todo esto? —preguntó Julia ofuscada.

—Créeme... Él no es un terrorista. Si lo fuera, yo lo sabría —dijo Gloria

que ahora la miraba fijo. La mujer pensó por un momento en contarle la verdad sobre Tina. Quizás ella tuviera derecho a saberlo. La noche anterior cuando le había mostrado la fotografía y se había negado a darle más información, Julia había aceptado sin mayor resistencia. Gloria sabía que hoy era otro día y podía notar la determinación en sus ojos.

—¿Y esa mujer? ¿Tiene algo que ver? Si mi padre está vivo y ella lo conoce, si la encuentro a ella...

Berkant se levantó de la mesa y se dirigió hacia la ventana. Miró hacia el jardín.

—Julia, tu padre no está vivo. ¿De verdad crees que ha estado más de treinta años oculto? ¿Que ha dejado todo porque sí? No lo haría. Tú no lo conociste, pero yo sí. Muy bien. No puede estar vivo. No.

Berkant estaba cansado y otra vez lo estaban volviendo a aquejar los dolores de cabeza. Se tocó la sien y luego se miró la mano. Tenía la piel ajada y arrugada y el pulso algo tembloroso. Se notó las uñas amarillentas. Su cuerpo le pareció ajeno. Se preguntó cómo era posible que los años se le hubieran esfumado con tanta rapidez. De repente dirigió la vista hacia la mesa donde las dos mujeres se miraban como dos perros abandonados.

—Se lo tienes que decir. —La voz de Berkant rasgó al medio el silencio como una daga. Ninguna de las mujeres lo miró.

—Hay cosas de las que no puedo hablar —respondió Gloria y entonces sí, desvió la mirada hacia el hombre—. Eso ya lo sabes. —Tomó aire y luego resopló. De golpe pareció que bajaba la guardia y agregó—: A Tina la estoy buscando hace muchos años, está acusada de varios atentados, tanto en Medio Oriente como Europa. No tengo ni idea de qué tiene que ver tu padre con ella ni por qué aquel hombre te entregó esas fotografías, pero para mí es evidente que alguien te quería aquí. Lo primero que hay que averiguar es quién y por qué.

Julia se pasó la mano por la frente y suspiró. Su mente era un torbellino, necesitaba ayuda, necesitaba confiar en alguien. Pasó unos segundos observando a la mujer. Apretó los dientes y las manos. Luego se puso de pie y fue hasta la sala en donde había dejado su cartera. Buscó algo y luego volvió al comedor. Observó que Gloria y Berkant parecían estar inmiscuidos en sus propios pensamientos.

De pie, frente a Gloria, estiró la mano y le colocó una fotografía frente a sus ojos. La mujer levantó la vista lentamente y la observó unos segundos sin decir nada. Luego se puso de pie tan de prisa que la silla donde estaba sentada

tambaleó. Berkant la miró por el rabillo del ojo. Julia la tomó del hombro temiendo que fuera a caerse pero Gloria la sacudió, le arrancó la fotografía de la mano y la miró como si no pudiese creer lo que veía. Las manos le temblaban y tenía un nudo en la garganta que no le permitía tragar.

Julia miró a Berkant. Él estaba aún de pie, contra la ventana. La joven lo notó encorvado, una sombra le daba en el rostro y lo hacía ver más avejentado. Se mordió el labio y luego miró a Gloria. En los ojos del hombre notó nervios y él le esquivó la mirada. Entonces, se acercó a Gloria y la tomó de las muñecas.

—¿Qué es lo que sucede? —le preguntó.

Ella levantó la vista y no dijo nada. Tenía los ojos enrojecidos y estaba paralizada. Berkant le quitó la fotografía de las manos y la miró. La imagen cayó al suelo y ambos quedaron frente a frente, mirándose como si hubieran visto un fantasma.

Julia se agachó y levantó la fotografía. La blandió en el aire.

—¿Qué es lo que está sucediendo? —gritó.

Los dos la miraron y Julia los notó vencidos, angustiados. Finalmente, sin sacarle los ojos de encima, Gloria habló.

—Esta niña desapareció en 1981 en Roma. Se dijo que había sido raptada por los Lobos Grises para intercambiarla por Ali Ağca, el autor del famoso intento de asesinato contra Juan Pablo II. Hubo varios llamados que indicaban esta pista, pero nada se descubrió y el caso quedó sin esclarecerse. ¿Esta fotografía te la dio Ali?

Ella le dijo que se la habían enviado a su casa por correo.

Entonces Gloria lo comprendió. Los Lobos Grises. No era una prueba definitiva, pero a ella le bastaba. Quizás fuera verdad que la niña había sido secuestrada para hacer un intercambio que nunca llegó a realizarse.

Gloria se acercó a la mesa y encendió su ordenador portátil. Con los dedos temblorosos buscó entre sus archivos. Finalmente encontró lo que buscaba. Cliqueó sobre un ícono y este se abrió. La imagen de una mujer rubia y bella ocupó toda la pantalla. Gloria tomó la imagen y la colocó al lado del monitor. Sus ojitos inocentes parecían destellar en la fotografía. La pequeña tenía un hoyuelo en la mejilla y los dientes blanquísimos y perfectos. Desvió la mirada al ordenador. La mujer en la pantalla tenía los ojos apagados y la mirada dura, pero el mismo hoyuelo en la mejilla y los dientes seguían perfectos aunque algo amarillentos. Juntó las manos en posición de rezo y se las llevó a la frente. Supo entonces que la niña que había desaparecido se

había transformado en una asesina. Y esa idea le produjo un latigazo en el pecho tan doloroso como profundo.

Se quedó observando las imágenes con detenimiento, como si estuviera tasando una piedra preciosa. Julia notó sus ojos diferentes, le pareció más humana que hacía un rato. Luego se puso de pie y en silencio se retiró a su habitación. Tenía que revisar unos papeles antes de encontrarse con Mustafá Kamil. También tenía que avisarle a su jefa que era muy probable que hubiese descubierto la verdadera identidad de Tina. De solo pensarlo un escalofrío le recorrió el cuerpo. Gloria se preguntó qué habría sucedido si aquella pequeña no hubiese sido raptada. Seguramente habría tenido la vida normal de una niñita de la clase alta italiana y ahora sería abogada o contadora, pero no una terrorista. Maldijo a esos hombres por haberle arruinado la vida a esa familia, por haber destruido la vida de una criatura inocente. Los maldijo porque esa criatura creció y arruinó su vida de un modo tan salvaje que dolía de solo pensarlo. Se preguntó a qué clase de tormentos la habrían sometido, a qué clase de vida la habrían condenado. Movié la cabeza, como si ese gesto pudiera solucionar algo. Le dio una puntada en la sien. Ahora veía todo más claro. Tina también era una víctima, pero eso no la libraba de su culpa. Cerró los ojos con fuerza. *¿Por qué no huiste? ¿Por qué te quedaste con ellos?* Sabía que esa pregunta quizás nunca encontraría una respuesta. La puntada en la cabeza cada vez era más intensa. Se sentó en la cama, abatida.

—Todos estos años... —dijo en voz alta aunque estuviera sola—, todos estos años buscándola, culpándola... Si alguien se hubiese encargado de encontrarla, nada de esto estaría sucediendo. —Cerró los ojos e inspiró. En su mente, a pesar de lo mucho que la odiaba, ahora entendía que ella también había sido una víctima—. Todos estos años estuve persiguiendo a alguien que debía ser rescatado... —Suspiró y le dolió el pecho. Por un instante recordó el indescriptible dolor de la muerte de su hija. Alguien habría llorado a Tina como ella había llorado a Ángela—. Pero ella optó —levantó la cabeza y miró hacia adelante—. Optó por comportarse como ellos. Y alguien debe detenerla. Alguien tiene que cobrarse lo que ella hizo. —Se pasó la mano por el cabello y entornó los ojos. La asaltó la idea de que ahora estaba un paso adelante de Tina. Ahora sabía quién era. Luego pensó que saber su nombre no significaba conocerla. Era una asesina. Una asesina con nombre y apellido y una historia escalofriante, pero una asesina. Sintió un alivio de repente, como si se hubiese sacado un peso de encima, había llegado a un acuerdo con su conciencia y eso la tranquilizó. Tenía que ir por Tina. Se lo debía a su hija. Y también iría por

quienes la habían secuestrado, poniendo en marcha la tragedia que marcó su vida para siempre.

Capítulo XXXI

Julia se quedó quieta, miraba fijo a Berkant que parecía obnubilado. Se colocó frente a él y lo tomó de los hombros. Él pareció reaccionar de golpe y comenzó a hablar como si supiera que Julia estaba buscando una explicación para la reacción de Gloria.

—El 15 de agosto de 1998 estalló una bomba en el centro de Roma. La hija de Gloria vivía allí con su esposo y su hijo de dos años. Estaba embarazada. —Bajó la vista un segundo—. Era sábado a la tarde. Imagina la cantidad de gente, la cantidad de familias. Nadie se atribuyó el atentado pero...

—Sí —dijo Julia—. Gladio.

Él asintió.

—Su hija Ángela y su nieto murieron en ese atentado. Esa tarde hubo tres llamados que advirtieron que una bomba estaba a punto de detonar. Pero la información decía que el coche bomba estaba a una manzana de la plaza del Campidoglio. No estaba allí. La policía evacuó a la gente directamente hacia el lugar de la explosión. Gloria sabe que Tina fue una de las personas que colocó el coche bomba esa tarde. Desde ese entonces la busca. —La miró y entrecerró los ojos—. El marido no soportó la pérdida y murió meses después del atentado. Estaba enfermo de cáncer y no siguió el tratamiento luego de... —Movié la cabeza—. Desde ese entonces, Tina es un fantasma. Desapareció. Hasta ahora. Y Gloria pasó los últimos diez años tratando de encontrarla.

—Qué horrible —Julia bajó la cabeza, tenía los ojos llorosos. Por un instante pensó que quería irse a su habitación. Encerrarse a solas y poder llorar por todas las desgracias que ocurrían en el mundo. Pero eso no serviría de nada. Entonces se dio cuenta de que tenía que preguntarle a Berkant sobre su padre. Era su única oportunidad—. ¿Qué puede tener que ver papá en todo eso? ¿Con Gladio? —Carraspeó—. ¿Tú crees que...?

Berkant se llevó la mano a la barbilla y se quedó en silencio unos instantes. Luego comenzó a hablar.

—Por favor, Julia. Entiendo tan poco como tú lo que está sucediendo. Pero tu padre murió en 1977 en la Plaza Taksim junto a muchos otros. No hay otra verdad. —Entonces giró y la miró. Ella lo observaba sin parpadear. Berkant se acercó a ella caminando con lentitud. Ella lo miró fijo y notó su

cabello plateado brillante y las arrugas que habían aparecido de repente en su rostro. Él se pasó la mano por la cabeza y siguió hablando—: Te estoy diciendo la verdad.

—¿Lo juras? —preguntó susurrando pero con evidente impaciencia—. ¿Lo juras por tu hijo?

—Julia... —dijo y se acercó a ella lentamente, le puso la mano en el hombro—. Te lo juro por Enrique. Tu padre ni siquiera sabía que existía Gladio. Alguien te está metiendo en todo esto y no sé para qué. —Movié la cabeza de un lado al otro—. Pero no dejaré que nada te suceda. Se lo prometí a él y hasta ahora cumplí.

—¿Tú sí lo sabías? ¿Sabías de Operación Gladio?

Él asintió con la cabeza y movió la mano derecha para un lado y para el otro.

—Algo así —dijo finalmente.

—¿Por qué? ¿Por qué tú sí lo sabías?

—Las cosas en Turquía son así, nadie de afuera puede entenderlas.

Ella lo abrazó con fuerza. Notó que le costaba respirar y lo alejó con los brazos para mirarlo a la cara. Percibió que sus ojos tenían un brillo especial, pero no la miraban. Estaban clavados en el techo. A Julia no le quedó duda alguna de que su amigo le estaba mintiendo y un escalofrío le recorrió la espalda.

* * *

Nursel y Salma caminaban por el Cuerno de Oro, un estuario que desemboca en el Bósforo y divide la parte europea de Estambul. Nursel observó alrededor del puerto y disfrutó de los hermosos parques que lo rodeaban. Tomó a Salma de la mano y se dirigió al puente de Gálata. Allí se detuvo y contempló la hermosa vista de la ciudad vieja. Pensó que Estambul seguía siendo bellísima. Lamentó haberse perdido de aquellos lugares durante dieciocho años. Este pensamiento le endureció el gesto y Salma, que la estaba mirando fijo, lo notó.

—Parecemos dos turistas —bromeó ella para aflojar la tensión—. ¿Qué otros lugares quieres visitar? ¿Qué tal si por la tarde vamos al Gran Bazar?

Nursel giró la cabeza y la miró.

—A veces pensaba que ya no volvería a ver la ciudad. Que jamás volvería a caminar por estas calles. Y sin embargo hoy estoy aquí —dijo y sonrió—. He esperado muchísimos años para volver a dar un paseo. Pero hoy,

lo primero que tengo que hacer es una visita. Quiero ir a ver a Fabri Yazr.

Salma la miró sorprendida. No esperaba que ella quisiera ver a aquel hombre. Recordó que su marido le había dicho que le haría una entrevista y no sabía si debían ir sin avisarle a él. Entonces la miró a los ojos y supo que no podía decirle que no. Se dirigieron al barrio de Balat, muy cerca de donde estaban. Nursel parecía saber perfectamente a dónde se dirigían. Salma caminaba por las calles angostas y tenía la sensación de que las construcciones bajas se le vendrían encima. Nursel se detuvo frente a un edificio viejo pintado de verde y en mal estado. La puerta de entrada estaba rota, ella la abrió y subió hasta el primer piso. Salma iba detrás de ella sin hablar. Nursel se acercó a una puerta blanca con la pintura descascarada y golpeó con fuerza. Un minuto después, la puerta se abrió y Nursel dio un paso hacia adentro. Miró a Salma y le hizo un gesto para que entrara.

Cuando Nursel posó los ojos sobre Fabri, le costó reconocerlo. Inmediatamente se preguntó si ella estaría también en tan malas condiciones ante los ojos de los demás. Él seguía flaco y desgarrado. Pero su rostro y su porte eran diferentes. Detrás de aquellas facciones flácidas, Nursel creyó reconocer el brillo de sus ojos. Intentó sonreír pero no lo logró. Él le extendió la mano y ella la tomó. Ambos quedaron frente a frente y se fundieron en un abrazo que pareció eterno. Salma observaba la escena a pocos metros con la cabeza inclinada.

—Perdón —le susurró él al oído. Salma vio que ella negó con la mano, pero se distrajo cuando su móvil comenzó a sonar. Era Berkant otra vez. Dos llamadas en el transcurso de la mañana era algo completamente inusual. Refunfuñó y se alejó unos pasos pero decidió no atender la llamada.

Nursel y Fabri se miraban tomados de la mano, como si pudiesen hablar sin decir palabras, como si no hiciera falta escucharse para saber qué pensaban. Salma se sintió mal por tener que interrumpir semejante comunión, pero la llamada de su suegro la había puesto nerviosa y sabía que no iba a poder estar mucho tiempo sin responderle. El teléfono volvió a sonar y ella respondió. Berkant le preguntó dónde estaban y ella le dijo que no podía hablar y que no volverían en todo el día.

Fabri las invitó a tomar asiento en el sillón e intercambió unas palabras de cortesía con las mujeres. Luego, como si se hubiese terminado el tiempo de preámbulos, comenzó a hablar sobre los encuentros que había tenido con Celal. No decía nada comprometido sino que describía cómo se había contactado con el militar. Salma escuchaba atentamente y, luego de un rato, se

cruzó de brazos. En un momento, Nursel le colocó la mano sobre el brazo a Salma y la apretó.

—Escucha todo atentamente. Es importante para ti. Y para tu esposo —dijo Nursel.

Salma no comprendía de qué hablaba la mujer pero no dijo nada y siguió escuchando el relato del periodista.

—Cuando terminó la segunda guerra mundial, Italia había quedado bajo la influencia de los Estados Unidos luego de la conferencia de Yalta. Para contrarrestar la influencia soviética, Estados Unidos necesitaba comenzar a contactarse con grupos de poder dentro del país que compartieran sus mismos intereses, o al menos los mismos enemigos. La mafia italiana entró en escena. Los comunistas italianos, que hasta aquel momento gozaban de gran respeto por su lucha contra Mussolini, ahora eran dejados a un lado y veían cómo comenzaban a reclutar gente para recortar sus influencias. Así nace el partido Demócrata Cristiano, en cuyas filas había muchos militantes fascistas que aún seguían activos —explicó y movió las manos en el aire—. Luego de unos años era evidente ya que los comunistas no iban a invadir Europa ni tomar el poder ni nada por el estilo. Entonces esos ejércitos comenzaron con otra misión. Los Rojos no iban a gobernar, pero había que lograr que tampoco fueran vistos como una opción viable en las elecciones... Se comenzó con una serie de atentados increíblemente sangrientos contra civiles. Se atacaba a los civiles por una razón, había que lograr un estado más autoritario. La gente debía tener miedo. —Suspiró—. Vincenzo Vinciguerra, preso por el atentado de Peteano de 1972, declaró que había una “estructura oculta, dentro del estado mismo”. Estaba revelando la existencia de Operación Gladio. Afirmación que Andreotti confirmó en 1990 haciendo explotar una bomba psicológica en Europa.

Salma abrió las manos y se encogió de hombros. No sabía qué decir.

—¿No lo ves? ¿No lo ves? —preguntó Fabri—. Si en lugar de decir Italia, hubiese dicho Turquía... ¿Lo comprendes? Operación Gladio sigue viva aquí. Más viva que nunca.

—Quizás esto se lo tendrías que decir a mi marido cuando te entrevistaste —dijo Salma.

—Lo haré —respondió él—. Lo que no sé si puedo decirle es que su propio padre es uno de los responsables de la muerte de su tío Celal.

Capítulo XXXII

Estambul, Turquía.

Julia estaba en las oficinas de periódico *Gerçek* esperando que llegara Enrique. Una mujer bastante maquillada la había hecho pasar a una sala con apenas una ventana pequeña y con rejas. En la sala había una mesa y seis sillas que ocupaban prácticamente todo el lugar. Ella bostezó y miró alrededor intentando encontrar algo para pasar el tiempo. No había un libro, una revista, un ejemplar del periódico. Nada. De vez en cuando la mujer que la había recibido entraba y le preguntaba si necesitaba algo. Ella le pidió un café y lo bebió con lentitud mientras a cada rato miraba el reloj que colgaba de la pared. No estaba segura de poder llegar a recoger a Adam al aeropuerto, pero de todas formas él no tendría problemas en moverse por la ciudad y podía llamarla al teléfono móvil.

En ese instante entró Enrique con una sonrisa. Se disculpó por la demora y le dijo que Salma todavía no se sentía bien. Luego se sentó frente a ella, se quitó el saco y la miró. Parecía que tenía algo que decirle pero estaba meditando si hacerlo o no. Luego apretó los labios y se quedó callado.

—Yo te doy la entrevista pero luego tienes que contactarme con cierta gente. Necesito datos... para el libro —mintió Julia.

—De acuerdo. —Se llevó la mano a la boca y miró hacia arriba—. Exactamente, ¿qué tipo de contactos? —quiso saber.

—Bueno... Quisiera hablar con alguien que sepa de Ergenekon —respondió y al levantar la vista observó la lámpara que decoraba el centro de la sala que despedía un haz de luz blanca que de vez en cuando parecía temblar—, no... Lo que quiero es hablar con un miembro de Ergenekon en la clandestinidad.

Él rio.

—Claro. Aunque tendrías que haberlo intentado mientras estabas secuestrada —le dijo.

—Vamos, eres periodista. Sé que puedes hacerlo. Y también quiero hablar con algún ex funcionario que me pueda dar información sobre Operación Gladio, la Contraguerrilla...

—Vamos por partes. —Levantó la mano y la apoyó sobre la mesa—. Sí

que puedo contactarte con alguien de Ergenekon... no sería fácil... no lo sé... Te han secuestrado y...

—Por eso mismo. —Lo interrumpió ella—. Por eso tengo que saber qué buscan, qué harán... y por qué a mí...

Antes de que Julia pudiese terminar la frase, el teléfono que descansaba sobre la mesa hizo un ruido. El periodista pulsó el botón de altavoz y la voz suave de una mujer le informó que el jefe quería hablar con él con urgencia. Enrique arqueó las cejas y le dijo que tomaría la llamada. De repente, una voz ronca y distorsionada inundó la sala. Él y Julia se miraron mientras escuchaban las palabras de su interlocutor.

—Hemos recibido un dato anónimo. La policía detendrá a más miembros de Ergenekon. Quisiera que te ocupes de eso ya que es tu historia —dijo el hombre y le detalló toda la información que tenían hasta el momento.

Cuando hubo terminado de anotar todo lo que le pareció importante, miró de reojo a Julia por un segundo antes de volver a clavar la vista en el teléfono. La mujer se había levantado de la silla y estaba cerca de la puerta, de espaldas a Enrique. Tenía el móvil contra el oído pero no hablaba. Él notó que ella hizo un gesto imperceptible con la cabeza y dijo algo con voz suave. Luego se dio vuelta y se acercó a él, sonriendo. Le explicó que tenía que irse y él no se molestó en preguntarle a dónde ni quién la había llamado. Solo podía pensar en la nota que saldría mañana y la reacción de la sociedad cuando se diera a conocer que más presuntos miembros de Ergenekon habían sido detenidos.

Salieron del edificio juntos pero sin hablar. Cada uno tenía la mente puesta en sus problemas sin tener idea de que eran los mismos conflictos los que los estaban desvelando. Julia lo saludó y se tomó un taxi. Enrique observó el automóvil perderse en el atestado tráfico y luego él hizo lo mismo con su coche.

Julia giró la cabeza y se aseguró de que Enrique ya no estuviera visible. Recién entonces sacó su móvil de la cartera y marcó un número. Del otro lado, Salma respondió agitada.

—¿Estás sola, verdad? Necesito verte a solas.

—Sí, dime dónde —pidió Julia y sacó un bolígrafo y un anotador. Tomó nota de la dirección y le pidió al chofer que la llevara allí.

El coche se dirigió a la Plaza Taksim. Julia se bajó a una manzana de la calle peatonal İstiklal. El lugar estaba repleto de tiendas y bares de comidas rápidas. Miró hacia varios sitios buscando a Salma pero no la vio. Mientras se acercaba a la plaza notó que tenía la piel de gallina y el paso tembloroso.

Estaba frente al lugar de donde había desaparecido su padre. A pesar de que ya había visitado aquel sitio en otras oportunidades, ahora sentía que ese lugar ya no le pertenecía. Ya no era el último paisaje que había visto su padre antes de morir sino el lugar donde había comenzado un engaño. Sin quererlo, entornó los ojos y miró alrededor, como si hubiese alguna posibilidad de encontrarse con él deambulando por allí, sin saber que ella estaba al acecho.

En ese momento sintió que alguien gritaba su nombre y a pocos metros pudo ver a Salma salir de un pequeño kiosco saboreando un *döner*. Julia se quedó quieta, observándola por un instante y preguntándose cómo era posible que hacía un rato estuviera tan alterada y ahora comiera como si nada. La mujer la saludó con la mano y apenas la tuvo frente a ella la tomó del brazo y, apretándola con fuerza, la metió en un bar. Se sentaron a una mesa y Salma, masticando el último bocado, ordenó dos té. La palestina se acomodó el cabello debajo del *türban*. Apoyó los brazos sobre la mesa y miró a Julia. Ahora parecía preocupada otra vez. Julia abrió las manos y ladeó la cabeza.

—Lo que tengo que decirte... —se llevó la mano a la boca y tosió—. No es fácil. Pero tienes que saberlo. Hoy fuimos con Nursel a ver a Fabri Yazr, aquel periodista que había tenido una reunión con Celal antes de que lo asesinaran. —Julia asintió y desvió la mirada hacia la camarera que llegaba con las dos tazas de té. Salma dejó de hablar mientras la mujer apoyaba las tazas en la mesa—. Ha pasado los últimos dieciocho años de su vida en prisión, lo han liberado hace un mes. En fin... como te decía fuimos allí con Nursel, ella quería verlo y él quería hablar con ella.

—Pensé que Enrique iría a verlo —interrumpió Julia.

—Sí, lo hará. Pero hay algo que no sabía si podía decirle a Enrique —dijo y dejó de hablar.

Julia le pidió que continuara con un gesto.

—Berkant es parte de Ergenekon. Berkant estuvo implicado en la muerte de su propio hermano. Y Ergenekon, o en ese entonces, la Contraguerrilla, fueron los responsables de la Masacre de la Plaza Taksim.

Julia tragó saliva y no supo qué decir. Todo se estaba transformando en una pesadilla. Todo. Había pensado que Berkant podía formar parte de esa organización, pero ahora lo sentía real. No podía entender cómo aquel hombre que la había salvado en su peor momento era capaz de planear atentados y asesinatos. ¿Cómo podía haberla salvado a ella y al mismo tiempo condenar la vida de tantos inocentes? Juntó las manos y se las llevó a la boca. Salma notó que la mujer estaba desesperada. Entonces soltó la peor noticia, sabiendo que

la iba a lastimar pero intuyendo que no habría mejor oportunidad.

—Berkant sabe qué le sucedió a tu padre. Él no murió en la plaza, tal como lo suponías —dijo ella y corrió la taza de té para tomar la mano de Julia. Estaba helada e inmóvil.

—Ese hijo de puta... —dijo y al ponerse de pie de golpe tiró la taza de té que ni siquiera había probado.

—Espera. No hagas nada que nos ponga en peligro a todos —dijo Salma yendo tras ella.

—Tienes que decírselo a Enrique. Tiene que saberlo.

—Ya has visto cómo se puso el otro día cuando le dimos a entender la posibilidad. Necesita escucharlo de boca de Fabri Yazr.

—Yo también —respondió Julia y ambas salieron del bar. No hizo falta que ninguna de las dos lo dijera, sabían que se estaban dirigiendo a ver a Yazr.

Durante el trayecto, las dos mujeres se mantuvieron en silencio. A pesar de que tenían mucho que decirse, ninguna juzgó oportuno hacerlo en ese momento.

Cuando llegaron encontraron la puerta entornada. Se miraron y, por un instante, no supieron qué hacer. Observaron a su alrededor. El pasillo estaba desierto. Entonces Salma dio un paso hacia la puerta e intentó escuchar qué sucedía adentro. El silencio era absoluto. Miró a Julia y esta se encogió de hombros. Salma apoyó una mano en la puerta y la empujó. Cuando la puerta estuvo abierta, pudo observar a Nursel sentada en la misma posición en la que la había dejado. La mujer no las escuchó hasta que estuvieron a pocos pasos de distancia. Se sobresaltó y se llevó una mano al pecho. Al reconocerlas, sonrió aliviada.

—¿Dónde está Fabri? —preguntó Salma mientras se sentaba junto a Nursel.

—Se ha ido —respondió ella con la voz calma.

—¿A dónde? —intervino Julia.

—Eso no importa. Tampoco lo sé. Él no podía soportarlo, no podía —lo justificó Nursel—. Entiendan que solo estaba haciendo su trabajo cuando lo fue a buscar la policía y pasó casi la mitad de su vida en prisión. —Miró a ambas mujeres esperando un gesto de compasión pero no vio nada en sus rostros ni siquiera parecido—. Deben entender, no podían pedirle que sacrifique todo otra vez por un país que nunca hizo nada por él. —Negó con la cabeza y desvió la mirada.

—Justamente, él tiene que decir lo que sabe porque debemos terminar

con ese país que no hizo nada por él —dijo Salma y le tomó la mano—. Tienes que decirme dónde está.

Ella negó con la cabeza. Luego se levantó y caminó lentamente hacia una mesa de madera. Allí había un cuaderno con tapas de cuero. De él sobresalían algunas hojas de mayor tamaño que el resto. Lo levantó y se lo mostró a ambas.

—Aquí está todo lo que quieren saber. Aquí está la información que hundirá a Berkant y a la Contraguerrilla. Y por fin habrá justicia para *mi* Celal.

Capítulo XXXIII

Washington D.C., EE.UU.

—Acabo de hablar con una agente especial del Centro de Seguridad Europeo —informó Diana—. La persona que está a cargo se llama Gloria Kiabazar y ha trabajado con Blaine en varias oportunidades. Dijo que se comunicaría con él directamente en las próximas horas.

—¿Los europeos están trabajando en Turquía? —preguntó Matt sorprendido.

—Parece que el gobierno turco pidió ayuda. Y como Turquía quiere entrar a la Comunidad Europea... —Hizo un gesto con las manos—. Bueno les exigen ciertas cosas. Y con Ergenekon tan activo están en problemas...

Matt la miró con una expresión de curiosidad.

—Quiero decir, que hay metidos miembros de las Fuerzas Armadas, la policía, la justicia...

Él asintió con la cabeza y se puso las gafas. Estaba leyendo unos papeles y se los entregó Diana.

—Mira esto, la cosa se pone cada vez más extraña.

La mujer escudriñó los papeles con los ojos bien abiertos. Pasó una hoja tras otra y su expresión de asombro era cada vez más fuerte.

—¿Qué es esto? —agitó los papeles y miró a Matt.

Matt se encogió de hombros y negó con la cabeza. Se acomodó el cabello y se aflojó la corbata. Ambos se miraron y luego posaron los ojos en los papeles que seguía sosteniendo Diana en la mano.

—Tina robó una momia. —Diana apretó los dientes y los músculos de su fibroso cuerpo se tensaron—. ¿Ahora se dedica a robar tesoros arqueológicos? No tiene ningún sentido.

—Quizás necesitaba algo de dinero y...

—Sabe que la están buscando hace muchos años, y... ¿se va a poner la lupa de la policía encima matando a un oficial? No, no tiene sentido...

—Quizás esa momia vale mucho dinero.

—Pero a la momia todavía no se le hicieron los análisis correspondientes, no se sabe nada...

—Esa es la cuestión... Quizás ella sepa, por eso la robó.

Diana se acercó al escritorio y dejó los papeles. Una ráfaga de viento entró por la ventana abierta y desparramó algunos sobre el piso.

—No va a ser muy complicado encontrarla si anda con una momia a cuestas —dijo Matt y rio. Ambos se miraron y, sin decir nada, cada uno continuó con sus tareas.

Un rato después Joe Blaine entró en la oficina como una tromba.

—Dejen todo lo que están haciendo. Todo —les gritó. Tenía el rostro sudado y enrojecido. Jadeaba—. Ya mismo. Necesito su atención.

Ambos lo miraron alarmados.

Blaine tomó aire antes de hablar. Diana notó que las manos le temblaban y percibió sus uñas sucias y largas, como si hubiese suspendido toda clase de higiene personal en los últimos días.

—Un informe de la inteligencia alemana advierte que hay un grupo terrorista transportando ricina mientras estamos hablando.

Los agentes se miraron preocupados y volvieron a mirar a su jefe.

—Lo único que espero es que esto no esté relacionado con Kayar, Ali y eso que va a cambiar el mundo —agregó y pestañeó como si el sol le estuviera dando de lleno en los ojos—. Nos han asignado un equipo de cien personas para trabajar exclusivamente en esto. Y estaremos coordinando tareas con los europeos. Ya les envié a sus ordenadores unos archivos que tienen que revisar y analizar... —Los miró mientras comenzaba a mover la pierna derecha sin parar—. No podemos dejar que suceda nada con esto. Vamos a estar trabajando las 24 horas del día.

Ambos asintieron. Diana sintió que la sangre de sus venas le quemaba el cuerpo. Matt insultó en voz alta y los dos se acercaron a sus ordenadores a revisar los archivos de los que había hablado Blaine. Joe caminó por entre los escritorios y se detuvo frente al de Matt. Observó los papeles revueltos que él tenía sobre la mesa y los miró. Había estado buscando información sobre el apéndice del manual que Ali tenía encima. Blaine movió la cabeza fastidiado. Levantó la vista y observó que Diana lo estaba mirando, entonces él le hizo un gesto con la mano para que saliera de allí. Una vez fuera de la sala, la tomó del brazo y prácticamente la arrastró hasta su oficina.

—¿Qué cree Matt que está haciendo? —refunfuñó Blaine—. Estamos intentando evitar un atentado y ¿él se preocupa por ese manual falso? —Le clavó la vista de tal forma que le produjo cierta incomodidad a la mujer.

—Está investigando por qué Ali iba a darle eso —evitó deliberadamente decir qué era— a Julia Ciardi. Quizás eso nos pueda dar alguna pista —

intentó justificar Diana.

—Esto no es un juego. Matt está obsesionado con Operación Gladio y lo importante es otra cosa. Debe preocuparse por lograr que Ali diga algo. Esa es su tarea. Si sigue hurgando en Gladio solo va a desperdiciar valioso tiempo. Convéncelo de que no existe, o tendré que sacarlo de la investigación.

—¿Estás seguro de que no existe, Joe? —preguntó Diana pensando en su nombre escrito en aquella lista.

—Estoy seguro. ¿Me entiendes? Tan seguro que lo afirmaré bajo juramento —dijo él y ella notó que estaba muy alterado.

Diana salió de la oficina completamente convencida de que Joe estaba al tanto de los detalles de Operación Gladio, pero que moriría antes de hablar. Mientras caminaba por el pasillo en penumbras, deseó que ese silencio no estuviera condenando a más inocentes a la muerte.

Capítulo XXXIV

Estambul, Turquía.

Berkant estaba en su oficina, tenía la espalda recta y tensa, como si fuera un niño frente a su maestra. Miraba su ordenador portátil y había abierto su correo electrónico. Sentía dolor en las manos, las articulaciones le molestaban y la medicación que había tomado por la mañana, evidentemente, ya había perdido su efecto. Sus ojos estaban fijos sobre la pantalla.

Un golpe en la puerta le hizo quitar los ojos de la pantalla. Su secretaria se asomó y con una sonrisa le avisó que el General Atabärk estaba allí para verlo. Berkant se movió incómodo en su silla y la miró sin decir nada por unos segundos. La mujer tenía las manos apoyadas contra el marco de la puerta y una sonrisa nerviosa. Tampoco habló.

—Hazlo pasar —dijo finalmente.

Atabärk entró caminando con tranquilidad y lentitud. Sin saludar, apoyó su fornido cuerpo sobre el sillón que estaba frente a Berkant. Ambos miraron a su secretaria y la mujer se retiró sin decir nada.

—Pensé que habías desaparecido —dijo el militar.

—Sigo sin comprender tu empeño en aparecer aquí a cada momento —respondió Berkant mientras cerraba su ordenador portátil—. ¿No estabas descansando en tu residencia fuera de la ciudad?

Atabärk apoyó los codos sobre sus piernas. Sabía que su rostro asimétrico, sus ojos desparejos y mirada impiadosa siempre intimidaban a sus enemigos, pero en este caso, necesitaba intimidar a su socio, a alguien que lo conocía muy bien. Entrecerró los ojos y suspiró. Enderezó la espalda y se puso de pie.

—Si estuvieses haciendo las cosas como debías no estaríamos teniendo esta pequeña tertulia y yo podría irme a descansar a Polonezköy apenas termine con un par de reuniones, pero lamentablemente no es así y antes de irme, tengo que dejar las cosas en orden yo mismo —dijo mientras se acercaba a él.

Berkant se puso de pie antes de que Atabärk hubiese dado toda la vuelta al escritorio. Con un gesto le impidió seguir caminando.

—Sabes muy bien que tengo *invitados* en casa y hay algunas cosas que

indefectiblemente se demorarán. —Lo miró sin intentar disimular su enojo—. Eso no quiere decir que las cosas no vayan de acuerdo a lo planeado.

—Si el plan se desarrollara de acuerdo a lo pautado no estaríamos aquí ahora, y tú lo sabes.

Berkant se acercó a la ventana y observó la ciudad. Un tibio reflejo dorado de un rayo de sol le iluminó la plateada cabellera. El General Atabärk caminó hasta ponerse a su lado e intentó observar lo que su socio estaba mirando. Luego buscó un habano en su bolsillo y lo encendió sin dejar de sonreír.

—Y eso nos lleva al tema de quién ese esa mujer que tienes en tu casa —dijo con sarcasmo.

—¿Gloria? —Berkant lo miró.

—No, no tu novia. Julia Ciardi. —El hombre se alejó unos pasos—. Ajá, en realidad ya sabemos todo lo que hay que saber... —Se puso una mano en la cintura mientras dejaba escapar de su boca una espesa nube de humo—. Extraño giro de los acontecimientos que se haya presentado en tu casa esa mujer que han contratado para escribir un libro sobre no sé qué, ¿no es cierto?

Berkant se acercó a él, lo tomó del brazo. Sus rostros quedaron a la misma altura. Parecía echar fuego por los ojos. Con la otra mano lo tomó de la solapa de su uniforme. Atabärk no se movió, solo lo miraba como si no pudiera creer la reacción del hombre.

—Yo te diría que tengas mucho cuidado con lo que vayas a hacer ahora, intentamos neutralizar a tu amiga Julia pero no funcionó. No tengas dudas de que lo volveré a hacer y esta vez no fallaré —dijo finalmente Atabärk mostrándose seguro de que tenía las de ganar.

—A veces actúas como un imbécil... —dijo y lo sacudió—. ¿Qué pensaste qué lograrías secuestrando a Julia?

—Saber qué está haciendo aquí. Saber quién está detrás del asesinato de Kayar y lo hizo pasar como un trabajo nuestro. Tú sabes bien que por mucho que odiáramos al imbécil ese, no lo asesinamos. Algo sucede. Y no podemos arriesgarnos. De repente, están hablando de Ergenekon en Estados Unidos. Hay que averiguar para quién trabaja ese Ali. Tenemos que saber exactamente qué dijo, y parece que tú no lo has logrado. Tenemos que saber qué hace Julia, la hija de Pedro Ciardi —remarcó las palabras— aquí justo en este momento. Te estoy diciendo que vamos a tener problemas. Deberías escucharme.

—Estás paranoico —le espetó el otro levantando la voz— y lo único que lograste fue que secuestraran gran cantidad de armamento para no mencionar a

los colaboradores que pueden dar datos sobre la organización —Berkant lo soltó y se alejó un paso con la cabeza gacha.

—Nadie hablará. Nadie ha hablado hasta ahora. Pero la policía se distraerá con nuestro pequeño arsenal y nos dejarán tranquilos para planear lo que realmente tenemos que hacer, que es voltear a este gobierno de una vez por todas, por si no lo recordabas. —Se acomodó el traje—. Y eso es lo único en lo que deberías estar pensando.

—Todo está en orden. No hay ningún cambio de planes.

—¿Con la vice directora del Centro de Seguridad Europeo en tu casa? Una cosa es mantenerla cerca y lograr que te dé información, pero tenerla viviendo contigo... —Suspiró—. Va a descubrirte. Y la profesora que ahora quiere saber sobre Ergenekon... ¿Estás seguro de que no está con algún servicio?

—Sabes que a Gloria es mejor tenerla cerca, así sabemos qué andan investigando. Esto ya lo hablamos. Y Julia solo quiere saber de su padre. Es inofensiva.

—Tengo que controlarte más de cerca Berkant. No podemos dejar que tu novia o tu amiga pongan en peligro la misión. No lo haremos. Y encima ha regresado Tina —sacudió la cabeza— ¿Qué es lo que quiere? —dijo y dio otra pitada a su cigarro—. ¿Por qué ha salido de su escondite y por qué se ha robado una momia?

Berkant se pasó la mano por el saco y se acercó al militar. Luego se encogió de hombros.

—Algo está tramando. Y temo que nos vaya a perjudicar... —reflexionó el General.

—No lo creo —intervino Berkant y suspiró. Luego desvió la vista hacia la ventana.

—Siempre confiaste demasiado en ella. No sé por qué.

—Sí que lo sabes. Y también sabes por qué robó la momia.

Atabärk dejó caer los párpados y se rascó la cabeza.

—De todas formas —dijo Berkant y miró el reloj en la pared— dos de mis hombres ya deben tener la momia para este momento. —Carraspeó.

—Mucho cuidado. No quiero más problemas. Tina está planeando algo. Algo contra nosotros —sentenció el militar.

—Solo quería recuperar algo que cree que es de ella.

—Parece que sabes perfectamente qué planea Tina —dijo Atabärk y sonrió—. Eso es bueno, porque no debemos perder de vista nuestro objetivo

principal.

—El presidente estará muerto para la próxima semana —susurró Berkant.

—Bien. Una cosa más. ¿Es verdad que tu hijo hablará con Fabri Yazr? Porque me llegó información que también hablará con Dilekci —preguntó mirándolo fijo—. Sería bueno volver a encontrarlo, ¿no crees?

El abogado negó con la cabeza. Atabärk lo miró y se alejó sin dejar de sonreír.

Capítulo XXXV

30 de septiembre de 2008.
Maalula, Siria.

Carlos estaba manejando la camioneta en la noche oscura. Detrás, aún sentía la presencia de esos dos hombres. Apenas si podía abrir el ojo derecho, completamente hinchado. Varias marcas azuladas le rodeaban los párpados. Los golpes que le habían dado ya no le dolían, solo sentía un dolor en el pecho que parecía no cesar nunca. Sabía que ese dolor no era físico, simplemente su corazón no soportaba traicionar a Tina. A pesar de tener a dos hombres apuntándole con un arma, sentía que eso era lo que estaba haciendo, traicionándola. Se preguntó si se animaría a actuar de otra manera, aunque en ello se le fuera la vida.

Recordó los ojos de su amiga, su mirada zigzagueante cada vez que tenía un problema, su reticencia a hablar cuando esos problemas la agobiaban. Se sintió peor al entender que iba a fallar en lo único que Tina necesitaba. La presión en el pecho era tremenda, como si tuviera una daga clavada en el esternón. Su cuerpo se estremeció con la culpa.

De a poco fue disminuyendo la velocidad mientras intentaba pensar si había alguna salida a esa situación. Escuchaba a sus captores hablar en turco y se sentía más nervioso. No podía traicionarla, no podría vivir con eso. Pensó que quizás lo matarían de todas formas, así que sería preferible morir sin haberlos ayudado.

Sabía que estaba cerca del convento. Era hora de decidir qué hacer. Cada metro que avanzaba, el dolor en su pecho se hacía más fuerte. Lloró otra vez. Apenas divisó la silueta del lugar contra el cielo renegrido, sintió un puntazo en el corazón. No podía hacerlo. Sería más digno morir que traicionar a alguien que había confiado en él.

La noche tenía un color negro intenso, no había luna y las paredes del convento apenas eran un poco más oscuras que el cielo. No había ninguna luz. A Carlos esto le pareció extraño ya que las monjas habían colgado unas figuras de luz en las paredes y de noche siempre estaban encendidas. Miró hacia la iglesia. Se preguntó si la hermana Mariaam estaría escondida, esperándolo. No podía arriesgarse. Debía detenerse ahora, antes de ponerla en

peligro a ella también.

Carlos clavó el pie en el freno bruscamente. Los neumáticos de la camioneta hicieron un chirrido intenso. Los dos hombres cayeron hacia adelante. El arma de uno de ellos se deslizó hasta quedar a pocos centímetros de Carlos. El hombre se quedó paralizado por unos segundos, como si no tuviese un plan más elaborado que frenar y esperar que le pegaran un tiro. Entonces giró la cabeza y vio el arma. Estiró el brazo para tomarla pero uno de los hombres se tiró encima de él. Su cuerpo macizo tenía dificultades para moverse. El hombre comenzó a pegarle en el estómago. Carlos, aprisionado en el asiento delantero, le puso la mano en el rostro y comenzó a empujarlo. El otro hombre se acercó y lo tomó por el cuello. Carlos sintió la falta de aire rápidamente. Abrió la boca e intentó con desesperación que el aire llegara a sus pulmones. De repente sintió una mano presionando sobre su rostro. Movié la cabeza. El primer hombre seguía sobre él, golpeándolo. Entonces Carlos lo empujó contra el parabrisas. El hombre gritó cuando su cabeza golpeó el vidrio y se desvaneció. Carlos miró por el vidrio astillado y tiró el cuerpo del secuestrador para un costado. El otro aún seguía intentando ahorcarlo, e intentaba pasarse al asiento delantero pero el cuerpo de su compañero se lo impedía. Carlos recordó el arma. Volvió a empujar el cuerpo inerte y palpó el asiento. El único ruido que parecía escuchar era su respiración jadeante. Entonces sintió que el otro hombre se alejaba. Imaginó que él también estaba buscando su arma. Miró hacia atrás mientras no dejaba de tocar el asiento. Vio la silueta de su enemigo haciendo lo mismo. Decidió que no había tiempo, se abalanzó sobre él sabiendo que podía ser su último movimiento. Entonces sintió un puntazo en el costado y un segundo más tarde un ardor feroz. Gimió de dolor pero siguió luchando. Le tomó la mano y forcejearon. El hombre sostenía una navaja ensangrentada. Carlos le pegó un puñetazo en la quijada. La cabeza del tipo rebotó y quedó de costado. Le puso las manos alrededor del cuello y apretó con fuerza. Notó sus manos calientes contra el cuerpo frío de su enemigo. Apretó con fuerza, sin pensar en que estaba matando a un hombre. Apretó y apretó hasta que sintió que el otro hombre era simplemente un saco de carne muerta.

Tomó aire y se llevó las manos al cuello como si tuviera que hacer fuerza para respirar. Inhaló y luego intentó tragar saliva. Se tocó el ojo lastimado y sintió la necesidad de salir del vehículo. Se bajó y se dejó caer a un costado de la carretera. Cuando su cuerpo tocó el césped húmedo, sintió frío. Se abrazó el cuerpo para darse calor y notó que tenía la camisa rota. Miró el

negro profundo del cielo. Giró la cabeza y a pocos metros vio el convento, completamente ajeno a la locura que había vivido momentos antes.

Se preguntó qué debía hacer ahora. Estaba cansado y sentía que los párpados le pesaban. Se tocó el abdomen, aún sangraba. Por un momento se había olvidado de que estaba herido. La sangre manaba y comenzaba a manchar el suelo. Se incorporó y sintió un tirón fuerte que lo hizo cerrar los ojos. Debía ver a un médico, y creyó que con cierta urgencia. Se levantó con mucha lentitud pero no pudo mantenerse de pie. Entonces comenzó a arrastrarse por el suelo. Levantó la vista. El convento parecía estar alejándose. Tenía que llegar. Mientras avanzaba con dificultad, iba dejando un reguero de sangre detrás.

Con un último hilo de fuerza, se acercó a la puerta y se apoyó contra ella, aún sentado. La puerta se abrió. Adentro todo estaba oscuro, tan oscuro como afuera. De repente, observó un destello de luz centelleante que se encendía. Se arrastró hacia dentro del lugar para llegar a la débil luz. A medida que se acercaba, la hermana Mariaam se iba dejando ver. La mujer sostenía una vela que reflejaba su anaranjada luz en su rostro. Carlos sonrió, tranquilo a ver a la mujer allí. Ella no se movió. Una brisa que entró por la puerta debilitó la flama aún más y el rostro de la religiosa se oscureció. Segundos más tarde la llama se quedó quieta y Carlos, ya cerca de la mujer, intentó ponerse de pie. Se llevó la mano al costado y, con mucha dificultad, se puso de pie. Entonces observó el rostro acongojado de la hermana Mariaam. Clavó la vista en su ajada apariencia, observó los párpados arrugados cayendo sobre sus ojos. La boca de la mujer tenía las comisuras hacia abajo, dándole un aspecto fantasmal. Carlos desvió la vista hacia la izquierda y entonces comprendió el porqué del rostro asustado de la mujer. La llama apenas le permitía verla, pero divisó una silueta negra apoyada contra la pared.

Capítulo XXXVI

Estambul, Turquía.

Adam había llegado al Aeropuerto Internacional Atatürk después de un vuelo bastante tranquilo. Se extrañó al ver que Julia no lo había ido a buscar. Siempre había sido muy puntual y las pocas veces que había llegado tarde, le había avisado. Enseguida se preocupó y su temor se incrementó cuando la llamó al móvil y no recibió respuesta. Como había dormido casi todo el viaje, se sentía con mucha energía y con muchas ganas de charlar con ella. Maldecía para sus adentros cada vez que una grabación le informaba que el teléfono móvil estaba apagado.

Se quedó varios minutos observando a la gente que iba y venía para todas partes llevando su equipaje. Cuando se le hizo obvio que ella no iba a aparecer, comenzó a buscar un taxi. Se fijó en el bolsillo para ver si tenía la servilleta en donde ella le había escrito la dirección de Berkant. Revolvió entre varios papeluchos y finalmente la encontró.

Apenas se subió al taxi, el hombre que conducía le sonrió y comenzó a hablar. Habló sin parar de Estambul y lo maravillosa que era la ciudad. Le preguntó si había estado allí anteriormente y él asintió.

—¿Sabía que la guerra de Troya se desarrolló en Turquía? —preguntó el taxista que seguía sonriendo—. Seguro no lo sabía. ¿Y que aquí nació Santa Claus? ¿Y que aquí se construyó la primera iglesia? Quiero decir en Turquía, no en Estambul.

El taxista había girado la cabeza para hablarle, pero Adam estaba pensando en Julia. Apenas si escuchaba lo que el hombre le decía, pero sonrió educadamente y de vez en cuando ponía cara de sorpresa mientras el chofer seguía enumerando curiosidades sobre Turquía. Los bocinazos constantes estaban comenzando a ponerlo algo nervioso.

A Adam le llamó la atención el color de los labios del conductor, parecían morados por el frío a pesar de que afuera la temperatura rondaba los veinte grados. Luego de un rato, el tipo comenzó a contarle que había varias calles cortadas por operativos de la policía y que el viaje se haría largo. Le habló sobre las detenciones y el próximo juicio a la supuesta red Ergenekon y le hizo un recuento bastante extenso de los atentados que había sufrido Turquía

los últimos meses. A Adam le llamó la atención que hubiera utilizado la palabra “supuesta” para referirse a Ergenekon, como si no terminase de creer la historia que los periódicos se estaban animando a destapar. Luego dijo que no entendía cómo el flujo de turistas no había cesado. Al darse cuenta de que sus palabras podían asustar al pasajero, intentó distender el clima volviendo a hablar de las maravillas que se podían ver en Estambul. El hombre tenía razón. Estambul, en ese momento, no era un sitio seguro. Pensó en Julia otra vez. Sacó su móvil del bolsillo y volvió a llamar. Sonrió al escucharla, recién unos segundos después se percató de que la voz de la mujer temblaba. Entonces el teléfono se le resbaló de las manos y cayó sobre el asiento. Lo tomó con desesperación y volvió a apretarlo contra su oído. No escuchó la voz de Julia, sino a varios hombres que gritaban y parecían dar órdenes. Comprendió que ella estaba con la policía y se preguntó qué estaría sucediendo. Quiso decirle que se quedara donde estaba, que la iría a buscar pero sabía que no tendría ningún sentido. Entonces la comunicación se cortó. Adam suspiró y el taxista le preguntó algo pero él no le estaba prestando atención. Miró por la ventanilla las calles angostas y serpenteantes que caracterizaban Estambul. Vio a dos hombres en la vereda gesticulando y moviendo los brazos; parecía que discutían pero él sabía que no era así. Una brusca frenada le despejó la mente. El chofer hizo un gesto con la cabeza y él miró para afuera y se dio cuenta que habían llegado a destino: la casa de Berkant, el amigo del que Julia había hablado tantas veces, en la parte asiática de la ciudad.

Se detuvo frente a la puerta y observó el lugar. Le pareció una casa hermosa, una mezcla de arquitectura moderna y clásica. Se miró las manos y notó que aún sostenía el teléfono móvil. Tocó el timbre y en ese momento sintió un frío que le recorrió la espalda. Berkant abrió la puerta.

Recién entonces el abogado recordó que Julia había convencido a su amigo para que también se hospedara en su casa. Berkant no quería contrariarla pero odiaba ofrecer su casa como si fuera un hotel. No era momento de tener más gente merodeando.

El dueño de casa lo invitó a pasar y le dijo que dejara su equipaje donde quisiera. Adam se sorprendió gratamente por la cordialidad del hombre que apenas abrió la puerta lo hizo sentir como en casa. Sabía que apreciaba mucho a Julia y lo haría sentir cómodo, pero había pensado que dada la situación que estaba viviendo Turquía, el hombre estaría algo consternado. Si ese era el caso, no se le notaba en absoluto. Se dirigieron a la sala y se sentaron. Berkant

sirvió unos tragos. Se pusieron a hablar sobre el vuelo. Él no sabía si debía contarle sobre la extraña llamada de Julia. En ese instante, se escuchó el ruido tintineante de unas llaves y unos pasos que se acercaban por el pasillo. Julia entró caminando lentamente.

Miró a Adam pero no lo saludó, ni le sonrió, ni nada. Simplemente subió las escaleras y se fue a su habitación. Adam pudo notar que tenía un aspecto muy desmejorado. Él miró a Berkant, se excusó con un gesto y se fue corriendo tras su amiga. La encontró sentada en su cama con la mirada perdida.

Apenas vio la figura de Adam entrar, giró la cabeza y lo observó. La mujer tenía el aspecto de haber sobrevivido un ataque nuclear.

—¿Qué pasó con las fotografías? ¿Son reales? —preguntó sin preámbulos.

Adam no respondió. Se sentó a su lado.

—¿Las han analizado? Dime, por favor —suplicó y se llevó las manos a los ojos.

—Sí. —Ella lo miró—. Son reales.

Se llevó las manos a la boca y entrelazó los dedos.

Él se encogió de hombros y se mordió el labio. Luego la abrazó fuerte y notó que ella había comenzado a llorar. La idea de que su padre no hubiera muerto en Plaza Taksim ya era una realidad y se le hizo insoportable. Sintió que cada lágrima que había derramado por él se transformaba en una vertiente de odio. Ella se separó de Adam y se secó las lágrimas.

—¿Qué tengo yo que ver en todo esto? ¿Qué hago aquí? —preguntó ella con voz firme pero sin esperar respuesta.

—No lo sé. Pero te ayudaré a averiguarlo —le dijo él e intentó abrazarla otra vez, pero ella lo detuvo, se puso de pie de un salto y salió de la habitación raudamente.

Adam se sentó en la cama. Negó con la cabeza, desilusionado. Sintió que Julia estaba demasiado preocupada, demasiado enfrascada en toda esa historia. Y se preguntó si ese viaje a Turquía no habría sido un error.

Capítulo XXXVII

Maalula, Siria.

Tardó unos segundos en reconocer a Tina. La luz parpadeante hacía juegos de sombras sobre sus rostros. Ella se mantuvo inmóvil unos segundos hasta que comprendió que él estaba solo. Recién entonces les sonrió.

—Tranquilo —dijo—. Soy yo—. Se acercó a Carlos e inclinó la cabeza—. He llegado tarde. Lo siento. Te han lastimado. Lo siento.

—Estoy bien —repuso él.

—¿Dónde están? —preguntó ella con voz cansina.

Carlos hizo un gesto con la cabeza señalando al exterior. Sopesó la idea de preguntarle cómo sabía sobre esos hombres pero no dijo nada. Ya estaba a salvo. El resto no importaba.

Tina se tocó la frente y se rascó la cabeza. Los miró por unos segundos sin hablar, como si ellos pudieran leer sus pensamientos en el silencio.

—Es mejor que me lleve la momia de aquí —dijo luego—. Mejor para todos. Ahora sabrán que la tengo yo y ya no irán por ustedes. No quiero causarles más daño. No a ustedes. —Los miró y, por primera vez en su vida, sintió que era ella quien debía cargar con las consecuencias de sus actos. Lamentó haber arrastrado a dos personas inocentes en su locura. Su plan tendría que funcionar sin ellos. Ella estaba moviéndose dentro de un círculo y era mejor si su plan no salía de allí. Todos los que estaban dentro de ese círculo sabían a qué se enfrentaban. Berkant, Gloria, Atabärk, todos. Pero no Mariaam ni Carlos. Esos seres que le habían ayudado a volver a ver la luz después de tantos años de horror. Esos que no le habían preguntado nada y solo la habían cuidado y consolado. Y entonces estaban haciendo lo mismo. Sin pedir nada a cambio, estaban ayudándola a pesar de todas sus creencias personales. A pesar del peligro.

Tina sacudió la cabeza y Carlos creyó ver lágrimas en sus ojos.

—Tina —susurró él y ya no pudo hablar.

—Esperen a que me vaya. Luego hay que llevar a Carlos al médico. —Miró su herida—. Estarás bien —lo consoló mientras lo miraba como si quisiera grabar dentro de su mente todos los detalles de su rostro—. Debo seguir sola. Debo dejarlos fuera. Todo lo que han hecho por mí, sepan que hizo

una diferencia. Que jamás olvidaré su ayuda y jamás me olvidaré de ustedes. Y si alguien me hizo creer que había bondad en el mundo, esos han sido ustedes.

El rostro de la hermana pareció renacer cuando miró fijo los ojos claros de Tina bajo la tenue luz. Tragó saliva con dificultad y le acarició el rostro.

—Nunca es tarde para volver a empezar —dijo la religiosa y dentro de ella creyó que aún había algo dentro del corazón de Tina que podía ser salvado.

Se equivocaba.

Carlos lloraba, su pecho se hundía y se elevaba con cada respiración forzada por el llanto.

—Es la última vez que nos vemos —les dijo mirando primero al hombre y luego a la mujer. Ahora vivan su vida como si yo no hubiese existido. Y algún día, si todo lo que me dijiste Mariaam es cierto, entonces nos volveremos a encontrar —dijo y sonrió.

Luego se puso de pie y se dirigió hasta un rincón oscuro. Allí había una especie de carro de metal con ruedas. A unos metros, yacía el cajón con la momia. Con algo de dificultad subió el cajón al carro y se fue. Antes de salir, se colocó una capucha.

La noche tenía una oscuridad tan espesa que era muy difícil ver lo que había unos metros delante. Una ráfaga de viento le acarició los ojos. El único ruido en la noche era el chirrido del carrito que Tina empujaba. A unos metros, distinguió la camioneta de Carlos y se acercó. Tropezó con un cuerpo cuando intentó subir al vehículo. El hombre que yacía en el piso gimió. Tina soltó el carro, se agachó y sacó un arma que tenía en la cintura. El hombre volvió a gemir. Tina lo tomó del cabello, lo miró y luego lo soltó. Su cabeza golpeó contra el césped casi sin hacer ruido. La mujer se puso de pie y pasó por encima de él. Apoyó su mano sobre la manija del vehículo y antes de entrar se dio vuelta y le disparó en la cabeza. Sin esperar, abrió la puerta y vio otro hombre que estaba recuperando la lucidez. Él no tuvo tiempo de levantar la cabeza para ver cuando Tina le disparaba. Lo tomó del pelo y lo sacó de la camioneta. El cuerpo inerte del hombre cayó sobre el de su compañero. A lo lejos, ella escuchó el ruido de un automóvil que se acercaba. Se apuró a subir el cajón a la camioneta y cerró la puerta con rapidez. Se sentó al volante y arrancó. Miró por última vez al convento que le había salvado la vida. Apenas pudo distinguirlo en la oscuridad. La imagen de Carlos y Mariaam asustados allí adentro le vino a la mente. Sintió una punzada en el pecho, era lo que

siempre sentía cuando la invadía una tristeza profunda, era una de las pocas cosas que recordaba de su niñez. Luego subió la ventanilla del vehículo y sintonizó una radio mientras se perdía en la oscuridad de la noche.

Mientras se alejaba, marcó un número en su móvil. Nadie la atendió, así que se arriesgó a dejar un mensaje.

—Estoy lista. El plan sigue intacto —dijo y cortó de inmediato. Miró hacia la carretera por el espejo retrovisor y luego miró al cajón de madera que llevaba en el asiento de atrás. Apretó el acelerador mientras bajaba la ventanilla para que el viento le diera en los ojos y le impidiera quedarse dormida.

—Ya falta poco. Ya pronto todo estará en su lugar —se dijo a sí misma mientras volvía a mirar el cajón por el espejo.

Capítulo XXXVIII

1 de octubre de 2008.
Estambul, Turquía.

Gloria caminaba de un lado al otro. El ruido de sus tacos resonaba en la sala donde todos estaban sentados e inmóviles. Las ventanas del lugar estaban completamente abiertas y el sol de la tarde se metía allí dentro con furia.

—Alguien avisó. Por algún lado se filtró la información y no nos iremos de aquí hasta que lo sepamos. —Gloria hablaba en inglés. Había dos intérpretes, uno que traducía al árabe y el otro al turco, aunque la mayoría de los concurrentes entendían inglés.

—De todas formas el operativo ha sido un éxito. Los estamos desarticulando —el General Atabärk apoyó los codos sobre la mesa.

Gloria lo miró fijo.

—Sabemos que están preparando algo fuerte, algo más importante que todo lo que vimos hasta ahora —agitó las manos en el aire y de repente se detuvo—, pero seguimos sin encontrar a los cabecillas. Sin poder saber exactamente qué es lo que planean.

—Ayer detuvimos a diez personas, no es poco. Es un golpe duro para ellos —intervino Mustafá Kamil, el hombre a cargo de la investigación.

—No es suficiente —la voz ronca de Gloria resonó en todo el salón—. La información salió de aquí —miró a todos los allí presentes— y no voy a parar hasta descubrir quién fue. Alguien aquí tiene vínculos con Ergenekon —miró a uno por uno como si pudiese observar los nervios en los ojos del traidor. Sin embargo, no logró ver el más mínimo atisbo de nervios en sus interlocutores.

Atabärk suspiró, se mordió el labio inferior y apoyó su espalda en la silla. Luego desvió la vista a la ventana y, mientras tamborileaba los dedos contra su rodilla, comenzó a pensar en cómo deshacerse de Gloria.

El General se levantó de la silla con su móvil en la mano y se excusó por un segundo. Se dirigió a una pequeña sala a la que se llegaba por un pasillo estrecho y sin ventanas. Una vez allí marcó un número.

—La novia de Berkant debe marcharse —dijo y colgó. Se guardó el teléfono en el bolsillo y volvió caminando con las manos en los bolsillos y

silbando una canción hasta la sala donde ahora todos discutían a los gritos.

Cuarenta minutos más tarde, Gloria dio por terminada la reunión y se retiró del lugar apresurada. Necesitaba estar sola. No sabía dónde ir. Sabía que si volvía a casa de Berkant no tendría ni un segundo de paz. Decidió que iría a beber un té y pensar. Seguía sin poder sacarse de la cabeza la imagen de la pequeña secuestrada en Roma tantos años atrás.

Tomó un taxi hasta el *Istanbul Bar* situado en el último piso del Hotel Gran Turquía. Adoraba la vista de la ciudad desde allí, y a pesar de que seguramente estaría lleno de gente, no tendría nadie a quien contestarle preguntas. Se imaginó disfrutando una taza de té negro y observando desde arriba el increíble paisaje y, por un segundo, su mente tuvo paz.

No se dio cuenta, pero apenas se subió al taxi, un hombre de cerca de treinta años comenzó a seguirla en un automóvil negro. El hombre era alto y delgado. Vestía una camisa negra y un pantalón caqui. En el asiento del acompañante estaba su teléfono móvil. Atabärk le había dado una orden: deshacerse de esa mujer. Se preguntó a dónde se dirigía e imaginó el momento en el cual acabaría con su vida. Siempre hacía eso, se imaginaba el preciso instante en el que su víctima se desplomaba sobre el suelo y daba su última y agónica bocanada de aire. El muchacho ya había perdido la cuenta de la cantidad de gente que había asesinado, para él era un trabajo, algo tan normal como ser camarero en un bar.

Se mantuvo detrás del taxi por las zigzagueantes calles de Estambul y maldijo cuando vio que el coche se detenía frente al Hotel Gran Turquía. El lugar estaba atestado de gente y si la seguía iba a tener muy pocas probabilidades de escapar sin dejar testigos. Se rascó la cabeza y en su mente comenzaron a proyectarse distintos escenarios del crimen. Se vio acercándose a ella y disparándole en varios lugares. Pensó que la opción de hacerlo allí, en el hotel, era la peor de todas. Miró el reloj en su muñeca y comprobó que faltaba poco para las cinco de la tarde. A esa hora comenzarían a sonar las sirenas indicando que había llegado la hora del Rezo de Asr. El hombre sabía que en Turquía la gente no corría a rezar como en otros países islámicos y por lo tanto, las calles y el hotel seguirían bastante poblados. Se rascó la cabeza. Tenía que tomar una decisión pronto. Sopesó la idea de llamar a Atabärk para preguntarle qué hacer, pero decidió esperar. En algún momento la mujer tendría que salir del hotel y esa sería la oportunidad para actuar.

Se relajó y se fue a disfrutar de un refresco desde donde tenía una visión perfecta de la puerta del hotel. Gloria ya estaba en el bar frente a un té de

hierbas. Miró su reflejo en uno de los vidrios del lugar y observó que tenía el cabello algo despeinado. Se lo acomodó y suspiró. Al darse cuenta de que tenía la espalda encorvada se enderezó y se enojó con ella misma por un instante. Siempre le había parecido que sentarse con la espalda curva irradiaba una sensación de inseguridad. Un lujo que ella no podía permitirse. Desde que había perdido a su hija embarazada y a su nieto en aquel nefasto atentado, se había prometido no claudicar hasta encontrar a los responsables. No ser débil jamás. No rendirse. Se lo había prometido a su marido en su lecho de muerte. Ella, que lo había perdido todo, no podía darse ese lujo. La debilidad no la llevaría a ningún lado, mucho menos siendo mujer.

Respiró hondo y miró la taza de té que tenía frente a ella. Levantó la vista y observó la bella ciudad a sus pies. Deseó tener alguien con quien compartir ese momento. Deseó tener a su hija consigo para poder charlar como solían hacerlo. Sintió un vacío inmenso dentro de ella. Hacía mucho tiempo que no se permitía pensar en su hija, cada vez que los laberintos de su mente la llevaban hacia allí, cerraba una puerta imaginaria y se ponía a hacer algo que la distrajera. Pero ahora no quería hacerlo. Sentía la necesidad de permitirse llorar por la vida que pudo tener y no tuvo. Pero no iba a hacerlo. Quería gritar que atraparía a aquellos que la habían dejado sin nada en este mundo. Entonces se preguntó qué pasaría una vez que lograra su cometido. Mientras se llevaba la taza de té a la boca supo que entonces su vida ya no tendría sentido. No sintió tristeza, tampoco alegría. Pensó en Berkant y las discusiones estúpidas que tenía con su hijo. Deseó tener a Ángela con ella un instante, solo unos minutos, verla, abrazarla, sentirla. Una lágrima rodó por su rostro y ella la limpió inmediatamente. Dejó la taza de té. La inevitabilidad de saberse sola para siempre la estaba destruyendo. Había tardado diez años en sentirlo, pero había llegado.

Miró por la ventana y observó el Gran Bazar. La gente entraba y salía sin cesar. Gloria bebió otro sorbo de té y de repente se quedó petrificada con la taza a centímetros de la boca entreabierta. Se puso de pie mientras no dejaba de observar una camioneta blanca que se detenía allí cerca. El corazón estuvo a punto de explotarle. Tiró un billete de veinte dólares sobre la mesa y se fue corriendo. Cuando llegó a la recepción le pidió a un empleado que llamara a la policía y varias ambulancias. Siguió corriendo, el ruido de sus tacos contra el suelo brillante era lo único que escuchaba. Estaba agitada pero no dejó de correr ni un segundo. Cuando llegó al Gran Bazar, ya estaba sucediendo. Cuatro hombres armados estaban disparando contra la multitud. La gente

luchaba por irse del lugar y Gloria luchaba por llegar. No sabía qué iba a hacer, cómo iba a detenerlos. Se desesperó. Vio cómo una niña caía al suelo y escuchó el grito desgarrador de la madre. Se detuvo de golpe. Los ojos se le inyectaron en sangre. La mujer se tomaba la cabeza y no paraba de gritar. Cada uno de los alaridos de la señora se clavaba en el corazón de Gloria como dagas envenenadas. Diez años atrás, esos habían sido sus gritos.

Empujó a un hombre que estaba huyendo y sintió una ráfaga de disparos peligrosamente cerca de ella. Se agachó y notó que se le había roto el taco del zapato. Se deshizo del calzado y caminó agachada hasta una pared baja para protegerse. Los hombres habían cesado los disparos por unos segundos. Gloria asomó la cabeza para ver qué estaba sucediendo y se escondió otra vez. Un disparo certero fue directamente hacia ella. Sentía los latidos de su corazón como si lo tuviese en la mano. A lo lejos comenzó a escuchar las sirenas de la policía y las ambulancias.

A pocos metros de ella, el asesino enviado por Atabärk volvía a apuntar su arma al lugar donde había visto a Gloria esconderse. Maldijo para sus adentros el no haberse dado cuenta a tiempo de que la mujer salía corriendo del hotel. Pero aquel ataque le daría la perfecta excusa a su muerte. El hombre estaba tan concentrado en su objetivo que no escuchó el ulular de las sirenas hasta que estuvieron demasiado cerca. Tenía menos de un minuto para actuar pero ella seguía sin dejarse ver. No podía acercarse, los disparos no cesaban. Entonces gritó su nombre, no se le ocurrió otra cosa para tener un buen blanco.

Gloria estaba tan obnubilada por los disparos que no escuchó ese grito. Juntó las manos y, en cuclillas, le pidió a su hija que no la dejara morir allí para poder encontrar a Tina.

El hombre esperó unos segundos y guardó su arma. Había perdido la oportunidad. Se tiró al suelo y se protegió la cabeza como estaba haciendo el resto de la gente que no había podido escapar.

Varios policías se apearon de sus patrullas y comenzaron a dispararles a los atacantes. Al menos cinco uniformados cayeron al suelo heridos, pero al cabo de unos minutos, los cuatro hombres estaban muertos.

Cuando un agente de la policía intentó ayudar a Gloria, ella estaba en estado de *shock*. El oficial le habló e intentó levantarla. Ella temblaba y le costaba moverse. Finalmente, cuando pudo hacerlo y salir de su escondite, observó el cuerpo de la pequeña niña que había visto morir un rato antes. A su lado, su madre yacía sin vida en un charco de sangre, abrazando a la niña. Suspiró aliviada. Al menos, la vida había sido justa con alguien.

Capítulo XXXIX

Julia había estado intentando evitar a Berkant todo el día. Le había dicho que iba a hablar a solas con Adam porque tenían algunos temas de trabajo que resolver. Por supuesto que Berkant no le había creído y había notado de inmediato las palabras dubitativas de la mujer. Sabía, sin embargo, que no debía presionarla. También sabía que no había forma de que ella y su amigo fueran a hablar de trabajo. No terminaba de comprender el porqué de la repentina distancia de la mujer. Se preguntó si Enrique le habría dicho algo. Luego desestimó esa idea. A pesar de todas las diferencias que tenían padre e hijo, jamás hablaba mal de él con otras personas. Ni siquiera con Julia.

Pasó toda la tarde en su habitación, consultando algunos libros y haciendo unas llamadas a colegas. No quiso ir al bufete. Lo último que necesitaba era soportar a sus socios. De vez en cuando encendía el televisor y escuchaba las noticias sobre el último golpe de la policía turca a la red Ergenekon. Observó cómo la policía se llevaba varias caras conocidas. La mayoría de ellos eran jóvenes que recién habían ingresado a las filas de la organización, y varios de ellos eran hijos de influyentes miembros de la sociedad turca. Por supuesto que habían ingresado a las filas alentados por sus padres y eso era algo que Berkant no compartía. No todos estaban en condiciones de llevar a cabo el cambio que ellos estaban buscando. Berkant pensó en la frase que tanto le gustaba y sonrió: *Todo por el pueblo, a pesar del pueblo.*

De repente pensó en Gloria, aquella mujer tan obsesionada con los terroristas, especialmente con Tina. Y últimamente con Ergenekon. Él jamás pensaba en sí mismo como un terrorista. Desde su juventud, desde que había sido reclutado para participar de Operación Gladio, Berkant odiaba a los terroristas. Si bien había estado infiltrado en la década de los sesenta y setenta en algunos grupos europeos de izquierda, él creía que no tenía nada que ver con ellos. *¿Cómo simular ser un terrorista si no actúas como ellos?*, se justificaba con frecuencia ante sí mismo. Ahora ya era viejo para esas cosas, no podía estar trabajando activamente en Ergenekon. Él era uno de los cerebros. Por fin se acercaba el momento en que Turquía recuperaría su esplendor. Lo que estaba haciendo era por su país. Si Gloria o cualquier europeo creían que él era un terrorista, estaban muy equivocados. Él estaba

peleando una guerra. Era un patriota. Turquía no se convertiría en una teocracia.

Por un momento pensó en su amigo Pedro. Lo extrañaba; después de tantos años, todavía sentía que le hacía falta. El hecho de que Julia estuviera allí con él lo ponía feliz, pero también nervioso. No quería reconocer que Atabärk tenía razón, alguien estaba orquestando la situación desde las sombras. Y él era el que estaba acostumbrado a manejar los hilos desde las sombras. Se sentía vulnerable pensando que había algún titiritero manipulando sus movimientos. No podía ser casualidad que Julia estuviera allí preguntando por Gladio. Que Tina reapareciera después de tanto tiempo. Un calor le recorrió el cuerpo al pensar que la situación se le estaba yendo de las manos. Se preguntó si Gloria estaría en medio de aquella trama, si ella sabría que él pertenecía a la red, pero descartó esa posibilidad enseguida. Si lo hubiese sabido, le habría saltado a la yugular hacía tiempo. No terminaba de entender por qué alguien querría que Julia descubriera la verdad sobre su padre. Y él iba a luchar hasta el último aliento para que eso no sucediera. Se rascó la cabeza e inmediatamente le vino a la cabeza la imagen de Gloria.

Recordaba la primera vez que la había visto. Desde el grupo le habían indicado que era una de las jefas del Centro de Seguridad Europeo. Se había acercado a ella para averiguar qué sabía sobre las más altas esferas de la organización pero a Atabärk le había parecido buena idea que la tuviera cerca siempre, de esa forma les sería más fácil averiguar los movimientos de la agencia que tenía como objetivo destruirlos.

No se había enamorado de ella, si bien le parecía atractiva e inteligente. Pensaba que había algo que no terminaba de comprender, algo que la hacía oscura. Algo que a pesar de los años, todavía desconocía. A Berkant le llamaba la atención que jamás hubiera derramado una lágrima las pocas veces que había hablado sobre la muerte de su hija y su nieto, a pesar de que estaba decidida a dar con los responsables de esas muertes como si en eso se fuera su vida. Más de una vez se había preguntado si esa obsesión era producto del amor o del orgullo. O quizás, él la juzgaba débil como a todas las mujeres. Las mujeres lloraban y Gloria no. Y eso hacía saltar una alarma en su interior.

De repente, sacudió la cabeza al recordar las palabras de Atabärk, cuando dijo que alguien se había atribuido un atentado en Estados Unidos en nombre de los Lobos Grises. Negó con la cabeza. Estaba seguro de que Tina tenía algo que ver con aquello. Aunque no lograba entender para qué. ¿Por qué habría de querer que Julia viajara a Turquía en busca de Pedro? ¿Por qué

querría atentar contra Kayar en nombre de la organización? Sabía que quizás fuera una especie de venganza, pero ella era muy inteligente, hubiera podido permanecer oculta de haberlo querido. Pero no había querido. Y eso lo preocupaba. La situación era complicada. Después de todo, tampoco a ella le convenía tener a los turcos y los europeos buscándola. Sin quererlo, se puso a pensar en el momento en que había conocido a Tina.

Ella era hija de un influyente matrimonio de la alta sociedad italiana. Cuando tenía trece años los Lobos Grises la secuestraron. La habían tenido mucho tiempo en un casona vieja en Diyarbakır. Ella no se enteró hasta muchos años después de que su familia había hecho un esfuerzo monstruoso para recuperarla. Pero nada funcionó. Unos años más tarde, Tina era un Lobo Gris y comenzó a participar de los resabios de Operación Gladio. A Berkant no le caía particularmente bien, pero conseguía y armaba explosivos con una facilidad increíble. Y lo que era más importante, parecía muchas cosas, menos lo que realmente era. La gente tendía a confiar en ella y esa era una cualidad que les fue de mucha utilidad.

Berkant nunca se había sentido mal por haberle ocultado a Gloria la verdad. Después de todo, el amor por el país estaba antes que todo. Antes que su familia, incluso antes que él mismo. Se justificaba pensando que si el gobierno de Italia hubiese colaborado, Tina habría vuelto con su familia. Gloria debería culpar a quienes no habían querido realizar el intercambio con Ali Ağca, aquel miembro de la organización que atentó contra Juan Pablo II.

Resopló ante el nítido recuerdo y se dijo que debía volver a pensar en la circunstancia que lo rodeaba en ese momento. La situación que estaba viviendo Ergenekon lo estaba sobrepasando y él no toleraba no tener las cosas bajo control. Simplemente no podía tolerarlo. Se llevó las manos a la cabeza y se frotó la sien con fuerza. De repente pensó que Tina había puesto en movimiento una cadena de acontecimientos para llevar a Julia a Turquía. Y lo había conseguido. Tina estaba en ventaja, especialmente porque él no sabía qué era lo que la mujer buscaba. Quizás fuera destruir a Gloria, pero ¿qué pieza del rompecabezas representaba Julia en esa hipótesis? También podría querer confesarle la verdad sobre Pedro Ciardi, pero no entendía por qué. Por un instante Berkant sintió pena por ella. Se dijo a sí mismo que haría muy mal en desafiarlo. Tina había desaparecido hacía varios años de Turquía y de Ergenekon. Nadie sabía dónde estaba y Berkant hasta llegó a pensar que había muerto en algún rincón del mundo y había sido enterrada como una N.N. luego de escapar de Diyarbakır, en donde había caído presa durante una misión.

Mientras estuvo en prisión, no había revelado nada sobre la organización y seguramente había esperado en vano que alguno de sus camaradas de armas moviera los hilos para sacarla de allí. Pero nada de eso ocurrió y ella logró, misteriosamente, escapar. Era como si se la hubiese tragado la tierra. Sin embargo, ahora había reaparecido y Berkant sabía que los estaba manipulando como ellos la habían manipulado muchos años antes. Se le puso la piel de gallina. Él ya se había enfrentado con su hermano cuando este había intentado dejar la organización y todo había terminado mal. Tina no terminaría mejor si buscaba poner en peligro su plan. De eso no albergaba la más mínima duda.

Se recostó por unos minutos y se tapó los ojos con el antebrazo. Sabía que no estaba haciendo las cosas bien. Se preguntó qué pasaría si llegaba a ser descubierto. Le dolió el pecho de solo pensarlo. De ninguna manera iba a permitirlo. No iba a ir preso y ser juzgado por un gobierno que ni siquiera consideraba legítimo. Pasó un buen rato con su mente divagando entre Julia, Tina y Gloria. Se preguntó dónde estaría Nursel y por un segundo se recriminó no estar pendiente de ella. Estaba seguro de que no iba a hablar y si lo hacía, nadie le iba a creer. Excepto Salma.

Se preguntó si habrían ido al Gran Bazar como les había sugerido. Y si ya estarían muertas.

* * *

Un golpe en la puerta lo sobresaltó. Gloria entró sin esperar que le contestaran. Berkant se sorprendió. La miró y se movió incómodo en la cama, como si tuviera que guardar sus pensamientos para evitar que ella pudiera verlos. La miró, observó su rostro, observó los ojos de esa mujer que conocía facetas suyas como nadie, pero también lo desconocía por completo. Pensó que no tenía ganas de escuchar los problemas de Gloria, pero sabía que era parte de su trabajo. Después de tres años juntos, él la había llegado a apreciar y lamentaba que tarde o temprano todo tuviera que terminar. Ella podría haber sido una gran amiga si Berkant no se hubiese visto forzado a convertirse en un gran simulador. Pensaba que no eran tan diferentes, aunque cada uno luchase para el bando contrario.

Ella se sentó a su lado en la cama y se desabrochó la blusa negra, miró hacia abajo. Él le pasó el brazo por el cuello y comenzó a hacerle masajes. La mujer hizo un movimiento con la espalda para que él no continuara.

—¿Problemas? —preguntó él. Recién entonces la miró y comprendió que estaba despeinada y con el maquillaje corrido. Se alarmó.

—Lo único que hay son problemas, sí —respondió ella sin mirarlo.

—¿Qué te ha sucedido? —Ella lo frenó con un gesto.

—¿No viste las noticias? No quiero hablar.

Se levantó de la cama y se fue al baño. A Berkant le resultó extraña su actitud. Notó que tardaba más de lo habitual. Mientras él oía el ruido del agua que caía contra el lavabo, buscó su bolso con la vista y notó que no lo llevaba consigo. El revisar el bolso de su compañera era una costumbre que jamás le había revelado nada nuevo, pero no podía dejar de hacerlo. Sentía algo de placer cuando sabía que ella estaba cerca y él estaba haciendo algo que no debía. Ella jamás lo había notado; o si lo había hecho, jamás le había llamado la atención.

Gloria abrió la puerta y se quedó de pie mirando a Berkant.

—¿Esta noche es la cena con tu hijo y su esposa?

Él asintió con la cabeza.

—Voy a prepararme —dijo ella.

—Aún es temprano.

—Voy a prepararme —repitió ella y volvió a meterse en el baño.

El hombre decidió que no iba a luchar contra su mal humor, ya bastante tenía con el suyo propio. Bajó las escaleras y encendió el móvil, que había tenido apagado todo el día. Chequeó el buzón de voz, había varios mensajes del bufete. Su asistente personal le informaba que Atabärk lo había llamado cinco veces. También había llamados de sus clientes regulares. Berkant se rascó la cabeza, se indignó al pensar que Atabärk seguía llamándolo a su trabajo cuando tenía un teléfono móvil exclusivo en el cual lo podía ubicar las veinticuatro horas del día. Parecía estar empeñado en que los descubrieran.

“Llamó una mujer que no quiso dejar su nombre. Dijo que simplemente le informara que ella había llamado —la voz de la mujer temblaba, ya imaginaba los gritos de su jefe—, dijo que era una vieja amiga, que usted entendería. Y colgó. No tuve tiempo de...”. La comunicación se había cortado.

Ya en la sala, Berkant se sentó y comenzó a mirar por la ventana que daba al jardín. Estaba pálido y sentía un sudor frío correr por su frente. Se levantó y caminó hasta la puerta ventana. Cuando tocó el pomo le corrió una descarga por el cuerpo. Salió al jardín. El sol se estaba escondiendo y el cielo iba perdiendo su azul espectral. Se acercó al jazmín que cuidaba con tanto esfuerzo y lo tocó. Los pétalos estaban secos, como si la flor estuviera a punto de marchitarse. Observó que las hojas también estaban amarillas. Se lamentó no haber tenido tiempo para cuidar su planta favorita con todos los

inconvenientes de las últimas semanas. *Pronto todo terminará, pronto todo estará bien*, pensó. Pero ni él estaba seguro. Miró a su alrededor. El jardín tenía un verdor irreverente. Se preguntó cómo había hecho para complicar tanto su vida, se preguntó qué sentiría la gente que podía encontrarle el encanto a una simple tarde de sol. Un pájaro se posó en una rama de un árbol y a Berkant le pareció que lo miraba fijo. Cuando el pájaro voló, sintió el aletear como un hacha entre los ojos. Otra vez había comenzado su maldita migraña. Mientras el dolor empezaba a expandirse hacia su nuca, pensó en Tina. *¿Por qué lo había llamado? ¿Podría, por fin, averiguar qué buscaba?*, se preguntó mientras sentía que los dedos se le endurecían.

Cerró los ojos un instante, el rostro de Tina se le presentó tan vívido como si la tuviera enfrente. Su sonrisa, sus ojos, su voz. Increíblemente lo que más recordaba era su voz. No le costó para nada imaginarla llamándolo, diciendo las exactas palabras que le había dicho a su asistente, colgando el teléfono con sus modos educados y su mirada de hielo. No, lo único que le faltaba era tener que preocuparse también por las amenazas de Tina.

Un carraspeo lo sacó de su sueño diurno. Gloria lo estaba mirando, quién sabe hacía cuánto tiempo. Tenía una toalla en la cabeza, ni una gota de maquillaje y una bata de raso rojo. Él se dio vuelta y la vio, observándolo fijamente. Le pareció el diablo con ese tono carmesí en la bata que contrastaba con su mirada negra y potente. Pensó que si tenía que cerrar los ojos e imaginar a su pareja, siempre la vería vestida de negro o de rojo. Jamás la había visto con algún color suave. Definitivamente, un rostro como el de Gloria solo podía combinarse con colores estridentes y fuertes.

—¿Sesión de jardinería? —preguntó y se acercó a él sonriendo. Su sonrisa también era dura, como si aún sonriendo fuese evidente que estaba enojada.

—Algo así —la miró de arriba abajo.

—Supongo que hoy no has salido de tu casa ni encendido el televisor, ¿no? —preguntó ella.

Gloria se estaba disculpando, algo que no sucedía muy a menudo. Berkant se inquietó. La gente a su alrededor estaba cambiando su patrón de conducta y eso le produjo una sensación de zozobra. Se pasó la mano por su cabello plateado y le sonrió.

—Hoy quise desconectarme del mundo.

—Hubo un ataque en el Gran Bazar —explicó y posó los ojos sobre el jazmín.

Otra vez un puntazo en la nuca. Ahora sentía el rostro tenso y las pupilas dilatadas. Tardó en responder y notó que Gloria lo miraba extrañada.

—¿Qué? —preguntó él finalmente.

Sabía que ya era tarde, que ella había notado su reacción tardía y dentro de su cabeza se estaría preguntando por qué. Gloria se alejó un paso y él inmediatamente dio un paso hacia ella. Le puso las manos en los hombros y la sacudió.

—¿Qué? ¿Qué dices? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué no estás tú trabajando en eso? —le preguntó simulando desesperación. Miró hacia abajo sin soltarla. Le clavaba los dedos con fuerza—. ¿Los han atrapado?

—Están muertos. Los cuatro atacantes y mucha gente más —respondió ella y se soltó dando un paso atrás—. Yo estaba allí Berkant. Lo vi todo, me salvé de milagro. Por eso estoy aquí. En la oficina querían que descansara, que vea a un médico.

—Por favor, Gloria... ¿Qué hacías allí?

—Fui a tomar un té... ¿A qué hora tenemos que encontrarnos con tu hijo? —preguntó ella que no quería seguir hablando del tema.

—A las ocho. Creo que iremos a un restaurante vegetariano. Enrique y esa costumbre antinatural de no comer carne...

Ella le acarició la mano, le dio un beso en la mejilla y se fue.

—Te amo —dijo él antes de que ella entrara a la casa.

Ella se dio vuelta con los ojos bien abiertos y una sonrisa de duda. Él jamás le decía que la amaba, pensaba que era porque no le quería mentir, al menos no en eso. Quería sentir que así ella no podría reclamarle nada en el futuro, pero entonces se lo dijo, sintió que todos estaban actuando diferente y, como un niño, se sintió tentado a jugar ese juego.

Gloria le tiró un beso y sin decir nada, entró. Él notó que ella hizo un gesto de negación con la cabeza casi imperceptible y se sorprendió. No tuvo tiempo de elucubrar una respuesta ya que vio que Gloria saludaba a alguien con la mano y luego percibió la brillante cabellera de Julia. La miró a lo lejos, actuando normal, completamente libre sin saber que estaba siendo observada. Pudo distinguir su sonrisa e imaginó su gesto mostrando sus dientes perfectos. Él sonrió y su corazón comenzó a latir con más fuerza. No quería hacerle daño. Fuera lo que fuera lo que estaba ocurriendo, debía protegerla.

Resonó en su interior su voz de niña preguntándole qué era lo que había sucedido con su padre. Ese día le había hecho tantas preguntas, preguntas inteligentes. Su voz trémula no lo había dejado descansar por varios días.

Estaba angustiada y él no sabía qué hacer para aliviarle el dolor. Una niñita sufriendo por su padre era algo terrible, y él no lo había olvidado nunca. Lo había atado a ella un amor inmenso. Hasta ahora, momento en que alguien parecía enfrentarlos y él no lograba, o no quería, entender la razón.

La observó tomar asiento en el sillón y reír animadamente con Adam. Se preguntó si se habría enamorado de él y automáticamente pensó en su hijo. Lamentó que no hubiera funcionado su relación y entonces en su mente se presentó la imagen de Salma. Berkant sacudió la cabeza con disgusto. De solo imaginarla ya lograba arruinarle el día.

Comenzó a caminar hacia la sala donde estaban sentados sus invitados. Cuando Julia distinguió su figura entrando se puso tensa. Se acomodó en el sillón, se cruzó de piernas y miró hacia abajo.

Adam se acercó a él y le extendió la mano.

—¿Terminaron con su reunión de trabajo? —preguntó.

Ambos asintieron.

—Genial, a las ocho nos encontraremos con Enrique y su mujer.

Adam se disculpó y dijo que iría a darse una ducha. Cuando se quedaron solos, Berkant se sirvió un vaso de whisky y le ofreció uno a Julia. Ella aceptó.

—Tengo que preguntarte algo —dijo Julia que se había puesto de pie y sostenía el vaso mientras hacía girar el hielo adentro.

Él la miró y arqueó las cejas.

—Adelante.

—Júrame que mi padre está muerto —Julia lo miró a los ojos.

Berkant apretó el vaso con fuerza, sus uñas se pusieron blancas. Tomó un sorbo y tragó con dificultad.

—Eso no es una pregunta —le dijo bajando la voz.

Ella no dijo nada, siguió escudriñando su rostro intentando dilucidar qué había detrás de sus evasivas. Sabía que él le estaba mintiendo, aunque estaba equivocada en sobre qué.

Julia estaba dudando de alguien que había sido como un padre para ella. Le sonrió y tomó toda la bebida de un trago. Le entregó el vaso y le dijo que ella también necesitaba darse una ducha.

—Julia... Tu padre está muerto. Las fotos son falsas. Alguien te está haciendo creer algo que no existe. Tu padre murió en Plaza Taksim en 1977. Esa es la verdad.

Ella movió la cabeza y se acercó a las escaleras. Apenas había

comenzado a subir, se escuchó el timbre. Berkant se acomodó la camisa y caminó con rapidez hasta la puerta mientras iba encendiendo las luces del pasillo, odiaba tener la casa sin luces artificiales aunque hubiera sol. No utilizó la mirilla, abrió sin pensar y allí, parado en el portal de su casa, estaba Atabärk. El rostro de Berkant se transformó por completo al verlo. El General tenía una sonrisa dibujada en el rostro. Su semblante parecía más tétrico que de costumbre, como si cada día que pasara le descubriera una nueva imperfección.

Atabärk estiró la mano y sin esperar a ser invitado, entró. Berkant tenía los músculos de las piernas tensos. Una vena de su sien comenzaba a hincharse y su habitual tez blanca se había puesto completamente roja. De repente, sintió que una gota de sangre corría por su nariz. *Este maldito me hizo subir la presión*, pensó. Se tocó la nariz y se miró las yemas de los dedos manchadas de sangre. Buscó en el bolsillo un pañuelo mientras se daba vuelta con la otra mano extendida para echar de su casa al militar. Entonces vio que el hombre ya estaba caminando por el pasillo y Gloria estaba allí, de pie, observando la escena. Berkant nunca se había sentido tan nervioso en su vida. Ella notó que su pulso temblaba al sostenerse el pañuelo contra la nariz. Vio sus ojos inyectados en sangre. Se detuvo, no tenía ni idea qué iba a decir, cómo iba a hacer para zafarse de esa situación tan extraña.

Entonces, observó cómo Atabärk extendía la mano para saludar a Gloria y ella se acercaba a él con rostro preocupado. El General le había dicho que iba a pasar unos días fuera de la ciudad y, si estaba allí ahora, no podía ser por algo bueno. Berkant caminó a paso rápido hacia ellos.

—Berkant, este es el General Atabärk —dijo la mujer—, estamos trabajando juntos en el tema de Ergenekon. Me disculpo por sus modales al entrar a una casa extraña sin presentarse. —Miró al militar sin disimular su enojo—. ¿Qué sucedió? —preguntó ella—. Debe ser algo grave para que haya dejado su descanso General—dijo con sorna.

El hombre asintió con la cabeza.

—Estaba en mi residencia de Polonezköy cuando recibí un llamado. Por suerte son pocos kilómetros —sonrió de forma galante y a Gloria se le revolvió el estómago. Carraspeó—. Quería ser yo quien se lo dijera... —Se refregó las manos—. Hemos descubierto la filtración que tanto le preocupaba.

Gloria abrió los ojos y enderezó la espalda.

—Esto es de trabajo, discúlpanos un momento —le dijo a Berkant.

Él no se movió de su lugar, aún sentía que sus piernas no le respondían.

Gloria volvió a mirarlo, esta vez con dureza, con los ojos entrecerrados. Berkant se dio vuelta, aún con el pañuelo en la nariz, y se fue caminando hasta la sala principal, donde cerró la puerta. A cada paso sentía una aguja filosa clavándose en sus talones. Se sentó e intentó lograr que su respiración se normalizara. Apoyó la espalda en el sillón y cerró los ojos. Tocó el terciopelo y notó que transpiraba. Abrió los ojos y miró hacia la puerta. Luego se quitó el pañuelo y vio que estaba completamente manchado de rojo. Se tocó la nariz y notó que la sangre había disminuido. Dejó caer los párpados y suspiró.

Gloria y Atabärk habían caminado hacia la puerta, ella se apoyó en la pared y se cruzó de brazos.

—Creo que tenemos al traidor.

—Vamos, diga de una vez qué sabe. —A Gloria no le gustaban los preámbulos, quería las noticias directamente, no necesitaba preparación para escuchar nada en esta vida.

—Lucas, su asistente.

—Por favor, no diga tonterías —Gloria se alejó de la pared y se acercó a la puerta. Estaba molesta, podía notarse en su mirada. Atabärk dudó por un momento si iría a pegarle una bofetada—. Eso es completamente ridículo. Lucas no es capaz, no lo haría nunca. Tampoco sabía que íbamos a hacer una redada.

—Pues parece que sí lo sabía y también que era capaz. Es una pena que no podamos preguntárselo porque ha desaparecido.

Gloria se acercó a él. Atabärk estaba esperando esa bofetada. Se preguntó por qué ella todavía estaba viva. No entendía qué podía haber fallado.

La mujer expulsaba odio por los ojos. En otras circunstancias, él la hubiese golpeado primero, pero no podía. Sabía que si ella solicitaba que lo quitaran de la investigación, las cosas se complicarían aún más. Últimamente, el gobierno turco hacía cualquier cosa con tal de complacer a un europeo. Para su sorpresa, la bofetada nunca llegó; aunque la mirada de la mujer revelaba que sentía ganas de ahorcarlo ahí mismo por difamar a su protegido.

—Si ha desaparecido es porque algo malo le ha ocurrido —gritó.

El hombre no sabía si seguir hablando, no quería enojarla más de lo que ya estaba.

—Pues parece que en la oficina en Ámsterdam piensan otra cosa, lo han notado raro los últimos días y ahora no aparece por ningún lado. Están seguros de que fue él.

—Inútiles ellos e inútiles ustedes por repetir estupideces sin verificarlas —seguía hablando en voz alta. Le abrió la puerta para que se fuera y señaló hacia la calle.

—También quería saber si se encontraba bien, supe que presencié el tiroteo del Gran Bazar —dijo él intentando calmarla. Ella miró para otro lado y él notó que su furia no había disminuido—. Debería venir a Polonezköy conmigo. Es un pueblo encantador —propuso él. Sabía que no iba a aceptar, pero tenía que intentar sacarla de allí. Debía sufrir un *accidente*—. Rodeado de valles y montañas verdes. Tengo un avión. Podríamos...

Ella lo miró. No comprendía cómo podía estar hablándole de irse a descansar cuando no lograban detener los atentados. Le pareció que era típico de gente como él alardear sobre sus propiedades cuando nadie se lo había preguntado. Negó con la cabeza y le señaló la puerta.

Él salió sin decir nada. Sentía la sangre hirviendo por tener que soportar el maltrato de esa mujer. Caminó hasta su automóvil y luego miró hacia la casa, ella estaba dando un portazo en ese momento.

Gloria sacó su móvil del bolsillo de su chaqueta y marcó el número de Lucas. No respondía. Dejó un mensaje advirtiéndole que por su bien se comunicara pronto con ella. Luego llamó a su teléfono fijo, pero tampoco recibió respuesta. Dejó exactamente el mismo mensaje. Sopesó la idea de llamar a la madre de Lucas, pero no quería alterarla. Esa sería su última opción.

A varios kilómetros de distancia, Lucas esperaba en un hotel de mala muerte que la persona que lo había contactado una semana antes volviera a llamarlo. Estaba sentado en la cama de una habitación oscura. Su cabello rojizo estaba grasoso y apagado. Tenía la cara cincelada por el miedo, parecía un cachorro que había sido arrancado de su madre. Miró al teléfono fijo que había sobre la mesa de luz y tembló. Se recostó y puso las manos entrelazadas sobre su estómago. Cerró los ojos y esperó. Y sintió el terror dentro de él con una intensidad como no había sentido nunca antes.

Sabía que estaba haciendo todo aquello por Gloria. Cuando Tina se había comunicado con él por primera vez, le habían temblado las piernas. Él sabía por qué ella la buscaba, aunque Gloria nunca se lo hubiera dicho directamente. Era un secreto a voces en la oficina. Aquel día que lo llamó, que escuchó su voz, que le dijo que era ella, Lucas no supo qué hacer. Estaba muy cerca de Gloria, a pocos metros de ella. La había mirado, trabajando con ahínco en el caso; ella no había levantado la vista por un buen rato. Lucas entonces hizo

todo lo que Tina le dijo. Absolutamente todo. Por empezar no le dijo nada a su jefa. Pensó que si se lo decía a Gloria le daría un colapso nervioso y perderían la posibilidad de atraparla. Después de la llamada, él había investigado sobre ella. Sabía que era peligrosa, pero por primera vez en su vida sentía que estaba haciendo algo útil. Pensó que tenía que proceder con cuidado. Ella le dio una dirección y le dijo que fuera allí solo. En aquel sitio le daría información valiosa para el Centro. Y también le dijo que quería entregarse pero no quería que Gloria le pusiera una mano encima. Imaginó la mirada de Gloria cuando supiera que la había encontrado. Imaginó su eterno agradecimiento. Y tuvo miedo al comprender que iba a traicionar a una de las personas más buscadas de Europa.

Suspiró y notó que sus brazos estaban tensos. Palpó en su bolsillo despacio. Tenía un arma, algo bien pequeño que había conseguido de contrabando. Sabía que era una locura, pero era la única forma que se le ocurría para detenerla. Cerró los ojos y esperó que Tina se volviera a comunicar y le dijera qué debía hacer.

A pocos metros de él, en otra habitación, Tina pensaba si valía la pena perdonarle la vida a Lucas.

Capítulo XL

El restaurante *Nature & Peace* era un lugar simple y de ambiente relajado, nada de lo cual le gustaba a Berkant. Enrique, Salma y Nursel llegaron unos minutos más temprano de lo acordado y se sentaron a la mesa. La pareja sonreía, intentando disimular su mal humor delante de Nursel. Salma se había arrepentido de haber aceptado cenar con su suegro cuando sabía que solo le iba a causar molestias. Aunque la peor parte se la llevaría Nursel. No sabía de dónde sacaba fuerzas para encontrarse con su cuñado después de lo que había dicho Yazr.

Salma llevaba puesto un vestido celeste al cuerpo y tenía el cabello tapado por un *türban*. Sus ojos estaban pintados de oscuro, lo que resaltaba mucho más su intensa mirada. El hombre recién se percató de lo bella que estaba su mujer una vez que la tuvo sentada frente a él en el restaurante. Miró sus brazos y sus manos. Notó que tenía varios anillos con brillantes. Se preguntó por qué nunca se los habría visto. Nursel, a su lado, apenas se había molestado en peinar su grisácea cabellera. Enrique recordó cómo era su tía antes de la muerte de Celal y pensó que era bastante parecida a Salma. La recordaba con los ojos pintados y el cabello negro reluciente. Viéndolas una al lado de la otra, pensó que podían ser la misma mujer, antes y después de una tragedia.

Enrique tomó la mano de su mujer y la apretó. En ese momento Nursel vio a Berkant y Julia entrando al lugar. La joven tenía el cabello color avellana cayéndole en los hombros. Llevaba puesta una chaqueta que se quitó apenas entró. Su blusa negra combinaba perfectamente con sus ojos oscuros. La falda por arriba de las rodillas dejaba al descubierto sus piernas y unos zapatos de taco completaban en perfecta armonía su vestimenta.

Adam entró unos minutos más tarde y se unió al grupo antes de que se sentaran a la mesa. Berkant explicó que Gloria había estado presente en el ataque al Gran Bazar y había preferido quedarse a descansar. El camarero se acercó con el menú e interrumpió su relato justo cuando Salma empezaba a preguntar los detalles del hecho. La cena transcurrió con cierta cordialidad por media hora, a pesar de ciertos comentarios mal intencionados de Berkant por estar comiendo vegetales.

—¿Por qué no estás en Gaza? —preguntó Berkant.

—Sabes que pospuse el viaje —contestó ella mirándolo fijo, como si en realidad le quisiera decir otra cosa y fuera consciente de que aquella tampoco era la pregunta que él quería hacer.

—Bueno, quizás sea mejor. Las cosas no están fáciles allí —repuso Julia mientras cortaba un trozo de los *creppes* que había ordenado.

—Sí, aunque tampoco aquí lo están, ¿no es cierto? —Salma miró a Berkant.

Julia levantó la vista, la miró con sorpresa.

—La situación del país es un desastre y este gobierno que no hace nada. Turquía es un caos —se quejó Berkant.

Salma se ofuscó con el comentario, aunque intentó disimularlo. Miró por el rabillo del ojo a Nursel que estaba comiendo y no despegabla la vista del plato.

—El gobierno hace lo que puede —intervino Enrique y Adam asintió con la cabeza mientras masticaba.

—No, no. El gobierno tiene que proteger a sus ciudadanos. —Los ojos color acero de Berkant estaban ahora sobre su nuera—. Y velar por los intereses del Estado. Estado laico la última vez que me fijé. Algo de lo que este gobierno parece olvidarse. —Tragó saliva—. Y por cierto, lindo detalle el de tu cabeza —dijo y señaló el *türban* de Salma—. Atatürk abolió la ley religiosa en 1924 y la reemplazó por un código civil basado en el suizo. Prohibió el velo en el 25 —enumeró sin quitarle la vista en encima—. En 1934 concedió el derecho a las mujeres para votar y ser votadas. Occidente daría cualquier cosa para que algún gobernante haga un tercio de estas reformas en algún país de Medio Oriente en el siglo veintiuno. Él lo hizo hace ochenta años. ¿Y tú crees que no desafías al padre de los turcos con tus hábitos? Estás equivocada. Turquía es un estado secular y tú humillas a este país cuando no respetas su esencia.

—No es momento ni lugar para esta conversación —dijo Enrique con voz firme.

—Sí, es momento —contestó su esposa con una sonrisa sarcástica en el rostro—. Porque según tu padre es una ofensa que alguien se cubra la cabeza —pestañeó—. Una ofensa grave. *Tan grave como matar a alguien*.

—Es una ofensa contra Turquía, sí. No tengo dudas.

—¿Una ofensa contra Turquía? —preguntó de repente Nursel sin levantar la vista—. Por *ofender* a Turquía mataron a tu hermano y enviaron a Fabri Yazr a prisión. —Dubitativa, levantó la cabeza y posó la mirada primero en

Berkant y luego en Enrique—. Aunque yo creo que no fue por eso. Creo que a Celal lo mataron porque iba a hablar y eso no tiene nada que ver con Turquía.

—Por favor —Berkant golpeó el puño contra la mesa—. No quiero volver a escuchar teorías conspirativas Nursel. No hoy —le dijo casi gritando, sabiendo que ella era fácil de intimidar, pero la mujer no bajó la vista, como si ya no tuviese nada que perder.

—Berkant, basta —dijo Julia—. Discúlpalo Nursel. Está alterado.

—Discúlpame Nursel. Julia tiene razón, estoy alterado —dijo Berkant—. Y tú —señaló a Salma— deberías quitarte eso de la cabeza para no alterarme más. Sabes que aquí una mujer con velo no puede ir a la universidad, ¿no es cierto? Seguro lo sabes. No sé por qué te empeñas en usarlo.

—Esa ley está a punto de caer. No creo que eso te haga muy feliz, ¿no es cierto? —respondió con sorna su nuera y bajó la cabeza.

—¿No has leído los periódicos? ¿No te lo ha contado tu esposo? Miles de manifestantes salieron esta mañana a la calle para protestar por el levantamiento de esa prohibición. “Turquía es laica y lo seguirá siendo”, gritaban.

—Turquía laica a cualquier precio —ella lo miró a los ojos.

—Basta —dijo Enrique—. Esta conversación es ridícula. Basta.

Adam miraba a todos, sorprendido por lo fácil que había sido alterar la paz ficticia de la mesa. Cada uno parecía estar dispuesto a abalanzarse sobre otro comensal, solo hacía falta una razón.

—Hablar con la verdad nunca es ridículo —dijo y miró a su marido—. Y tu padre tiene razón. Yo estoy usando el velo porque uno tiene derecho a creer en lo que quiera. Y la última vez que me fijé, este país tenía mayoría musulmana.

—Es cierto —acotó Adam—. Y es uno de los motivos por los que aún no forman parte de la Comunidad Europea. Y si aprueban el uso del velo estarán un paso más lejos. Occidente lo va a considerar un giro a un gobierno islámico.

—Eso es una estupidez —dijo Salma y Julia asintió con la cabeza—. Es como si a un cristiano le prohibiesen el uso de la cruz.

—La Comunidad Europea es una organización laica y necesitan saber que Turquía se podrá adaptar a sus normas. Normas que aplican a todos los miembros —dijo Adam y tomó un sorbo de agua.

Julia entornó los ojos y miró a Salma y Adam. Tenía un brillo especial en la mirada, él no pudo distinguir si estaba ofuscada por el rumbo que había

tomado la conversación o estaba emocionada.

—¿Por qué te fuiste de Palestina? —preguntó Julia que de repente.

Salma levantó la vista y enfocó sus ojos negros en Julia.

—Porque mataron mi hermana —la voz de Salma tembló, como si le costara pronunciar esas palabras porque eso era matar a su hermana otra vez.

Julia miró a Berkant con despecho. Lamentó haber hecho la pregunta y lamentó que él no le hubiese dicho qué era lo que había sucedido. Todos hicieron silencio y miraron a sus platos.

—Lo siento —dijo Julia compungida.

—No te preocupes, he hecho las paces con mi historia personal y con la historia de mi país.

—La mataron los islamistas, los mismos que ahora están en el gobierno de Turquía y ella defiende —dijo Berkant.

—Por favor... —Salma movió la cabeza de un lado al otro—. Ganaron las elecciones, hay que respetar eso.

—Santa Salma —refunfuño Berkant.

—¿Santa Salma?! A veces a mí también me dan ganas de hacer cosas que no debo... Pero la vida ajena me importa. Por algo elegí la profesión de medicina. ¿Tú puedes decir lo mismo Berkant?

—Tengo los boletos —dijo Berkant cambiando completamente de tema. El resto de los comensales lo miró, nadie sabía de qué estaba hablando—. Creo que debemos irnos a Capadocia unos días. Disfrutar un poco de tu visita, Julia.

Julia y Adam se miraron, Salma aún tenía los ojos enrojecidos y lo miraba con odio.

—Gracias, pero por ahora no iré a ningún lado. Tengo cosas que hacer aquí —respondió Julia.

—Vamos, podemos ir Enrique, Adam, tú y yo. Veremos las ciudades subterráneas, las Chimeneas de las Hadas...

—No puedo —intervino Enrique—. En una semana empieza la primera parte del juicio a Ergenekon.

—¿Tú lo cubrirás? —preguntó Berkant.

—Es probable, sí. Y tengo que entrevistar a Fabri Yazr. Y a otra fuente muy importante. No. No puedo ir.

Berkant miró hacia abajo y tomó un trago de raki. Al levantar la vista notó que Nursel, Salma y Julia intercambiaban miradas.

—¿Qué sucede? ¿Por qué se miran así? —preguntó Enrique.

—Fabri Yazr no hablará contigo, no hablará con nadie. Se ha ido —dijo Salma.

—¿Cómo lo sabes? —Enrique la miró con incredulidad.

—Salma está diciendo la verdad —acotó Nursel—. Se ha ido.

—¿Y ustedes cómo lo saben? —preguntó y golpeó un puño contra la mesa que volcó un vaso de agua.

—Porque estuvimos con él —respondió Nursel.

—¿*Estuvimos?*

—Salma me acompañó. Yo quería verlo —explicó Nursel con voz pausada—. Yo tenía que verlo, aunque eso te moleste Enrique.

—¿Fuiste a verlo y no me lo contaste? —le preguntó a Salma—. ¿Y ahora ha desaparecido? Sabías lo importante que era para mí entrevistarle, hablar con él. Saber que... —De repente calló. No hacía falta que terminara de hablar. Todos sabían que quería saber la verdad sobre la muerte de Celal. También sabía que Nursel tenía más derecho a esa verdad que él.

—No te preocupes. Yo hablé con él y puedo decirte todo lo que necesites saber —dijo su tía.

—Lamentablemente no me sirve de nada lo que puedas decirme —respondió él y bajó la vista.

—Claro —dijo ella y sollozó—. Porque estoy loca.

Julia negó con la cabeza y le tomó la mano a Nursel, que lo agradeció con un gesto.

Berkant estaba tieso y observaba a todos a medida que hablaban. Enrique se levantó y arrojó la servilleta sobre la mesa. Salma hizo lo mismo y comenzó a caminar detrás de él. Berkant vio que ella lo tomaba del brazo y le hablaba al oído. Él negó con la cabeza y dio un paso atrás. Ella volvió a acercarse y sacó algo de la cartera. Berkant no pudo distinguir qué era. Él lo tomó y salió del lugar. Salma se quedó quieta, observando cómo su esposo se iba, dejándola sola. Cuando se dio vuelta, Julia estaba a un metro de ella.

—No tolero a ese hombre. Y Enrique no quiere escuchar. Tenemos que detenerlo —dijo y se alejó unos pasos—. Es peligroso. —Miró por sobre el hombro de Julia y vio que Berkant, Nursel y Adam se acercaban sin hablar. Sentían las miradas del resto de los comensales clavándose en ellas.

Las tres mujeres salieron primero del restaurante y los hombres las siguieron.

—Tenemos que detenerlo —repitió Salma y Julia asintió.

Berkant interrumpió la charla de mal modo, le dio a Julia la chaqueta que

había dejado en la mesa y la tomó del brazo. Salma buscó un taxi y se subió sin saludar. Nursel saludó con la mano mientras el taxi arrancaba a toda velocidad y los ojos de Salma buscaban la mirada de Julia.

Berkant se quejó del mal momento vivido durante unos minutos pero ni Julia ni Adam estaban de humor para seguir la conversación. Apenas se subieron al automóvil el repiqueteo del teléfono de Julia comenzó a escucharse. La mujer atendió y solo hacía ruidos a modo de afirmación.

—Hubo dos atentados simultáneos. Uno en Ankara, el otro en Konya —informó después de cortar la comunicación y dejó el teléfono sobre su falda. Se tapó los ojos e hizo un gesto de dolor con la boca apretando los dientes—. Malditos. Hay más de cien muertos... —Miró por la ventanilla.

Adam hizo un chasquido con la boca y se llevó la mano al pecho. En ese momento sintió la mano de Julia sobre su pierna. Ella estaba en el asiento delantero pero se había dado vuelta para mirarlo. Él le puso la mano en el hombro. La mujer miró por el espejo a Berkant que no se había inmutado por la noticia. Seguía conduciendo como si no hubiese escuchado nada. Estaba segura de que él seguía pensando en Salma.

—¿Quién te avisó? —preguntó de golpe Berkant como si recién se percatara de lo extraño de la situación.

—Gloria —respondió ella y lo miró. Notó cómo su rostro se estaba transformando. Sus ojos se entornaron, su voz se hizo más fuerte, y hasta cambió la posición de su cuerpo.

—¿Te llamó a ti? ¿Por qué no a mí? —preguntó ofuscado y Julia se encogió de hombros. No tenía ni idea. Miró las manos del hombre y vio que estaba clavando las uñas en el volante. No tuvo dudas de que estaba completamente alterado. Más alterado que durante la cena. Pero Berkant, en ese momento, estaba intentando focalizarse en lo que había salido bien. Sabía que era poco, pero al menos Fabri había desaparecido. Ahora solo era cuestión de neutralizar a Salma. Si el periodista había hablado con ella, probablemente ya sabría la verdad. Y era cuestión de tiempo hasta que hablara. Por suerte, Enrique estaba enojado por la desaparición de Fabri y, conociendo a su hijo, esa noche no iba a escuchar nada de lo que su mujer tuviera para decir. El gobierno de Turquía no resistiría mucho tiempo más el nivel de violencia que se estaba viviendo y pronto caería. Pero aún restaban unas semanas para el golpe final que terminaría con todo y Berkant no quería abrir otro frente de batalla. Ya bastante tenía en contener a Gloria, evitar que Atabärk se comunicara con él a cada momento, averiguar qué buscaba Tina y

mantener a Nursel y Salma a raya. No iba a permitir que nada pusiera en peligro su plan. El plan de Ergenekon. El plan que liberaría a Turquía de los islamistas. Esbozó una media sonrisa. Todo iba a salir bien.

* * *

—Maldita sea, Lucas. ¿Dónde te has metido? ¿Sabes en qué clase de problema te encuentras? Creen que eres un traidor. Quiero que... —Gloria estaba sentada en la sala rodeada de papeles y con su ordenador portátil encendido. Sostenía el teléfono con fuerza. Entonces dejó de hablar. En el silencio de la noche, retumbó una voz interrumpiéndola.

Gloria contuvo la respiración. Por primera vez, estaba escuchando la voz de Tina. Imaginó su rostro inexpresivo, le costó imaginarse que esa mujer era aquella niña secuestrada por los Lobos Grises. Ella sintió una mezcla de ansiedad y felicidad. Se le puso la piel de gallina y cerró los ojos.

—Si lo tocas, si le pones un dedo encima, te juro que va a ser lo último que hagas.

Tina rio.

—Obviamente no estás en posición de amenazarme. Quiero verte. Sola. En Ankara. Él va a estar bien, siempre y cuando te tomes un avión esta misma noche. Cuando llegues te diré qué hacer. —Carraspeó—. No tengo que recordarte que vayas sola, ¿no?

Gloria cortó la comunicación, cerró su ordenador y se fue de la casa sin siquiera cerrar la puerta con llave.

Capítulo XLI

1 de octubre de 2008.
Washington D.C., EE.UU.

Diana estaba sentada en su cama, no había dormido bien en varios días. Estados Unidos no podía negar su implicación en Operación Gladio y ella no podía apartar de su mente ese pensamiento. Pensó en su jefe y en qué participación habría tenido. Volvía a repasar toda la información que tenía sobre la muerte de Kayar. Estaba segura de que él sabía más de lo que decía. Miró hacia arriba, el aparato de aire acondicionado hacía un ruido extraño y se distrajo por un instante. Se acostó y cerró los ojos. Mientras intentaba obligarse a descansar, pensó en Ergenekon. Sin duda, allí estaba la clave. *Un mensaje que va a cambiar el mundo*, repitió para sus adentros. Cada vez tenía menos dudas de que se trataba de un atentado. La cuestión era dónde y cuándo. Las noticias sobre el robo de 5 kilos de explosivo T4 que habían recibido unas horas antes y la ricina tenían que estar relacionadas. Aunque aquello hubiese sucedido en Europa. Se le puso la piel de gallina al imaginar que la tragedia podía ser en una ciudad de Estados Unidos. El chirrido del aire acondicionado le parecía cada vez más fuerte y con los ojos cerrados, comenzó a buscar el control remoto para apagarlo. Se preguntó cómo estaría Julia. Por un segundo le vino a la mente su rostro angustiado del día en que la había conocido. ¿Tendría su padre algo que ver en todo eso? Negó con la cabeza. La posibilidad de dormir esa noche se estaba esfumando como en las noches anteriores. Entonces se levantó de la cama de golpe y fue a buscar su ordenador.

Abrió el buscador *Google* y escribió la palabra “Ergenekon”. Leyó algunas pocas noticias que estaban en inglés sobre el grupo. La mayoría de los periódicos turcos no tenían edición en inglés, salvo uno: *Gerçek*. Había una banderita de Gran Bretaña en la parte superior de algunos artículos. Eran pocos, algunos viejos, pero los que hablaban sobre Ergenekon la tenían. Diana sonrió y movió los pies como si estuviera zapateando. Lo primero que le llamó la atención sobre este grupo fue que no era la típica organización a la que estaban acostumbrados a tratar en Estados Unidos en los últimos tiempos. Ellos no eran anti americanos; ellos querían golpear al gobierno y quedarse

con el poder. De hecho, hasta le pareció que estaban luchando contra el mismo enemigo. En Occidente tampoco veían con buenos ojos la llegada de gobiernos islamistas a Medio Oriente. Diana se preguntó si no se encontraba frente al comienzo de otro problema para la política exterior de Estados Unidos. Era terrorismo doméstico y no tenían razón para inmiscuirse, pero sabía que la realidad podía no coincidir con la teoría, como ya había ocurrido tantas veces. Después de todo, de eso se trataba Operación Gladio. También estaba el hecho de que hubieran matado a un Premio Nobel en su país y ellos no podían dejar las cosas así. Alguien tenía que pagar. Ali iba a pagar, sin duda. Se preguntó si Estados Unidos se animaría a hurgar en las más altas esferas del poder turco, uno de sus más fieles aliados en Medio Oriente. A Diana le dolió la cabeza de solo pensar en eso. Claramente sabía que la respuesta era negativa.

Volvió a concentrarse en la lectura de otro artículo y notó la cantidad de gente importante que presuntamente tenía relación con la organización. Le pareció más bien un club elitista que un grupo de asesinos. Sin embargo, los atentados estaban golpeando Turquía con una fuerza inusitada y en Europa estaban seguros de que se trataba de ellos. Diana apoyó las manos sobre el escritorio e intentó leer todo el artículo. Por primera vez en días, sintió que los párpados le pesaban. Pero no podía dejar que el sueño la venciera en ese momento. Cuando hubo terminado de leer la noticia, se fijó en el nombre del periodista que la firmaba: Enrique Göksen. Reconoció enseguida el apellido del hombre, Berkant Göksen era el amigo que estaba hospedando a Julia. Se preguntó si ese apellido sería común en Turquía o los dos hombres tendrían relación familiar. Tomó un papel y anotó el nombre y el correo electrónico del periodista. Dobló la hoja y la puso debajo de su ordenador.

Miró la hora en la pantalla. Las once y media. Matt estaría despierto seguramente, pero no quería molestarlo. Pensó que quizás estuviera en algún bar tomando cerveza. Sonrió. Cuando se estaba levantando de la silla, escuchó el sonido de su móvil. Hizo un gesto de fastidio, pensó que era su madre llamándola para preguntarle por qué hacía tanto tiempo que no se comunicaba con ella. Se detuvo, no quería hablar de eso. Cuando miró la pantalla vio que era su compañero.

—No vas a creerlo, pero Ali quiere hablar —le gritó antes de que ella pudiera decir una palabra.

—¿En serio? —dijo y abrió los ojos con sorpresa.

—En serio. Vamos ya mismo. Antes de que se arrepienta.

—Querrá hacer un trato. Nosotros no estamos en condiciones de...

—Claro que quiere hacer un trato. Salir por contarnos lo que sabe — respondió él, agitado. Diana pensó que estaba corriendo por algún lado.

—Entonces estamos perdiendo el tiempo. No va a salir porque mató a un hombre y todos lo vieron hacerlo —dijo ella, desilusionada.

—Bueno, bueno. Vamos a ver qué podemos hacer por él. Podemos decirle que nos cuente la verdad y que haremos todo lo posible para lograr un trato para que salga libre.

—No voy a mentirle —respondió ella y se mordió el labio inferior.

Matt hizo un silencio y luego habló.

—Hasta ayer estabas dispuesta a torturarlo para sacarle información y hoy no quieres mentirle... —Se rio. Escuchó un suspiro del otro lado de la línea.

—Nos vemos allí en media hora —dijo y tiró el teléfono sobre la cama. Buscó algo de ropa y se cambió de inmediato.

Veinte minutos después ya estaba en el lugar de detención de Ali.

—Tenemos autorización para ofrecerle una reducción en la pena —dijo Matt y se tocó la cabeza—. Vamos. —Comenzó a caminar y tomó a su compañera del brazo.

—¿Quién lo autorizó? —preguntó ella con desconfianza y se detuvo.

—¿Qué sucede? Vamos.

—¿Sabes lo que pasará cuando la prensa se entere? Un desastre.

—Sería peor que se enteraran que lo torturamos —respondió él mientras le apretaba el brazo.

—La verdad, no creo. La gente quiere ver a los malos sufrir, no gozar, ni siquiera si es para salvar gente —respondió Diana. Matt sabía que tenía razón, pero la palabra de Ali era lo único que tenían en ese momento para evitar un posible atentado.

—Nos preocuparemos de eso en su debido momento.

Cuando llegaron a la pequeña sala donde los esperaba Ali, vieron que estaba con un abogado. El letrado era muy joven, los detectives supusieron que recién recibido. Tenía un traje barato y era evidente que estaba nervioso. No dejaba de acomodarse el pelo y los anteojos. El jovencito se presentó y se sentó al lado de su cliente.

—Escuchamos —dijo Matt cruzándose de brazos y estirando las piernas.

El abogado lo miró. Diana notó su camisa blanca completamente sudada.

—Quiero salir —dijo Ali con voz fría. Ella pensó que el muchacho era un témpano. Muy diferente del asustado prisionero que habían visto los días

anteriores.

—Habla —espetó Matt—. Ya hablaremos de un trato. Si tienes algo importante que decir.

—Nombres —dijo Ali—. Tengo nombres importantes.

—Ya dije que te escucho.

—Berkant Göksen y Cihan Atabärk.

—Eso no me dice nada —resopló Matt. Diana se puso tensa al escuchar esas palabras.

—Las cabezas de Ergenekon. Ellos... entre otros, claro.

Diana enderezó la espalda y ladeó la cabeza. Matt la miró. El gesto de la mujer se endureció.

—Queremos saber sobre el atentado —dijo él.

—Y también sobre estos hombres. Vamos. Habla —acotó Diana.

Ali se movió nervioso en su silla. Miró a su abogado y él le hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza.

—No estoy seguro... —titubeó—. Creo que... —Volvió a mirar al abogado y él volvió a asentir con la cabeza, esta vez con menos disimulo—. El plan es matar al presidente de Turquía y su esposa. —Los detectives se miraron de reojo y enseguida volvieron a enfocar la mirada en Ali—. Y planean un atentado con armas químicas... —tosió—. Ricina creo. —Titubeó otra vez—. Cuando esa mujer me contactó me dijo que estaría haciendo un trabajo para Ergenekon.

—¿Dónde? ¿Dónde será el atentado?

—No lo sé, pero escuché que el presidente y su esposa tienen planeadas unas vacaciones aquí, en Estados Unidos —dijo Ali y su voz tembló.

Matt y Diana se levantaron tan rápido que tiraron las sillas al suelo.

—Ah, y también sé de dónde sacaron la ricina —dijo, pero los agentes ya se habían ido—. El americano —gritó—. El americano.

Capítulo XLII

Diana volvió sobre sus pasos y se asomó a la sala.

—¿El americano? —preguntó con los ojos abiertos de par en par.

Ali asintió y era evidente que le costaba respirar.

—¿Quién es? —preguntó mientras se acercaba a los hombres y se quedó de pie, perforándolo con la mirada y esperando una respuesta.

—No sé quién es.

—¿Lo viste? ¿Cómo es?

—No, no, no. Solo hablé con él por teléfono. Tenía acento americano.

—Pudo haberlo fingido... —replicó la mujer levantando el tono de voz.

—¿Qué haría un americano en medio de una operación de Ergenekon?
¿Me lo puedes explicar?

Ali negó con la cabeza y miró hacia abajo.

—¿Algún dato útil y verdadero para darnos? ¿Eh? ¿Algo?

Él miró a su abogado y Diana pensó que el letrado estaba más nervioso que Ali. La miró y se aflojó la corbata del traje, luego se sacó los lentes y se pasó la mano por el rostro. Cuando se volvió a colocar los lentes, miró a Ali.

—No —respondió el muchacho—. Eso es todo lo que recuerdo —dijo y la miró. Desde la silla donde estaba sentado, le pareció que la mujer era gigante y le tuvo miedo.

Diana se fue corriendo del lugar. Entró a la oficina de Joe Blaine. El hombre estaba sentado en su escritorio y Matt estaba a pocos metros explicándole lo que había dicho Ali. Blaine estaba pálido, tenía la espalda encorvada y la camisa celeste abierta. Sus labios estaban resecaos y los párpados estaban caídos, como si estuviera a punto de quedarse dormido.

—¿Qué fue eso del americano? Me dijo Matt que...

—Nada. Nada útil. Quien sea que haya hablado con él tenía, o fingía —
Diana remarcó esa palabra— acento americano.

Blaine respiró hondo y se tocó la frente.

—¿Ricina? —preguntó por fin—. Estamos ante un problema gravísimo.

—¿Es posible? —Diana sonaba incrédula—. Hasta ahora no ha habido ataques químicos, si fuera tan fácil...

—No ha habido aquí. En la guerra Irán-Irak, en el metro de Tokio... —
enumeró Blaine—. La ricina es una de las toxinas vegetales más potentes.

Estados Unidos comenzó a investigar esta sustancia durante la Primera Guerra Mundial. Y durante la Segunda Guerra estudiaron la ricina en bombas de racimo. Pero luego de la guerra se perdió el interés y se pusieron a investigar sobre gas sarín. El problema está en lo relativamente fácil que es obtenerla. Si la comparamos con otros agentes químicos no es un gran peligro... pero de todos modos... Tenemos que averiguar qué es exactamente lo que planean hacer —dijo y cerró los ojos.

—De verdad no puedo creer que sea tan sencillo hacer un ataque químico —intervino Diana.

Joe Blaine abrió los ojos y la miró. Se puso de pie. Se acercó a ella y la mujer pensó que parecía más bajo que de costumbre. La miró y agregó—: Mejor que no sepas todos los países que tienen armas químicas, bacteriológicas y hasta nucleares. Si lo supieras no volverías a dormir tranquila en tu vida. Hace no mucho se capturó en Gran Bretaña a miembros de Al Qaeda que estaban procesando ricina. Ellos llegaron a tiempo. —Se alejó unos pasos y apoyó las manos sobre el escritorio. Se inclinó sobre el mueble—. Las ex repúblicas soviéticas son un problema. Ellos tienen todo un arsenal a disposición del mejor postor —suspiró—, además hay muchísima cantidad de armas perdidas. A veces creo que el mundo aún existe porque hay menos gente mala de la que pensamos.

Diana arqueó las cejas y negó con la cabeza. Matt no dijo nada. Estaba quieto y sus ojos claros estaban apagados.

—La ricina es fácil de producir, sí —intervino Matt—, pero es poco eficaz en comparación con el ántrax o la toxina botulínica. Eso quiere decir que no pueden producir algo más letal, lo cual en cierta medida es tranquilizador.

—Sí, así sería si hubiera antídoto para el envenenamiento por ricina. Pero no lo hay —respondió Blaine—. Hace unos años llegó un sobre a la Casa Blanca que contenía ricina, el incidente se hizo público poco tiempo después. Era una dosis baja y no presentó riesgo sanitario. La dosis letal de la ricina es de 500 microgramos si es inhalada... Sería una catástrofe.

—No comprendo. ¿Es tan tóxica o no lo es? —preguntó Diana.

—Lo es, aunque no comparada con otro tipo de armas biológicas. Las esporas del ántrax pueden permanecer letales por años, la ricina va perdiendo poder rápidamente. Lo más probable es que si un paciente no muere al tercer día, se recupere. Pero aunque se salvara la mayoría, sería un caos psicológico si algo así sucediera. Un desastre —concluyó Blaine.

—Sabes bastante de ricina —Diana intentó hacer un chiste.

—Cuando algo así llega a la Casa Blanca, todos nos volvemos expertos. El FBI y la CIA trabajaron juntos. Y no olvides mi pasado en la CIA, sé más cosas de las que quisiera.

—Claro —coincidió Matt y miró a su compañera.

—Lo mejor será ponerse a trabajar ya. Hablen con las agencias europeas y también con los turcos. Sé que Gloria Kiabazar está al mando del operativo conjunto. Es una de las mejores. Pónganla al tanto de todo.

—Pero la ricina ya debe estar aquí —dijo Diana.

—Sí, pero si es Ergenekon, ellos pueden ayudarnos a descubrir cómo actuarían. Nosotros estamos a ciegas con estos tipos —intervino Matt.

—Un momento —dijo Joe Blaine y levantó la mano—. En 1978, Georgi Markov, un escritor búlgaro disidente, fue asesinado.

Ambos lo miraron sin entender.

—Supuestamente por la policía secreta. Le dispararon en Londres, con un paraguas modificado —explicó y miró a los agentes que seguían sin comprender a qué venía aquella historia—. Ese paraguas disparó un perdigón contaminado con ricina. En esa época nadie creía que los búlgaros pudieran desarrollar ricina y todo apuntó a la KGB. Por supuesto que nuestros amigos soviéticos lo negaron, pero eso ya es otra historia... —movió la mano y luego puso los brazos en jarra.

—Lo siento, pero no te sigo —dijo Diana.

—Joe cree que Ergenekon hará lo mismo con el presidente de Turquía. La ricina es para matarlo a él. ¿Quién sospecharía de un hombre con un paraguas?

Joe asintió y Diana se llevó la mano a la boca.

—¿Entonces crees que no la utilizarán para atacar contra civiles? —preguntó Diana.

—No lo sé —se golpeó la frente—, es que no veo cómo lo harían. De la única manera que la ricina sería letal en ese tipo de ataques es si fuera esparcida en el aire.

—¿Y no pueden estar planeando eso? —intervino Matt con voz cansina.

—Claro que sí, pero deberían tener a alguien dentro del sistema de aviación para hacerlo. No sería tan fácil. Luego del 11 de septiembre los controles son exhaustivos. Sería complicado lograrlo. —Resopló—. Creo que el blanco es el presidente, pero de todas formas estaremos en alerta máxima. No podemos arriesgarnos a que dispersen ricina en ninguna de sus formas. Ninguna —exclamó Joe.

Diana y Matt asintieron sin disimular su preocupación y se fueron del lugar. Tenían mucho trabajo para hacer y no sabían por dónde empezar. Ella sabía que otra vez iba a pasar varios días sin dormir. Antes de que su compañero se fuera hacia otro lado, ella lo tomó del hombro y le preguntó:

—¿Realmente crees que pueda haber un americano detrás de todo esto?

Él negó con la cabeza y le puso la mano sobre el hombro.

—Lo dudo —le dijo—. Pero tenemos que estar atentos. —Caminó unos pasos y notó que ella no se movía. Entonces se dio vuelta, la miró y suspiró—. ¿Ahora qué?

—Nada —respondió ella y miró hacia los costados—. Tonterías que se me cruzan por la cabeza.

Ella no necesitó poner en palabras lo que pensaba, Matt lo supo de inmediato.

—¿Estás completamente loca? —preguntó él y se acercó. La tomó del brazo y le habló al oído—: Ni lo pienses. Blaine no tiene nada que ver. —Sonaba ofuscado.

—Tú lo dijiste, no yo.

—Te conozco, Diana. Sé lo que piensas. Pero no. Es imposible. Así haya tenido que participar en Gladio, eso no quiere decir que...

—Bien, te entiendo. Solo quiero que estemos atentos. Después de todo, si las cosas son como pensamos, Gladio quizás no se haya terminado. —Ella movió el brazo para que él la soltara y luego se perdió caminando por el pasillo a toda velocidad. En su cabeza no dejaba de resonar la frase “el americano, el americano”.

Capítulo XLIII

2 de octubre de 2008.
Estambul, Turquía.

Al día siguiente Berkant se encontraba en su oficina, estaba respondiendo correos electrónicos cuando su secretaria entró sin golpear. La mujer tenía una expresión contrariada en el rostro. Se preguntó cómo podía haber contratado a alguien tan incompetente. Berkant levantó la vista y clavó su mirada fría en la mujer. Estaba a punto de recriminarle la actitud cuando vio que la gigante figura de Atabärk se asomaba tras ella. La mujer lo miró con el ceño fruncido y se retiró con la cabeza gacha.

El general se sentó en la silla frente al abogado y se cruzó de brazos.

—Qué difícil estás haciendo las cosas... —dijo— y ahora encima te vas a viaje a la Capadocia... ¡Increíble!

—No sé si me voy y no es de tu incumbencia —Berkant se levantó y caminó hacia él. Tenía una mirada impiadosa. Se sentó en el escritorio y acercó su cuerpo a su interlocutor como si fuera a decirle un secreto.

—Mejor sería que no vinieras más por aquí. Ya te lo dije el otro día. Nos estás poniendo en peligro a nosotros y a la organización. Y eso no solo no es bueno sino que es estúpido.

El pecho de Atabärk se infló y Berkant notó que la camisa blanca que vestía le quedaba chica y parecía a punto de explotar.

—Yo diría que no me amenes. —Dejó caer las manos a los costados—. Estamos en esto juntos. No lo olvides. Pero el problema es que tú... no estás cumpliendo con lo acordado. Las misiones se están retrasando y eso nos está... —Bajó la voz y se puso los brazos entrelazados sobre el estómago—. Digamos que... molestando un poco.

Berkant alejó su rostro del cuerpo de Atabärk y se puso de pie. Se acercó a la ventana.

—Todo irá de acuerdo a lo planeado —dijo y quiso dar por terminada la conversación. Se dirigió con rapidez a su escritorio y se sentó frente a su ordenador.

—No, los planes cambiaron —dijo Atabärk—. Hemos perdido la oportunidad de asesinar al presidente —le informó—. Han suspendido las

giras internas y no se mostrará por varios meses. No quieren que viaje a los Estados Unidos, aunque él está resistiendo bastante. Pero quieren guardarlo. Lo ven venir. Saben que no va a durar mucho —dijo el General y esbozó una sonrisa putrefacta.

Berkant miró alrededor como asegurándose de que nadie pudiera escucharlos. Estaba enojado, no comprendía cómo el militar hablaba de eso tan abiertamente.

—Vamos a seguir con los atentados civiles.

—Que no nos han llevado a nada más que a fortalecer la imagen del presidente en las encuestas —lo interrumpió Berkant.

—¿Ahora eres objetor de conciencia? Genial. —El hombre rio y todo su robusto cuerpo se movió sin gracia—. Pues lo siento. Porque ahora volaremos tres hospitales. Y si quieres podemos sacarte de encima a tu nuera.

Berkant levantó la vista y observó la mirada de Atabärk clavada en su rostro. Hablaba en serio. Sabía que estaba perdiendo poder en las altas esferas de Ergenekon porque estaba demorando las operaciones. Maldijo en silencio y luego movió la cabeza. El general tomó esto como un asentimiento. Se levantó despacio y caminó. Puso la mano en el pomo de la puerta y se dio vuelta.

—¿Qué hospital es de tu preferencia? —preguntó sonriente.

Berkant tardó un segundo en responder. Su pulso temblaba.

—El Hospital Atatürk.

Capítulo XLIV

2 de octubre de 2008.
Ankara, Turquía.

Gloria había llegado a Ankara por la mañana temprano. Estuvo más de una hora en el aeropuerto esperando que Tina se comunicara con ella. Había estado sentada en unos incómodos sillones plásticos hasta que su espalda había dicho basta. Cuando estaba yéndose del lugar, su teléfono comenzó a sonar. Lo sacó de su bolso con dificultad y atendió.

Escuchó una voz de hombre que le daba una dirección. No distinguió si era la voz de Lucas, pero creyó que no lo era. Se puso nerviosa y casi se le cayó el teléfono de la mano. Intentó repetir la dirección para sus adentros porque el hombre cortó enseguida y ella no tuvo tiempo de preguntar nada.

Se subió a un taxi y le dio la dirección al chofer indicándole que se apurara. Mientras iba por las calles de Ankara, le vino a la mente la imagen de Berkant. Recordó sus ojos de ese color extraño, su nariz respingada y su abundante cabello cano.

El coche frenó de golpe y una mujer con dos adolescentes cruzaron frente al automóvil. Ella las observó charlar animadamente y no pudo evitar pensar que aquella mujer podía haber sido ella. *Si la vida no fuera tan horrible,* pensó.

Apenas llegaron, Gloria se bajó y observó que le habían dado la dirección de la Embajada de Italia. Se quedó de pie observando el viejo edificio y maldijo en voz alta. *Esta fue la última vez que me jodiste,* dijo.

Capítulo XLV

3 de octubre de 2008.
Estambul, Turquía.

Lucas aún estaba dormido cuando sintió que una mano le tapaba la boca. Abrió los ojos y observó la figura de una mujer sentada a su lado. La mujer se colocó el dedo índice sobre los labios indicándole que no hablara. Luego le quitó la mano de la boca.

Lucas no podía creerlo. Tenía a Tina frente a sus ojos. Se preguntó qué sentiría Gloria si la viera. La mujer le sonrió. A él se le hizo difícil creer que estuviera ante una mujer peligrosa. Ella se acomodó el cabello claro y cerró los ojos por un instante. Lucas sopesó la idea de atacarla en ese momento pero todo sucedió muy de prisa. Ella lo miró otra vez y él se preguntó si debía empezar a hablar. Cuando abrió la boca, ella lo interrumpió.

—Harás lo que yo diga. Luego de eso, me entregaré. No a Gloria. A ella no la quiero ver. Tiene que ser en algún lugar donde me den garantías.

Lucas se sentó en la cama, a poca distancia de la mujer. Extendió las manos.

—Creí que estaba claro que yo no estoy en posición de ofrecerte o garantizarte nada. Solo puedo hacer que no te entregues donde esté Gloria —dijo él.

Ella asintió.

—¿Has escuchado que será después de que hagas algo por mí?

—Sí.

—Necesito que le lleves algo a Julia Ciardi —dijo ella y se levantó de la cama.

Él se quedó callado unos segundos esperando que ella le dijera algo más.

—¿Quién es y qué debo llevarle? —preguntó luego.

—Te diré dónde está. Pero es importante que Gloria no sepa nada de esto.

—Eso ya lo he entendido. —Apoyó los pies en el piso—. No tienes que recordármelo a cada instante.

—Julia es amiga de Berkant, el novio de Gloria.

Lucas tragó saliva con dificultad y se puso tenso. Colocó las manos sobre

las piernas y la miró fijo.

—¿Y qué es exactamente lo que le tengo que entregar? —preguntó y su voz pareció hacerse más débil.

—Un cajón. Más bien diría que es un ataúd —se corrigió ella.

Él volvió a tragar saliva y Tina pudo ver cómo la nuez de Adán bajaba y subía en su flacuchento cuello.

—¿Y qué hay dentro de ese cajón?

—Lo que fue el cadáver de su padre —dijo y le extendió unas llaves—. Hay un automóvil negro aparcado en la puerta. Estas son las llaves. Encuéntrala. Dale lo que es de ella.

Tina se dio vuelta sin percatarse del gesto asombrado de Lucas. El joven estaba pálido y encorvado, sentado sobre el borde de la cama. En esa posición parecía un adolescente de quince años. Movía las llaves del automóvil de una mano a la otra, luego las dejó sobre la cama. *No*, pensó. *No puedo hacerlo*. Se levantó de un salto y se acercó a la puerta. Apenas puso la mano en el pomo, se detuvo. Fue como si una descarga eléctrica lo hubiese tirado hacia atrás. Entonces pensó que sí debía hacerlo. Que podía atraparla, que aquello significaría un gran paso en su carrera.

—¿Y luego qué? —preguntó él.

—Estaré aquí.

Lucas dudó. Pero se había colocado en una situación de la que no era fácil salir. Tenía que hacerlo. Se dio vuelta y recogió las llaves. Se las guardó en el bolsillo y se fue dando zancadas a buscar aquel automóvil. Tina salió caminando por las calles de Estambul y se perdió entre la gente. Sacó su móvil y marcó el único número que sabía de memoria.

—Todo marcha según lo acordado —dijo sonriendo. Del otro lado, alguien no paraba de hacerle preguntas—. Sí, claro. No, lo hará, claro que lo hará. Está haciéndolo en este momento —dijo y al darse vuelta distinguió a Lucas subiendo al coche—. Nos comunicaremos mañana. Quizás entonces seas tú el que tenga noticias para mí. —La mujer rio—. No, aún no. Tengo una pequeña visita que hacer. Después iré a prepararme para el final —hizo un gesto cerrando el puño—, falta poco. —Hizo un silencio—. Claro que estoy lista —dijo y se pasó la mano por el cuello quemado—. Claro.

* * *

La asistente de Berkant había entrado en el despacho varias veces y había dejado algunas carpetas y papeles con los mensajes de clientes que nunca

quería atender. El hombre los revisaba, resoplaba e intentaba concentrarse pero le resultaba imposible. Se sentó en su sillón y se reclinó. Se llevó las manos a la nuca y cerró los ojos. Cuando los abrió, se percató de la cantidad de trabajo que tenía acumulado y no tenía ni idea cuándo iba a terminarlo. Volvió a cerrar los ojos y su mente comenzó a vagar. Estaba pensando en Gloria, en dónde y qué estaría haciendo. Realmente no le importaba demasiado, pero estaba seguro de que aquel repentino viaje tenía algo que ver con su búsqueda de Tina. O peor aún, con alguna pista sobre lo que su organización estaba planeando. Ya se encargaría de ella cuando volviera. Estaba seguro de que si estaba yendo detrás de Tina, no la iba a encontrar. Seguramente era una trampa. Le pareció un poco inverosímil que Gloria cayera en semejante ardid, pero todo podía ser cuando se actúa cegado por el odio.

Un ruido lo devolvió a la realidad, cuando abrió los ojos otra vez estaba su asistente de pie frente a él y con la misma expresión de pánico que cuando Atabärk se había presentado allí. Se puso de pie con rapidez dispuesto a insultar y sacar por la fuerza al militar si entraba a su despacho nuevamente. Entonces observó una figura que se acercaba. Apenas llegó a distinguir que no era el General cuando escuchó una voz familiar.

—Tanto tiempo sin vernos —dijo Tina mientras entraba a su despacho con una sonrisa.

Berkant se detuvo de golpe y retrocedió un paso. Su asistente volvió a retirarse sin decir una palabra.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás loca? —Se acercó a ella y la tomó del brazo—. Estás completamente loca. —La sacudió—. No pueden verte aquí. Te están buscando. Todos te están buscando.

La mujer se soltó y caminó hasta el escritorio. Escudriñó lo que había allí arriba y miró a su alrededor.

—Voy a entregarme. Pero nadie me está buscando, por cierto. O mejor dicho... me están buscando hace tanto tiempo que ya he perdido las esperanzas de que me encuentren. Ah... a menos que te refieras a mi verdadera familia. —Ladeó la cabeza— ¿Me seguirán buscando todavía?

—Gloria te busca. Y si quieres entregarte, te matarán antes de que puedas hacerlo. —Se acercó a ella y la miró fijo—. Eso también quisiera que me lo expliques. Se fue a Ankara...

—¿Y? —preguntó ella mientras se daba vuelta y tomaba una carpeta de su escritorio. La hojeó y luego hizo lo mismo con otra—. Sin pedir nada a

cambio te hago el favor de quitártela de encima... Siempre fuiste un desagradecido Berkant. Es tu esencia. El tiempo no te ha enseñado nada.

Él se acercó a ella, de un zarpazo le quitó la carpeta de la mano y la tomó otra vez del brazo.

—Vete —le ordenó.

—No, voy a entregarme. Y vine a solicitar tus servicios. Quiero que me defiendas. Después de todo, ¿qué abogado podría negarse a defender un caso como el mío? —Miró hacia arriba—. Solo imagínate los titulares: *Otra Patty Hearst* —estiró las manos y dibujó las letras de forma grandilocuente en el aire—. Sería genial. No me digas que sería tan fácil condenarme —dijo y comenzó a caminar en círculos en la habitación—. Después de todo, yo era una inocente y linda niñita de una buena familia italiana hasta que me dieron de mamar los Lobos Grises —dijo y su voz retumbó en la sala—. El problema es que tendría que contar varias cosas que no nos convienen, ¿cierto? Tendría que decir dónde estuve, con quién, quién me secuestró, quién me daba órdenes, por qué me convertí en lo que me convertí... Creo que al final todos sentirían lástima por mí.

—Estás completamente loca. Y no te convertiste en nada. Siempre fuiste una desquiciada. —Se rio intentando no demostrar nervios.

—Ah, y seguramente también querrían saber por qué me estoy entregando justo ahora —dijo y lo miró fijo—. Aunque esa sea la parte menos entretenida y más obvia de la historia. Me entrego porque quiero vengarme de los que me dejaron presa en Diyarbakır, de los que me raptaron y luego me desecharon como un trapo. De ellos, y entre ellos, de ti. —Clavó su mirada helada en los ojos de Berkant.

—No vas a entregarte. Dime qué quieres de una vez —la desafió él.

—Siempre fuiste tan perspicaz —inclinó la cabeza—. Está bien, no voy a entregarme. Entonces... —se llevó el dedo índice al labio—. Veamos qué quiero. Ya lo sé. Decirle todo a Julia. Y a tu hijo. No creo que les parezca muy agradable tu pertenencia a Ergenekon, ¿tú qué crees? No creo que a tu hija postiza le guste saber la verdad sobre lo que sucedió con su padre. Pobre Pedro. Realmente eres un canalla —dijo y apretó la lengua contra sus dientes—. No sé cómo me costó tanto llegar a esa conclusión. —Le sonrió y a él le causó estupor ese gesto.

El hombre se acercó a ella.

—No te atrevas —susurró.

—Por favor, no me subestimes. Sabes de lo que soy capaz. Lo que

necesito es simple. Quiero un pasaporte y documentación nueva. No me obligues a contar tus secretos. —Lo miró y sonrió—. Bueno, eso si es que no lo saben todo ya. Yo no tengo nada que perder. Tú, todo.

—No —dijo él—. No puedo. Está Gloria... sabes que no puedo ayudarte en esto, aunque quisiera. No puedo conseguir nada ahora. Han detenido a varios de nosotros. Entre ellos a varios oficiales de la policía. No puedo hacerlo.

—Inténtalo como si en ello te fuera la vida.

—Podría matarte en este momento y nadie me acusaría de nada —dijo él mientras se acercaba a ella con mirada amenazante.

Ella no se movió de su lugar.

—Ay, Berkant. Por favor —respondió ella—. Sabes bien que no vas a matarme. Tuviste muchas oportunidades y, sin embargo, aquí estoy. No vas a matarme porque entonces nunca sabrás qué hay detrás de todo esto.

—No dejaré que pongas en peligro la operación. No lo haré.

—No me importa. Ya no soy Ergenekon, ni una Gladiadora, ni nada que se le parezca. —La mujer se acercó a la puerta.

—No puedo ayudarte aunque me amenaces. Gloria no puede saber...

—Te doy un consejo de ex camarada de armas... —dijo mientras apoyaba sus largos dedos sobre el pomo—. Prueba a ver hasta dónde entiende Gloria. Te llevarías una sorpresa. —Tina se puso de espaldas pero antes de salir se detuvo. Berkant adivinó por su tono de voz que sonreía. Observó su rubia cabellera y recordó cuando estaban del mismo lado, cuando no eran enemigos. Se preguntó por qué ella parecía no haber envejecido nada. Antes de poder contestarse esa pregunta escuchó el portazo de la mujer yéndose. Él sabía perfectamente que no quería un pasaporte. Solo quería verlo y mostrarle que estaba ganando.

* * *

Recordó cuando la había visto por primera vez, cuando había posado sus ojos sobre los de aquella jovencita de trece años. La niña estaba sentada contra una pared con la espalda encorvada. Levantó la vista y le clavó los ojos, él notó inmediatamente que no tenía miedo. De hecho pensó que lo estaba desafiando. Se acercó a ella caminando con decisión y se detuvo a pocos centímetros de sus pies. La jovencita se levantó con algo de dificultad porque tenía las manos atadas. Volvió a mirarlo fijamente.

—¿Quiénes son y qué quieren? —preguntó.

Berkant no respondió. Escudriñó a su víctima y buscó alguna muestra, aunque fuese casi imperceptible, de nervios. No la encontró. Miró sus mejillas y sus ojos. Tina no había derramado una lágrima.

—Si me dejan verles la cara es que me van a matar —dijo ella—. No soy tonta. Así que más bien quiero que antes me expliquen qué es esto.

Berkant rio. No pensó que aquella jovencita italiana fuera a sentirse en posición de amenazarlo. No le dijo nada. Se dio vuelta y se fue.

Tina lo insultó y volvió a sentarse en el suelo. Comenzó a respirar con fuerza y los dientes le rechinaban. Se preguntó si habría logrado engañar a su secuestrador. Apretó los dientes para evitar comenzar a llorar. No quería mostrar miedo, aunque el miedo le estuviera carcomiendo las entrañas. Cerró los ojos y no los volvió a abrir hasta el día siguiente.

Apenas Berkant salió del sótano donde Tina estaba cautiva, se preguntó si habían elegido a la jovencita correcta. Pero enseguida se contestó que sí, Tina era hija de una tradicional familia romana con vínculos que llegaban hasta el mismísimo Papa. No iban a arriesgarla, iban a negociar. Estaba seguro. Pero se equivocaba. Después de varios contactos con la familia todo se estancó. Cuando se cumplieron tres meses del secuestro, se comunicaron con su familia avisando que Paola Valmertte había muerto a causa de la negativa del gobierno de rescatarla. Nunca más hubo contacto entre los secuestradores y la familia. Para ese entonces, Tina, nombre que había elegido ella misma en honor a un personaje de un libro que había leído de pequeña, ya se perfilaba como un nuevo miembro de la organización. Cuando le dijeron que no iba a volver con su familia, no perdió la compostura.

—Me quiero quedar —había dicho. Y Berkant pensó que podía ser útil para las próximas misiones. A pesar de varias discusiones con otros Lobos Grises, él confiaba plenamente en que ella no se iba a escapar. No sabía por qué, pero estaba seguro de que ella ya no tenía el menor interés en volver a su casa. Algo se había roto durante su cautiverio. Y Berkant fue consciente por primera vez de lo que se sentía al quebrar a una persona. Su espíritu. Aunque fuera una niña. Aunque fuera inocente. Y se sintió bien.

Durante varios meses la habían cambiado de sitio para evitar que la encontraran. Habían recorrido varios pueblos del sur de Italia. Luego volaron a Uruguay, Brasil, y finalmente a Turquía. No había sido difícil mover a la niña por todo el mundo con sus contactos. Gladio operaba a nivel mundial y estaban protegidos en cualquier país allí donde quisieran ir.

Cuando Tina cumplió dieciséis años, la instalaron definitivamente en

Estambul, aunque viajaba bastante seguido a Italia. Durante tres años vivió con la misma persona que se había encargado de secuestrarla en Roma. Berkant había discutido con él varias veces sobre las misiones que Tina estaba en condiciones de hacer siendo apenas una adolescente.

—Ya está lista. Es ideal para infiltrarse en las Brigadas Rojas. Mujer, joven e italiana.

—No. No aún.

—Sí, ya está lista. Pregúntaselo a ella si no me crees.

Berkant recordaba aquel día perfectamente. Era la primera vez que discutía con su camarada. Siempre habían estado de acuerdo en todo, hasta aquella tarde cuando él defendió a Tina.

—Hay que esperar un poco más. No está lista. Aún es una niña... dijo el hombre—. Aún no puedes llevártela.

—Yo creo que sí —dijo Berkant y empujó al hombre a un costado.

—No lo harás —dijo el otro y volvió a interponerse entre Berkant y la habitación de Tina.

Berkant no dio un paso más, se fue de la casa; antes de irse miró a su amigo fijamente. Supo en ese momento que sería la última vez que vería a Pedro Ciardi. Y lo lamentó con todas sus fuerzas. Estaba a punto de perder a aquel gran amigo con el que había vivido tantas cosas, hasta llegar al extremo de fingir su muerte en Plaza Taksim. Salvarlo de la suerte que iba a correr si volvía a Argentina, donde ya estaba identificado como un agente de inteligencia del gobierno militar. Pero nadie en la organización podía aceptar que siguiera protegiendo a Tina de esa manera. Cuando Berkant puso un pie fuera de la casa y Pedro no lo detuvo, había firmado su sentencia de muerte.

Dos horas después de aquel incidente, Pedro tenía dos tiros en la frente. Tina fue llevada con otra familia y tres meses más tarde se infiltró en las Brigadas Rojas.

* * *

En ese momento, mientras aquel recuerdo le revolvió las tripas, sonó su móvil. Berkant miró al aparato como si lo estuviese retando a duelo pero decidió atender. Sintió una puntada en el pecho cuando volvió a escuchar la voz de Tina. Le vino a la mente la fotografía que Ali le había dado a Julia en la que aparecían Pedro y Tina. Sabía que era falsa porque él había muerto cuando Tina tenía dieciséis años. Abrió la boca para preguntarle qué había detrás de todo aquello, pero Tina fue más rápida y no lo dejó hablar.

—Ah, me olvidé de decirte que creo que de todas formas tu hijo y Julia se enterarán de todo... —Sonrió y habló con lentitud, remarcando cada palabra—. En este momento se están dirigiendo a una entrevista con Tariq Dilekci... ¿Te suena? Quizás les hable de ti... aunque con suerte no... De todas formas ya deben estar allí. Solo quería avisarte, para que no pienses que no tengo corazón. Ah, y tengo un par de cositas más... —Se aclaró la garganta—. Veamos, ¿por cuál empiezo? Por la más emotiva, obviamente. Julia, tu hija del alma, está por encontrar el cadáver de su padre.

Del otro lado de la línea Berkant pudo imaginar que sus músculos se tensaban como si fuera un animal que había visto a una presa. *Ni se te ocurra*, pensó. Pero no dijo nada. Escuchó que la mujer suspiraba y ya no escuchó más nada. Lanzó el móvil contra la pared y el aparato se deshizo en mil pedazos. Se llevó la mano al pecho e intentó tranquilizarse. Debía pensar con claridad. Quería llamar a Atabärk, pero sabía que ese sería su fin. El General no permitiría otro error. Él hubiera hecho lo mismo.

Entonces pensó en ubicar a su hijo. Pero quizás ya fuera tarde. Era hora de encargarse de Tina. Se decidió por esto último. Tenía que hacerla pagar. De él dependía toda la operación. Seguía sin entender por qué Tina se empeñaba en hacer peligrar todo. No podía creer que lo culpara solo a él por su estadia en Diyarbakır. Había sido imposible sacarla sin descubrir a la red. Se tendría que haber sacrificado. Ella sabía cómo funcionaban las operaciones. De eso había dependido Operación Gladio y de eso dependía también Ergenekon. Todo era real y funcionaba perfectamente, pero siempre y cuando nada saliera a luz. Si había la más mínima posibilidad de que alguna operación se descubriera, automáticamente todo se desmembraba y nada de aquello había existido nunca. Movi6 la cabeza y sintió que, otra vez, la nariz había comenzado a sangrarle.

Buscó en su bolsillo la tarjeta de Mustafá Kamil, el policía turco que estaba a cargo de la investigación. Iba a delatarla, ya no importaba si ella hablaba y contaba todo. Tenía que detenerla hasta que Ergenekon cumpliera su cometido. Después, todo sería más fácil. El poder sería de ellos.

El hombre atendió y preguntó inmediatamente de qué se trataba el llamado. Berkant le explicó quién era y le dijo que tenía información muy importante.

—Se trata de Tina Villazín. Sé dónde está.

Del otro lado de la línea Berkant escuchaba sonidos y pensó que el hombre se encontraba en la comisaría. Escuchó unos pasos y pensó que el

policía se estaba alejando unos metros.

—¿Qué ocurre?

—Sé dónde está. Acabo de verla —dijo y sonrió con malicia, disfrutando de antemano su venganza. Sabía que era probable que ella lo inculpase a él de alguna manera, pero pensó que nadie le creería. Era un riesgo que tenía que correr.

—Bien. Dígame dónde está. Es importante.

—Acaba de salir de mi estudio. No puede estar muy lejos.

—Gracias. Pensamos que nunca la encontraríamos. —El hombre sonaba relajado—. Por fin sabemos dónde está.

—Sí, claro. —Berkant ya quería cortar la comunicación. Ya había cumplido su misión.

—En pocos días comienza el juicio y ni quiero pensar qué sucedería si la prensa se enterara que habíamos perdido a la testigo principal.

Las palabras resonaron en Berkant como un misil que explotaba dentro de su cráneo. Un dolor agudo le atacó la sien y el tubo cayó al suelo. Una puntada en las costillas lo derribó y se desplomó en el suelo como un saco de huesos. Apoyó una mano sobre el piso e intentó ponerse de pie a pesar del mareo. *Testigo principal*, pensó mientras sentía que la cabeza le estallaba. Cuando por fin pudo ponerse de pie, salió corriendo sin siquiera apagar su ordenador portátil.

Capítulo XLVI

Enrique aún estaba enfadado por la desaparición de Fabri y no quería desaprovechar la oportunidad de entrevistar a Dilekci, un militar retirado que había participado de Operación Gladio y su rama turca, la Contraguerrilla. Le había costado muchísimo gestionar esa entrevista y, después de la desaparición de Fabri, era su mejor oportunidad para entender Operación Gladio. Julia había insistido en acompañarlo y él había aceptado.

La noche anterior casi no había intercambiado palabra con Salma y, a pesar de que ella le rogaba que hablaran de las cosas que había dicho Fabri, él se negó a escucharla. Como ella seguía insistiendo, él terminó por irse a dormir al sillón de la sala y a la mañana siguiente se fue del lugar sin siquiera saludarla. Sobre la mesa todavía descansaba el diario de Fabri. Enrique pensó que lo leería a la noche. Pasó a buscar a Julia y Adam y partieron rumbo a la casa de Tariq Dilekci.

Una mujer los recibió y los hizo pasar a una sala con un enorme ventanal que daba a un jardín bastante descuidado. Por la ventana se veía el sol tapado de a ratos por unas nubes blancas. De vez en cuando, un rayo intenso se colaba en el lugar y se reflejaba sobre la mesa de vidrio a la que estaban sentados Enrique, Julia y Tariq Dilekci. Adam estaba a unos metros, de pie y mirando hacia el jardín.

El ex militar era un hombre de algo más de sesenta y cinco años. Estaba sentado en una silla de ruedas y tenía una mirada intensa como el carbón. Llevaba el cabello rapado, como si todavía estuviese al mando de algún batallón de las Fuerzas Armadas. Julia lo observaba como si pudiera descubrir algo en él que le diera una pista sobre Ergenekon. El hombre no hablaba, tenía la espalda recta y se notaban sus brazos trabajados debajo de un jersey verde. Su boca era demasiado chica para ese rostro y su nariz demasiado grande. Las orejas parecían asas en su cabeza.

Los tres sentados a la mesa se miraron. Nadie quería comenzar a hablar.

—Operación Gladio —dijo finalmente Dilekci—. Pensé que eso ya había pasado a la historia. Aunque es evidente que no. ¿Cómo domar a los leones salvajes a los que les has dado de comer animales vivos durante años...? Tarde o temprano todo se resiente. Los oficiales se vuelven los disidentes... o al revés. —El hombre se colocó la mano derecha sobre la pierna y se dio un

golpecito—. Se supone que uno no siente —dijo y se miró las piernas postradas—, sin embargo, yo no sé por qué, pero a veces duele, y mucho. A pesar de lo que digan los médicos. —El hombre miró hacia el techo por un instante—. Dicen que cuando a alguien le amputan un miembro la persona aún lo sigue sintiendo por un tiempo. A mí me pasa algo parecido. No puedo mover las piernas, pero sí siento un dolor intenso... Aunque cada vez menos frecuente. —Él tragó saliva y su nuez de Adán se movió bruscamente.

Julia y Enrique hicieron un gesto de asentimiento. No sabían qué sería correcto decir en esa situación. Adam seguía en el mismo lugar, ahora con una mano sobre la barbilla.

—Conocía a tu tío Celal —dijo de repente mirándolo a Enrique—. Una gran persona. Gran persona. Pero este mundo no está hecho para las grandes personas. Lamentablemente los que lo mataron pensaban como yo. Hemos perdido tanta gente valiosa. —Se refregó las manos— En fin... Ustedes no están aquí para escuchar mis quejas. Operación Gladio —repitió el hombre y a Julia le pareció que sonreía aunque no estuvo segura—. Hace un tiempo leí en el periódico algo que me pareció una muy buena definición... —Miró hacia arriba como intentando recordar las palabras exactas—. “Una red europea que opera en las catacumbas de los Estados”. —Meneó la cabeza—. Esa frase es genial. Exactísima.

Enrique y Julia se miraron. Adam se acercó y se quedó de pie detrás de Julia. Parecía su guardaespaldas.

—Esto viene de lejos, más de cincuenta años, no... más de sesenta. A esta altura de la vida una década es un suspiro —dijo y miró fijamente a Julia por un instante, luego retomó la charla—: Una organización de espionaje, escisión de la CIA, creó grupos especiales para operar como guerrilla en caso de que la invasión comunista a Europa Occidental se hiciera realidad. —Suspiró y se detuvo por unos instantes antes de proseguir—: En cada país tenían nombres diferentes, pero la misión era una, fomentar la estrategia de tensión. Bueno, a esto se dedicaron una vez que fue obvio que los comunistas no iban a invadir nada. Bastante tenían los pobres con mantenerse donde ya estaban. Claro que todo eso lo supimos muchos después.

Se detuvo, parecía que tenía problemas para respirar, Enrique le preguntó si necesitaba algo pero Dilekci le hizo un gesto negando con la mano. Se tocó el pecho y el color pareció volverle al rostro. En ese instante, la mujer que les abrió la puerta entró a la sala con una bandeja, tazas y una tetera. La dejó sobre la mesa y, en completo silencio, les sirvió una taza a cada uno de sus

invitados. Luego sin decir nada, se retiró mirando hacia abajo y a Julia le dio la impresión de haber visto un fantasma.

El hombre bebió un sorbo de la humeante bebida y puso la taza a un costado. En el piso había unas carpetas y papeles. Dilekci se agachó, tomó una y la abrió.

—Vincenzo Vinciguerra, miembro del grupo neofascista italiano “Nuevo Orden” y autor del atentado de Peteano en 1972 describe así esa estrategia —comenzó a leer—: “Las fuerzas de policía, los servicios secretos y los grupos políticos que hacen uso de esos servicios secretos han instrumentalizado los grupos neofascistas en su propio beneficio desde 1945–46. Una organización de extrema derecha debe atacar a los civiles y no a las fuerzas policiales y del Estado por una simple razón: forzar al Estado a un cambio de régimen, más autoritario. Ese era el papel de la derecha en Italia: alimentar la necesidad de un Estado fuerte y fomentar la estrategia de tensión. Y así, que la opinión pública aceptara, en un momento entre 1960 y mediados de los ochenta, un estado de emergencia”¹.

Adam resopló y se mordió el labio inferior. Le puso la mano sobre el hombro a Julia.

—Pero se pone peor... porque no todos los presidentes de esos países tenían conocimiento de la existencia de estos grupos. Ellos se manejaban de manera independiente... las armas, los objetivos. Había una estructura subterránea de poder. El poder que dominaba al mundo, aunque el mundo no lo supiera.

Se agachó y tomó otro papel. Leyó impostando la voz—: “Un documento secreto de la CIA cuya existencia admiten Licio Gelli, líder de la Logia *Propaganda Due* y Ray Cline, vicedirector de la CIA en los setenta, develado por la BBC dice: ‘En caso de indecisión de las autoridades locales en controlar la insurgencia, el gobierno norteamericano puede lanzar operaciones especiales para convencer a la población de ese peligro, penetrando la insurgencia’ ”. Hace no mucho tiempo apareció un documento, un apéndice de un manual conocido como FM30–31B que detallaba estas prácticas. Todos dirán que es falso, pero yo les digo que es real. Es la prueba de que Gladio no fue producto de tres locos solitarios.

Los tres se miraron. Julia vio miedo en los ojos de Enrique. Sintió la mano de Adam apretándole el hombro. Las tazas de té seguían humeantes en la mesa. Dilekci les indicó con un gesto que bebieran. Él hizo lo mismo.

—¿Entienden de qué va esto? —preguntó y los tres asintieron.

—Muchos... y quiero decir *muchos* de los atentados de esos años fueron de mano de obra de Gladio. Me consta. Incluso algunas cosas se comprobaron en juicios. Muchos de los miembros eran masones... y eran juzgados por jueces masones y atrapados por policías también masones. Alguno recordará que la viuda de Aldo Moro culpó a su propio partido por haber aprobado el asesinato de su marido. —Rio entre dientes—. Las Brigadas Rojas estaban infiltradas, no eran capaces de semejante operación. —Se volvió a dar un golpe en la pierna—. En Italia había directamente un gobierno en las sombras. Andreotti se peleó con Mitterrand cuando este dijo que desconocía la existencia de Gladio... —Negó con la cabeza—. Bolsa de gatos —susurró—. Lo sé bien porque estuve en varias operaciones. No me pregunten si me arrepiento. Por algo estoy hablando, ¿no? —El hombre bajó la vista un instante, como avergonzado.

Julia tembló al pensar en todo lo que había escuchado. Se preguntó a cuántos civiles estarían dispuestos a sacrificar los gobiernos para lograr sus objetivos.

—Se utilizaba la violencia extrema para poder accionar como el Estado, o los titiriteros detrás del Estado, querían. Nada nuevo, ¿no? —preguntó él y degustó el último sorbo del té—. Aquí en Turquía todo sigue igual.

Enrique tenía los ojos como platos, Julia notó que la mano con la que sostenía la taza temblaba. Los tres habían escuchado antes todas esas teorías, pero nunca de alguien que había participado en ello. Las cosas iban mucho más allá de lo que suponían. Por supuesto que no podían probar nada, ya no tenía importancia real que las Brigadas Rojas no hubieran asesinado a Aldo Moro, pero los grupos de ultraderecha aún operaban en Turquía y querían voltear al gobierno. Y ellos, de alguna forma, se encontraban en medio de esa trama.

—¿Y la Masacre de la Plaza Taksim? —preguntó Julia de repente. Dilekci le clavó la mirada, sus ojos se ensombrecieron. Era evidente que la pregunta le había resultado incómoda.

—Plaza Taksim... —Dilekci alargó las palabras—. ¿Qué quieres saber? ¿Si tuvo que ver con Gladio? Por supuesto.

—¿Quién disparó en Taksim? —repreguntó Julia.

—No lo sé.

—Mi padre supuestamente murió en ese episodio —Julia sonaba enojada, dolida. Adam le acarició la espalda.

—Lo siento. Sé que quieres culpar a alguien y me tienes a mí frente a ti

diciendo que participé de Gladio. Lo que pienses de mí me lo merezco. ¿Cómo se llamaba tu padre?

—Pedro Ciardi. Era amigo de Berkant Göksen —dijo ella y notó que Enrique la miraba sorprendido.

Julia notó que sus hombros se pusieron tensos y comenzó a golpearse la pierna cada vez con más fuerza. Desvió la vista a sus dos acompañantes y dijo —: Lo siento, necesito descansar. No me he sentido muy bien últimamente.

Julia fue la primera en ponerse de pie e irse. Enrique la siguió en silencio. Adam fue el único que saludó al dueño de casa y le agradeció en voz baja. Luego fue detrás de los otros dos caminando rápidamente. Enrique notó que ella estaba blanca como un papel apenas un rayo de luz se posó sobre su rostro, él tenía los ojos llorosos y Adam no dejaba de rascarse la cabeza.

—Gladio todavía opera... —dijo Julia y apretó los dientes mientras miraba el vecindario a su alrededor.

—Eso no lo sabemos —respondió Enrique—. Y me gustaría saber por qué le preguntaste por papá.

Ella respiró hondo. No quería atacar a Enrique, pero le parecía imposible que no sospechara de su padre.

—Porque creo que sabe más de lo que dice. ¿No es obvio que Dilekci se puso nervioso cuando escuchó su nombre?

—Quizás se puso nervioso cuando escuchó el nombre de tu padre, no el del mío —espetó Enrique.

—Claro, porque un fantasma lo asustaría mucho. Claro —respondió ella. Miró a Adam y no supo interpretar en qué estaba pensando su amigo.

Enrique comenzó a caminar alrededor de Julia y la miraba de arriba abajo. Ella lo seguía con la mirada.

—Después de todo lo que él ha hecho por ti. Te ha dado más que a mí, te ha querido más que a mí... No puedo creer que ahora creas que es un asesino.

Julia lo miró con una frialdad que sorprendió a Adam.

—¿Y nunca te ha parecido extraño su amor por mí? ¿Por qué me daría tanta protección? —Se acercó a él y le apuntó con el dedo índice—. Es lo quiero averiguar. Nada más. No deberías ponerte así.

Enrique dio un paso hacia ella y sus ojos quedaron a la misma altura. Ambos inclinaron sus cabezas hacia adelante. Parecían dos boxeadores a punto de comenzar una pelea. Adam los separó y les indicó que caminaran.

Ellos lo miraron. Enrique fue el primero en moverse. A medida que se acercaban a donde habían aparcado el automóvil observaron la manzana casi

desierta. Cuando estuvieron frente al coche, escucharon una voz que gritaba cerca de ellos. Se dieron vuelta y observaron a la mujer que les había servido el té momentos antes corriendo hacia ellos. La mujer tenía puesto un delantal de cocina y tenía el pelo grisáceo recogido. Corría con cara de preocupación y tenía el entrecejo fruncido. Cuando por fin los hubo alcanzado, la mujer frenó del golpe y se llevó la mano al pecho. Estaba agitada y miraba hacia atrás con insistencia.

—Señorita, señorita —dijo—. Esto es para usted—. Le extendió la mano con un sobre.

—¿Qué es eso? —preguntó Julia sin tomarlo.

—Tómelo. Es para usted. —La mujer movió la mano con el sobre, nerviosa—. Mi marido dice que es para usted. Y no vuelvan por aquí. Nunca. —Dejó caer el sobre al suelo y se fue corriendo como había llegado.

Julia miraba el sobre en el suelo pero no lo levantó. Ambos hombres la miraron sin entender.

—Vamos —dijo Julia—. Están locos si piensan que voy a volver a abrir un sobre que no sé qué contiene. No. Miren a dónde me ha llevado.

—Sí, a sospechar de la persona que más te cuidó en la vida —dijo Enrique.

—Basta, dejen estas estupideces para otro momento —pidió Adam.

Enrique se agachó y levantó el sobre. Julia se alejó unos pasos y Adam se quedó de pie en el mismo sitio.

El periodista abrió el sobre, leyó el papel que había dentro y sacó un DVD. Luego se lo pasó a Adam mientras se acercaba a Julia y se apoyaba contra el coche. La mujer miraba al suelo y tenía los brazos en jarra.

—Julia —dijo Adam mientras se acercaba—. Léelo.

La mujer negó con la cabeza pero finalmente extendió la mano. Tragó saliva con dificultad y sintió una ráfaga de calor que le subía por el pecho. Mientras iba leyendo, sentía su corazón galopando contra su pecho. “Taksim”, leyó en voz baja. Bajó el brazo y apretó el papel. Los dos hombres la miraron pero ninguno habló.

Miró a lo lejos, a la casa de Dilekci. Distinguió a su mujer que estaba espiando por una ventana. Apenas percibió que Julia la había visto, soltó la cortina y se escondió. Julia le dio el papel a Adam y le hizo un gesto para que le abriera el automóvil. Se subieron sin hablar y cuando el coche arrancó, Julia tenía los brazos cruzados, la mirada fija al frente y la mente en blanco.

—Me vuelvo a Argentina.

Enrique sujetó el volante con fuerza y la miró por el espejo retrovisor. Notó la expresión seria de Julia, sus ojos estaban estáticos, ni siquiera pestañeaba. Él frunció los labios.

—No, no te irás a ningún lado. Has dicho que mi padre tiene algo que ver con esto... No te irás hasta no averiguarlo y entonces haré que te tragues tus palabras —espetó Enrique.

—No creo que tú quieras saber la verdad —respondió ella con voz monocorde.

—¿A dónde vamos? —preguntó Adam que no estaba prestando atención a la conversación.

Enrique pensaba ir a las oficinas del periódico, pero primero tenía que dejar a sus acompañantes en casa de su padre. Ella ahora tenía la vista fija en el techo.

—Taksim —volvió a decir Julia que ahora parecía haber reaccionado de su catalepsia.

Adam suspiró y la miró. Luego observó a Enrique.

—Quizás ahí esté lo que tanto has estado buscando —dijo él a modo de sentencia. Julia lo miró por el rabillo del ojo—. La verdad sobre tu padre. Y sobre el mío —agregó.

Ella entornó los ojos intentando abstraerse de la situación que estaba viviendo. Hizo silencio por unos instantes y luego, con la vista fija en Adam, habló—: ¿Crees que Gladio sigue operando? —Arqueó las cejas y tragó saliva—. ¿Después de tanto tiempo?

Los ojos de los dos hombres se clavaron en Julia. Ella dejó caer los párpados en señal de cansancio y se corrió el cabello del rostro.

—No —dijo Enrique.

—Tú has investigado a Ergenekon. ¿Quiénes crees que son? —preguntó Adam.

—Puede que haya ex mano de obra Gladio o algo así en Ergenekon, pero no creo que la estructura súper secreta que pretendían ser pueda haber sobrevivido los cambios de paradigma en el mundo —respondió él.

—Pocos —respondió Julia e hizo silencio. Se miró las manos que tenía entrelazadas sobre la falda. Notó que tenía las uñas sucias y las manos pálidas. Luego, como si su mente hubiese sido atravesada por un rayo, levantó la cabeza y enderezó la espalda—. Pocos cambios de paradigma quiero decir. Quizás el poder siga en las mismas manos que hace sesenta años. Gladio puede existir tranquilamente y estar durmiente. Después de todo, Ergenekon

existe, ¿no? ¿En eso estamos todos de acuerdo? —preguntó con sorna—. Y acabamos de hablar con un hombre que nos dijo que todo lo que leímos en los periódicos luego de la Segunda Guerra es mentira.

* * *

El silencio se apoderó del automóvil por unos segundos. El sol se reflejaba sobre el capó del coche y Enrique entornó los ojos. De repente escuchó una frenada y, rápidamente, se vio rodeado por tres vehículos. Julia se desabrochó el cinturón e intentó salir del coche. Todo sucedió con una rapidez de película. Enrique llegó a decir algo pero ninguno de sus acompañantes le entendió. Apenas Julia puso un pie en la calle sintió la fuerza de un brazo sobre su espalda que la tiraba al suelo. La mujer sintió que la aspereza del pavimento contra su rostro le estaba quemando la mejilla. Intentó levantar la cabeza para ver qué estaba sucediendo a su alrededor pero otra vez sintió que alguien la sostenía contra el piso. Escuchaba gritos y órdenes pero solo podía ver pies moviéndose. De repente, escuchó un ruido y vio a Enrique caer a su lado. Sus rostros quedaron mirándose, asustados. Julia pudo ver que había un hombre que le sostenía las manos sobre la espalda y estaba casi arrodillado sobre él. Él también intentó levantar la cabeza pero una mano lo estampó contra el pavimento. Enrique cerró los ojos y frunció la boca. Julia pudo ver su rostro enrojecido e imaginó que ella se vería igual.

La mujer intentó buscar a Adam con la vista pero solo distinguió una figura que era llevada dentro de un coche. Intentó hacerle una pregunta a Enrique pero de su boca solo salió un leve gemido, una expresión de dolor. Cerró los ojos por un instante y entonces sintió que la fuerza que la presionaba contra el suelo ahora la levantaba con brusquedad. Una sacudida le hizo estremecer todo el cuerpo y luego, con los pies casi en el aire, la metieron en un automóvil.

Julia sentía dolores en todo el cuerpo, le costaba moverse y tenía la vista nublada. Cuando se apoyó contra el respaldo sintió un tirón en la cintura y comenzó a abrir y cerrar los ojos con rapidez. Un hombre se sentó a su lado pero ella no lo miró, seguía intentado lograr que sus ojos respondieran. Después de unos segundos, comenzó a ver con nitidez y giró la cabeza para ver quién estaba sentado a su lado. El hombre era de contextura pequeña y tenía demasiado vello en el rostro. Sus ojos eran terriblemente oscuros y su boca, inmensa y con un extraño color azulado. El hombre la miró fijo y cerró y abrió los ojos con rapidez por cinco segundos. Luego miró hacia adelante y se

acomodó la corbata. Julia seguía sin hablar e intentó mirar hacia atrás para ver dónde estaban sus amigos. El hombre le tomó la cabeza antes de que ella pudiera completar el movimiento. Ella volvió a mirarlo fijo y él otra vez hizo ese movimiento con los ojos que Julia creyó sería un tic nervioso.

—Vamos a ponerla a salvo —dijo finalmente el hombre.

Ella rio entre dientes y dijo—: Sí, claro.

—Mire señorita —agregó él casi gritando—, están poniendo en peligro una investigación judicial. ¿Para qué fueron a hablar con Dilekci? ¿Para qué? Porque hay dos opciones. ¿Se las digo? —El hombre estaba enojadísimo y no tenía el menor interés en disimularlo—. ¿Quiere que se las diga? O están metidos en Ergenekon, por lo cual irán a juicio con el resto de sus miembros o... —El hombre se refregó el cabello nervioso y volvió a pestañear con intensidad—. La otra opción es que son lo suficientemente estúpidos como para meterse con ellos. Si tengo que ser sincero, no sé qué me parece mejor...

Julia suspiró. Se preguntó si el hombre le estaría diciendo la verdad. Se preguntó qué sería verdad de todo aquello que había escuchado últimamente. Miró por la ventanilla y no distinguió dónde estaban. Iban a gran velocidad. Doblaron en una esquina y su cuerpo cayó contra la puerta del automóvil. Julia trató de agarrarse del asiento pero de repente una frenada hizo que se golpeará la frente contra el asiento delantero.

El hombre que estaba a su lado salió del vehículo con rapidez y, antes de que Julia pudiera darse cuenta, abrió la puerta y la bajó con la misma fuerza con la que la había subido. Detrás de ella, pudo escuchar otros vehículos que frenaban con brusquedad. Imaginó que sus amigos venían detrás. Una brisa de aire fresco le acarició el rostro mientras era conducida hacia el interior de un edificio de pocas plantas que casi no tuvo tiempo de observar.

No sabía exactamente por qué pero ya no se sentía nerviosa. Por un momento pensó que su vida estaba siendo digitada por una fuerza invisible. En ese momento no sabía dónde estaba ni por qué la habían secuestrado en medio de la calle, pero sintió que, fuera lo que fuera que se avecinaba, podría manejarlo. Se dijo que había crecido sin su padre y había perdido a su madre siendo apenas una adolescente. Estaba preparada para cualquier cosa. Sonrió mientras caminaba por un pasillo iluminado por tubos de luz blanca. A lo lejos, se abrió una puerta de madera y pudo ver gente moviéndose dentro de la sala.

Cuando ingresó, se dio cuenta de que estaba en una especie de estación de policía, aunque la mayoría de los efectivos estaban vestidos de civil. El

hombre la seguía sosteniendo del brazo y ella se soltó de un movimiento y le echó una mirada de furia.

Unos ruidos a sus espaldas la sobresaltaron y al mirar hacia atrás observó a sus dos amigos acompañados por varios hombres corpulentos y con cara de pocos amigos. Sonrió aliviada al verlos y se acercó a ellos. Uno de los hombres se interpuso antes de que ella pudiera estar a su altura y le hizo un gesto con el brazo para que se detuviera.

Julia estaba a punto de insultarlo cuando escuchó una voz que le resultó familiar.

—Nos encontramos otra vez. No dejo de rescatarla —dijo Mustafá Kamil mientras se acercaba con una sonrisa hacia Julia.

Ella le devolvió la sonrisa y él extendió la mano y se la estrechó con fuerza. Luego les hizo un gesto a los efectivos que los custodiaban para que se retiraran. En un minuto se quedaron solos en la sala. El hombre que había acompañado a Julia la miró fijamente antes de perderse del otro lado de la puerta. Julia se preguntó por qué aquel sujeto querría intimidarla. Se encogió de hombros y volvió a observar a Mustafá Kamil. Él seguía sonriendo y ella miró hacia el suelo por un instante y volvió a sonreírle.

—Me gustaría saber qué hacían en la casa de Dilekci.

Adam flexionó su cuello y miró alrededor para ver si había un lugar para tomar asiento. Kamil le hizo un gesto para que tomara asiento en una silla de cuero algo destartada. El policía miró a sus tres interlocutores pero ninguno habló.

—Vamos, estoy tratando de ayudarlos. ¿Qué hacían allí? —preguntó mientras se cruzaba de brazos.

Julia estaba por empezar a hablar pero Enrique le hizo una seña levantando las cejas y ella calló de inmediato.

—Ellos me acompañaron a hacer una entrevista a Dilekci —dijo Enrique con los ojos fijos en el policía—. Ahora me gustaría escuchar un buen argumento para habernos traído aquí de esta manera —agregó y miró a su alrededor.

—Dilekci está bajo vigilancia desde hace mucho tiempo. Creemos que Ergenekon lo puede asesinar en cualquier momento. —Miró hacia abajo mientras negaba con la cabeza—. La primera vez fallaron y solo lo dejaron parálítico... —Levantó la vista y miró a Julia y luego a Enrique—. Lo han puesto en peligro. Nadie puede saber dónde vive.

—No vive escondido. Vive en pleno Estambul —espetó Julia.

—Hace tres años que no sale de su casa. Tres años. —Hizo el gesto con los dedos—. No quiere dejar Estambul, pero hasta ahora nadie lo había encontrado. Hasta ahora.

—¿Quiere decir que ahora lo encontraron por nuestra culpa? —preguntó Adam.

—Quiero decir que en pocos días comienza un juicio histórico y no podemos poner en peligro a la gente que va a testificar. —Se quedó en silencio mirando a Adam—. No nos han presentado —dijo con cara de pocos amigos.

—Soy Adam Bloom y estoy aquí por Julia. Estoy aquí a pedido de ella.

Kamil lo miró detenidamente, como si la presencia de ese hombre le molestara.

Julia se rascó la barbilla, ajena a las miradas entre los dos hombres.

—No dijo nada sobre testificar —dijo de repente la mujer.

—No tenía porqué decírselos —respondió Kamil.

Un hombre entró corriendo a la sala y se acercó al policía. Le dijo algo al oído y se retiró con rapidez. Kamil cerró los ojos y se golpeó la cabeza con las dos manos. Luego apretó los puños y tomó aire antes de hablar.

—Tendremos que trasladar a los testigos a un lugar seguro. No pueden seguir allí gracias a ustedes —dijo y los miró fijamente. Detuvo sus ojos primero en la mujer y luego en los dos hombres, buscando algún atisbo de arrepentimiento en sus miradas. Los tres se quedaron quietos, controlando hasta la forma en que respiraban.

Por la mente de Julia pasó el rostro de la esposa de Dilekci, su voz trémula y mirada asustada. Se preguntó si ella estaría al tanto de todo lo que había dicho su esposo. Recordó también sus ojos miedosos escondidos detrás de la ventana. Le resultó difícil creer que alguien pudiera intentar asesinar a esa viejecita y su esposo paralítico.

—Voy a preguntarlo una sola vez y quiero recordarles que esto es una cuestión de Estado. ¿Qué les dijo Dilekci? No podemos seguir desperdiciando recursos protegiendo gente que no debería necesitar protección. O sea ustedes. —Caminó por la sala con las manos en los bolsillos—. ¿Tengo que preocuparme por ustedes también y llevarlos a un lugar seguro?

—No —dijo Julia—. No nos dijo nada importante. Nada que no supiéramos.

—Y sin embargo ahora mismo le están costando miles de liras a Turquía... Gracias a su curiosidad... —Se refregó las manos e hizo una mueca

de disgusto cuando observó a un hombre que lo llamaba desde la puerta. Kamil dejó la habitación sin decir nada y los tres quedaron solos y algo alterados.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Julia mientras se dirigía a Enrique e intentaba lograr una respuesta.

Enrique se tapó los ojos y movió la cabeza.

—Ojalá supiera. Pero estamos en problemas.

—¿Quién tiene el DVD que nos dio la esposa? —preguntó Adam mientras se ponía de pie y comenzaba a caminar con lentitud. Enrique levantó la mano y se señaló el saco.

—Quizás eso diga algo... No sé, por algo nos lo dieron.

—Me lo dieron —corrigió Julia.

—Entonces serás la encargada de ver de qué significa ese disco —dijo Enrique.

—¿De qué serás la encargada? —preguntó Kamil apoyado contra el marco de la puerta.

—De nada —Julia sabía que eso no iba a conformar al policía, pero no se le ocurrió otra cosa para decir.

—¿Alguien sabía que irían a ver a Dilekci? ¿Pueden haberlos seguido?

—Berkant Göksen, el padre de Enrique —mintió Julia. Sabía que Enrique no le había develado la identidad de su informante— También su esposa y su tía. Nadie más —replicó Julia.

Enrique apretó los dientes. Observó a Julia mientras su móvil comenzaba a sonar. Kamil esperó a que Enrique atendiera la llamada pero el periodista parecía ignorar el sonido del teléfono.

—Eso espero —respondió entonces Kamil.

—De las personas que lo saben, nadie dirá nada —dijo Enrique.

El policía movió la cabeza de un lado al otro y levantó las manos.

—Ya veremos —respondió Kamil.

Julia tragó saliva y miró a Adam instintivamente. Kamil se dio cuenta de ese gesto y esbozó una media sonrisa. Notó que Adam rehusó el encuentro de sus miradas. Kamil podía palpar el nerviosismo en la sala. Enrique miró hacia la puerta y negó con la cabeza.

—Quiero saber qué les dijo. —Su voz ya no sonaba nada amable. Miró a la mujer y notó que movía las manos nerviosamente y miraba hacia el suelo—. Ahora.

—Hablamos de Ergenekon —dijo Julia intentando sonar natural.

—¿Exactamente qué? —El policía se cruzó de brazos.

—Julia preguntó sobre la Masacre de Plaza Taksim —dijo Enrique de repente. Julia y Adam lo miraron disgustados, algo que no pasó desapercibido para el policía—. Entonces se puso nervioso y nos echó.

—Nos echó cuando le preguntaron por Berkant Göksen —acotó Adam. Entonces las miradas se enfocaron en él.

Kamil caminó unos pasos.

—Por ahora pueden irse —dijo resoplando.

Los tres suspiraron aliviados. Julia recuperó el color en su rostro y Adam se acercó y le pasó la mano por la cintura. Ella apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Vayan —insistió Kamil—. Pero antes quisiera hablar un minuto a solas con usted señorita Ciardi.

La mujer asintió. Enrique se acercó y les dijo que él debía volver al periódico. Su móvil comenzó a sonar nuevamente y él se retiró mientras hablaba a los gritos por el pasillo. Julia le pidió a Adam que la esperara afuera y él salió algo disgustado.

—Su novio es algo celoso —dijo Mustafá Kamil sonriendo.

—No es mi novio. ¿Qué ocurre?

—Julia, voy a decirte la verdad... —dio unos pasos y quedó frente a ella—. No sé qué estás haciendo aquí, pero de alguna forma te metiste en el medio de algo demasiado grande para ti. Dime por favor qué te dijo Dilekci.

—Nada que no sepas. Habló de Gladio, de Ergenekon, de sus operaciones...

—¿Te dio nombres?

—¿Nombres? ¿De Ergenekon? —Julia abrió bien los ojos—. No. A nosotros no, pero supongo que a ustedes sí. —Abrió las manos con un gesto sorprendido.

—Sí —dijo y la miró fijamente, como si pudiera decirle más con la mirada que con las palabras—. Por eso lo digo.

—No entiendo. ¿Qué me estás diciendo?

—¿Qué tan bien conoces a Berkant Göksen?

Julia sintió como si el día de repente se oscureciera y el corazón parecía habersele atragantado en la garganta. Sintió una puntada en el pecho y de repente todo a su alrededor fue oscuro y frío. Apenas segundos después volvió en sí y observó cómo Kamil la seguía mirando y esperando una respuesta.

—Julia... —dijo—. ¿Me escuchaste? Te estoy diciendo que creemos que

Berkant Göksen pertenece a...

—Ergenekon —Julia terminó la frase y el policía observó cómo sus labios temblaban.

Capítulo XLVII

Gloria intentaba recuperar el ritmo normal de su respiración. Le había sido imposible conseguir un vuelo a Estambul y ahora estaba saliendo del hotel para ver si conseguía asiento en algún ómnibus. Miró su reloj pulsera y pensó en cuál debía ser su próximo movimiento. Se sintió una estúpida por haber hecho ese viaje y de repente le vino a la mente la idea de que otra vez Tina había logrado lo que quería. Se la había sacado de encima. Entonces, mientras seguía de pie en el mismo lugar, recordó por qué había viajado: Lucas. Apretó los puños con fuerza y clavó sus furiosos ojos negros en el cielo azulado de la mañana. Sintió algo que hacía mucho tiempo no sentía. Tenía que encontrar a Lucas; apenas contempló esta idea las piernas se le aflojaron. ¿Dónde estaba? De repente lo imaginó. Imaginó su cabellera roja y su tez pálida. Pensó en que sus ojos claros tenían un brillo especial cuando estaba asustado. Hasta le pareció escuchar su voz temblorosa llamando su nombre. Agachó la cabeza pero enseguida levantó la vista. Un hombre que pasaba a su lado le preguntó si se encontraba bien. Ella lo miró pero no le respondió. Echó a andar por la calle sin saber a dónde se dirigía.

Apenas hubo caminado una manzana escuchó el débil sonido de su móvil en su bolso. Entonces ocurrió lo que temía, la risa de Tina le taladró la cabeza. Cada vez la odiaba más y eso no iba a cambiar. No le importaba cómo había llegado a ser la persona que era ahora, no podía justificarla ni sabiendo que ella también había vivido una vida que había sido completamente injusta. Mientras seguía caminando la imaginó, riendo, otra vez saliéndose con la suya. Entornó los ojos y esperó a que ella fuera la que hablara.

—¿Lo encontraste? —preguntó.

Gloria siguió sin responder, sentía que si decía una palabra se iba a poner a gritar en el medio de la calle. Aguzó el oído para escuchar qué estaba sucediendo detrás de ella, pero no escuchó absolutamente nada que pudiera ayudarla a saber dónde se escondía.

—¿Dónde está Lucas?

—Lucas... No creo que lo vuelvas a ver. Nunca.

—Si le hiciste algo te juro que... —Su voz sonó amenazante, sus ojos destilaban ira.

—Te juro que *nada* —la interrumpió Tina—. No vas a hacer nada porque

me buscas hace tiempo y todavía estoy aquí. Él solo quiere ayudarte, pero seguro que eso ya lo sabías.

—Esta es la última vez que te lo voy a preguntar. ¿Dónde está Lucas?

—Quizás estés a punto de saberlo. O no. —Rio—. La verdad es que no me importa. Solo quería desearte buen viaje. Quién sabe qué vas a encontrar en Estambul.

Gloria cortó la comunicación, estaba enfurecida. Por un segundo pensó que quería salir de toda aquella situación, quería olvidarse de Tina, quería una vida normal. Otra vez el sonido del móvil la obligó a enfrentar la realidad. Su vida estaba partida al medio desde hacía muchos años y nunca sería normal. Dejó de caminar, miró alrededor y se dio cuenta de que no tenía ni idea de dónde se encontraba. Entre sus dedos apretaba el aparato como si el soltarlo la obligase a escuchar la voz de Tina. El teléfono seguía sonando con insistencia. Entonces contestó. Esperaba escuchar una risa ahogada pero en cambio escuchó a una mujer que sollozaba.

—¿Luisa? —preguntó.

—Sí— respondió su amiga en lo que fue más un quejido que una palabra—. Soy yo —dijo la mujer—. Lucas ha... Lucas no...

En ese preciso instante Gloria sintió que el mundo se detenía otra vez. Tal cual había sentido cuando había muerto su hija. Inspiró hondo y sintió el móvil golpeándole contra el rostro por su pulso tembloroso. *Mierda*, pensó, *mierda*. Y por su rostro se deslizó una lágrima aunque cualquiera que la viera en ese instante la juzgaría enojada y no triste.

—Lucas —volvió a decir la mujer—, me llamó, me llamó y dijo que algo había pasado, que no podía volver, que tenía que hacer algo... —La mujer se quedó sin aire y se atragantó con sus propias lágrimas—. Llámalo. Hazlo volver. Gloria, por Dios. ¿Qué ha hecho? ¿Qué ha hecho para no poder volver?

A Gloria se le agolparon los pensamientos en la mente. Por un instante no pudo comprender lo que su amiga estaba diciendo. Se rascó la nariz y tragó saliva antes de seguir hablando.

—No sé qué está ocurriendo pero lo voy a averiguar. Te llamaré en un rato, no te preocupes. Todo se va a aclarar.

Guardó el teléfono en su cartera y miró alrededor. Se preguntó a qué estaba jugando Tina. Se subió a un taxi y llamó a su despacho en Ámsterdam. La mujer que la atendió sonaba agitada pero Gloria no quería perder el tiempo. Le preguntó si había alguna novedad y la mujer le informó que Joe

Blaine estaba intentando contactarse con ella. Y luego comenzó a hablar de Lucas. Le explicó que habían encontrado actividades sospechosas en su ordenador y que no aparecía por ningún lado. Gloria no acotó casi nada durante la conversación, se limitó a escuchar y a pensar. Sabía que era imposible. Alguien había plantado información para distraerlos. Tenía que entender cuál era el plan de Tina para poder adelantársele y atraparla. Se recordó que también debía cumplir con su misión, no iba a poder posponer la charla con Blaine, así que decidió llamarlo.

Mientras se subía a un taxi para ir a la estación de ómnibus, Gloria escuchó la voz de Blaine que parecía recién levantado. Hacía al menos cinco años que no hablaba con él.

—Por fin te comunicaste... Es muy importante lo que tengo que decirte.

—Adelante —dijo Gloria que parecía estar más preocupada por observar el paisaje que por lo que iba a escuchar.

—Berkant Göksen.

—Sí —respondió la mujer, que ahora miraba al frente.

—Es peligroso.

—Peligroso —Gloria repitió la palabra, inclinó la cabeza y arqueó las cejas.

—Ergenekon.

Gloria dejó caer los párpados y se recostó sobre el asiento. Se mordió el labio inferior y suspiró.

—Ya hablé con Mustafá Kamil, van a tenerlos vigilados.

Gloria se mantuvo en silencio. Joe Blaine pensó que se había cortado la comunicación y volvió a pronunciar su nombre.

—Estoy aquí —dijo.

—¿Estás bien?

—Sí, bien. Hablamos luego.

Gloria abrió la ventanilla del coche y una suave brisa le despeinó el cabello renegrido. Tenía la cabeza inclinada y se sentía cansada. Se acomodó el pelo y reclinó la cabeza contra el asiento. Puso la mente en blanco y cerró los ojos. Tenía que llegar a Estambul. Cueste lo que cueste.

Capítulo XLVIII

Julia llegó a casa de Berkant, pero Adam no estaba con ella. Cuando ella le contó lo que Mustafá Kamil le había explicado, le dijo que era una locura volver a casa de ese hombre. Julia le explicó que no tenía ninguna excusa valedera para no regresar. Él sospecharía y quizás todo fuera peor. Intentó hacerle entender que sería peligroso levantar sospechas en aquel momento, pero él no quiso escuchar razones. De ninguna manera volvería allí. Kamil le había dado la dirección de un hotel donde podía alojarse. Sin pensarlo, Adam se dirigió a aquel sitio y dejó a su amiga sola mientras mascullaba por lo bajo que estaba completamente loca.

El corazón de Julia estaba lleno de sentimientos encontrados. Ya no había forma de ignorar que Berkant era miembro del Estado Profundo. Todo ese tiempo ella había sido cobijada por un nazi turco. Se sintió algo tonta por no haber unido las piezas del rompecabezas antes. Pensó en Pedro, en cómo se habría hecho amigo de aquel hombre. Negó con la cabeza mientras se bajaba del taxi. A pesar del tiempo que había pasado buscando la verdad sobre su padre, ahora no estaba segura de poder enfrentarla. Se dijo a sí misma que tenía que tranquilizarse mientras abría la puerta con sigilo. Observó que no había nadie a la vista. La casa estaba completamente a oscuras y en silencio. Dejó la cartera sobre el sillón y se sentó. Colocó los codos sobre las rodillas y el rostro sobre las manos. Exhaló profundamente y se dijo que tenía que hacerlo, tenía que ver qué había en aquel DVD. Lo sacó de la cartera y lo colocó en el aparato reproductor. Encendió el televisor y volvió a tomar asiento. Esta vez reclinó la espalda y se cruzó de piernas. Se llevó una mano a la boca y espero a que apareciera alguna imagen.

De repente la imagen negra de la pantalla dio paso a un destello azul y comenzaron a escucharse voces. En una imagen *pixelada* se vio una plaza a lo lejos. Parecía como si el video estuviera siendo filmado desde algún edificio cercano. No se distinguían los rostros de la gente que estaba copando la plaza. Entonces alguien habló en turco, estaba dando indicaciones. Julia se dio cuenta enseguida de que esa persona le estaba hablando a los tiradores. El sonido no era demasiado bueno. La cámara se movió y enfocó a algunos hombres armados. Sus rostros no se veían, tenían puestos pasamontañas. Entonces el hombre que daba las instrucciones se fue. Minutos después, se veía a los

hombres comenzar a disparar sobre la multitud. Julia sintió que el cuerpo no le respondía, tenía los ojos llorosos y no podía dejar de mirar aquellas imágenes. Aguzó la vista para ver si entre la gente que corría desesperada, podía ver a su padre. Sabía que era imposible, pero aun así lo intentó. Entonces escuchó las risas de los hombres que disparaban y la inundó un dolor profundo. Un segundo después llegó la indignación. Mientras se veía la plaza rodeada de policía, la imagen se esfumó y la pantalla se volvió a poner negra. Julia se tocó la garganta. Por primera vez en su vida, había visto los últimos momentos de su padre. Los últimos momentos en que Pedro Ciardi existió para ella. Se aclaró la garganta y estaba a punto de ponerse de pie cuando la pantalla volvió a destellar. Otra vez enfocó la vista allí y vio una mano que acomodó la cámara. Solo se veía una camisa clara y la palma de una mano. Unos ruidos molestos hicieron que Julia buscara el control remoto para bajar el volumen. Ahora la imagen era nítida y se notaba que el video era mucho más nuevo. Entonces, otra vez el silencio y la mano rechoncha y la camisa clara se alejaron del plano. Julia reconoció a Dilekci. Caminaba. Se movía con destreza. Tenía el rostro perfectamente afeitado, el cabello apenas despuntaba unas canas y el cuerpo era más delgado. Se acomodó por unos segundos y comenzó a hablar.

“Soy Tariq Dilekci, General de las Fuerzas Armadas Turcas. Soy turco. Orgullosamente turco. —El hombre se puso una mano sobre el estómago e inhaló—. Este video es para denunciar lo que sucede a espaldas de la población de este país. Lo que viene sucediendo hace años. Luego de la Segunda Guerra Mundial, en el mundo se organizaron una serie de ejércitos de contención para eventuales casos de invasión soviética. Todo esto, bajo las ordenes directas, y no tanto, de la OTAN, la CIA, y, en muchos casos, los gobiernos de turno de los países involucrados. En Turquía hasta se permitieron golpes de estado siempre y cuando se asegurara que el pacto siguiera en pie. Y así fue. Los diversos gobernantes apoyaron a estos grupos militares para llevar a cabo la “estrategia de tensión”, muy de moda en la época. Yo he participado en dos golpes de estado, he participado en el atentado Güngören, Plaza Taksim y varios más. En todos los casos se siguió la pista kurda. En todos los casos fuimos nosotros. Con el tiempo, la invasión soviética dejó de tener peso y varias redes fueron desarticuladas. En Turquía no. Los restos de los ejércitos de la retaguardia, hoy forman parte de Ergenekon y sigue...”

Julia observó cómo el hombre detenía su relato de repente. Se levantó y se acercó al televisor, luego volvió a tomar asiento. Dilekci miró hacia ambos

costados. Se escucharon ruidos y momentos después dos hombres se hicieron presentes en la escena. Ninguno de los dos miró la cámara. Dilekci no se puso de pie, los miró y Julia pudo distinguir miedo en sus ojos oscuros. Se acercó aún más al televisor y reconoció a uno de los hombres, Berkant. Ambos estaban vestidos con pantalón de vestir y camisas oscuras.

Ambos comenzaron a gritarle a Dilekci, Berkant le dio una bofetada pero el hombre no dijo nada, ni siquiera se quejó. Lo tiraron al suelo y él solo atinó a cubrirse la cabeza. El otro hombre comenzó a patearlo en el estómago. Julia cerró los ojos por un instante. Los lamentos de Dilekci inundaban la sala. Cuando Julia abrió los ojos, sintió un latigazo en el pecho. Berkant estaba de pie y le apuntaba con un arma al hombre caído. Julia empalideció. Dilekci dijo algo que sonó como una súplica pero que ella no llegó a comprender. Entonces Berkant se agachó y lo tomó del cabello. Luego le soltó la cabeza dejando que se diera un fuerte golpe contra el suelo. Y sucedió lo que Julia temía, Berkant le apoyó el arma en la espalda y disparó. El sonido del impacto le llenó los ojos de lágrimas a la mujer. *Hijo de puta*, pensó Julia. Entonces apagó el televisor y sacó el disco del aparato. Las manos le temblaban, su respiración era débil y arrítmica. Se preguntó si así se sentiría tener un infarto. Se llevó la mano que sostenía el disco al pecho y apretó con fuerza, como si así pudiese evitar que el dolor la siguiera apuñalando.

Mientras caminaba hacia la puerta, Berkant la observaba a unos metros. Estaba de pie, inmóvil y con la mirada clavada en Julia. Pensó en detenerla pero juzgó que sería una decisión equivocada. No tuvo mucho tiempo de elaborar un plan cuando lo sobresaltó un portazo. Julia se había ido. Buscó su móvil. Tenía que avisarle a Atabärk que las cosas estaban saliendo mal. Marcó un número pero colgó antes de que comenzara a sonar. Debía encargarse él, no tenía opción. Se estremeció al pensarlo, pero Julia no le había dejado opción.

Capítulo XLIX

Ankara, Turquía.

Gloria estaba esperando abordar el ómnibus. Sentía un puñal en la garganta. Había intentado todo el día contactarse con Berkant pero había sido imposible. Estaba de un pésimo humor. Aún no había logrado encontrar a Lucas. Lo volvió a llamar al móvil pero, obviamente, estaba apagado. Las yemas de sus dedos tamborileaban sobre sus piernas. Decidió usar su ordenador portátil para distraerse. Mientras lo abría sobre su falda, el teléfono móvil comenzó a sonar. Lo miró y se sobresaltó. La estaban llamando desde Ámsterdam.

—Dos atentados. Dos atentados más. ¿No se supone que estás allí para intentar detenerlos? —dijo la voz de su jefa que no podía sonar más enfadada — ¿Qué se supone que está pasando? Enviamos gente del Centro allá y todo empeora... ¿Qué dice esto de nosotros? Espero que no estés perdiendo el tiempo jugando al gato y al ratón con Tina Villazín porque tenemos problemas mucho más importantes y por eso estás tú en Turquía. ¿Dónde estás? ¿Por qué no estás en Estambul coordinando la investigación?

Gloria no respondió.

—Dos bombas, coches bomba... ¿Qué están haciendo estos hijos de puta?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Gran respuesta. Lo que sea que estés haciendo, basta. Basta de buscar a esa mujer. Concéntrate en lo que has ido a hacer. Detenlos. Ayuda a ese Kamil. Es una orden.

—Estoy en eso.

—Gloria —la voz de Gretchen se tornó ronca—, detenlos antes de que logren lo que quieren. ¿Cuánta gente más tiene que morir para que puedas vengar a tu hija? ¿Cuántos padres más perderán a sus hijos si no los atrapamos?

—Ya te escuché —respondió ella.

—Ah —dijo ella como si algo nuevo le viniera a la mente—, y no te preocupes por Tina. La encontramos... —acotó—, tómalo como un regalo de mi parte.

—¿Dónde está? —los músculos de su rostro se tensaron.

—En Estambul. Parece que le gusta volver a viejos lugares. Kamil te pondrá al tanto.

Gloria no respondió. Cortó la llamada y marcó otro número.

—Lo sabía. Maldita —dijo. Se levantó y se acercó hasta el mostrador aún con el teléfono en la mano. Una empleada del lugar la miró y le sonrió.

—¿Falta mucho? —preguntó ansiosa mientras agitaba el boleto que había sacado del bolso. La mujer negó con la cabeza y volvió a sonreír. Gloria no veía la hora de estar arriba de ese ómnibus y llegar a Estambul. Mientras la empleada comenzaba a llamar a los pasajeros, ella tuvo la sensación de que todo estaba cerca de terminar.

Capítulo L

Estambul, Turquía.

Enrique estaba trabajando en un nuevo artículo sobre Ergenekon. Estaba ojeroso y tenía la barba crecida. Sobre su escritorio había varias carpetas acumuladas. Se rascó la cabeza e hizo un movimiento nervioso con las manos.

Aún se sentía molesto por la discusión que había tenido con Salma en el restaurante y ahora se sumaba el malestar por la conversación que había tenido con Kamil. Sentía que no era el mismo. Había algo dentro de él que lo perturbaba cada vez más. A pesar de que todavía luchaba por no reconocerlo, sentía que su padre podía ser parte de Ergenekon. Pensó en el diario que Salma le había dado y por un momento se preguntó si no sería mejor volver a su casa y leerlo. Creyó que allí podía haber algo importante y se reprochó el haberle dado más importancia a su enojo con Salma que a su deseo de conocer la verdad. Se dijo que era un mal periodista. Y también un mal marido. Le había dicho cosas horribles a su esposa. Ahora se sentía más nervioso que nunca. Y también algo culpable. Quería hablar con ella, quería verla. Pedirle perdón, decirle que tenía razón en odiar a su padre. Le quería contar todo lo que había vivido con Adam y Julia, lo que les había dicho Dilekci, le quería contar todo. Se preguntó si Nursel estaría con Salma en ese momento y agradeció que la mujer se estuviera hospedando en su casa. Después recordó que su esposa estaba trabajando en el hospital a esa hora y pensó en comunicarse con su tía para asegurarse de que estuviera bien. Imaginó que los primeros días de su nueva vida no serían fáciles y deseó haber estado más presente para ella.

Mientras tomaba una carpeta y la abría, se dio cuenta de que si no hablaba con Salma no podría concentrarse en todo el día. Levantó el tubo del teléfono que había en su escritorio cuando entró un colega corriendo y se detuvo frente a él, completamente jadeante.

—Una bomba —dijo y apenas pudo retener aire para seguir hablando.

Enrique colgó el tubo y tomó el saco mientras se dirigía a la puerta.

—Una bomba en el hospital donde trabaja tu esposa. —El otro hombre lo miró y temió la reacción de Enrique, que se detuvo en seco.

Enrique soltó el saco. Al hombre le pareció que sus ojos cambiaban de

color, pero simplemente se estaban inundando de lágrimas. Su pecho se hundió, como si le hubiesen pegado un tiro y se llevó la mano al estómago. Su compañero se acercó y lo sostuvo. Entonces Enrique pareció recomponerse y comenzó a caminar mientras se llevaba el móvil al oído e intentaba llamar a su esposa.

Enrique llegó al Hospital Atatürk tan rápido como pudo. El lugar era un caos. Como dos hospitales habían sido atacados simultáneamente, los hospitales restantes habían enviado ambulancias pero no daban abasto para atender a los heridos. La cantidad de damnificados era difícil de estimar, pero Enrique supo que debía haber, al menos, decenas de muertos.

El espectáculo era dantesco, los médicos corrían de un lado para el otro, se empujaban, había gente sangrando por todos lados. La policía intentaba colocar un vallado pero la tarea era muy difícil. Enrique se acercó al detective Kamil. Apenas lo tuvo enfrente supo que algo grave había sucedido porque el hombre evitó mirarlo a los ojos. El policía le puso una mano en el hombro.

—No está bien. Se la llevaron al Doğan Hastanesi —dijo.

Enrique salió corriendo y se tropezó con varios heridos y paramédicos. Le pareció que tardó demasiado en llegar al automóvil. Sus piernas parecían moverse en cámara lenta como si estuviera en un sueño. Sintió la cabeza a punto de explotar por los gritos y pedidos de auxilio que se escuchaban a su alrededor. Enrique solo veía el rostro de Salma, lo imaginaba ensangrentado y dolorido. Imaginó que abría los ojos y le tomaba la mano. Entonces lloró. No soportaba la idea de perderla. No podía pensar en su vida sin ella. No toleraba imaginar que sus últimas palabras habían sido una pelea.

A toda velocidad hizo las manzanas que separaban ambos hospitales y se bajó del automóvil sin cerrar la puerta. Trastabilló y se dobló el tobillo pero siguió corriendo. Su corazón nunca había latido con tanta fuerza. Pasó por delante de una ambulancia. Miró hacia adentro y se detuvo. Se acercó y miró por la ventana trasera.

Entonces dio un paso atrás. Apenas llegó a distinguir lo que había allí dentro cuando una fuerte explosión le partió el cráneo al medio. No tuvo tiempo de nada. Su último pensamiento fue para su esposa. Un segundo antes de cerrar los ojos para siempre, sonrió al pensar en Salma.

Capítulo LI

Washington D.C., EE.UU.

Matt hablaba por el teléfono en altavoz y un intérprete iba traduciendo sus palabras al turco. Abría y cerraba las manos sin parar, y cada tanto se detenía en su frenética carrera alrededor de la mesa y pestañeaba con fuerza. El intérprete lo miraba extrañado, le costaba entender cómo aquel hombre que parecía ser un manojo de nervios estaba trabajando en una investigación de semejante importancia.

La persona que estaba del otro lado tenía muy poca paciencia. Sus frases eran cortantes y su tono de voz hostil. Matt volvía a hacer las mismas preguntas una y otra vez. Finalmente el hombre del otro lado de la línea amenazó con dar por terminada la conversación.

—A ver si lo entienden. Este hombre es peligroso y deberían detenerlo —esta vez Matt gritaba y le hacía gestos al intérprete para que trasladara sus palabras al otro idioma con rapidez.

—Ya lo sabemos, pero no podemos hacer nada por el momento —respondió la voz del otro lado en un inglés trabado sin esperar que el intérprete hablara—. Hay que esperar, seguramente después del juicio podamos detenerlo. —Se hizo un silencio—. Simplemente es imposible hacerlo ahora.

Matt golpeó la mesa.

—Entonces esto ya es su problema —dijo—. Intentamos colaborar y ustedes no escuchan. Tenemos información de que están preparando un ataque en suelo estadounidense con ricina —Matt evitó decirle que quizás el blanco fuera el presidente.

—Hace años que venimos detrás de esta gente. No podemos arruinarlo todo por actuar sin pensarlo. Berkant Göksen es uno de los más prestigiosos abogados del país... Ya hemos detenido a varios de los más influyentes miembros de la sociedad de Estambul, ya bastantes problemas nos está trayendo. Y de todas formas Ergenekon no actúa así. ¿Por qué atacarían en Estados Unidos? No tiene sentido. Ellos hacen un trabajo interno.

—Pues han asesinado un Premio Nobel aquí —respondió mientras se aflojaba la corbata.

—Sí, para desestabilizar Turquía. Pero matar civiles estadounidenses no los ayudaría en su estrategia.

—¿Qué sabe de Operación Gladio? —preguntó el detective.

El hombre se quedó callado por un segundo.

—Sé perfectamente qué es —dijo luego— y su relación con Ergenekon. Pero hay dos opciones... si es que esto tiene el sello Gladio: o el atentado no es allí... o los autores no son turcos, sino americanos.

Matt se fastidió con el comentario del hombre pero comprendía su razonamiento. Le dijo que hablarían más tarde, entonces el turco saludó con desgano y antes de que colgara Matt volvió a hablar.

—También tenemos información de que planean asesinar al presidente de Turquía en su viaje a Estados Unidos —Matt miró al intérprete como si supiera que el hombre iba a asustarse con aquella información.

Él miró hacia abajo incómodo. Quería irse.

Diana estaba sentada en un sillón y no había dicho una palabra, pero cuando escuchó esa frase se levantó. Miró a su compañero pero él ahora tenía la mirada perdida.

—¿Atentarán contra el presidente? —preguntó el turco lentamente. Matt no respondió—. Me imagino que estarán tomando todas las medidas para que eso no suceda. —Se hizo un silencio en la línea y el hombre continuó hablando—. Aunque evidentemente no hicieron un gran trabajo para proteger a Kayar.

Matt se mordió el labio y luchó por no responder.

—Estamos haciendo todo lo posible. Ayudaría bastante si ustedes pudieran colaborar deteniendo a los sospechosos. Göksen puede ayudar a frenar esto.

—Göksen no es sospechoso de nada. Pero hablaré con el servicio secreto para informarles que hay amenazas sobre la vida del presidente. —El hombre cortó la comunicación rápidamente.

El intérprete estaba blanco como un papel. Diana le hizo un gesto para que se fuera y este salió apresurado. Matt se había sentado a su lado y tenía los codos apoyados en el escritorio y las manos cubriéndose los ojos.

—No podías esperar otra cosa —dijo la mujer—. Si ellos llamaran y nos dijeran que detuviéramos a un prestigioso abogado por su relación con Al Qaeda tampoco lo haríamos sin pruebas.

Él la miró, su cabello estaba completamente despeinado. Hizo una mueca con la boca. Ella se puso de pie y se acercó a él. Le puso una mano en el hombro y se acercó a su oído.

—¿Crees que nos ayudarán?

—La verdad no lo sé. Es su presidente, así que deberían hacerlo.

—Pero aún no sabemos si la ricina es solo para atacar contra él —
repuso Diana.

—Deberíamos hablar con Joe. No estamos logrando nada. Alguien está preparando un atentado en algún lado, un jefe de estado está en peligro...

—No lo sé —negó con la cabeza—. Quizás tendríamos que comenzar a preparar a la población para un ataque.

—Y crear un pánico general. Sería una locura —dijo Matt.

—¿Entonces? —preguntó ella y levantó la voz—. Eso es una locura. Nos estamos quedando sin opciones. Quizás uno de los dos deba viajar allá ya mismo y ver si logramos algo más de información —propuso ella.

Él la miró y asintió con la cabeza, aunque en su mirada se notaba que no estaba de acuerdo. Diana sabía que él no era la persona ideal para esa tarea. Lo notaba enojado, no iba a pensar con claridad. Pero quizás fuese la única opción, ella quería quedarse allí y volver a interrogar a Ali.

La mujer se excusó y salió de la sala. Él seguía en la misma posición, con un gesto preocupado y la mirada apagada. Intentó ponerse de pie pero sintió una puntada en la espalda. Volvió a intentarlo esta vez tomándose la cintura con la mano. Pensó que necesitaba ejercitarse un poco, aunque sabía que no iba a poder desperdiciar un minuto de los próximos días. Desde la muerte de Kayar, las cosas en el trabajo estaban cada vez peor. Se preguntó por qué nunca había escuchado hablar de Ergenekon antes.

Miró hacia afuera y pudo ver las sombras de los árboles bamboleándose por el viento. No podía dejar las cosas así. No importaba si Berkant Göksen era un influyente abogado de las clases altas de Estambul. Pensó que eso lo hacía más grave aún. Lo decidió, él viajaría y haría lo que tuviese que hacer para detener ese atentado.

* * *

Diana estaba en la calle cuando sonó su móvil. Era Joe Blaine. Sonaba agitado.

—Diana, espero que tengas alguna novedad para mí. Me están metiendo mucha presión de arriba —dijo.

Ella tardó un segundo en reaccionar.

—La verdad, nada útil aún...

—Sí, sí —la interrumpió—. Lo imagino. Recién he hablado con Matt y

dice que viajará a Turquía. —Se hizo un silencio—. ¿Crees que es una buena idea? —Se rio—. Por supuesto que sí, me dijo que fue idea tuya.

—No se me ocurre otra cosa —se defendió ella.

—Vuelve aquí, tenemos que ultimar los detalles antes del viaje. Y tenemos un par de cosas más que discutir.

Volvió sobre sus pasos y entró nuevamente a la oficina. Buscó a Matt que ahora estaba hablando por teléfono. Apenas entró a su despacho notó que tenía unas inmensas ojeras negras. La miró y le hizo un gesto con la mano señalándole la puerta. Ella giró y vio a su jefe.

El hombre sonreía. Estaba de pie con los brazos en jarra. La camisa rosada que vestía era demasiado apretada y no dejaba mucho a la imaginación. Diana intentó no sonreír. Verlo allí, con su pantalón gris y esa camisa, el poco pelo canoso que aún le quedaba y la expresión de sorpresa le hizo pensar que el hombre parecía más un panadero que un agente especial.

—Me queda un poco ajustada la camisa, ¿no? —le preguntó a Diana al ver que ella no podía quitar la vista de su estómago.

La mujer ladeó la cabeza y sonrió mientras se acercaba a él. Mientras escuchaban que Matt se despedía de la persona con la que estaba hablando, intercambiaron algunos comentarios nimios sobre las actividades del día.

Cuando Matt terminó de hablar se sentó en el escritorio con la espalda encorvada. Joe cerró la puerta y suspiró.

—No les gustará lo que tengo para decirles, pero no tienen más opción que escucharme. —Impostó la voz y miró a los dos con los ojos bien abiertos—. Y proceder tal cual lo indico. Matt viajará a Turquía, esa parte ya la saben... Diana se encargará de coordinar todo aquí. Quiero respuestas. Quiero evitar ese atentado.

—Y, ¿cuál sería la parte que no nos va a gustar...? —interrumpió Matt con voz desganada.

—Somos de la Sección de Seguridad Nacional, no somos la CIA... —Blaine subió el tono de voz—. No nos metemos en las investigaciones de otros países. ¿Está claro o lo necesitan por escrito? Vamos a poder intervenir solo en lo que respecta al atentado que quieren realizar en suelo americano. Oficialmente, vamos a estar dando apoyo logístico al gobierno turco. Y digo oficialmente porque es lo que van a decir si alguien se entera de que estamos allí. Pero lo mejor sería que no se entere la prensa. ¿Entendido? No es nuestro problema si detienen o no a ese Götsan.

—Göksen —lo corrigió Diana y cambió de tema—. Pero si Operación

Gladio se relaciona de alguna manera con Ergenekon... —alcanzó a decir Diana antes de que Joe le hiciera un gesto para que se callara.

—Dios mío, Diana. ¿Operación Gladio? —Abrió las manos y miró a la mujer y luego a Matt—. ¿Operación Gladio? —repitió en voz baja—. Eso es tema viejo. Ya se investigó en Estados Unidos y no hubo nada para informar que valiera la pena. Punto. La guerra fría ya pasó... —Negó con la cabeza—. ¿De verdad quieren meterse con eso? Creí que esto ya había quedado claro.

Ninguno de los dos respondió pero Diana se encogió de hombros.

—Hoy estamos peleando otra guerra. Una guerra contra el terrorismo. Estamos en eso. ¿Qué van a descubrir revolviendo Gladio? Nosotros no hemos hecho nada que no nos hayan hecho los soviéticos también. Pasaron más de quince años desde que se descubrió su existencia, ¿qué van a decir nuevo ahora? ¿Eh?

—Si el atentado tiene que ver con Gladio —espetó Diana y se quedó callada.

—¿Qué quieres decir? —Blaine estaba perdiendo la paciencia.

—Que quizás haya elementos de Gladio que hoy sigan actuando —explicó ella aunque le parecía demasiado evidente.

—¿Y eso sería problema nuestro por qué exactamente? —replicó Joe y tosió.

—Primero, porque Estados Unidos inventó Gladio. Segundo, porque el atentado será aquí.

—Gladio estaba bajo la influencia de la OTAN.

—Semántica —dijo Diana y suspiró.

—Si aún quedan elementos de Gladio funcionando, es problema de los países donde funcionan. No nuestro. Ya bastante tenemos con luchar contra los enemigos que realmente existen. —Joe tragó saliva y se colocó las manos en los bolsillos. Sacó un manojito de llaves y comenzó a moverlas con un gesto nervioso—. ¿Es que no tenemos bastante con los atentados que se están cometiendo hoy en día en Europa? Aquí mismo... Las constantes amenazas. Por Dios. —Meneó la cabeza—. Gladio. Lo que faltaba. Preocupémonos por cuidar al presidente turco y encontrar la ricina. Y no quiero escuchar más hablar de Gladio.

—Ese es el tema... Para evitar el atentado tenemos que entender cómo funcionan. Y allí entra Gladio ¿Y si los atentados que se están llevando a cabo en todo el mundo tienen la misma finalidad que los que cometían en los setenta y ochenta? —preguntó Diana sin estar segura de lo que decía.

—¿Estás diciendo que...? —preguntó Matt y se quedó sin voz mientras terminaba de armar la frase en su mente.

—No lo sé —agregó ella y se encogió de hombros—. Estoy suponiendo. —Lo miró fijo—. Al menos creemos que en Turquía aún opera la Contraguerrilla, los Lobos Grises, Ergenekon o como se quieran llamar.

—Por Dios —repuso Joe mirándola con ojos de cordero—. ¿Estás diciendo que alguien puede cometer un atentado para obligarnos a tomar posición en contra del gobierno de Turquía? —El manajo de llaves se cayó de su mano y rompió el silencio sepulcral que había invadido la sala.

—Del gobierno turco, más bien —respondió Diana—. Si Ergenekon quiere hacer un golpe de estado, ¿qué mejor que lograr poner a Estados Unidos en contra de su gobierno? Después de todo, en Turquía tuvo lugar el único golpe de estado virtual del mundo, ¿no? Voltearon un gobierno sin un tanque en la calle hace años.

Los tres se miraron, Joe Blaine estaba pálido y el sudor le estaba manchando la camisa rosada. El jefe bajó la vista.

—Esto es mucho peor de lo que suponíamos, ¿no? —Los miró a los ojos y ambos asintieron sin disimular su preocupación—. Déjenme solo. Tengo que hacer unas llamadas —ordenó Blaine y cuando Diana giró la cabeza antes de salir de la sala vio que él ya estaba marcando un número en su móvil.

Capítulo LII

Estambul, Turquía.

Lucas estaba de pie, a pocos metros de la casa de Berkant. Estaba apoyado contra el automóvil cuyas llaves le había entregado Tina. Miraba nervioso hacia todos lados. No dejaba de tamborilear el pie contra el piso. Se pasó la mano por el pelo y cerró los ojos por un instante. En ese momento escuchó un ruido que le pareció un portazo. Miró hacia el lugar de donde provenía el sonido. De inmediato reconoció a Julia por la fotografía que le había mostrado Tina. La vio salir corriendo de la casa y no supo qué hacer. Se preguntó si tendría que ir tras ella. Entonces cruzó la calle corriendo sin siquiera mirar. Ella caminaba a toda prisa y él iba detrás sin saber exactamente qué le iba a decir. La llamó por su nombre. Ella se detuvo un segundo. Dudó en mirar hacia atrás. Tenía en la mano el DVD y lo guardó en la cartera. Se dio vuelta y vio a un muchacho demasiado flaco y pelirrojo mirándola como si fuera un pichón que se cayó de su nido. Él se acercó caminado despacio y ella recién entonces giró el cuerpo y se puso frente a él con las piernas separadas. Trató de intimidarlo y lo logró. Él se detuvo. Tenía los ojos bien abiertos y sus labios delgados parecían temblar.

Se llevó la mano al flequillo y se lo apartó del rostro.

—¿Julia Ciardi? —preguntó él con un hilo de voz.

Ella no le respondió. Lo miró fijamente mientras abría su cartera y palpaba para encontrar su móvil. Cuando lo encontró, lo sacó y recién ahí dejó de mirar a Lucas. Comenzó a marcar el número de Kamil. El muchacho no le inspiraba miedo pero después de las imágenes que había visto recién, no confiaba ni en un niño de seis años.

—Tengo algo para ti. Algo importante... Deberías venir conmigo —dijo intentando disimular sus nervios—. Mi nombre es Lucas, soy el asistente de Gloria.

Julia retrocedió un paso. El nombre de Gloria le invocó el de Berkant y otra vez tuvo miedo. Se había olvidado por completo de ella. Se preguntó si la mujer estaría al tanto de la verdad sobre Berkant. Le resultaba inverosímil, pero se dio cuenta de que hasta hace unos días, le hubiese resultado imposible creer que Berkant fuera capaz de dispararle a un hombre. Cayó en la cuenta de

que no conocía tan bien a Gloria, no estaba segura de poder confiar en ella. Pero quizás tuviera que correr el riesgo, no tenía demasiadas opciones.

—Quédate donde estás —le advirtió—. Llamaré a Gloria.

—No lo hagas. —Él levantó la mano.

—Si eres quien dices ser, no deberías tener ningún problema.

—Ella no sabe que estoy aquí —respondió, pero sabía que Julia ya estaba llamando a su jefa.

—¿Gloria? Soy Julia. Tengo que hablar contigo —sonaba agitada.

—Julia, por fin. Vete de la casa de Berkant. No te quedes allí. No le des explicaciones, simplemente vete.

—¿Lo sabes? —preguntó—. Lo sabes, ¿verdad? ¿Cuándo te enteraste?

—Sé varias cosas y ya hablaremos, ahora lo importante es que te vayas.

—Estoy con tu asistente. O alguien que dice serlo. Es pelirrojo, flaco, cara de niño asustado.

Gloria sonrió del otro lado y dijo—: Gracias al cielo. Ponlo al teléfono. Tengo que hablar con él.

Lucas parecía petrificado. Sus ojos celestes la miraban como queriéndole decir algo. Volvió a levantar la mano y cuando por fin habló, Julia sintió que alguien le apoyaba algo frío en la espalda. Se sobresaltó y supo de inmediato que Berkant estaba allí, apuntándole con un arma. Miró hacia arriba y los ojos casi le quedaron el blanco. Juntó las dos manos como si fuera a rezar y las apoyó sobre los labios. Luego suspiró. El joven seguía de pie sin hablar. Berkant le quitó el teléfono de la mano y cortó la comunicación.

—Tú, camina adelante. No intentes nada o le vuelo la cabeza... a ella y luego a ti —dijo Berkant y bajó el arma hasta tocarle la cintura a Julia. Ella recordó el certero tiro que había dejado paralítico a Tariq Dilekci. La mujer miró hacia todos lados para encontrar a alguien que pudiera ayudarla, pero la calle estaba desierta y la imagen de un hombre caminando tan cerca de una mujer no le hubiese llamado la atención a nadie—. A la casa —le dijo a Lucas.

Cuando los tres estuvieron dentro, él los obligó a ir a la sala y les dijo que tomaran asiento. Se sentó frente a ellos sin dejar de sostener el arma. Estaba nervioso, Julia no tenía ninguna duda de ello. Lo miró fijamente y le pareció tener a un desconocido frente a ella, a un ser sin alma.

—Quiero ese disco —dijo finalmente.

Julia se encogió de hombros y señaló la cartera que había al lado de ella.

—Tienes que escucharme... Tienes que escucharme, Julia. Nunca creí

que diría esto, pero no es lo que parece. Tienes que escucharme. Soy como tu padre. Te exijo que me escuches —gritó Berkant y bajó el arma.

—¿Y qué es lo que parece? ¿Eh? —Julia sollozó y miró a Lucas.

—No soy una mala persona. Me he equivocado algunas veces. Quizás varias. Pero no soy una mala persona. Te he ayudado desde el momento en que murió tu padre. Me preocupé porque no te faltara nada. Te cuidé, te di apoyo, no dejé que te sintieras sola...

—Gracias. Igual hubiese preferido que no le disparas a Dilekci, que no seas de Ergenekon. —Cuando pronunció esta palabra una lágrima comenzó a correr por su mejilla.

—Dilekci es un traidor. Ergenekon es... no es lo que te han hecho creer, Julia. Yo sería incapaz de lastimarte.

—¿Y por qué me trajiste aquí apuntándome con un arma? —Se enjuagó las lágrimas con los dedos temblorosos.

—Porque no me quedó opción, Julia. No me quedó opción. No me dejaste opción —dijo y se levantó del sillón. Tomó el arma y les dio la espalda por un segundo.

—Está bien, no importa. Pero vine aquí a saber qué había sucedido con mi padre y quiero saberlo.

Berkant hizo un leve movimiento de cabeza.

—Te mereces la verdad... y te diré lo que sé. —Julia tragó saliva con dificultad—. Tu padre vino a visitarme. Ese día quiso ir a Plaza Taksim, yo le dije que no lo hiciera, le expliqué que era peligroso. Pero él quiso ir igual.

—Sabías lo que iba a suceder —le gritó ella—. Nunca lo tendrías que haber dejado.

—Él quiso ir igual —siguió hablando él—. Allí sucedió lo que todos sabemos.

—¿Por qué desapareció? ¿Por qué nunca lo encontramos? ¿Qué significan las fotografías?

—Se lo llevó la policía para un interrogatorio. A él no lo mató el ataque, lo mató la policía. Esa era la foto que te dio Ali, aunque no sé cómo la consiguió. Nunca pude recuperar el cuerpo. No sé qué ocurrió con él —mintió Berkant y ni siquiera pestañeó.

—Quiero su cuerpo, quiero enterrarlo... —gritó ella y se tapó el rostro con las manos.

—No sé dónde está, no lo sé —le gritó Berkant y su nariz volvió a sangrar.

—Yo sí —dijo Lucas con miedo y las miradas de ambos se clavaron en él.

Capítulo LIII

Estambul, Turquía.

En la casa de Berkant, el aire podía cortarse con un cuchillo. Lucas temblaba y estaba cada vez más pálido. A Julia le parecía que podía ver las venas a través de su tez. La mano con la que Berkant sostenía el arma temblaba también.

—Eso es imposible —dijo Berkant mirando a Lucas pero sus palabras no convencieron a nadie.

—¿De qué hablas? —preguntó Julia—. ¿De qué hablas? —preguntó y lo tomó del brazo sacudiéndolo.

—En el automóvil. En el maletero —dijo él con la voz quebrada.

—¿Estás diciendo que tienes un cadáver en el automóvil? —inquirió Berkant.

—Es... algo así como... —carraspeó— es una momia —explicó Lucas y a Julia le pareció que en cualquier momento se pondría a llorar.

Julia negó con la cabeza. Se sentía en un torbellino, le era imposible pensar claramente.

Se puso de pie.

—Quiero verlo —dijo. Apenas pronunció estas palabras se le ocurrió la idea de que Lucas estaba inventado esa historia para hacerlos salir de la casa y buscar ayuda de alguna manera.

—Quédate donde estás —le advirtió Berkant y subió el arma—. Dame las llaves del coche —le indicó a Lucas. Él las tiró al suelo. El hombre las levantó pero no sabía qué hacer. Sabía que no podía dejarlos solos y mucho menos salir con ellos a la calle. También sabía que era inverosímil que Lucas anduviera con una momia en el baúl, pero si Tina estaba metida en el medio, todo era posible. Se estremeció. Ella era capaz de cualquier cosa y él lo sabía. De lo único que no tenía dudas era de que, sea lo que sea lo que llevaba en el maletero, no era el cadáver de Pedro Ciardi. Le dio las llaves a Julia y le dijo —: Ve tú. Comprueba por ti misma que está mintiendo. Y si no quieres que a él le pase lo mismo que a Dilekci, vuelve aquí inmediatamente.

Lucas miró a Julia, ella le puso la mano en el hombro y le susurró que no se preocupara. Luego se dio vuelta y le dijo a Berkant.

—Ni se te ocurra ponerle un dedo encima.

Él le hizo un gesto con el arma para que se fuera.

Mientras se dirigía hacia la puerta, Julia pensó en todo lo que estaba viviendo. Se sentía como si estuviera caminando en el agua, las piernas le pesaban, le costaba avanzar. El corazón le empezó a latir con más fuerza que nunca. De repente le costaba respirar, sintió que la garganta se le cerraba. Sabía que solo era una sensación pero aun así no podía tranquilizarse. Cuando estuvo frente al automóvil se detuvo y lo observó. Dio toda la vuelta alrededor del coche, como intentando descubrir algo. Apoyó la mano sobre el maletero, introdujo la llave y se detuvo. Inspiró. Lo abrió y miró hacia adentro. Vio un cajón de madera barata sin ninguna inscripción. Le colocó una mano encima y comenzó a hacer palanca con la llave cruz del coche cuando sintió una bocina que la desconcentró. Levantó la cabeza y observó a Adam que la miraba desde el interior de un coche. Tenía el cabello aplastado y sus ojos azules parecían más pequeños que de costumbre. Ella se tranquilizó al verlo e inclinó la cabeza.

—¿Qué haces? —preguntó—. Vine a buscarte. No quiero que estés aquí.

—Es largo de contar. Llama a la policía. Berkant tiene a un rehén adentro —explicó.

—¿Un rehén? ¿De qué hablas? ¿A dónde? —Adam aparcó el automóvil y se bajó rápidamente, con gesto preocupado. Caminó hasta Julia y la tomó de la mano.

En ese momento vieron una figura salir corriendo del lugar. Era Berkant, que sostenía su teléfono móvil en la mano. Ni siquiera los miró. Fue como si estuviese huyendo para salvar su vida. Se subió a su automóvil y se fue a toda velocidad. Adam y Julia se miraron sorprendidos. Ella salió corriendo de repente. Adam fue detrás. Entraron a la casa, Julia gritaba el nombre de Lucas con desesperación. Tenía la horrible sensación de que lo iba a encontrar muerto. Cuando llegó a la sala, lo vio. Estaba tirado en el piso, ella se acercó corriendo y le levantó la cabeza.

—Estoy bien, estoy bien... —dijo Lucas con la voz entrecortada—. Solo fue un golpe. Estoy bien.

Julia respiró aliviada. Adam se agachó y ayudó a Lucas a ponerse de pie.

—¿Qué había? ¿Qué había en ese cajón? ¿Es tu padre? —preguntó Lucas mientras se tocaba la nuca. De a poco volvió a recuperar el color. Se acomodó la ropa y volvió a tocarse la nuca.

—Vamos —dijo Adam—. Salgamos de aquí.

—¿Por qué se fue Berkant? —preguntó Julia mientras ayudaba a Lucas a caminar.

—Alguien lo llamó. Le dijo algo... No pude escuchar bien qué. Me golpeó y se fue corriendo.

Cuando salieron a la calle, Adam apartó a Julia de Lucas y se colocó frente a ella. Le puso las dos manos sobre los hombros. La miró fijo. Luego tomó su rostro entre sus manos.

—Quiero que te quedes tranquila, pero tengo algo que decirte. —Ella se asustó otra vez. Se mordió el labio—. Hubo varias explosiones, en hospitales —le apretó las mejillas y luego volvió a poner las manos sobre sus hombros —, Enrique... Enrique ha muerto.

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué? ¡No! —comenzó a llorar y abrazó a Adam. Él se dio cuenta de que ella temblaba. La abrazó fuerte, ella le clavó los dedos en la espalda.

—¿Estás seguro? ¿Quién te lo dijo? —preguntó entre sollozos, sus rodillas parecían no poder mantenerla en pie.

—Me lo ha confirmado Mustafá Kamil.

—Por eso se fue Berkant. Se debe haber enterado...

Adam le acarició la cabeza y la besó en la frente. Ella volvió a apretarlo fuerte. Lucas, a pocos metros, carraspeó. Ambos lo miraron y se acercaron a él. El maletero del automóvil seguía abierto. Julia se acercó. Tomó aire y abrió el cajón.

—¿Qué mierda es esto? —preguntó y se alejó unos pasos.

Adam y Lucas hicieron lo mismo que ella. Julia buscó con la mano a Adam y se llevó la otra mano a la boca. Lucas otra vez estaba pálido. Adam tenía los ojos como platos.

—Tu padre —respondió Adam.

Capítulo LIV

Cuando llegó a Estambul, Gloria se fue directamente a ver al General Atabärk a su despacho. El lugar estaba desierto. Esperó en una silla a que el militar apareciera e imaginó su cuerpo inmenso dejándose ver por el pasillo. La mujer encendió un cigarrillo y levantó la cabeza. Sintió un dolor agudo en la nuca. Expulsó el humo y volvió a sentir dolor pero ahora en el pecho. Observó el lugar y en ese momento apareció el General sosteniendo contra su rostro un teléfono móvil que parecía de juguete en sus manos. Apenas la vio, hizo un gesto de desagrado que no se molestó en disimular.

La observó por unos segundos y Gloria supo de inmediato que lo aquejaba algún problema. Se puso el móvil en el bolsillo y le informó a la mujer que habían estallado tres bombas en diferentes hospitales de Estambul. La mujer se quedó de pie mirándolo, intentando saber qué se ocultaba detrás de su expresión preocupada.

—Esto es un desastre, un desastre. —Él se llevó la mano a la cabeza y luego se cubrió los ojos.

A Gloria le pareció un gesto premeditado. Sus ojos mostraban preocupación pero no tristeza. La mujer permaneció callada.

—Estamos fracasando —le dijo, ahora mirándola fijo con sus ojos fríos.

A Gloria le pareció que cada día que pasaba descubría una nueva cicatriz en Atabärk. Se preguntó dónde habría adquirido semejantes marcas.

—Esperemos que el juicio logre desentrañar algo más que nos permita detenerlos —acotó ella.

—No soy tan optimista con respecto al juicio.

—El gobierno hará rodar cabezas. Quiere condenados, quiere respuestas para la gente.

—Nadie ha relacionado lo de los hospitales con Ergenekon. No sabemos si han sido ellos —dijo Atabärk.

—Es cuestión de tiempo.

En ese instante un fuerte ruido interrumpió la conversación. Ambos miraron hacia la puerta. Berkant estaba allí, de pie, con la expresión ida y la tez carmesí. Respiraba como si le costase expulsar el aire. Estaba despeinado y con la camisa fuera del pantalón. Apenas si miró a Gloria. Pasó a su lado y se dirigió a Atabärk. El militar se puso de pie pero Berkant no se intimidó. Lo

tomó del cuello y lo sacudió mientras lo insultaba. Gloria intentó separarlos pero su pareja la empujó, golpeándola contra el escritorio. El gigantesco cuerpo de Atabärk apenas se movía a pesar de las sacudidas de Berkant.

—Basta —gritó Gloria una vez de pie. —¿Qué crees que haces? ¡Basta!
—volvió a acercarse a ellos.

Berkant lo soltó y Atabärk se llevó las manos al cuello pero no dijo nada, simplemente lo miraba como si con ese gesto fuera a lograr que el otro se callara.

—¡Maldita sea! Tenías que hacerlo bien. Tenías que hacerlo bien — volvió a gritar. Giró la cabeza y miró a Gloria—. Es de Ergenekon —dijo y lo señaló—. Soy de Ergenekon —se golpeó el pecho con fuerza. Tenía los ojos llorosos y la voz quebrada.

Gloria no dijo nada, apenas si infló las mejillas y retrocedió. Miró a Atabärk por el rabillo del ojo y observó que el militar se estaba moviendo hacia ella. La mujer dio otro paso atrás sin quitarle los ojos de encima.

—Está bien Berkant. Está bien —le hizo un gesto a Atabärk para que no se moviera—. Hablemos. Esto no tiene que ser así.

—Es que no entiendes... ¡Han asesinado a Enrique! Está muerto... — Comenzó a llorar como un niño. Se llevó las manos a los ojos y agachó la cabeza—. Está muerto... —sus palabras se perdieron en un hilo de voz.

Gloria se acercó a él e intentó abrazarlo pero cuando estuvieron frente a frente, la empujó y caminó hacia Atabärk. Sostenía un arma y a pesar de que todo el cuerpo parecía temblarle, su pulso era estable.

—No —dijo Atabärk en lo que pareció una orden más que un pedido—. No lo hagas. No tiene sentido. No lo hagas.

Berkant tomó aire y cuando lo soltó, disparó. El proyectil entró en el vientre del militar, que se cubrió la herida con una mano. Tenía los ojos como platos y abrió la boca para decir algo pero no lo hizo. Miró a su agresor y luego se miró el estómago empapado de sangre. Una pierna se le aflojó y trastabilló. Gimió de dolor y cayó como una bolsa de papas. Tirado en el suelo boca arriba, observó el rostro desencajado de Berkant. Giró la cabeza y vio a Gloria, cerca de la puerta y con los ojos clavados en el abogado. Tuvo un espasmo y tosió sangre. Su cuerpo tembló y se retorció de dolor. Otra vez intentó decir algo pero su garganta no respondía. Volvió a intentar hablar y apenas pudo articular una palabra que nadie entendió. Mientras un hilo de sangre le manaba de la boca, llegó a distinguir la figura de Gloria colocándose detrás de Berkant. Los párpados le pesaban y cerró los ojos. Pudo escuchar

que ambos forcejeaban y el ruido de objetos cayendo. Luego, todo fue silencio aunque no supo distinguir por cuánto tiempo. En vano, intentó abrir los ojos. Antes de perder el conocimiento sintió una mano que le tomaba el pulso.

Gloria estaba inclinada sobre el cuerpo del General y Berkant estaba paralizado. Observó a Atabärk en el piso y por un instante sonrió, hasta que el rostro de Enrique se le hizo tan nítido que volvió a sollozar. Gloria se puso de pie y dio un paso hacia él, que ahora había bajado el arma. Él la miró fijo y, por un instante, se arrepintió de todo el dolor que había causado. Pero sabía que ya era tarde.

—Lo siento. Todo se ha salido de control. Primero fue mi hermano, ahora Enrique...

—Tranquilo —dijo ella y le extendió la mano—. Dame el arma.

—No, no, todo ha terminado —la empujó y se llevó el arma a la sien—. Dile a Nursel que tenía razón. Siempre la ha tenido. Dile que lo siento —dijo y cerró los ojos.

—No lo hagas —gritó ella.

—¡Maté a un hombre frente a ti! —Se apretó el arma contra la cabeza—. Se supone que tú tenías que cazar gente como yo. Estabas encargada de liquidar a Ergenekon. —Lloraba—. Lo siento, yo sabía quién eras y por eso me acerqué a ti. Te usé. Y ahora me quedé sin mi hijo... —Infló el pecho y a Gloria le pareció que el hombre ya estaba muerto. Su rostro ajado, su cabello gris despeinado, sus ojos azules apagados.

—Siempre supe quién eras, Berkant. Sabía que eras miembro de la organización. Sabía que conocías a Tina. Tú ibas a hacer más por mí que yo por ti —confesó ella con frialdad. Pero él no pudo sorprenderse, ni indignarse. Ya no podía sentir nada.

No se movió. Ella volvió a acercarse a él y colocó su mano sobre el arma. Lentamente logró que la alejara de su cabeza y finalmente se la quitó.

—Todo ha terminado —le dijo.

Pero cuando, en ese preciso instante, el móvil de Atabärk comenzó a sonar Berkant supo que eso no era cierto. Ambos miraron al hombre en el suelo pero ninguno se movió. Él amagó a moverse y ella le apuntó.

—Solo quiero su teléfono —dijo. Gloria hizo un gesto de afirmación.

Se agachó, tomó el aparato y atendió. Escuchó una voz. Una voz familiar. Una voz que lo dejó petrificado. La voz de Tina preguntándole cómo iba todo. Soltó el móvil y se puso de pie. Pateó a Atabärk con todas sus fuerzas. Gloria le gritó que se detuviera. Pero él no la escuchaba. En su cabeza solo resonaba

la voz de la traidora de Tina. Entonces, en una fracción de segundo, Berkant vio las cosas claras. El misterioso escape de Tina de la prisión tenía ahora una explicación. Él la había sacado de Diyarbakır y estaban trabajando juntos. La muerte de Kayar debía haber sido ordenada por Atabärk. Sacar a la luz el apéndice del manual también. Seguramente para lograr que Estados Unidos no se inmiscuyera en los asuntos de Turquía. Ya iban a tener bastante que explicar si esa información llegaba a la prensa.

Gloria se acercó a él empuñando el arma. Seguía gritándole que se alejara pero él la ignoraba. Berkant volvió a patearlo, otra vez con todas sus fuerzas y el hombre, desde el suelo, gimió. Movi6 la cabeza y vio que Gloria estaba a su lado y apuntándole a corta distancia. Entonces se agachó y se echó sobre las piernas de la mujer. La embistió y ambos cayeron. El arma se le resbaló de las manos. Berkant le apretó el cuello con furia y los ojos de Gloria lo miraron fijo. Él aflojó la presión y ella tosió. Con una mano intentó separarse pero él la golpeó en la frente con el puño cerrado. Gloria perdió el conocimiento y el abogado se levantó. Tomó el arma y caminó hacia la puerta. Antes de irse, giró la cabeza y observó a Atabärk en un charco de sangre. *¿Por qué me traicionaste? ¿Qué estabas tramando?*, se preguntó a sí mismo. Mientras cerraba la puerta de un golpe, supo que tenía que encontrar a la única persona que le daría respuestas. Tina.

Capítulo LV

3 de octubre de 2008.

Matt se había pasado toda la noche despierto en el avión. No había dejado de pensar en la conversación que había tenido con Diana y Joe. Se preguntó si habría hecho las cosas bien. Pensó en Berkant y se preguntó por qué un respetado abogado terminaba colocando bombas y queriendo derribar a un gobierno. Maldijo en voz alta y golpeó la mesita que la azafata había desplegado para servirle la cena. La mujer estaba a punto de apoyar un plato de pasta y lo miró:

—¿Se encuentra bien? —preguntó y le sonrió.

—Sí, sí. Estoy bien —respondió él y estiró la mano para tomar la bandeja de comida.

Sabía que una vez que llegara a Turquía le esperaba la difícil tarea de averiguar sobre un atentado que se cometería en Estados Unidos. La sola idea sonaba ridícula, y sin embargo, allí estaba él, en viaje a un país desconocido y con más dudas que certezas. Movi6 la cabeza y miró por la ventanilla. Comenzó a comer y cuando estaba dando el último bocado, le vino a la mente el nombre de Joe Blaine en la lista de Operación Gladio. Le costó tragar y se llevó la mano a la garganta. No quería pensar en ello. Seguramente habría algún error. La azafata recogió la bandeja y él se distrajo por un segundo. En ese momento el avión se sacudió y el piloto anunció que pasarían por una zona de turbulencias. Matt se ajustó el cinturón y levantó la mesita. Cerró los ojos mientras el avión se bamboleaba sin cesar. Odiaba volar y en ese momento recordó por qué. Mientras el aparato no dejaba de moverse, Matt se durmió sin darse cuenta.

Cuando llegó a Estambul percibió que de lo único que se hablaba era del juicio que se le estaba por iniciar a los miembros de la supuesta red terrorista. Muchos intelectuales veían en aquel proceso un ardid más del gobierno para lograr sus objetivos. Matt, sin embargo, estaba seguro de que esa gente era responsable de muchísimas muertes. Pudo percibir, mientras viajaba a encontrarse con Mustafá Kamil, que en el aire se respiraba una tensión generalizada. Gran cantidad de gente había muerto en los atentados que habían azotado al país en los últimos días y a Matt le pareció que se vivía una mezcla

de duelo interminable y paranoia.

Cuando llegó a la dirección que Kamil le había dado, notó decenas de policías que iban y venían constantemente. No dudó, conocía demasiado bien aquellos movimientos desesperados donde los agentes parecían hormigas, chocándose unos contra otros, yendo y viniendo del mismo lugar: había sucedido algo, algo importante. Matt deseó desde lo profundo de su ser que no fuera otro atentado. Kamil se acercó a él, le extendió la mano y lo condujo hasta una oficina con varias personas trabajando sin parar en sus ordenadores. Al detective le dio la sensación de que el ruido de los golpes contra el teclado lo iba a volver loco. Estaba nervioso, muy nervioso. A pesar de que era la primera vez que veía a Kamil, lo notó tenso y se preguntó si siempre tendría esa expresión de dolencia.

—Señor Vargas, usted está colaborando con nuestra investigación y nosotros colaboraremos con la suya pero es importante que no se interfiera en ningún procedimiento, ¿de acuerdo? —dijo Kamil y resopló. Sabía que no tenía ningún sentido pronunciar aquella frase pero quería estar seguro de que podía devolver a Matt a Estados Unidos a la primer interferencia de su parte.

Matt asintió.

—Ningún problema —respondió.

—Cihan Atabärk está herido y en grave estado —le dijo.

Matt se refregó los ojos y se pasó la mano por el pelo. Resopló. Sabía que había perdido una de sus oportunidades para descubrir qué había de verdad en lo que había dicho Ali. También sabía que era muy probable que aquel viaje no sirviera de nada, pero ya no tenían opciones. Entonces preguntó por Berkant.

—Él es quien le disparó a Atabärk. Está prófugo.

—Pensé que lo iban a estar vigilando... —dijo Matt sorprendido.

—Están explotando bombas por toda la ciudad. Nuestra prioridad es detener los ataques. —Era evidente que el hombre tenía demasiada presión encima como para soportar a un detective extranjero que viniera a marcarle las cosas que ya sabía había hecho mal—. Lo hemos perdido. Ya estamos trabajando en eso.

—Al menos ahora sí tienen un motivo para detenerlo —dijo Matt y bajó la cabeza. Kamil lo miró y no le respondió. Era lo mismo que había pensado él un rato antes.

En ese momento entró Gloria caminando como una tromba. Miró a Mustafá Kamil y luego a Matt. No saludó a ninguno. Se quedó de pie en el

medio de la sala, se tocó la nuca con un gesto de dolor.

—Atabürk herido, Berkant prófugo —dijo—. Ya he dado mi declaración... Dos piezas fundamentales de la red que no pueden hablar —negó con la cabeza, lamentándose.

—¿Tú estás bien? ¿Estás lastimada? —preguntó Kamil que vio una venda sobre el ojo de Gloria y notó moretones en sus brazos.

—Perfecta. Necesito que hagas algo —dijo mirándolo—. Atabürk recibió una llamada que Berkant atendió. Hasta ese momento parecía que no iba a huir. Amenazó con suicidarse pero cuando escuchó esa voz del otro lado, se volvió loco. Necesito saber quién lo llamó.

—Tenemos su móvil, rastrearemos todas las llamadas —indicó.

Gloria inspiró hondo y miró hacia el techo. Se tocó la frente lastimada e hizo un gesto de molestia. Su corazón le decía que la llamada provenía de Tina pero no tenía forma de estar segura. Sabía que si así era, Berkant estaba yendo en ese preciso instante a asesinarla. Entonces no supo si realmente quería detenerlo. Alguien por fin iba a hacer el trabajo sucio que ella tanto había deseado. La voz de Kamil interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué le diremos a la prensa respecto a tu relación con Berkant?

Ella lo miró y se encogió de hombros. Giró la cabeza y observó a Matt a pocos metros con cara de confundido. Pensó que parecía un adolescente en un colegio nuevo.

—La verdad —respondió volviendo a mirar a Kamil—. Que era una operación.

—Dirán que no sirvió para detener los ataques. Dirán que...

—Que digan lo que quieran —lo interrumpió Gloria—. A diferencia de cómo ustedes llenan sus prisiones, en Europa solemos esperar a recoger pruebas antes de llenarlas.

Kamil no dijo nada. Sabía que la mujer estaba alterada porque la prensa diseccionaría su historia y la harían quedar como una inútil. Le pareció que no era justo. Gloria estaba ayudando a Turquía a romper una estructura secreta de poder que había manejado el país por décadas, aun arriesgando su propia vida.

—Tina Villazín... ¿Testificará en el juicio? ¿Es cierto eso? —preguntó la mujer antes de irse.

Kamil asintió con la cabeza.

—Sí.

—Tina Villazín es Paola Valmertte.

—Lo sé —respondió él, avergonzado. Gloria se acercó.

—Si la prensa pregunta, dile que todo salió mal porque ustedes negaron información a sus pares europeos —dijo ella visiblemente ofuscada—. ¿Hace cuánto qué venimos trabajando en esto? —Negó con la cabeza y se mordió el labio—. No me lo digas, Tina será la testigo estrella.

—No exactamente. Pero es importante.

Gloria se acercó aún más al hombre y miró a Matt para asegurarse de que estuviera lo suficientemente lejos y no pudiera escucharla.

—¿Por qué no me lo dijeron?

—Atabärk dio la orden de que no te dijéramos nada sobre ella hasta el momento del juicio —respondió él y desvió la vista—. No sabíamos que él...

—Lo sé, nadie lo sabía —reconoció ella y se refregó los ojos—. Lo extraño es que Atabärk, sabiendo que investigábamos a Berkant, no le haya dicho nada.

—¿Estás segura de que él no sabía que estaba siendo investigado?

—Sí, más que segura. Él me confesó que se acercó a mí para tenerme controlada. No tenía ni idea de que yo sabía la verdad. Atabärk nunca se lo dijo.

—Quizás haya habido alguna rencilla entre ellos —dijo él.

—Es probable. Pero volvamos a Tina.

—Ella no será juzgada. Será solo un testigo... Sin duda llamará la atención de la prensa de todo el mundo su historia —dijo y miró hacia abajo.

Gloria se acarició el mentón y miró hacia el techo.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Escucha, Gloria —dijo Kamil e intentó sonar comprensivo—. Sé lo que significa Tina para ti, pero la necesitamos para evitar más muertes. Es lo que importa ahora. Detenerlos.

—¿Dónde está? —repitió ella.

—No lo sé. Atabärk había establecido para ella un escondite secreto. En este momento están allanando su casa, su despacho, su casa de fin de semana, su bóveda en el banco. Todo. Algo encontraremos.

—Eso espero —dijo la mujer y se fue del lugar. Le hizo un gesto mostrándole el móvil que él interpretó correctamente. La llamaría si había alguna novedad.

Matt, aún a un costado de la sala, se preguntaba cuándo descubrirían algo útil para su investigación. Kamil lo tomó del brazo y se lo llevó a su despacho. Tenía que ponerlo al tanto de todo. E iba a demorar un buen rato.

Gloria cruzó al bar que estaba frente a la comisaría. Apenas se sentó en una mesa, oyó su móvil. Su jefa, Gretchen, la estaba llamando. Escuchó las últimas novedades del caso boquiabierta y también ella le contó sobre la información que los turcos no le habían brindado. Seguía molesta y su jefa también lo estaba. Antes de cortar, la mujer la felicitó por el trabajo realizado. A pesar de todo, habían desbaratado parte de la cúpula de Ergenekon. Y quién sabe cuántas muertes habían evitado. Estaba segura de que si estaban planeando un atentado fuera de Turquía, este giro de los acontecimientos lo detendría.

Gloria estaba a punto de dar un sorbo a su café pero se distrajo mirando los coches pasar. Se dijo a sí misma que necesitaba estar sola y pensar. Quizás su misión en Turquía había terminado, pero aún debía hacer las paces con la idea que Tina fuera a testificar en el juicio. Pasó un buen rato revolviendo el café hasta que se enfrió. Estaba a punto de irse cuando vio a Nursel en la vereda de enfrente. Ella se acercó caminando lentamente y se sentó sin esperar a que la invitaran. Se veía abatida, como si acabara de sobrevivir algo terrible. Y en cierto modo, así era.

—Me avisaron —dijo con la voz temblorosa—. Sé que Enrique está muerto y Salma está herida. Sé que Berkant se ha ido. Sé que él...

—Sí —dijo Gloria— él te ha pedido perdón.

—No —replicó Nursel—. Eso no me importa. Sé que él siempre supo lo que le pasó a Celal. —Se tapó los ojos con la mano y comenzó a respirar con dificultad. La otra mano temblaba sobre la mesa—. Lo supe desde la otra noche en la cena. Supe que todo lo que me había dicho Fabri Yazr era verdad.

Gloria puso su mano sobre la de Nursel y la apretó. Notó sus dedos huesudos y su piel fría.

—Pero voy a ayudarte a atraparlo. Es algo que tengo que hacer por Celal. Y también por Fabri. También por él —dijo y miró hacia el cielo.

Gloria apreció el gesto pero no sabía qué dato útil podría brindar la mujer. No quería lastimarla. Ya había tenido suficiente rechazo en su vida.

—Lo atraparemos —dijo e intentó no sonar condescendiente.

Miró a Nursel y volvió a apretarle la mano. Iba a encontrar a Berkant. Y a Tina. Se dio cuenta de que la historia no había acabado. Algo no cerraba.

Nursel tosió y movió la cabeza. Gloria se dio cuenta de que no podía seguir perdiendo tiempo. Un segundo después se levantó de la mesa y se fue. Nursel se quedó allí, mirando cómo la mujer se perdía entre la gente. Y pensando en los últimos dieciocho años que había pasado internada. Y

entonces lloró otra vez.

Una patrulla con las sirenas encendidas pasó raudamente frente a Gloria. Hasta ese entonces casi no había pensado en la muerte de Enrique. Y apenas lo entendió se sintió mal. Perder a un hijo era algo que cambiaba a las personas para siempre. Ella lo sabía. Lo que más la perturbaba era que Berkant era culpable de su muerte.

Cuando se subió a su automóvil decidió llamar al hospital donde se encontraba Salma para saber si su estado había mejorado. Una mujer con voz de pocos amigos le informó que la mujer había despertado pero nada más. Ella sintió alivio. Antes de encender el automóvil, llamó a Julia.

—¿Dónde estás? —preguntó a modo de saludo.

—Estoy en casa de Berkant, ha venido la policía. Berkant se ha ido —dijo estirando las palabras de una manera tal que Gloria se preguntó si habría tomado algún tranquilizante. Detrás de su voz se escuchaba cierto barullo de voces hablando una sobre la otra. Julia se alejó unos pasos y siguió hablando, casi susurrando—. Estoy con Lucas, bueno... estaba... Ahora se ha ido, porque lo están interrogando. Él está bien. Pero sucedió algo raro. En el automóvil en el que venía —carraspeó—, dijo que estaba mi padre, una momia de mi padre... no sé, hay un cuerpo que parece momificado, pero es muy pequeño... ¿Es mi padre? ¿Tú sabes algo? ¿Por qué lo tenía Tina? —preguntó ella alarmada—. No se lo he dicho a la policía, pero no sé qué hacer. No sé qué hacer...

Las pupilas de Gloria se dilataron al escuchar otra vez esa palabra.

—¿Con quién estás? —preguntó Gloria.

—Con Adam.

—Tina robó la momia hace unos días. Hasta ese momento no estábamos seguros de qué significaba eso, pensamos que estaba traficando tesoros arqueológicos. O simplemente llamando la atención de sus antiguos camaradas. Tenía gente siguiéndola en ese preciso momento para capturarla. Pero algo salió mal y... No importa. Lo importante es lo siguiente. Me acaba de llamar mi jefa desde Ámsterdam —dijo y se detuvo de golpe—. Escucha bien lo que te voy a decir...

—Te escucho —respondió Julia cada vez más nerviosa.

—Tu padre no murió en la Masacre de Plaza Taksim.

Julia suspiró y los ojos se le inundaron de lágrimas. Ya lo sabía, pero cada vez que lo escuchaba volvía a sentir un puñal en el pecho.

—Tu padre pertenecía a la Logia *Propaganda Due*, ¿sabes de qué hablo?

—continuó Gloria.

—Sí, son una logia masónica italiana. Algo he escuchado.

—La Logia tenía que ver con Operación Gladio —explicó y tragó saliva—. Fingieron la muerte de tu padre. En Argentina ya había sido identificado por grupos de izquierda y no podían arriesgarlo. En Plaza Taksim fue arrestado por la policía y golpeado. Pero no murió. Necesitaban que desaparezca y el plan fue perfecto. Era una buena coartada. Ellos organizaron el ataque y luego simularon que él había sido una de las víctimas. Un tiempo más tarde lo enviaron a Roma. —Otra vez un silencio—. Allí secuestró a Paola Valmertte, o sea a quien tú conoces como Tina. Querían intercambiarla por un integrante de los Lobos Grises, aquel que atentó contra el Papa.

El pulso de Julia se aceleró y comenzó a llorar.

—Cuando comprobaron que el intercambio de Ali Ağca no iba a hacerse, él prácticamente adoptó a Tina y vivió con ella por tres años. Cuando Tina tenía dieciséis años, tu padre fue asesinado de dos tiros en la cabeza. Creemos que por los Lobos Grises, no sabemos exactamente quién. Pero probablemente Berkant. Tu padre ya estaba muerto, así que no fue un problema deshacerse de él. ¿Comprendes?

Ella asintió con la cabeza e hizo un ruido gutural al darse cuenta de que Gloria no podía verla.

—Alguien momificó a tu padre en algún momento y lo dejó en una cueva entre Siria y Egipto.

—¿Quién sería capaz de...?

—No creas que es tan raro, se han reportado muchísimos casos de falsas momias. Momifican cadáveres y los hacen pasar por tesoros, los venden a museos o coleccionistas diciendo que tienen miles de años. Pero eso no importa ahora. Hace poco, Tina robó el cadáver de tu padre. Para hacértelo llegar a ti.

—Eso es lo que hizo —replicó Julia—. ¿Pero por qué?

—No lo sé, pero voy a averiguarlo. Lo que por el momento creo es que culpaba a Berkant por no haberla ayudado cuando cayó presa.

Del otro lado de la línea se escuchó un sollozo intenso.

—Por Dios, por Dios...

—Berkant le ha disparado a alguien, a alguien de Ergenekon. Ahora está prófugo. Quiero que ustedes se queden allí. Varios agentes los custodiarán. Obviamente Berkant no volverá a allí, pero es mejor tener todo bajo control.

—Está bien —dijo Julia. Luego salió a la calle y fue hasta el automóvil.

Abrió el cajón y volvió a llorar al ver el cuerpo arrugado y estropeado de su padre.

—¿Estás segura de que es él?

—No. No lo estaremos hasta realizar un análisis de ADN.

Julia se despidió y se guardó el móvil en el bolsillo. A pocos metros, en un automóvil negro, Tina la observaba y asentía con la cabeza sonriendo. Recibió un mensaje de texto en su móvil. “*Cabeza abajo. Plan continúa*”. Tina tiritó. Atabärk estaba herido. Pero el plan continuaba tal como estaba planeado. Arrancó el coche. Aún tenía un largo camino por delante.

Capítulo LVI

4 de octubre de 2008.
Turquía.

Tina iba manejando una camioneta alquilada por una carretera casi desierta. Estaba distendida, iba tarareando una canción y tamborileando los dedos contra el volante. Cuando se cruzaba con otro vehículo, sonreía. Tenía el cabello rubio atado con un rodete bien tirante debajo de su *türban* y sus ojos verdes resplandecían. Había cumplido con parte de su misión, había entregado el cadáver a Julia. Ahora faltaba la última parte y la más emocionante. Por supuesto que no pensaba presentarse a declarar en el juicio. Iba a volver a desaparecer cuando todo terminara. Quizás para siempre. Las cosas no habían salido tan mal. Sentía la necesidad de descansar. Pensó en Berkant, en sus ojos mirándola fijo, no pudiendo creer lo que veía. Después de tantos años, ella, que conocía todos sus secretos, se había presentado frente a él como si nada. Rio. Giró el cuello para un lado y para el otro. A lo lejos vio una mujer que se había detenido con el automóvil al costado de la carretera. Seguramente necesitaba ayuda. Pensó en detenerse, pero ese pensamiento le duró un segundo. No era la mejor idea. Esa mujer, de pronto, le recordó a Gloria. Se preguntó si ella ya sabría que Berkant era de Ergenekon. Creyó que era imposible. El mundo de Gloria se desmoronaría apenas supiera la verdad. De ninguna manera podría soportar haber dormido con un hombre que había participado de la Contraguerrilla.

Tina sabía que su hija había sido una víctima inocente. Pero ella, sin ir más lejos, también lo era. Había perdido a toda su familia y no había culpado a nadie. Cualquier otra niña de trece años hubiera perecido en aquella situación, pero ella se había adaptado al medio que la rodeaba y había sobrevivido. Gloria no pudo seguir adelante. Entonces se dio cuenta de que sí tenía algo en común con esa mujer. Ella sí culpaba a Berkant por la muerte de Pedro Ciardi, aquel hombre que la había protegido. Sin embargo, no se habría decidido a actuar contra él si no la hubiesen dejado presa en Diyarbakır. Aquello fue lo que la enfrentó a ellos, todo ese dolor que nunca pensó que era capaz de sentir. Devolverle el cadáver de Pedro a su hija Julia era simplemente la forma de arruinar un poco más la vida de Berkant. No solo

estaría arruinando los planes que el abogado tenía para Turquía, sino que se metería con su vida. Esa fachada de profesional dedicado y preocupado por los demás. Lo haría vivir un infierno. El infierno que merecía.

Recién entonces, en aquel viaje por las carreteras turcas, comprendió hasta dónde llegaba el odio de aquella mujer para haberla perseguido tantos años. Ella también lo sentía. Se golpeó la cabeza y se lamentó no haberlo comprendido antes. Gloria estaba tan obsesionada con ella porque esa persecución era lo que la mantenía viva. Finalmente había encontrado algo en común, la búsqueda de venganza las hacía despertar día tras día.

En el asiento del acompañante el móvil estaba sonando desde hacía un rato pero ella no lo había escuchado. Atendió y puso el altavoz.

—Las cosas se están complicando un poco —dijo una voz de hombre.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó ella mientras acariciaba el volante con la mano izquierda.

—Por ahora nada. Seguiremos como estaba planeado. Mantén el móvil encendido por si acaso...

Ella disminuyó la velocidad y se detuvo al costado de la carretera. Bajó del coche y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo. Encendió uno y aspiró con fuerza. Tenía los ojos cerrados y se apoyó contra el vehículo. Se quitó el *türban* de la cabeza. Hasta hacía cinco minutos se sentía bien, ahora estaba nerviosa. Dio otra pitada y abrió los ojos justo para ver cuando un automóvil con un hombre se detenía a su lado y le preguntó si necesitaba ayuda. Ella negó con la cabeza sin mirarlo. El hombre insistió y observó cómo ella volvía a ponerse el *türban* pero de forma tal que le cubría gran parte del rostro.

—No —dijo ella y se subió a su automóvil. Pensó que lo mejor era tranquilizarse y así sacarse de encima a aquel hombre. Cuando miró hacia el coche, vio a ese señor mayor, con apenas unas vetas de cabello blanco en la nuca. El tipo sonreía. Tina vio que uno de sus dientes era de plata. Él se bajó del vehículo y puso las manos sobre la puerta de la camioneta. Notó los ojos de la mujer entornados.

—¿Puedo ayudarla, señorita? —preguntó una vez más.

Tina negó con la cabeza. El hombre sonrió y se alejó. Ella notó que el tipo rengueaba. Entonces sintió que el corazón se le detenía. *¿Es él?*, se preguntó, *¿Puede que sea él?*

No estaba segura pero creyó reconocer aquellos ojos oscuros como la noche, aquel andar desparejo, ese diente brillante. Puso la mano en la manija de la puerta pero se detuvo. No podía ser él, no podía estar tan envejecido.

No, imposible, pensó. Me habría reconocido. Entonces quitó la mano de la manija y negó con la cabeza. Ya tenía bastante en qué pensar cómo para sumarle otra cosa. Esperó unos segundos con el automóvil apagado a que el hombre se subiera a su coche.

Miró sus movimientos tranquilos, lentos, como si algo le doliese. El hombre giró la cabeza antes de subir a su vehículo y le hizo un gesto con la cabeza, saludándola. Entonces se llevó la mano a la cabeza como si se estuviese acomodando el pelo y se refregó la mano en la frente.

Es él, dijo para sus adentros y bajó del auto como un rayo. Los ojos entornados, su rápido andar, la mano en el bolsillo. El hombre la vio acercarse y le sonrió otra vez. Tina volvió a ver su maldito diente de plata. Le golpeó la ventanilla y él arqueó las cejas. Pudo notar que la mujer estaba contrariada. Volvió a golpearle la ventanilla y él, otra vez con movimientos lentos, bajó el vidrio.

—Sí, querida. ¿Qué puedo hacer por ti?

Tina se agachó hasta que sus ojos quedaron a la misma altura.

—¿Me recuerda? —dijo corriéndose el velo del rostro.

Él no reaccionó y entonces ella se desató el *türban* y lo revoleó. El hombre vio su cuello y parte del pecho quemados y cerró los ojos. Parecía confundido. Titubeó.

—Señorita, la acabo de ver allí —dijo intentando no mirarla y señaló con su mano temblorosa la camioneta.

—No, míreme bien —Tina le acercó el rostro, como enfrentándolo.

El hombre llevó el torso hacia atrás, había temor en sus ojos.

—No señorita, disculpe, no la recuerdo —dijo.

—Diyarbakır. Año 2000.

El hombre se puso tenso. Su rostro ajado se aletargó. Con la mano derecha buscó las llaves que estaban sobre su falda y con la otra intentó subir la ventanilla. Luego de unos segundos y varios intentos, por fin pudo colocar la llave en el contacto. El automóvil tardó unos instantes en reaccionar. Su mano temblorosa aún apretaba las llaves con fuerza.

—Entonces me recuerda —dijo ella y abrió la puerta del coche. El hombre intentó cerrarla y el vehículo comenzó a avanzar muy lentamente. Ella lo tomó de la camisa y lo empujó hacia afuera. El hombre cayó de costado, golpeando su mejilla contra el suelo. Ella lo pateó y él lanzó un grito casi imperceptible.

—No —suplicó el viejo desde el suelo—. Me confunde con alguien. Por

favor, solo quería ayudarla. —Rompió en llanto.

Ella volvió a patearlo, ahora en la cabeza. Él se tapó la boca y luego se llevó las manos a los ojos. Ella seguía pateándolo, cada vez con más fuerza, hasta que estuvo fuera de sí. Su rostro se había desfigurado por el odio y no escuchaba las súplicas del viejo que estaba desangrándose en el suelo.

Ella se alejó apenas unos pasos y el hombre intentó tomar aire pero cuando inhaló solo pudo tragar la sangre que le brotaba de adentro de la boca. La miró y juntó las dos manos como suplicando. Tina no distinguió ese gesto, solo pensó en las dos manos de aquel quien suponía un viejo guardia de Diyarbakır sobre su cuerpo. Tembló y volvió a patearlo, esta vez en la entrepierna. El hombre ya no gritaba, simplemente se aferraba al suelo de tierra, levantando polvo. Ella siguió golpeándolo por varios minutos más, hasta que notó que el hombre casi no se movía. Se agachó y se acercó a su oído.

—¿Qué se siente? ¿Saber que no hay escapatoria? ¿Qué se siente? —le susurró.

Se puso de pie y se fue hasta su camioneta. Allí lo primero que pudo ver fue su teléfono móvil y vio que había sonado otra vez. Maldijo en voz baja y se subió a la camioneta. Se miró al espejo y notó que estaba un poco despeinada. Pensó si dejar el otro vehículo allí a la vista era buena idea. Entonces volvió a apearse, y fue hasta donde el hombre yacía tirado. Lo tomó de las piernas y lo arrastró varios metros, dejando un reguero de sangre en el camino. Lo llevó lo más lejos que pudo y lo dejó allí. Con suerte, nadie lo vería hasta el día siguiente y ella ya estaría lejos.

Mientras caminaba hacia la carretera otra vez, se preguntó si sería mejor seguir viajando en la camioneta que había alquilado o en el auto del tipo. No sabía si tenía familia o alguien que pudiese darse cuenta pronto que faltaba de su hogar. Supuso que un monstruo de esas características no tendría mucha gente que lo extrañara. Pero se había equivocado. Cuando se subió al coche y miró hacia atrás vio un moisés con un bebé de pocos meses plácidamente dormido. El niño estaba vestido con un conjunto verde y tenía una expresión apacible. Tina insultó al viejo. No podía viajar con un niño, era demasiado peligroso, y aunque no lo fuera, no tenía la menor idea de qué hacer cuando se despertara. Volvió a bajarse del coche y sacó el moisés con el pequeño. Lo dejó al borde de la carretera. Se subió al automóvil y apenas arrancó pudo escuchar el gemido del niño despertándose.

Capítulo LVII

5 de octubre de 2008.

Tina había llegado por la madrugada a la residencia de Atabärk en el pequeño pueblo de Polonezköy. Apenas despuntó el sol en la mañana, Tina observó el increíble color de los valles y montañas. Era tan bello como el General le había dicho. El césped parecía una inmensa alfombra verde que llegaba hasta cada una de las espectaculares residencias del pueblo.

Decidió ir a comprar el periódico y volvió a la residencia. Se encerró en la habitación más pequeña de la planta alta y no abrió ninguna ventana.

Por primera vez en semanas, los titulares de la prensa ya no mencionaban el juicio a Ergenekon. La noticia que recorría Turquía era la del hombre que había sido asesinado en una carretera cerca de Estambul y su pequeño nieto, que estaba internado en grave estado luego de haber pasado horas a la intemperie, abandonado a su suerte.

El periódico informaba que el nombre del asesinado era Boysan Kadim, un turco que hacía cinco años vivía en Egipto y había venido de visita para conocer a su nieto cuya vida ahora pendía de un hilo. Había muchas especulaciones sobre el tema, algunos decían que había sido un simple intento de robo, pero otros hablaban de un crimen por encargo.

La hija de Kadim había aparecido en varios medios rogando que si alguien sabía algo se acercara a las autoridades para colaborar con la investigación. La mujer tenía poco más de veinte años y un rostro casi perfecto, ahora transfigurado por el dolor.

Tina vio en el noticiario sus ojos hinchados. Pensó en apagar el televisor pero no tuvo fuerzas para levantarse de la cama. Había dejado abandonada la camioneta en un sitio apartado pero sabía que era cuestión de tiempo hasta que la encontraran. Se preguntó si al huir podía haber dejado algo que la comprometiera. No, era casi imposible, ella era muy cuidadosa. Volvió a escuchar los sollozos de la mujer, quebrada por la tragedia. La mujer dijo que era su culpa, que su padre no había pisado suelo turco en varios años y ahora estaba muerto. Se cubrió los ojos con las manos pálidas y lloró.

Tina se incorporó. *Era él, estoy segura*, pensó. Se rascó y miró por la ventana. Se bajó de la cama y apagó el aparato. *Ese hijo de puta estaba en*

Diyarbakır hace ocho años. Era él, sus manos, sus gestos... era él, se repitió para convencerse.

Intentó desviar su atención hacia Julia. Ya estaba al tanto de todo, sabía quién era Berkant y lo odiaba. Estaba segura. Y lo odiaría tanto como ella. A pocos metros, observó el espejo que colgaba de la pared. Fue hasta allí y lo quitó. No soportaba la idea de ver su propio reflejo, de comprender la expresión que todos ponían al posar la mirada sobre su cuerpo. Cerró los ojos para espantar la sensación de volver a sentir fuego sobre su cuerpo que le venía de cuando en cuando. Los abrió un minuto después y se tranquilizó al mirar alrededor. Estaba en un lugar seguro.

Se acercó a la cama y se sentó. Las piernas le dolían un poco. Cuando miró hacia la pared vacía, otra vez su mente volvió a revivir la escena donde había golpeado a aquel anciano hasta matarlo. No podía sacárselo de la cabeza. Intentó recordarlo todo en cámara lenta, recordar cada palabra, revivir aquella sensación de tener a ese monstruo frente a ella. El ojo comenzó a latirle y sus dedos a temblar. *Ojalá no me haya equivocado*, pensó y dejó caer pesadamente los párpados. Se preguntó qué pasaría si no estaba en lo cierto. Pensó en el dolor que sentiría aquella jovencita, se preguntó si tendría coraje suficiente como para buscarla, para vengarse; en definitiva, si aquella muchacha tan joven sería su nueva perseguidora. Abrió los ojos y sintió un dolor punzante en la cabeza. Buscó en su cartera algún analgésico. Así no podía pensar.

No encontró nada y revoleó el bolso contra la pared. Tomó su móvil pero se arrepintió y lo dejó sobre la cama. Se puso de pie y comenzó a caminar en círculos. Estaba tensa, se sentía acorralada. El haber asesinado a ese hombre cambiaba las circunstancias, ahora iban a intentar dar con ella y no sabía si Atabärk iba a sobrevivir para ayudarla. Sin proponérselo, había cambiado el eje de las cosas, de sus actos. Se había vengado de ese maldito guardia y pensó que lo hubiese disfrutado mucho si no fuera porque eso no estaba en sus planes. Y podía haber dejado algún cabo suelto. La venganza contra Berkant, en cambio, solo le había dejado un sabor dulce. No había nada que no hubiese estado perfectamente premeditado.

Se dirigió a la cama con paso tambaleante y se echó sobre el colchón. Cerró los ojos pero al sentir la garganta seca los abrió y buscó una botella que había en el suelo. Estaba casi vacía pero bebió con desesperación hasta que no hubo ni una gota más. Luego la soltó y la botella se rajó al golpear el suelo. La miró pero no la levantó, en cambio, se llevó el antebrazo a la cabeza y se

cubrió los ojos. Volvió a ver al anciano mirándola con miedo. Ayer había estado tan segura de que era él, hoy dudaba. Intentó, otra vez, pensar en otra cosa. Se obligó a reflexionar sobre el juicio a Ergenekon. *En cuanto comience el juicio se olvidarán del tipo*, pensó ella.

De repente sintió una oleada de cansancio que se le extendía por todo el cuerpo. Tiritó. Por primera vez en muchos años sintió que no sabía cómo seguir. Entonces le vino a la mente la imagen de sí misma cuando era joven, cuando no tenía problemas, cuando el mundo aún no le parecía un gran campo de batalla. Se vio a los doce años, tan alta y rubia, hablando despreocupadamente con su madre, que se parecía mucho a ella físicamente. Se preguntó si aún estaría viva. La última vez que la había visto la había saludado como todos los días antes de partir hacia el colegio. Extrañamente se acostumbró a su ausencia más rápido de lo que pensaba. Tampoco extrañaba a su padre, un hombre distante al que veía poco y nada. Sin embargo, a veces cuando cerraba los ojos en las noches se preguntaba qué habría sido de la vida de su pequeña hermana Rosana, que tenía apenas cinco años cuando ella desapareció.

Recordó también que cuando estaba entrando en la adolescencia solía discutir con su madre sobre política. La mujer le decía que era demasiado pequeña para tener pensamientos tan radicales sobre el mundo, le acariciaba el rostro y le decía que con el tiempo descubriría que en la vida no todo era blanco o negro. Tina odiaba esa actitud condescendiente de su madre y siempre se enfurecía. Sonrió al darse cuenta de que ella seguía creyendo que el mundo se dividía en buenos y malos y era así de simple.

Transcurrido un rato durante el cual apenas logró dormir, reparó en el hecho de que Atabärk estaba herido. Probablemente mal herido para no seguir coordinando la operación. Se rascó la cabeza. Recordó el momento en que el General la había ido a ver a la prisión. No se había inmutado al ver su cuello quemado. Seguramente ya lo sabía. Le había propuesto sacarla de allí a cambio de que volviera a trabajar, pero esta vez, exclusivamente para él. Atabärk tenía planes, planes que en cierto punto se tocaban con los de ella. Pero hasta que llegara el momento de actuar, ella debía arreglárselas sin él, ser una célula durmiente. Era su responsabilidad lo que hiciera una vez que estuviera fuera de la prisión. Él la ayudaría a escapar, y después, nada. Hasta que llegara el momento de volver a actuar.

Le había explicado que debía sacarse de encima a Berkant, creía que él y varios más estaban poniendo en peligro a la organización. Iban a tener que

sacrificarlos para poder seguir adelante. A ella no le llamó la atención su razonamiento.

Una frase que él había pronunciado en la prisión le continuó resonando en la cabeza por varios días: “Berkant no tiene que saberlo. Él quería que siguieras aquí”. Y todo el rencor que ella acumuló ese tiempo tuvo entonces su objetivo. El abogado no solo había asesinado a su amigo Pedro por protegerla sino que también la hizo pasar por el infierno en la tierra. Pero ella iba a demostrarle lo que era sufrir, le iba a hacer sentir lo que ella había sentido en esa prisión. Atabärk le había dado la excusa perfecta para vengarse. Y para eso tenía que revelar su verdadero rostro a los ojos de las dos personas que él más quería, Julia y Enrique. Pero todo lo haría con un plan tan complejo que Berkant no podría comprender de qué se trataba hasta que ya fuera demasiado tarde.

Finalmente, llegó el momento de actuar. Tina se contactaría con Ali. Él se encargaría de asesinar a Kayar en los Estados Unidos y tendría la idea equivocada de que el trabajo era encargado por Ergenekon. La investigación del asesinato tendría consecuencias en Turquía y Estados Unidos. La mayoría de los recursos irían a esa investigación. Y así podrían lograr el verdadero objetivo, una purga en Ergenekon. La red permanecería oculta y aquellas personas que la ponían en peligro, caerían. El presidente no soportaría el caos y renunciaría poco tiempo después. Pero eso recién sería al final. Tina sonrió al recordar el plan perfecto de Atabärk. Berkant iba a volverse loco al saber que alguien estaba atribuyéndose atentados en nombre de la red. Pero lo mejor iba a venir cuando supiera que alguien estaba poniendo a Julia tras las huellas de su padre. El cadáver de Pedro iba a encontrar paz, por fin.

Tina volvió a apretar los ojos. Si había llegado hasta allí, no tenía dudas de que llevaría a cabo el plan por completo. Con o sin Atabärk. Después de todo, ella siempre había sido un soldado, y los soldados cumplen órdenes. Bostezó. Necesitaba descansar, dormir aunque sea un rato. Como una ráfaga, vio las imágenes Mariaam y Carlos. *¿Cómo estarán?* se preguntó. Y recordar a la religiosa le brindó un manto de tranquilidad, que enseguida fue interrumpido por el pitido del móvil. Tina se estremeció. Tanteó la mesa de luz con la mano y cuando sintió el plástico frío del teléfono se lo acercó al rostro.

—¿Dónde te has metido? —preguntó una voz bastante agitada.

—En un lugar seguro —respondió Tina con desgano.

—De eso no tengo dudas porque ni yo te he podido encontrar —el hombre pareció relajarse.

—Dime qué quieres que haga.

—Debes hablar con Kamil, te estarán buscando y ahora que Atabärk está muerto...

—¿Ha muerto? —preguntó ella y él hizo un sonido que fue una afirmación. La mujer no se inmutó.

—Ya saben que era de Ergenekon. Habrá que proceder con mucha cautela para llevar a cabo el plan. Ali no sabe más de lo necesario, ¿no? —preguntó él entonces.

—Por supuesto que no. Él piensa que hizo un trabajo para Ergenekon. Eso es todo. Eso es lo que debe haber dicho cuando lo interrogaron.

—Tina... —se hizo un silencio en la línea—. ¿Podrás llevar a cabo la misión?

—Por supuesto.

Cortó la comunicación y de repente recordó algo. Corrió a encender la luz. Miró a su alrededor y se desesperó. Corrió hasta la cama y revolvió las sábanas. Se agachó y miró en el suelo. Volvió a recorrer con la vista el sitio. No vio su *türban* por ningún lado. Había dejado un cabo suelto. Apretó los dientes y gritó.

En ese momento sintió un golpe y la puerta de la pequeña habitación se abrió. Se llevó la sorpresa de su vida al ver a Berkant apuntándole con un arma.

Capítulo LVIII

Estambul, Turquía.

Cuando Gloria llegó a casa de Berkant se encontró con Julia sentada en el sillón de brazos cruzados. Tenía el cabello atado y los ojos desorbitados. Apenas la vio entrar se puso de pie y fue a abrazarla como si fuera una niña que hacía mucho tiempo no veía a su madre. La mujer le acarició la cabeza y la separó de su cuerpo tomándola de los hombros. Julia comenzó a hablar sin que ella dijera nada y le contó todo lo sucedido con lujo de detalles. Gloria la escuchó y le explicó que Matt Vargas había viajado a Turquía y pronto estaría allí. Julia sonrió. Sintió alivio al pensar en una cara conocida.

—Tengo que reunirme con Kamil, quiero que tú y Adam se queden aquí con Matt.

—¿Aquí? —preguntó asombrada Julia—. Pero todo ha terminado, ¿no es cierto? —Se sentó en el sofá y se reclinó.

—Sí, ya todo ha terminado. Pero tenemos que asegurarnos de que no haya otro atentado, ni aquí ni en ningún lado —la tranquilizó Gloria mientras la miraba con dulzura.

En ese instante, Adam bajó las escaleras. Tenía los ojos hinchados y revoleaba su teléfono móvil. Sonrió al ver a Gloria y ella intuyó que hacía varios días que él no descansaba. Se sentó al lado de Julia y le pasó la mano por el hombro. Julia lo miró y no dijo nada.

—Es increíble que Berkant sea... de Ergenekon —acotó Adam y observó a su alrededor. El sitio aún estaba repleto de policías.

Julia lo miró por el rabillo del ojo. Abrió la boca para responderle pero se detuvo.

—¿Dónde está Lucas? —interrumpió Gloria.

—A Lucas le dimos un tranquilizante, estaba muy nervioso y ahora se echó a dormir —explicó Adam.

Se escucharon unos pasos que retumbaron en toda la sala. Los tres miraron alarmados hacia las escaleras y vieron que Lucas bajaba a toda velocidad y con el rostro desencajado.

—¡Gloria! —gritó y la estrechó en sus brazos. Julia y Adam lo observaban. Gloria pensó que el muchacho debía de haber perdido un par de

kilos en los últimos días. La abrazó por varios minutos y un carraspeo de Julia le hizo percatarse de lo extraño de la situación. Lucas se alejó unos pasos y miró hacia abajo.

—La vi, la vi. Estuve con ella, dijo que se iba a entregar si le daba a Julia el cadáver. —Él cerró los ojos y apretó los párpados. Luego se llevó las dos manos al rostro y presionó. Cuando las bajó, estaba más pálido que nunca —. Solo quería ayudar —dijo a modo de disculpa con una voz casi imperceptible.

El sonido del timbre interrumpió la conversación y Julia se sobresaltó. Gloria se alejó y fue a abrir la puerta. Matt estaba allí, de pie y con gesto preocupado.

—¿Alguna novedad? —preguntó él—. Porque yo tengo varias. —Gloria le hizo un gesto con la cabeza para que pasara. Él se reunió con los demás en la sala—. Kamil no se pudo comunicar contigo y me pidió que te ponga al tanto. Han terminado los allanamientos en las propiedades de Atabärk. No creerás lo que encontraron —dijo y siguió hablando antes de que los demás pudieran intervenir—. Varios planos de las embajadas turcas en Estados Unidos e Inglaterra. Los planos de sus sistemas de ventilación. Seguramente planeaban atacarlos con ricina. También el borrador de un comunicado en su ordenador, iban a atribuir esos ataques a los kurdos. Y muchísima información sobre ricina. Cómo fabricarla, dosis letales...

Gloria se quedó en silencio. Por primera vez en días sintió una especie de sosiego. Finalmente estaban logrando evitar más muertes. Sonrió y tocó el brazo de Matt. Julia dejó caer los párpados, aliviada. El agente resopló y movió el cuello. Lucas estaba a punto de llorar. Adam solo podía mirar a Julia.

—¿Qué más encontraron? —preguntó Gloria.

—De todo. Si estuviera vivo no saldría ni el último día de su vida. Hay suficiente para condenar a Berkant también —dijo y miró a Julia. No estaba seguro de cómo iba a tomar esa noticia. Pero ella sonrió y asintió con la cabeza. Él se sintió reconfortado—. También encontraron un mapa de Estambul con varios puntos marcados y datos de pilotos privados y aeródromos alrededor de la ciudad. Además, una especie de croquis de una máquina para dispersar la ricina, fotos de un sitio que todavía no pudimos encontrar, una residencia en el campo —enumeró—. Encontramos digitalizada la licencia de piloto de una mujer llamada María Beron. También había...

—La residencia de Atabärk —dijo Gloria y todos notaron que había

cambiado la actitud.

La mujer dio un paso atrás, juntó las palmas de las manos y se las llevó a la boca. Recordó el día que él le había propuesto ir a su residencia en Polonezköy en medio de todo aquel caos. Le había hablado de un avión.

—¿Allanaron la residencia de Polonezköy? —preguntó ella.

El hombre negó con la cabeza.

—No figura entre sus propiedades nada en ese lugar —informó el agente.

—¿Qué sucede? —preguntó Julia, ahora asustada.

La mujer no respondió. Se quedó en silencio, por un segundo pensó que no podía mover las piernas. Fue como si alguien la hubiese golpeado en la cabeza de repente. Finalmente habló.

—Allí está la ricina —explicó Gloria—. Y allí debe estar Tina esperando órdenes. Esto no ha terminado —le dijo a Matt que la miraba preocupado—. Debemos irnos. Están en Polonezköy. Estoy segura.

Lucas, Adam y Julia se quedaron de pie sin saber qué hacer y observaron a ambos retirarse, apurados, del lugar.

La mujer le pidió a Matt que fuera a buscar a Kamil, ella no podía perder ni un segundo, tenía que ir a la residencia de Atabärk. Matt supo que ella tenía razón, no había tiempo que perder. Le pidió a Matt que rastrearán el móvil de Berkant. Sabía que él también estaba yendo a buscarla. Él movió la cabeza con un gesto afirmativo y ella lo perdió de vista.

Gloria se subió a su automóvil y aceleró por las calles de Estambul. Su mente era un hervidero, su cuerpo estaba tenso y sentía que en cualquier momento iba a tener un ataque de nervios. Estaba a punto de colapsar y lo sabía. Aún no habían detenido el atentado. Si Tina estaba cerca de la ricina, solo podía haber un motivo.

Maldijo no haberse retirado unos años atrás. Esas persecuciones eran para gente joven, con la fuerza y las ganas intactas. Gloria tenía mucho sobre sus espaldas. Pero sabía que por eso mismo quizás, jamás se había planteado dejar su lugar en el Centro. Hasta ese momento. Se sintió cansada, sintió que todo se demoraba demasiado y a ella le faltaban fuerzas para seguir. Y eso no le habría ocurrido antes. Tenía que reconocerlo, los años estaban pasando y ella ya no era la misma. Cada mañana, cuando abría los ojos, se hacía más difícil sobrellevar su vida, su destino, su soledad.

El teléfono móvil sonó e imaginó que era Lucas con algún comentario sin sentido. Clavó los dedos en el volante hasta que sintió que la circulación se le cortaba. Finalmente atendió.

—Habla Kamil —dijo el detective y ella suspiró—. No podemos localizar a Tina.

—No me extraña. No termino de entender todo, pero si realmente pensó en presentarse a declarar en algún momento, ahora que Atabärk está muerto seguramente habrá cambiado de opinión.

—Hay que encontrarla.

Gloria no le respondió. Arqueó las cejas.

—No es necesario que me lo recuerdes. Está en Polonezköy. Kamil —hizo una pausa— quizás aún no hayamos detenido el atentado con ricina.

—Estamos intentando ubicar el móvil de Berkant. Te enviaré la información en unos minutos.

Gloria volvió a acelerar el vehículo. Escuchó el ruido de un mensaje que llegaba a su teléfono. En ese momento sintió dos cosas a la vez: un terrible dolor en el brazo que confundió con un infarto, y un cosquilleo en el estómago. Sonrió e intentó respirar hondo para lograr no pensar más en que su brazo izquierdo estaba adormecido. Nada le importaba. En su mente, se estaba gestando el encuentro con Tina. Sabía que sería el último.

Capítulo LIX

Adam y Julia estaban en su habitación. Ella estaba poniendo ropa en su maleta y no disimulaba su cansancio. Adam estaba sentado en la cama con la espalda encorvada y de vez en cuando bostezaba. Giró la cabeza y miró a su amiga, le hizo un gesto golpeando el colchón para que se sentara a su lado. Ella resopló, tiró sobre la cama el pantalón que estaba a punto de guardar y se sentó. Él giró la cabeza y esbozó una débil sonrisa.

—Aún no puedo creer que Enrique esté muerto —dijo ella y cerró los ojos con fuerza. Él la abrazó y ella se sintió débil—. Al menos ahora sé dónde está papá, sé qué le sucedió —dijo ella cambiando de tema.

—No sé cómo pueden ser capaces de esas cosas. Momificar a un hombre, venderlo...

—Una vez muerto ya no tiene mucha importancia. Me duele más saber que eligió estar lejos mío —dijo con un susurro y negó con la cabeza—. Dejé a mi madre... Secuestró a una niña. Y Berkant...

A Julia le estaba costando asimilar la historia de su padre. Saber la verdad se le hizo más difícil de lo que había supuesto. La verdad sobre su padre cambió, de cierta forma, la suya. Todo había sido una mentira, toda su vida había extrañado a un padre que no era quien ella pensaba. Un padre que estaba vivo. Se llevó la mano al pecho e inspiró hondo. Miró hacia la ventana y observó que las pesadas cortinas doradas estaban completamente cerradas. Se sintió ahogada y se tocó el rostro con las dos manos. Estaba pálida y sintió el rostro áspero. Adam notó por primera vez líneas de expresión alrededor de sus ojos. La tomó del rostro y la besó. Ella apenas si respondió al beso y un segundo después alejó su boca de la de él.

—Lo siento, no puedo. No estoy de humor.

—No te preocupes. Te entiendo —respondió él y se puso de pie de inmediato. Salió de la habitación sin decir nada más y Julia se preguntó si se habría ofendido.

Cuando estuvo sola, siguió empacando. Mientras ordenaba la ropa, encontró el sobre con las fotos de su padre que Adam le había devuelto. Las miró. Observó a su padre con Tina. Y se echó a reír con furia. Tanto tiempo llorando la muerte de alguien que había decidido irse. Le pareció un contrasentido. Había rechazado tanto a su madre, y era la única persona que la

había querido. Era obvio que Berkant se había encargado de ella por culpa. O quizás fuera otra cosa, en realidad tampoco lo conocía para nada. Probablemente hubiera encontrado placer en criar a la hija de su enemigo. Porque supuso que cuando asesinó a Pedro así lo consideraba, un enemigo. La risa se transformó en dolor y luego en llanto. La fotografía cayó al suelo y ella la levantó de inmediato y la rompió en mil pedazos.

Entonces recordó que su padre había muerto cuando Tina tenía dieciséis años. Esa foto era falsa. Un fotomontaje. Hizo una nota mental para recordarle a Adam que su amigo, el que había analizado las imágenes, era un inepto.

Escuchó que alguien golpeaba la puerta y se secó las lágrimas con rapidez. Intentó recomponerse pero sabía que aún tenía los ojos hinchados. Adam abrió la puerta y le avisó que Nursel había llegado y quería verla. Ella dijo que iría de inmediato. Se peinó y se miró al espejo por un segundo. No quería que la viera triste. Algo en sus historias la hermanaba y ella pensó que Nursel se debería sentir muy sola también.

Cuando bajó, la mujer estaba sentada en el sillón sosteniendo unas carpetas contra su pecho. Tenía la cabeza gacha y cuando levantó la vista Julia percibió un pesar inmenso en su rostro. La muerte de Enrique la había sacudido de tal forma que creía que estaría mejor internada. Julia se sentó frente a ella y la mujer, levantando apenas la cabeza, le entregó las carpetas que sostenía.

—Información que Fabri me dejó antes de irse. Servirá para el juicio. No quería entregarla hasta ese momento, pero dadas las circunstancias... —dijo con el brazo extendido. Julia observó la carpeta y la abrió. Había información en turco y en inglés sobre miembros de la organización. La cerró de inmediato —. También aquí —dijo y miró hacia el suelo donde descansaban tres cajas de cartón que Julia no había visto— hay archivos con más datos y fotos. Son de los Lobos Grises y algunos miembros de Operación Gladio.

—Genial —dijo Adam acercándose y levantando una de las cajas—. Esto debería ir directo a los libros de historia. —Abrió una y comenzó a revolver papeles.

Nursel le dijo a Julia que iría al hospital a ver cómo seguía Salma y le pidió que la acompañara. Julia accedió y ambas se fueron dejando a Adam solo. Él las saludó con la mano, sonriendo. Cuando escuchó que las mujeres cerraban la puerta, se agachó y comenzó a revolver los papeles de Fabri.

Lucas, que había bajado la escalera sin hacer ruido, observó asombrado cómo Adam comenzaba a romper varios de los papeles que había en una de

las cajas y los guardaba en su morral.

Capítulo LX

Lucas estaba petrificado en el descanso de la escalera observando la escena. No sabía qué hacer. Se quedó mirando a Adam por unos segundos en completo silencio. Adam seguía revolviendo papeles y no se percató de su presencia. Entonces él decidió volver a subir haciendo el menor ruido posible. Cuando estaba apoyando el pie en el último escalón, Adam giró la cabeza y llegó a distinguir su cabellera pelirroja yéndose. Maldijo para sus adentros. Dejó las carpetas como estaban y movió la cabeza disgustado. Se quedó por unos segundos allí, preguntándose qué habría visto el muchacho. Miró hacia el suelo y vio los papeles revueltos y las cajas abiertas. Se acercó a las escaleras y aguzó el oído para escuchar qué estaba sucediendo en el piso de arriba pero no logró escuchar nada.

El joven fue a la habitación casi en puntas de pie y buscó su móvil para intentar comunicarse con Gloria, pero ella no respondió. Caminó nervioso por el lugar y miró por la ventana. Estaba presionando la tecla de rediscado cuando Adam abrió la puerta. Lo miró y trató de esconder el teléfono detrás de su espalda. Sonreía con una mueca dura y tenía los hombros rígidos. Hasta ese momento, Adam no sabía exactamente qué había visto el joven, pero sus nervios no le dejaron dudas. Había visto algo que él no podría explicar. Adam le sonrió y se acercó a él. Sabía que no había forma de perder en una lucha con ese jovencito tan delgado y asustadizo. Lucas no se movía y por su mente pasaban ideas descabelladas sobre cómo salir de esa situación. Cuando lo tuvo a pocos metros, levantó la mano que sostenía el teléfono e intentó golpearlo. Adam lo esquivó y le dio un puñetazo en el estómago. Lucas gritó y el móvil se le resbaló de la mano. Volvió a sentir una trompada, pero esta vez en la mejilla. Cayó al suelo y Adam se colocó sobre él. Lucas tuvo miedo de morir y sollozó. Intentó quitárselo de encima pero no tenía fuerzas. Sus dedos se clavaban en el torso de su adversario pero no infligían el más mínimo dolor. Adam le colocó las manos en el cuello y apretó. Apretó con fuerza. Pero, repentinamente, lo soltó. Le puso la mano en la boca y Lucas luchó por respirar. Estaba agotado y casi asfixiado. Adam miró hacia la puerta. Había escuchado ruidos en la sala. Maldijo en voz alta y se levantó.

—Si haces un ruido, tan solo un gemido, te mataré a ti y a todos los demás, ¿comprendes? —dijo. Lucas asintió con la cabeza. Lo levantó

tomándolo de la ropa y lo llevó al baño. Rompió la camisa que el joven vestía y le ató las manos con firmeza detrás de la espalda con un trozo de tela. También le ató los pies y le puso una media en la boca que aseguró con otro trozo de tela atada con fuerza detrás de la nuca. Le hizo un gesto para que no se moviera. Él, sentado en el suelo con el rostro ensangrentado, no se movió.

Cuando Adam bajó las escaleras se encontró con Julia y Nursel que habían regresado. Ambas lo notaron agitado y nervioso.

—¿Qué sucede? —preguntó Julia alarmada mientras se acercaba a él. Le apoyó la mano sobre el pecho y notó su corazón latiendo aceleradamente—. ¿Qué ha sucedido? —volvió a preguntar ella imaginando lo peor. Aunque ya no estaba segura de qué podría ser lo peor.

—Estoy bien, de repente escuché ruidos arriba y me asusté —dijo mientras alejaba la mano de Julia de su pecho y le sonreía—. ¿Por qué volvieron?

Ella miró hacia el sillón y él pudo ver la cartera raída de Nursel. Suspiró y se acercó hasta allí.

—Aquí está —dijo él y le entregó la cartera a la mujer. Nursel la tomó y lo miró a los ojos.

En ese preciso instante Julia levantó la cabeza al escuchar un ruido en el piso de arriba. Se llevó la mano a la boca cuando observó a Lucas, de pie en el extremo de la escalera, con la camisa rota y las manos y los pies atados. Sus ojos estaban desorbitados. Entonces dio un salto y cayó rodando por las escaleras violentamente. Mientras su cuerpo se golpeaba contra los escalones de mármol, Julia corrió hacia él. Finalmente, quedó tumbado al pie de la escalera sobre la alfombra. La mujer se agachó y colocó la mano sobre su pecho desnudo. Le quitó el trozo de camisa y la media que lo amordazaban. Pero el joven no logró articular palabra. La mujer se sobresaltó aún más por el fuerte ruido de un cristal roto a sus espaldas y cuando se dio vuelta observó que Adam sostenía a Nursel del cuello y la amenazaba con un trozo de vidrio.

—Vete Julia. No podrá matarnos a los tres —dijo Nursel temblando—. ¡Vete!

—Sí podré —respondió él.

Julia se puso de pie lentamente. El mundo otra vez se había dado vuelta. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué estaba Adam amenazando a Nursel? Julia abrió los brazos y dio un paso hacia él con el rostro confundido.

—Quédate donde estás Julia —amenazó él.

—¿Qué significa esto? ¿Qué significa esto? —gritó ella con furia y

señaló a Lucas en el suelo.

—Significa lo que ves. Significa que trabajo para ellos.

—¿Para Ergenekon? —preguntó Julia, incrédula.

—Para Atabärk.

—Pero está muerto —dijo Julia, que seguía sin comprender la situación.

—Él era mi contacto. Hay más, muchos más.

—¿Berkant? —preguntó ella.

—No, se querían deshacer de él y varios más. Los dieciséis que irán a juicio —explicó y esbozó una sonrisa.

—Claro —dijo ella y bajó la vista— ¿Cómo no me di cuenta antes? Tú eras el profesor de Ali, tú te acercaste a él cuando estaba por entrar a la conferencia, para asegurarte de que no tuviera problemas. Por el amor de Dios, Adam. ¡¿Quién eres?! —gritó ella con desesperación—. Entonces tú sabías que Ali me iba a dar esas fotografías, tú sabías que... Tú estabas con esa Tina. Sabías la verdad sobre mi padre. —Se le cerró la garganta—. ¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste? —Negó con la cabeza y los labios le temblaron—. ¿Por qué?

—Por dinero —dijo él y apretó el vidrio contra el cuello de Nursel. Julia supo que no les quedaba mucho tiempo. Tenía que actuar rápido. Solo se le ocurrió seguir hablando para ganar algunos minutos y pensar en algo para poder enfrentarlo.

—Hablarán —dijo ella—. Los dieciséis que serán juzgados, incluido Berkant. Hablarán y los que planearon esto caerán también. No querrán ir a prisión solos. Dirán los nombres del resto.

—No lo harán. Esto llega mucho más alto de lo que te puedes imaginar. Hay gente en todos los estratos de la sociedad. Jamás podrán terminar con ellos. Esos dieciséis son un simple sacrificio. Irán a prisión por Turquía.

—¿Quiénes más? ¿Quiénes están detrás de todo esto?

—Demasiados datos, Julia. Datos que no te servirán para nada, lamentablemente. A ti no te iba a suceder nada. Solo ibas a saber la verdad sobre tu padre.

Julia abrió la boca para poder tomar aire, una bocanada que supo podía ser la última. El corazón le latía con fuerza y el ruido de este estrellándose contra su pecho era lo único que escuchaba. Miró a Adam y sintió un odio tan profundo que quiso asesinarlo con sus propias manos.

Entonces Nursel hizo un movimiento brusco para soltarse y Adam le clavó el vidrio en el hombro en un movimiento desesperado para no dejarla

escapar. Julia aprovechó el momento y corrió hacia él. Lo embistió con todas sus fuerzas. Nursel también cayó al suelo y se tomó el brazo. Al intentar quitarse el vidrio del hombro, se cortó la mano. Articuló unas palabras pero Julia no entendió qué dijo. Adam, en el suelo, luchaba por quitarse de encima a la joven. Pero ella estaba enloquecida, lo golpeaba y lo insultaba con furia. Nursel seguía gritando y llorando. Lucas, apenas consciente, intentó levantarse. Con dificultad, se puso de pie y fue saltando hacia donde Julia seguía golpeando a Adam pero cayó antes de llegar a ellos y ya no pudo levantarse.

Adam le dio un puntapié a la joven y ella cayó de espaldas, muy cerca de Nursel. El golpe pareció quitarle todo el aire de los pulmones. Abrió la boca y se tomó la cintura pero un fuerte dolor le impidió moverse y creyó que tenía algún hueso roto. Adam volvió a golpearla y se agachó para buscar algún trozo de vidrio en el suelo.

Ambas mujeres se retorcían de dolor y Lucas ni siquiera se movía. Adam seguía buscando el cristal, agachado y palpando la alfombra con desesperación. Por el rabillo del ojo observó que Julia comenzaba a incorporarse. Entonces se acercó a ella y tomó uno de los almohadones del sillón. Con la otra mano tumbó a la mujer contra el suelo. Apoyó el almohadón contra su rostro y ella movió ambas manos para librarse de él. No lo logró y él continuó haciendo presión. La mujer seguía intentando zafarse pero sentía que ya no podía respirar. Le clavó las uñas en los brazos y lo arañó tan fuerte como pudo pero enseguida comenzó a sentir el cuerpo flojo y supo que el aire ya no entraba a sus pulmones. Tuvo un espasmo. Entonces Adam sintió un puntazo en la pierna y gritó. Nursel le había clavado el trozo de vidrio en la pantorrilla. Le pegó un puntapié y la mujer se desplomó, otra vez, sobre la alfombra. Cayó con los brazos extendidos y la boca abierta. Él se preguntó si, por fin, estaría muerta. Luego quitó las manos del almohadón y se las llevó a la pierna para extraerse el vidrio. Julia movió la cabeza y abrió la boca, intentado aferrarse a su última oportunidad por sobrevivir. Respiró e intentó moverse pero antes de que lograrse recuperarse, sintió que tenía otra vez el peso de Adam sobre ella. Pensó en su padre y su madre y en que, si existía otra vida, pronto estaría con ellos. La cabeza estaba a punto de estallarle, su cuerpo se estaba rindiendo. Se consoló pensando que Adam no tenía manera de salir indemne de toda aquella situación. Y supo que era momento de dejar de luchar.

Capítulo LXI

Polonezköy, Turquía.

—¿Puedo pasar? —preguntó Berkant. Pateó la puerta violentamente y el golpe sacudió a Tina que estaba a pocos centímetros del umbral y no había llegado a moverse. Lo miró fijo—. Deberías haber encontrado un sitio más seguro.

—No tengo por qué esconderme. Pero creo que tú sí —respondió ella, desafiante.

Él levantó el arma y le apuntó. Un retorcido placer le recorrió el cuerpo y, por fin, se sintió bien por un instante después de la muerte de Enrique. Él señaló la cama con el arma y ella se sentó.

—Vamos Berkant. ¿Qué haces aquí? Deberías estar huyendo —dijo con sarcasmo.

—Tú también —respondió y se acercó unos pasos a ella—. Cuando leí que alguien había matado a ese viejo en la carretera, lo supe. Eras tú. Tú jamás te olvidarías de él.

El pecho de Tina se infló y apretó los dientes. Estaba en lo cierto, había matado a ese guardia de Diyarbakır. Esbozó una leve sonrisa.

—Pero no creas que eso fue tan bueno. Si no irás a prisión por ser miembro de Ergenekon, irás por haber matado a ese hombre. Y volverás a Diyarbakır. ¿Sabes qué sucederá allí con alguien que asesinó a uno de ellos? —Sonrió y miró hacia arriba—. Será inolvidable.

Él también estaba ahí para vengarse y ella sintió que ese extraño enfrentamiento le producía placer. Pero era consciente de que él no iba a matarla, no iba a darle ese gusto. La iba a entregar, a pesar de que él también caería. Ya nada le importaba.

—¿Qué quieres? —preguntó ella, se levantó de la cama y dio un paso hacia él.

—¿Cuáles eran los planes de Atabärk?

—Él quería separar a varios de ustedes de Ergenekon. Yo tenía que encargarme de lograr confundirlos con la muerte de Kayar. Y a ti, especialmente, con la llegada de Julia y el cadáver de Pedro. Él buscaba dar un golpe de estado dentro del Estado Profundo. Yo, destruirte a ti. Era una buena alianza. Lo planeé por muchos años, él también. Era perfecto. Aún lo es

—dijo ella y sonrió con sorna.

—¿Realmente ibas a testificar?

Ella asintió y miró el caño del arma que le apuntaba. No iba a volver a prisión. De ninguna manera. Pero sabía que había olvidado su *türban* en algún lado, muy probablemente en la escena del crimen. Atabärk no estaría para ayudarla y ya no estaba segura de cómo seguirían las cosas.

El arma plateada destelló por un instante cuando un rayo tibio de luz se filtró por una hendidura. Afuera, el viento soplaba fuerte y se escuchaban a las copas de los árboles batirse rítmicamente. Berkant seguía apuntándole firmemente.

Tina se llevó la mano a la boca y se rascó la barbilla. El hombre no decía una palabra, tenía el gesto serio pero en un momento sonrió. Estaba pensando en Enrique.

Otra vez el ruido del viento sacudió la ventana. Los postigones de madera golpearon el vidrio y, como un torbellino, la imagen de la prisión se presentó frente a los ojos de Tina, nítida y dolorosamente real. Se llevó la mano al cuello y sintió su piel quemada, esas cicatrices que le recorrían el cuerpo y que siempre le recordarían sus días allí. No iba a volver. Nunca.

Se puso de pie y caminó a paso rápido hacia Berkant. Él empuñó el arma con fuerza y la enfrentó. Ella sabía que lo último que él quería hacer era matarla. Quería entregarla. Quería verla en la cárcel. Pero no iba a dejarle opción. Tomó el caño del arma y forcejearon. No tenía nada que perder.

—¡Mátame! ¡Vamos! ¡Mátame de una vez! —gritó ella y él luchó por alejarla. Forcejearon por unos segundos y Tina le pateó el tobillo con fuerza. Él levantó el brazo y se agachó, cubriéndose la cabeza pero sin soltar el arma. La mujer lo empujó y salió corriendo de la habitación. Berkant tardó unos segundos en reaccionar y poder incorporarse. Apenas sintió que el dolor en el tobillo cedía, fue tras ella. Salió de la habitación y caminó por el pasillo. Se detuvo para ver si podía escuchar algún ruido. Todo era silencio. Siguió caminando y fue hasta las escaleras. Intentó correr pero su cuerpo apenas si se lo permitió.

Cuando estuvo en la planta baja, se agazapó contra una pared y, en silencio, comenzó a moverse hacia la entrada. De repente, escuchó unos pasos que venían de la puerta principal. Se acercó hacia allí en completo silencio. Los pasos iban hacia él y estuvo seguro de que ella había conseguido un arma. Iba a matarla si no le quedaba opción, pero ella no saldría libre de allí. Entonces dio un paso al frente, sosteniendo el revólver con fuerza. Apenas si

distinguió que no se trataba de Tina cuando hizo el disparo. Fue como si una nube se hubiese interpuesto entre él y su objetivo. Solo comprendió que el cuerpo que caía era el de Gloria cuando observó en el suelo su oscura cabellera. Gloria soltó el arma que empuñaba y gritó. Se tomó el vientre e intentó mirar desde donde brotaba la sangre que manchaba el suelo. Levantó la cabeza y vio que Berkant se acercaba a paso rápido. Lo miró fijo y él se agachó. Tenía los ojos llorosos y colocó su mano sobre la de ella. Gloria no dijo nada pero notó que él había comenzado a temblar.

—Llamaré una ambulancia —dijo él y buscó el móvil de la mujer. Dio la dirección de la residencia de Atabärk y cortó de inmediato—. Pensé que eras Tina, pensé que eras ella.

—¿Está aquí? —preguntó la mujer y él asintió con la cabeza—. Ve tras ella. No la dejes escapar. Estoy segura de que esto no terminó. Más gente morirá, Berkant. No lo permitas. Por tu hijo.

—No lo haré, no lo haré —dijo él y se puso de pie. Volvió a tomar su arma y dejó a la mujer allí tendida. La miró y supo que no volvería a verla. Dentro de él, un torbellino de dolor arrasó con la culpa que sentía. Había arruinado muchas vidas. Había hecho demasiadas cosas mal para lograr lo que consideraba era un bien mayor. En ese instante se preguntó si por defender el laicismo de Turquía no habría cometido pecados peores que los islamistas. La muerte de Enrique lo había cambiado todo. Siempre había querido dejar un país mejor para que él pudiera disfrutar. Pero ya no existía ese país ni su hijo. El dolor se le presentó en carne viva. Se retorció al pensar en Enrique. Las lágrimas no le dejaban ver dónde pisaba. Retumbaron en su mente las palabras de Gloria, “Más gente morirá. No lo permitas. Por tu hijo”.

Se sintió un idiota al comprender que ella tenía razón. Tina iba a cometer otro atentado. Entonces recordó la ricina. Y el avión de Atabärk, aquel del que tantas veces se había jactado de volar delante de los miembros de la organización. Salió de la casa, ahora esperanzado. Estaba un paso por delante de ella. Se dirigió al lugar en donde sabía que el General guardaba su avión. Abrió el portón de madera con cuidado. Miró hacia adentro. Tina todavía no estaba allí. Entró y fue hasta el avión. Intentó abrirlo pero no lo logró. Se dio vuelta al escuchar el portón abrirse. Tina, con los brazos al costado del cuerpo, lo miró y le sonrió.

—Finalmente lo supiste —dijo ella.

—Sí. Y no funcionará. Jamás te subirás a este avión.

Ella se mordió el labio inferior. El plan no funcionaría. A pesar de que él

quería verla sufrir en prisión y no morir, ella supo que para él sería suficiente venganza ver que el plan que habían ideado no se concretaría. A pesar de que eso significara que el presidente islamista siguiera en el poder. Tanto habían cambiado las cosas en tan poco tiempo.

—Era lo que más querías en el mundo. Defender Turquía. Déjame hacerlo. Tengo que hacerlo.

—¿Y tú qué ganarías?

—Hay más gente Berkant. Atabärk era solo uno. Hay muchos más.

—Lo sé, los conozco. ¿Te olvidas de que soy uno de ellos? —preguntó él.

—Hay más gente que quiere que todo termine. Cuando caiga el gobierno ya no será necesaria la existencia de Ergenekon, todos pensarán que se ha terminado allí, con el juicio. Y ya nadie hablará de ellos, seguirán en las sombras. Borrón y cuenta nueva. La investigación se detendrá allí. El nuevo gobierno la detendrá allí. Pero algunos debían caer. Dentro de unas horas, cuando los hospitales estén repletos de gente intoxicada con ricina, el presidente estará en viaje a Estados Unidos. Será un escándalo. Y será su fin. Turquía ya no correrá peligro. Eso que tanto querías será verdad.

—El presidente no viajará a ningún lado. Y tú no te subirás a ese avión.

—El presidente debe caer —dijo ella y ladeó la cabeza.

—Atabärk te iba a sacrificar también a ti. ¿Cómo pensabas escapar siendo tú quien disperse la toxina en Estambul? Te descubrirían.

—No, cuando comience a hacer efecto yo estaré lejos, o quizás hasta con Kamil, que encontrará un lugar seguro para su testigo —explicó ella y él notó que ella hablaba en presente, como si hubiera alguna manera de convencerlo para llevar a cabo el plan—. Es perfecto Berkant. Nadie sabe del avión.

—No. No atacarás Estambul. Ha terminado. Atabärk ya no está. Tú te querías vengar de mí y ya lo has hecho. He perdido a Enrique y Julia sabe la verdad. No seguirás adelante. Ya no tiene que ver contigo.

—Sí tiene —dijo ella—, porque tú me lo impides. Y quizás necesite hacerte sufrir más. Sufrir lo que sufrí yo. Lo haré —dio un paso hacia él, con una mirada furibunda.

A lo lejos, Tina oyó sirenas acercándose. Se desesperó. Era el final. Entonces salió corriendo hacia el avión. Apenas si había logrado avanzar un metro cuando Berkant apretó el gatillo. Fue en una milésima de segundo pero Tina se sintió agradecida. Sintió un ardor en la pierna y cayó al suelo.

—¡No! —gritó—. ¡Maldito! —No iba a matarla. Solo le iba a impedir

que se acercara al avión.

Ella levantó la vista y le hizo ver el desprecio en su mirada. Berkant sintió un extraño y retorcido placer al verla abatida. Tina entonces sonrió. Se incorporó con un terrible dolor en la pierna y caminó unos metros más hacia el avión. El hombre la observaba como a una presa. Apuntó y volvió a disparar. El disparo le rozó el muslo derecho, ella trastabilló y cayó al suelo con las manos abiertas. Maldijo y frunció el ceño. Berkant pensó que ya no se movería y se acercó un paso pero ella se levantó nuevamente y antes de intentar correr, lo miró desafiante. Apenas si pudo dar un paso cuando sintió que él otra vez le había disparado. Esta vez, cayó de manera fulminante. Tenía una herida en la otra pierna. Ya no había manera de seguir adelante.

El ruido de las sirenas cada vez se hacía más nítido y Tina tembló. Apoyó la espalda en el suelo y cerró los ojos por un instante. No quedaba mucho tiempo, tenía que tomar una decisión. Hizo una mueca de dolor con la boca y se incorporó como pudo. Berkant se preparó para volver a dispararle en las piernas. Pero ella no intentó ponerse de pie. Él se acercó y la miró desde arriba. Si le hubiese disparado no habría tenido la menor oportunidad de sobrevivir. Pero él quería que ella tuviera su oportunidad. La quería en Diyarbakır otra vez.

Tina hizo un movimiento rápido y sacó algo de su bolsillo. Él no distinguió qué era hasta que se agachó a unos centímetros de ella. Era una jeringa, se había inyectado alguna sustancia. Berkant la pateó una y otra vez en la cabeza. Sabía que era ricina y que no sobreviviría más de unas horas. Entonces la insultó y la tomó de los hombros, la sacudió con una fuerza que no sabía que tenía. Ella seguía sonriendo a pesar de que las heridas le producían un dolor tremendo en las piernas. Iba a morir. En algunas horas estaría muerta y Diyarbakır estaría lejos para siempre. Se llevó la mano temblorosa hasta el cuello quemado y tocó sus imperfecciones con las yemas de los dedos. No sintió nada pero sabía que al menos ahora lo poco que habían dejado sin quemar en Diyarbakır estaba a salvo. Su hermoso rostro, de repente, pareció iluminarse. Al menos eso pensó Berkant mientras la miraba de pie y sollozando. Sintió que él había perdido y ella había ganado. Entonces volvió a darle un golpe en la cabeza y la expresión de Tina se ensombreció. Él, de repente, supo que la única que había ganado era Gloria y se sintió tranquilo. También sonrió, se sentó al lado de la mujer y comenzó a llorar. Ya no sabía por qué lloraba. El mundo se había terminado para él. Él también quería morir. No podía soportar un minuto más esa tortura. Buscó la jeringa que estaba en el

suelo y la tomó. La soltó cuando Kamil, desde el portón, le dio la voz de alto. Él levantó las manos. Pensó en Celal y Nursel. Había hecho demasiadas cosas horribles. Tenía que pagar. Pero la vida ya se había encargado de castigarlo con lo que los abogados llamaban la “pena natural”. Cuando el sufrimiento que deriva del delito es más grave para el delincuente que la pena misma. La vida interrumpida de Enrique era la peor pena del mundo. Tomó el arma y se puso de pie. Todo ocurrió en un segundo. Kamil volvió a darle la voz de alto. Berkant se apoyó el revólver contra la sien.

—¡No! —gritó Kamil pero su voz fue eclipsada por el ruido del disparo. Y Berkant cayó al suelo con el cráneo completamente destrozado. Antes de morir vio la imagen de Enrique. Y la descarga del arma apenas pudo borrarle la sonrisa.

Dentro de la casa, un paramédico estaba atendiendo a Gloria. Cuando la subió a la camilla escuchó un último estallido. Tuvo un pequeño espasmo en el pecho seguido por una ola de felicidad. Su cuerpo se estremeció. Todo había terminado. No supo porqué, pero sabía que esa detonación había sido el final de Berkant. Entonces apretó los labios y cerró los ojos. Si él había muerto, estaba segura de que Tina también. Él lo había hecho. Lo había visto en sus ojos. Sabía que no estaba equivocada. Finalmente él la había detenido.

Mientras el médico intentaba evitar que muriera desangrada, ella supo lo que era la felicidad después de más de diez años.

Capítulo LXII

Estambul, Turquía.

Adam seguía haciendo presión sobre el rostro de Julia y se dijo a sí mismo que ya casi estaba muerta. Había perdido la noción del tiempo pero sabía que no podía permanecer mucho tiempo allí. Tenía que salir de Estambul rápido. Tina no iba a tardar mucho en sobrevolar la ciudad y, a pesar de que no estaba seguro de qué tan letal sería la exposición a la ricina, se generaría un caos generalizado en cuanto los hospitales comenzaran a recibir los primeros casos, apenas horas después de la exposición a la toxina. Para ese entonces, él ya estaría lejos. Pero tenía que terminar con esas tres personas que ahora estaban complicándolo todo.

El hombre observó que Lucas seguía en la misma posición y estuvo seguro de que había muerto. Giró la cabeza y por el rabillo del ojo pudo ver las piernas extendidas de Nursel. Estaba inmóvil. Siguió presionando sobre Julia, ya casi no encontraba resistencia en la mujer.

De repente, escuchó el sonido del timbre y aflojó los brazos. Maldijo en voz alta y se puso en cuclillas sin quitar el almohadón del rostro de Julia. Nursel emitió un gemido y luego, sacando fuerzas de lo más profundo de su alma, gritó pidiendo ayuda. Súbitamente, un estruendo se adueñó del lugar y cuando giró la cabeza vio que Matt había pateado la puerta y estaba allí, sosteniendo un arma. Adam sabía que no tenía escapatoria. No podía enfrentarse al detective. Buscó con la vista algún trozo de vidrio y lo vio a pocos centímetros de sus piernas. Con un rápido movimiento lo recogió, tomó a Julia del cabello y se lo colocó contra el cuello. Julia parecía estar inconsciente, pero de repente hizo un leve movimiento con los ojos. Se puso de pie lentamente usando su cuerpo inerte como escudo. Miró hacia todos lados y suspiró.

—Aléjate —le dijo—. Y suelta el arma.

Matt se agachó y apoyó el arma en el suelo pero no la soltó. Miró al hombre y a Nursel y a Lucas en el suelo.

—Patéala hacia aquí —dijo él.

El detective lo hizo y se puso de pie lentamente, con los brazos en alto.

—Entrégate. Hay más policías viniendo hacia aquí —dijo.

Él se alejó, recogió el arma y le apuntó al detective. Luego soltó a Julia y al trozo de vidrio, que cayó a su lado. Ella cayó al suelo y se protegió con los brazos. Entonces tomó el cristal y supo que no tendría una segunda oportunidad. Fue hacia él y gritó con fuerza. El hombre la miró y disparó. El tiro entró en el hombro de Julia y ella gritó y soltó el cristal. Matt aprovechó ese instante para abalanzarse sobre el hombre y ambos cayeron. Forcejearon y lucharon por algunos minutos. Adam no soltaba el arma e intentaba que el detective le soltara por un instante la mano para poder disparar. Sentía los dedos sudados y tuvo miedo de que el arma se le resbalara.

El hombro de Julia sangraba profusamente pero aun así juntó fuerzas para ponerse de pie. Tomó el vidrio y lo apretó en su mano. Se hizo un corte profundo pero no le importó. Se acercó a los dos hombres y esperó hasta tener una vista clara de la espalda de Adam. Entonces le clavó el vidrio con furia, como si quisiese asegurarse de que sentiría un dolor sin igual. Él gritó y se retorció. Soltó el arma y Matt aprovechó para tomarla. Le dio un puntapié y lo alejó. Le apuntó y le dijo que se quedara quieto. Él seguía insultando a Julia y se contorsionaba para intentar quitarse el vidrio de la espalda. Ella, con las manos y el torso cubiertos de sangre, trastabilló. Quedó de rodillas y con las manos apoyadas en la alfombra. Miró a Adam y le sonrió.

Matt lo inmovilizó y le colocó unas esposas. Él quedó allí, quieto y gritando.

Recién entonces intentó ayudar a los demás. Julia luchaba por respirar, Nursel solo gemía y se retorcía de dolor. Lucas tenía el rostro y el pecho cubiertos de escoriaciones y no se movía.

Los brazos de Julia cedieron y se golpeó el pecho contra el suelo. Estaba demasiado lastimada y sus brazos no tenían fuerza para sostenerla. Matt le tomó la cabeza y la acomodó. Ella esbozó una sonrisa. Buscó un pañuelo y lo apretó con fuerza contra su herida. La sangre pareció disminuir.

—¿Están bien? —preguntó ella refiriéndose a Nursel y Lucas.

Él le hizo un gesto y le acarició la frente. No quería mentirle, no sabía qué tan grave era la situación. Veía sus pechos inflarse levemente con cada respiración pero no quería moverlos ya que pensó que podían tener heridas internas. La ambulancia tardó menos de diez minutos en llegar. Matt se sintió aliviado cuando le informaron que los tres se recuperarían.

Mientras cargaban a Julia en la camilla, él le tomó la mano.

—¿Cómo supiste que...? —no pudo terminar la frase.

—De repente me vino a la mente la frase de Ali, “el americano”. Y no me

preguntas más, pero supe que era Adam. Él era el único posible.

—Gracias —dijo ella con un hilo de voz.

Él dejó caer los párpados y observó que las puertas de las ambulancias se cerraban y lo dejaban atrás. De inmediato, tomó su móvil y, antes de que pudiera marcar el número de Diana, notó que tenía un mensaje en su casilla. Reconoció inmediatamente la voz de Kamil hablando un inglés demasiado rápido y trabado. Decía simplemente que las cosas estaban en orden. Sonrió y entonces llamó a su compañera.

—¡Por fin! —gritó Diana al escucharlo.

—No sé mucho, pero sé que todo está bien —dijo él.

—Eso es suficiente... Más que suficiente —dijo ella y Matt logró escuchar la voz de Blaine a los lejos.

—¿Estás con Joe? —preguntó—. Ponme en el altavoz.

—No quiere devolverme el manual que Ali le envió a Julia —dijo ella y de repente le habló a Blaine—: Es de ella. Y quizás sirva como prueba en un juicio.

—Es falso, ya hemos hablado de esto. Olvídense de Gladio —dijo Blaine.

—No creo que Julia lo reclame. Pero es importante que lo guardes —dijo Matt, serio.

—Matt tiene razón. Prueba que...

—¿De qué hablan? ¿De qué manual? No sé de qué hablan. Y ustedes tampoco. Nadie recibió nada de Ali. ¿De acuerdo?

Matt y Diana no dijeron nada. Ella miró hacia abajo y negó con la cabeza. Matt, a miles de kilómetros de distancia, hizo exactamente lo mismo.

Capítulo LXIII

13 de octubre de 2008.

El domingo había comenzado de manera espectacular. Nursel, Matt, Julia y Kamil habían recorrido el Palacio de Dolmabahçe, lugar donde Atatürk pasó sus últimos días. Kamil los había llevado a conocer el hermoso lugar y todos habían escuchado maravillados las historias sobre el Padre de Turquía que un amable guía les había relatado en perfecto inglés.

Luego se dirigieron a desayunar al bar terraza del hotel Gran Turquía, desde donde se podía ver la majestuosidad de Estambul. Con el viento acariciándole el rostro, Julia cerró los ojos un instante y recordó que una vez había estado en Estambul para el aniversario de la muerte de Atatürk. Los 10 de noviembre a las 9:05 de la mañana, Turquía cambiaba por completo. Casi toda la población hacía un minuto de silencio. Incluso el tráfico se detenía para conmemorar al padre de los turcos. Ella pensaba que era como poner pausa a una película, era una sensación extraña y emocionante. Recordó que en aquel momento estaba con Berkant saliendo del Gran Bazar y él la tomó del brazo y la obligó a detenerse. Observó, maravillada, cómo todos hacían lo mismo. El recuerdo de Berkant la puso incómoda y se revolvió en su asiento.

Entonces escuchó a Matt hablar de su viaje a Estados Unidos al día siguiente y se olvidó de Berkant. Ese mismo lunes, comenzaría el juicio a Ergenekon. Julia bebió un sorbo de té y observó a un señor en la mesa de al lado leer el periódico *Gerçek*. La prensa seguía dividida en cuanto a la organización y Julia pensó que, aunque el proceso aportara más información, gran parte de los turcos se negarían a creer en la existencia de semejante red. Miró a Matt y se dijo que Occidente estaba tan ocupado librando una batalla contra los fundamentalistas islámicos que se olvidaron del primer grupo de fundamentalistas laicos. Gente capaz de cualquier cosa para evitar que el Estado y la religión se mezclaran. En el fondo, aún tenía la duda de que los miembros de la red no buscaran algún espurio interés extra. Algún beneficio económico. Pero no iba a saberlo nunca. Después de la muerte de Berkant y Atabärk, Ergenekon volvería a ser un misterio. Se había jurado no leer ni siquiera una noticia sobre el juicio. Kamil le había dicho que ahora que no estaba Tina, Tariq Dilekci sería uno de los testigos estrella.

Giró la cabeza y vio a Nursel. La mujer había vuelto a sonreír. Se la notaba tranquila. Había hecho las paces con la vida. Hablaba con Matt sin pausa y Julia realmente disfrutó la escena. Kamil, en cambio, no le sacaba la vista de encima a Julia y ella disfrutaba de su atención. La joven miró a su alrededor y se sintió a gusto después de mucho tiempo. Kamil le había preguntado cuándo dejaría Turquía y ella le había dicho que aún no lo había decidido. Pero era mentira. Le habían ofrecido una cátedra en la Universidad del Bósforo y ella iba a aceptar. Sentía, sabiendo que quizás no era lo más lógico, que ahora la ataba a Turquía una historia fuerte. Ya no tenía a Berkant, ni a Enrique. Ya sabía la verdad sobre su padre. Pero esa tierra ahora era también de ella. Sonrió otra vez. Después de sentirse tan sola durante tanto tiempo, hoy tenía una nueva vida allí, tan lejos de todo. Una vida que comenzaba a disfrutar.

Miró a Kamil y pensó en decirle que se quedaría en Estambul, pero después pensó que lo mejor era decírselo durante la cena. Esa noche, por fin, cenarían solos. Observó que Kamil levantó una mano y la agitó. Julia se dio vuelta y observó a Gloria y Lucas, que se acercaban sonriendo. Lucas tenía la cabellera roja reluciente, como si hubiera cobrado vida otra vez. Gloria iba un paso detrás de él. Estaba elegantemente vestida y, mientras avanzaba, Julia notó sus anillos fulgar con los rayos del sol. Rio. Estaba completamente recuperada. Finalmente todo estaba en orden.

—Buenas noticias —dijo Lucas como un niño—. Salma saldrá mañana del hospital.

Nursel se llevó las manos al rostro, emocionada. Ahora iba a ser ella quien tendría que sostener a la mujer mientras se acostumbraba a la idea de vivir sin Enrique. Bebió otro sorbo de té y se le puso la piel de gallina. Lamentó, otra vez, que Salma tuviera que pasar por semejante dolor. Pero ahora ella estaba ahí para ayudarla. Después de todo, era su familia. Y lo sería por siempre.

—Y algo más —dijo Gloria antes de tomar asiento y revolver el periódico *Gerçek* sobre la mesa.

—No —acotó Julia—. Basta de Ergenekon. —Sonrió y movió el dedo índice, negando—. Basta.

—Esto hay que leerlo —respondió Gloria ya sentada—. Creo que tu amigo Fabri Yazır —miró a Nursel— será el próximo premio Pulitzer —dijo y señaló un artículo.

Kamil tomó el periódico y comenzó a leer en voz alta. Era el primero de

una serie de artículos que se publicarían. Hablaba sobre las reuniones con Celal y su asesinato. Para las próximas entregas prometía desenmascarar la trama de Ergenekon y también a Operación Gladio. Matt abrió los ojos sorprendido cuando Kamil leyó que un alto funcionario federal de Estados Unidos que había formado parte de Operación Gladio hablaría con reserva de identidad. Confirmó que estaba en lo cierto al pensar en Joe Blaine cuando Kamil leyó que el hombre tenía en su poder el verdadero apéndice FM30–31B. Movi6 la cabeza y se dijo a sí mismo que, después de todo, Ali tenía razón. Todo ese asunto podía cambiar el mundo.

Cuando hubo terminado, todos sonrieron y alabaron la valentía del periodista. Nursel cerró los ojos y recordó la imagen de aquel delgado periodista que había llegado a su hogar dieciocho años atrás. Se emocionó. Supo que al menos la vida le había dado una revancha. Miró hacia el cielo y le agradeció a Celal por ese momento. Gloria la tomó de la mano y la apretó con fuerza.

Ella, por fin, también había encontrado la paz. Había pensado que su vida ya no tendría sentido una vez que detuviera a Tina, pero no fue así. Luego de su muerte, que ocurrió dos días después de su detención en la residencia de Atabärk, se sintió rejuvenecida y alegre. Como si su muerte le hubiese devuelto a ella la vida. Ya no pensaba en retirarse. De repente, tenía más proyectos que nunca. Y ahora tenía gente que la necesitaba viva. Julia, Salma y Nursel estarían con ella para siempre.

Los seis se miraron entre ellos. Julia sonrió y todos hicieron lo mismo. Matt les dijo que los esperaba pronto en Estados Unidos y todos comenzaron a hacer planes para una visita. Entre risas y charlas, pasaron toda la mañana en la terraza tomando té. A lo lejos, un pájaro batió las alas y Julia lo observó levantar vuelo con placidez. Sintió una extraña satisfacción. Por primera vez en su vida, estaba en el lugar donde quería estar. Tomó la mano de Kamil por arriba de la mesa y le sonrió. Miró hacia el Palacio de Dolmabahçe y contempló su belleza. Por fin, pensó, estaba en casa.

Nota de la autora

Los personajes de esta novela son ficticios, a pesar de que algunos acontecimientos de los aquí relatados han sucedido y otros tantos han sido modificados.

La Masacre de Plaza Taksim ocurrió en 1977 y aún tiene puntos oscuros. Una de las hipótesis es que miembros de los Lobos Grises hayan disparado esa tarde.

Varios influyentes miembros de la sociedad turca (periodistas, militares, abogados, académicos) han sido detenidos y enfrentaron un juicio acusados de formar parte de Ergenekon, una organización ultranacionalista que buscaba derrocar al gobierno. El proceso a varios de sus miembros ha sido primera plana de los periódicos de Turquía por varios meses. Muchos, sin embargo, creen que el juicio fue una maniobra del gobierno para lograr una ventaja política.

En 2013 la Corte dicta una sentencia de 22 cadenas perpetuas y 1200 años de cárcel para 254 de los 275 acusados. Un año después el Tribunal Constitucional pone en libertad a varios condenados alegando que hubo violación del derecho a un juicio justo.

Finalmente, el Supremo de Turquía sentencia que no hay organización terrorista llamada Ergenekon ni se han aportado pruebas que demuestren su existencia.

El asesinato del periodista Hrant Dink es real y sus asesinos aún no han sido encontrados.

En el año 2000 el hallazgo de una momia fue objeto de una disputa entre Pakistán e Irán. Ambos países pelearon por ella hasta que, luego de los estudios correspondientes, se comprobó que la momia era una mujer que había muerto en 1997. La mujer fue momificada por un grupo de contrabandistas con la idea de venderla como tesoro arqueológico. El cuerpo permanece en la morgue de Edhi Trust sin que nadie lo haya reclamado hasta el momento.

El secuestro del personaje de Tina Villazín tiene su origen en un caso que conmocionó a Italia en 1983 cuando una joven de quince años, Emanuela Orlandi, desapareció de Roma sin dejar rastros. Se siguieron varias pistas para dar con el paradero de la muchacha. Una de ellas indicaba que los Lobos Grises la habían secuestrado para hacer un intercambio con Ali Ağca pero

esto nunca ha sido comprobado. La joven permanece desaparecida y su familia aún la espera.

La existencia de Operación Gladio aún hoy es discutida pero las declaraciones de Giulio Andreotti son reales. Varios de los países implicados en esta operación niegan tener conocimiento y haber participado en la misma. El manual 30–31B, según los Estados Unidos, es apócrifo y obra de la propaganda soviética.

El 7 de septiembre de 1978, el disidente búlgaro Georgi Markov fue atacado por la policía secreta búlgara en Londres con un perdigón contaminado con ricina. Murió cuatro días más tarde. En enero de 2003, la policía de Londres detiene a varios miembros de Al Qaeda que, supuestamente, estaban produciendo ricina para atacar el metro. La toxina nunca fue encontrada.

Contacto

Gracias por haber leído “El Último Aullido del Lobo”. Ojalá lo hayan disfrutado tanto como yo disfruté escribirlo.

Para contactar a la autora o saber más sobre sus publicaciones:

- [Facebook](#)
- [Instagram](#)
- [Twitter](#)
- [Amazon](#)
- [Página web personal](#)

Bibliografía

1. Daniele Ganser, NATO's Secret Armies: Operation GLADIO and Terrorism in Western Europe, Routledge, Inglaterra, 2004.

Enlaces de Internet

1. ¿Qué fue la Operación Gladio? [[Abrir](#)]
2. La anulación por el Supremo turco del juicio por golpismo evidencia la lucha de poder [[Abrir](#)]

Notas al pie

¹ Daniele Ganser, NATO's Secret Armies: Operation GLADIO and Terrorism in Western Europe. [[Volver](#)]